CALIXTO OYUELA

ANTOLOGÍA

POÉTICA HISPANO AMERICANA

TOMO II

(PRIMER VOLUMEN)

Angel Estrada y Cia.
Editores

Printed in Argentina

ANTOLOGIA

POÉTICA HISPANO-AMERICANA

CALIXTO OYUELA

ANTOLOGÍA

POÉTICA HISPANO-AMERICANA

CON NOTAS BIOGRÁFICAS Y CRÍTICAS

TOMO SEGUNDO (Primer volumen)



BUENOS AIRES
ANGEL ESTRADA Y Cía.-EDITORES
466 - CALLE BOLÍVAR - 466
1919



ÍNDICE

TERCERA PARTE

ÉPOCA INDEPENDIENTE

PRIMER PERÍODO: SEGUNDO TERCIO DEL SIGLO XIX

(INFLUENCIAS: Romanticismo. — Clasicismo más o menos depurado, o modificado por el movimiento romántico. — Accidentalmente, tendencia realista y criolla.)

ANTOLOGÍA

TERCERA PARTE

ÉPOCA INDEPENDIENTE

PRIMER PERÍODO: SEGUNDO TERCIO DEL SIGLO XIX

(INFLUENCIAS: Romanticismo. — Clasicismo más o menos depurado, o modificado por el movimiento romántico.— Accidentalmente, tendencia realista y criolla.)

ESTEBAN ECHEVERRÍA

(Argentino — 1805 - 1851)

AVELLANEDA

CANTO PRIMERO

I

¿Conocéis esa tierra bendecida
Por la fecunda mano del Creador,
De cuyo virgen seno sin medida
Fluye como el aroma de la flor
La balsámica esencia de la vida,
Y se palpa su espíritu y su aliento
En la tierra, en la atmósfera, en el viento,
En el cielo, en la luz, en la hermosura
De su varia y magnífica natura?

Tierra de los naranjos y las flores,
De las selvas y pájaros cantores,
Que el Inca poseyera, hermosa joya
De su corona regia, donde crece
El camote y la rica chirimoya,
Y el naranjero sin cesar florece,

Entre bosques de mirtos y de aromas,
Brindando al gusto sus doradas pomas.
Donde el sacro laurel, ambicionado
Galardón del poeta y del soldado,
Al rayo desafía entre la nube
A par del cedro que gallardo sube,
Y el *pacará*[1], que al viajador asombra,
Cien jinetes cobija con su sombra.
Donde el zorzal y el ruiseñor, artistas
De ingenua inspiración sin hondas vistas,
En las serenas tardes de verano,
Cuando reina sin par melancolía
En la natura, el premio soberano
Se disputan del canto y la armonía.

Sus casas son vergeles[2]
Donde habitó la paz y la abundancia
En tiempos más felices, cuando fieles
A la costumbre y fe de sus mayores,
O avenidos tal vez con su ignorancia,
Vivían sus tranquilos moradores.
Pero hoy ya no es así; de esos hogares
Huyó la paz por la civil contienda,
Y quedaron el llanto y los pesares,
De las pasiones viles triste ofrenda.

[1] El *pacará* es el árbol más robusto y corpulento de Tucumán. Hay allí muchos cuya copa daría sombra a más de cien jinetes.

[2] *Sus casas son vergeles.* No es el pobre de Tucumán como el pobre de Europa: habita una pequeña casa más sana que elegante, cuyo techo es de paja olorosa. Un vasto y alegre patio la rodea, el que jamás carece de árboles frutales, de un jardín y de un gran número de aves domésticas. (*Memoria descriptiva sobre Tucumán*, publicada en 1834, por el señor Alberdi).

¡Cómo admirarla lograréis sin verla,
Ni por bosquejo alguno conocerla
De pluma o de pincel! Cuando el invierno
Con el soplo glacial de sus montañas
Viene el raudal eterno
De vida a amortiguar en sus entrañas,
Una virgen parece adormecida
Sobre cama de céspedes florida
Con las galas de ayer en torno suyo,
Medio marchitas ya, pero olorosas,
Flamantes y vistosas;
Duerme y no duerme, sueña;
Oye soñando el plácido murmullo
Del festín y la danza, el alborozo
Del expansivo y hechicero gozo,
Y el recuerdo de todo en la sonrisa
De su plácido rostro se diseña,
Como si el fresco animador volviera
A respirar de perfumada brisa.
Después la primavera,
Con su templado sol y sus rumores,
Su concierto de pájaros cantores,
A electrizar sus miembros adormidos
Llega, y bañar en lumbre sus sentidos;
Y la virgen despierta
De su sueño fugaz, y se levanta
Radiante de alegría y de frescura,
De gracia y de hermosura,
Y a engalanar empieza
Con corona de mirtos y arrayanes
Su espléndida cabeza,

Y su seno con ramos de mil flores
De distintos matices y colores,
Y a perfumarse con esencias puras,
Derramando por montes y llanuras
De su eterna beldad los resplandores:
Hasta que el sol de la estación ardiente
Subir hace a su frente
Todo el intenso ardor, toda la vida
Que entre su seno inmaculado anida,
Revistiendo de pompa y de grandeza
Su joven y magnífica belleza.

Tierra de promisión y de renombre,
Engendra en sus entrañas virginales
Cuanto apetece y necesita el hombre
Para vivir feliz: en animales,
En frutas y productos tropicales,
En colosal vegetación. En vano
El adusto verano
La quema con su sol; el Aconquija
Que entre las nubes fija
La nevada cerviz, de sus raudales
El tesoro derrama y la fecunda,
La baña con sus frígidos alientos
Y sus campos sedientos
De fresca lluvia y de vigor inunda.
Entonce ella de lumbre
Y de brillantes galas revestida,
Bajo la azul techumbre,
Cual magnífico templo se presenta
Del infinito ser que la dió vida

Y su eternal espíritu alimenta[1].

¡Cuán bella entonces es! ¡Al pensamiento
Cuánto inspira de luz y arrobamiento!
¡Cuánto de eterna nutrición le ofrece!
La mirada de Dios bañar parece
Sus selvas virginales y sus montes,
Sus campiñas y claros horizontes,
Y transformar con su inefable hechizo
Aquella tierra en otro paraíso,
Paraíso de gloria y de esperanza,
De pura, inagotable bienandanza.

¡Cuán bella entonces es! ¡Cuánto de calma,
De aspiración sublime infunde al alma!
Encantado jardín, valle florido
Del edén desprendido
Para adornar el argentino suelo.
Sus aires son aromas
Que parecen fluír entre azul velo
Del seno de redomas
Inmensas de azahar y de azucena,
De *poleo*[2], cedrón y hierbabuena;
Brisas que dulcemente
Los sentidos embriagan y la mente,
Y el corazón llenando de alegría
Dan alas a la inquieta fantasía.

[1] El capitán Andrews, en su *Viaje a la América del Sur*, publicado en Londres en 1827, no dice como yo que Tucumán es bellísimo, sino que « en punto a grandeza y sublimidad, la naturaleza de Tucumán no tiene igual en la tierra; que Tucumán es el jardín del universo ». — *Memoria de Alberdi.*

[2] *Poleo.* Arbusto de cinco pies, cuya fragancia se parece a la del tomillo. (A.)

HIMNO AL DOLOR

Nada se hace en la tierra sin motivo, y de la tierra no nace el dolor.

Las cosas que antes no quería tocar mi alma, ahora por la congoja son mi comida.

Job.

Devora, fiera insaciable,
Monstruo o demonio execrable
Que avasallas la creación;
Devora como lo has hecho,
Si no te hallas satisfecho,
Con furor aun más deshecho,
Mi robusto corazón.

Cebe, cebe en mis entrañas
Con más rencorosas sañas,
Tu furia el diente voraz,
Y en ellas continuo asida,
Como el cáncer a la herida,
Lo que me resta de vida
Consuma en su afán tenaz.

Roe, roe; tu constancia
No abatirá mi arrogancia,
Ni mi orgullo tu furor.
Nada, nada desconhorta
Un corazón que conforta
Alma grande a quien importa
Poco placer, mundo, amor.

Roe, roe, y en mi seno
Tu mortífero veneno
Derrama: no he de gemir:
Y cual Jacob, sin testigo
Contra el ángel enemigo
Lucharé firme contigo
Hasta vencer o morir.

No temas, no, que me espante
Tu fuerza y poder gigante,
Aunque frágil caña soy.
Mi alma es símil a la roca
Cuya frente el cielo toca
Y la tempestad provoca,
Siendo mañana lo que hoy.

Hollada la sierpe, vibra
Su dardo, hiere y se libra
Del villano pie veloz;
O sobre el tigre enroscando
Su flexible cuerpo blando,
Lucha incansable, burlando
Su instinto y saña feroz.

Devora: tu fiero brío
Yo provoco y desafío
Armado de mi razón;
Yo, masa de vil arcilla,
Yo, flor que un soplo amancilla,
Trama débil y sencilla,
Despojo de la creación;

Yo, miserable gusano,
Luz que alienta efluvio vano,
Insecto, chispa mortal;
Yo, menos que un ente aerio,
Yo, esclavo vil de tu imperio,
Yo, polvo, nada, misterio...
Nacido en hora fatal;

Yo te provoco: descarga
Sobre mí con mano larga
Tus iras: yo callaré;
Y sellando como el sabio
A toda queja mi labio,
Cual firme monte a tu agravio
Inmoble siempre estaré.

Yo te provoco: Dios eres,
Dios terrible que a los seres
Impones tu dura ley;
Dios, que su furia sedienta
Con gemidos alimenta,
Como el oso su cruenta
Zarpa en indefensa grey.

Dios inexorable y fuerte
Que divides con la muerte
El vasto imperio del mal,
Desde que el hombre perverso,
En obscuro día adverso,
Fué lanzado al universo
Del crimen con la señal.

Yo te provoco: al infierno
Pide su penar eterno,
Su angustia y noche sin fin,
Su exquisito sentimiento,
El vivaz remordimiento,
La congoja y el tormento
Del soberbio serafín.

Pídele con sus delirios
Sus indecibles martirios,
El hielo y llama voraz;
La sed, la rabia y despechos
De los más precitos pechos
Y aquellos marmóreos lechos
Do no hay sueño ni solaz.

Pide también a la tierra
Cuantos dolores encierra,
Cuanto ha y debe padecer;
Y sobre mí con violencia
Lanza toda su inclemencia;
Que de mi alma la excelencia
No se dejará vencer.

Yo te provoco: cuatro años
Los tormentos más extraños
Probaste iracundo en mí;
Agostando de mi vida,
De mi juventud florida,
La fuente excelsa, que henchida
De un mundo de glorias vi.

Yo te provoco: cuatro años
De mil y mil desengaños
Me hiciste apurar la hiel;
Y en un páramo desierto,
Do todo era negro y yerto,
Me dejaste al descubierto
Presa de borrasca cruel.

Yo te provoco: tu mano
De mis fatigas temprano
La copiosa mies segó,
Dejándome los abrojos,
Para doblar mis enojos,
Y el recuerdo y los despojos
De un tiempo feliz que huyó.

Yo te provoco: ¿qué males,
Qué ansias o penas fatales
Me podrán sobrevenir
Que no haya firme sufrido?
¿Qué pasión no habré sentido?
¿Qué idea no habré podido
Grande o noble concebir?

Mi espíritu en su carrera
Ha recorrido la esfera
De lo terrestre y lo ideal;
Visto su forma desnuda
Y sondado sin ayuda
Los abismos de la duda
Del bien, la virtud y el mal.

Cuando los otros, insanos,
A pensamientos livianos
El juvenil brío dan;
Y en el labio la sonrisa,
Con inquietud indecisa,
Flores de la vida aprisa
Deshojando torpes van,

Mi corazón de tormentas
Desatadas y violentas
Sufrido había el rigor;
Y laso en un solo día,
Muerto al placer y alegría,
Dicho, en su congoja, había
Adiós eterno al amor.

En la edad en que sin tino
Del error por el camino
Mueve tropezando el pie
La turba insana, y apura,
Su vida en tiniebla obscura,
Del placer la copa impura
Que vacía siempre ve,

Ya mi espíritu ambicioso
Para su ardor generoso
Buscaba un nuevo manjar;
Y en sus vuelos soberanos,
Libre de lazos mundanos,
De la creación los arcanos
Osaba altivo indagar.

Como en un espejo terso
Reflejaba el universo
Sus maravillas en él:
Nada, nada se encubría
A la inteligencia mía,
Y mi ardiente fantasía
Era un mágico pincel.

Gloria, gloria era el acento
Que en el cielo, tierra y viento
Yo escuchaba resonar:
Gloria mi pecho exhalaba,
Gloria durmiendo soñaba,
Y su fantasma miraba
Doquier como astro brillar.

Ella me llevara ufano
A contemplar del Oceano
El tempestuoso furor;
Ella entre cultas naciones
A buscar dignas lecciones
De graves meditaciones;
Nuevo alimento a mi ardor.

¿Dónde se fué tanto sueño,
Porvenir tan halagüeño,
Tanta sublime pasión?
¡Dolor impío! Triunfante
Tu brazo asoló pujante
El edificio gigante
Que labrara mi ambición.

Tú agotando poco a poco
Has ido el ardiente foco
De luz que mi alma abrigó,
Y con tu soplo de muerte
Convirtiendo en masa inerte
Una edad joven y fuerte
Que mil frutos prometió.

¿Qué esperanza me has dejado,
Qué idea no has sofocado
En mi espíritu al nacer?
¿Qué pasión o sentimiento
No me has trocado en tormento?
¿Qué amor o contentamiento
En hastío o desplacer?

¿Qué ilusión o dulce engaño
En funesto desengaño?
¿Qué dicha en triste pesar?
¿De qué angustia no has cercado
Mi corazón desolado?
¿Qué lágrima no has helado
En mis ojos al brotar?

Nobles y grandes pasiones,
Pensamientos y visiones
Sublimes, gran porvenir;
Estudios, vigilias largas,
Siempre fastidiosas cargas
Para débil cuerpo, amargas
Horas de obscuro vivir

Y de frío desaliento:
Todo, todo en un momento
¡Oh inescrutable dolor!
Para mí estéril ha sido,
Grano en el agua esparcido;
Y en fuente lo has convertido
De despecho y amargor.

¿Qué aflicción o desventura
Podrá parecerme dura?
¿Qué puedes robarme ya?
¿Qué placer del mundo activo
Puede tener atractivo
Para mi pesar esquivo?
¿Qué llenar mi alma podrá?

Vén, vén, oh dolor terrible;
De tu poder invisible
Haz un nuevo ensayo en mí;
Verás que un alma arrogante
Es como el duro diamante,
Que siempre brilla flamante
Sin admitir mancha en sí.

Vén, oh dolor, en silencio;
Vén, pues ya te reverencio
Como a genio bienhechor,
Que mueve influjo divino;
No cual numen que previno
Inexorable destino
Para venganza y terror.

Como animando la tierra
El aire impuro destierra
Con su ardiente rayo el sol;
Así tú, oh dolor fecundo,
Lacerando el cuerpo inmundo
Que se ase reptil al mundo,
Eres del alma el crisol.

Tu intensa llama le aplicas,
La limpias y purificas
De la escoria material,
Sublimando la excelencia
De su peregrina esencia,
Hasta darle una potencia
Divina, excelsa, inmortal.

Tú pruebas su fortaleza,
Su constancia y su grandeza
En el yunque del sufrir,
El triunfo glorificando
Del que contigo luchando
Sufre y calla, sofocando
De sus huesos el gemir.

Sin tu influjo, el hombre henchido
De vanidad, sumergido
Yace en el mar del placer,
Y cree en su delirio ufano,
Cuando se arrastra gusano,
Tierra y cielo soberano
Sujetar a su poder.

Vén, que tal vez atesora
Alguna fibra sonora
Mi pecho, aun lleno de ardor;
Que a tu inhumana porfía
Exhalará una armonía
Capaz de darme alegría
Y de vencerte, oh dolor.

Vén luego; que una alma noble,
Firme, incontrastable, inmoble,
Es contra la adversidad
Como el Oceano sublime,
Que de ley común se exime,
En cuya frente no imprime
Mancilla el tiempo, ni edad[1].

Septiembre 1834

[1] Hemos hallado la explicación filosófica de este himno en el siguiente comento de Kant al conocido dicho del estoico: «Oh dolor, jamás confesaré de ti que eres un mal». «Razón tenía el estoico, exclama aquél: lo que sentía y le arrancaba gritos era el mal físico, no el mal moral, incapaz para con él; porque el dolor no apoca la dignidad del hombre, y cuando más, modifica su estado. Pudo dejarse vencer del abatimiento; pero lejos de eso, hízole cobrar el dolor mayor espíritu y exaltación, porque tenía conciencia de no haber cometido injusticia ni maldad, y de no merecer, por consiguiente, castigo alguno». — (EL A.)

LA DIAMELA

Dióme un día una bella porteña,
Que en mi senda pusiera el destino,
Una flor cuyo aroma divino
Llena el alma de dulce embriaguez;
Me la dió con sonrisa halagüeña,
Matizada de puros sonrojos,
Y bajando hechicera los ojos,
Incapaces de engaño y doblez.

En silencio y absorto toméla
Como don misterioso del cielo
Que algún ángel de amor y consuelo
Me viniese, durmiendo, a ofrecer;
En mi seno inflamado guardéla,
Con el suyo mezclando mi aliento,
Y un hechizo amoroso al momento
Yo sentí por mis venas correr.

Desde entonces, doquiera que miro
Allí está la diamela olorosa,
Y a su lado una imagen hermosa
Cuya frente respira candor;
Desde entonces, por ella suspiro,
Rindo el pecho inconstante a su halago,
Con su aroma inefable me embriago,
Y a ella sola consagro mi amor.

LA CAUTIVA

PRIMERA PARTE

EL DESIERTO

Era la tarde, y la hora
En que el sol la cresta dora
De los Andes. El desierto
Inconmensurable, abierto,
Y misterioso a sus pies
Se extiende, triste el semblante,
Solitario y taciturno,
Como el mar, cuando un instante,
Al crepúsculo nocturno,
Pone rienda a su altivez.

Gira en vano, reconcentra
Su inmensidad, y no encuentra
La vista, en su vivo anhelo,
Do fijar su fugaz vuelo,
Como el pájaro en el mar.
Doquier campos y heredades,
Del ave y bruto guaridas,
Doquier cielo y soledades,
De Dios sólo conocidas,
Que Él sólo puede sondar.

A veces la tribu errante
Sobre el potro rozagante,
Cuyas crines altaneras
Flotan al viento ligeras,

Lo cruza cual torbellino
Y pasa; o su toldería [1]
Sobre la grama frondosa
Asienta, esperando el día...
Duerme... tranquila reposa...
Sigue veloz su camino.

¡Cuántas, cuántas maravillas
Sublimes, y a par sencillas,
Sembró la fecunda mano
De Dios allí! ¡Cuánto arcano
Que no es dado al vulgo ver!
La humilde hierba, el insecto,
La aura aromática y pura,
El silencio, el triste aspecto
De la grandiosa llanura,
El pálido anochecer.

Las armonías del viento
Dicen más al pensamiento,
Que todo cuanto a porfía
La vana filosofía
Pretende altiva enseñar.
¡Qué pincel podrá pintarlas
Sin deslucir su belleza!
¡Qué lengua humana alabarlas!
Sólo el genio su grandeza
Puede sentir y admirar.

[1] *Toldería:* El conjunto de chozas o el aduar del salvaje. (A.)

Ya el sol su nítida frente
Reclinaba en occidente,
Derramando por la esfera
De su rubia cabellera
El desmayado fulgor.
Sereno y diáfano el cielo,
Sobre la gala verdosa
De la llanura, azul velo
Esparcía, misteriosa
Sombra dando a su color.

El aura, moviendo apenas
Sus alas de aroma llenas,
Entre la hierba bullía
Del campo, que parecía
Como un piélago ondear;
Y la tierra, contemplando
Del astro rey la partida,
Callaba, manifestando,
Como en una despedida
En su semblante pesar.

Sólo a ratos, altanero
Relinchaba un bruto fiero
Aquí o allá en la campaña;
Bramaba un toro de saña,
Rugía un tigre feroz:
O las nubes contemplando,
Como extático y gozoso,

El yajá[1] de cuando en cuando
Turbaba el mudo reposo
Con su fatídica voz.

Se puso el sol; parecía
Que el vasto horizonte ardía;
La silenciosa llanura
Fué quedando más obscura,
Más pardo el cielo, y en él
Con luz trémula brillaba
Una que otra estrella, y luego
A los ojos se ocultaba,
Como vacilante fuego
En soberbio chapitel.

El crepúsculo entretanto
Con su claroscuro manto,
Veló la tierra; una faja
Negra como una mortaja
El occidente cubrió.

[1] El P. Guevara, hablando de esta ave, en su *Historia del Paraguay*, dice:

« El *yajá* justamente le podemos llamar el volador y centinela. Es grande de cuerpo y de pico pequeño. El color es ceniciento con un collarín de plumas blancas que le rodean. Las alas están armadas de un espolón colorado, duro y fuerte con que pelea... En su canto repite estas voces *Yajá, yajá*, que significa en guaraní, « vamos, vamos », de donde se le impuso el nombre. El misterio y significación es que estos pájaros velan de noche, y en sintiendo ruido de gente que viene, empiezan a repetir *yajá, yajá*, como si dijeran: « Vamos, vamos, que hay enemigos, y no estamos seguros de sus asechanzas ». Los que saben esta propiedad del *yajá*, luego que oyen su canto, se ponen en vela, temiendo vengan enemigos para acometerlos... »

En la provincia se le llama chajá o yajá, indistintamente. (A.)

Mientras, la noche bajando
Lenta venía. La calma
Que contempla suspirando
Inquieta a veces el alma,
Con el silencio reinó.

Entonces, como el rüido
Que suele hacer el tronido
Cuando retumba lejano,
Se oyó en el tranquilo llano
Sordo y confuso clamor;
Se perdió... y luego violento,
Como baladro espantoso
De turba inmensa, en el viento
Se dilató sonoroso,
Dando a los brutos pavor.

Bajo la planta sonante
Del ágil potro arrogante
El duro suelo temblaba,
Y envuelto en polvo cruzaba
Como animado tropel,
Velozmente cabalgando;
Víanse lanzas agudas,
Cabezas, crines ondeando,
Y como formas desnudas
De aspecto extraño y cruel.

¿Quién es? ¿Qué insensata turba
Con su larido perturba
Las calladas soledades
De Dios, do las tempestades

Sólo se oyen resonar?
¿Qué humana planta orgullosa
Se atreve a hollar el desierto
Cuando todo en él reposa?
¿Quién viene seguro puerto
En sus yermos a buscar?

¡Oíd! Ya se acerca el bando
De salvajes, atronando
Todo el campo convecino.
¡Mirad! Como torbellino
Hiende el espacio veloz.
El fiero ímpetu no enfrena
Del bruto que arroja espuma:
Vaga al viento su melena,
Y con ligereza suma
Pasa en ademán atroz.

¿Dónde va? ¿De dónde viene?
¿De qué su gozo proviene?
¿Por qué grita, corre, vuela,
Clavando al bruto la espuela,
Sin mirar al rededor?
¡Ved! Que las puntas ufanas
De sus lanzas por despojos
Llevan cabezas humanas,
Cuyos inflamados ojos
Respiran aún furor.

Así el bárbaro hace ultraje
Al indomable coraje
Que abatió su alevosía;

Mira con torpe placer
Las cabezas que cortaron
Sus inhumanos cuchillos,
Exclamando: — Ya pagaron
Del cristiano los caudillos
El feudo a nuestro poder.

Ya los ranchos [1] do vivieron
Presa de las llamas fueron,
Y muerde el polvo abatida
Su pujanza tan erguida.
¿Dónde sus bravos están?
Vengan hoy del vituperio
Sus mujeres, sus infantes,
Que gimen en cautiverio,
A libertar, y como antes
Nuestras lanzas probarán.—

Tal decía; y bajo el callo
Del indómito caballo
Crujiendo el suelo temblaba;
Hueco y sordo retumbaba
Su grito en la soledad.
Mientras la noche, cubierto
El rostro en manto nubloso,
Echó en el vasto desierto
Su silencio pavoroso,
Su sombría majestad.

[1] Ranchos: cabañas pajizas de nuestros campos. (A.)

SEGUNDA PARTE

EL FESTÍN

Noche en el vasto horizonte,
Noche el aire, cielo y tierra.
Parece haber apiñado
El genio de las tinieblas,
Para algún misterio inmundo,
Sobre la llanura inmensa
La lobreguez del abismo
Donde inalterable reina.

Sólo inquietos divagando,
Por entre las sombras negras,
Los espíritus foletos
Con viva luz reverberan,
Se disipan, reaparecen,
Vienen, van, brillan, se alejan;
Mientras el insecto chilla,
Y en fachinales [1] o cuevas
Los nocturnos animales
Con triste aullido se quejan.

La tribu aleve entretanto,
Allá en la Pampa desierta,
Donde el cristiano atrevido
Jamás estampa la huella,
Ha reprimido del bruto
La estrepitosa carrera;

[1] Llámanse así en la provincia ciertos sitios húmedos y bajos en donde crece confusa y abundantemente la maleza. (A.)

Y campo tiene fecundo
Al pie de una loma extensa,
Lugar hermoso, do a veces
Sus tolderías asienta.

Feliz la maloca[1] ha sido;
Rica y de estima la presa
Que arrebató a los cristianos:
Caballos, potros y yeguas,
Bienes que en su vida errante
Ella más que el oro precia;
Muchedumbre de cautivas,
Todas jóvenes y bellas.
Sus caballos, en manadas,
Pacen la fragante hierba;
Y al lazo algunos prendidos,
A la pica, o la manea,
De sus indolentes amos
El grito de alarma esperan.
Y no lejos de la turba,
Que charla ufana y hambrienta,
Atado entre cuatro lanzas,
Como víctima en reserva,
Noble espíritu valiente
Mira vacilar su estrella;
Al paso que su infortunio
Sin esperanza, lamentan,
Rememorando su hogar,
Los infantes y las hembras.

[1] Maloca: lo mismo que incursión o correría. (A.)

Arden ya en medio del campo
Cuatro extendidas hogueras,
Cuyas vivas llamaradas
Irradiando, colorean
El tenebroso recinto
Donde la chusma hormiguea.
En torno al fuego sentados
Unos lo atizan y ceban;
Otros la jugosa carne
Al rescoldo o llama tuestan;
Aquél come, éste destriza,
Más allá alguno degüella
Con afilado cuchillo
La yegua al lazo sujeta;
Y a la boca de la herida,
Por donde ronca y resuella
Y a borbollones arroja
La caliente sangre fuera,
En pie, trémula y convulsa,
Dos o tres indios se pegan;
Como sedientos vampiros,
Sorben, chupan, saborean
La sangre, haciendo murmullo,
Y de sangre se rellenan.
Baja el pescuezo, vacila.
Y se desploma la yegua,
Con aplauso de las indias
Que a descuartizarla empiezan.

Arden en medio del campo,
Con viva luz las hogueras;

Sopla el viento de la pampa,
Y el humo y las chispas vuelan.
A la charla interrumpida,
Cuando el hambre está repleta,
Sigue el cordial regocijo,
El beberaje y la gresca,
Que apetecen los varones
Y las mujeres detestan.
El licor espirituoso
En grandes vacías echan,
Y tendidos de barriga
En derredor, la cabeza
Meten sedientos, y apuran
El apetecido néctar,
Que bien pronto los convierte
En abominables fieras.
Cuando algún indio, medio ebrio
Tenaz metiendo la lengua,
Sigue en la preciosa fuente
Y beber también no deja
A los que aguijan furiosos,
Otro viene, de las piernas
Lo agarra, tira y arrastra,
Y en lugar suyo se espeta.
Asi bebe, ríe, canta,
Y al regocijo sin rienda
Se da la tribu: aquél ebrio
Se levanta, bambolea,
A plomo cae, y gruñendo
Como animal se revuelca;
Éste chilla, algunos lloran,
Y otros a beber empiezan.

De la chusma toda al cabo
La embriaguez se enseñorea,
Y hace andar en remolinos
Sus delirantes cabezas.
Empieza el bullicio entonces
Y la algazara tremenda,
El infernal alarido
Y las voces lastimeras.

Mientras, sin alivio lloran
Las cautivas miserables,
Y los ternezuelos niños,
Al ver llorar a sus madres.

Las hogueras entretanto
En la obscuridad flamean,
Y a los pintados semblantes
Y a las largas cabelleras
De aquellos indios beodos
Da su vislumbre siniestra
Colorido tan extraño,
Traza tan horrible y fea,
Que parecen del abismo
Precita, inmunda ralea,
Entregada al torpe gozo
De la sabática fiesta [1].
Todos en silencio escuchan.
Una voz entona recia
Las heroicas alabanzas
Y los cantos de la guerra.

[1] Junta nocturna de los espíritus malignos, según tradición comunicada a los pueblos cristianos por los judíos. (A.)

Guerra, guerra y exterminio
Al tiránico dominio
Del huinca [1]; engañosa paz:
Devore el fuego sus ranchos,
Que en su vientre los caranchos
Ceben el pico voraz.

Oyó gritos el caudillo,
Y en su fogoso tordillo
Salió Brian;
Pocos eran, y él delante
Venía; al bruto arrogante
Dió una lanzada Quillán.

Lo cargó al punto la indiada:
Con la fulminante espada
Se alzó Brian;
Grandes sus ojos brillaron,
Y las cabezas rodaron
De Quitur y Callupán.

Echando espuma y herido,
Como toro enfurecido
Se encaró;
Ceño torvo revolviendo,
Y el acero sacudiendo:
Nadîe acometerle osó.

[1] Huinca: voz con que designan los indios al cristiano u hombre que no es de su raza. (A.)

Valichu [1] estaba en su brazo
Pero al golpe de un bolazo [2]
Cayó Brian
Como potro en la llanura:
Cebo en su cuerpo y hartura
Encontrará el gavilán.

Las armas cobarde entrega
El que vivir quiere esclavo;
Pero el indio guapo no:
Chañil cayó como bravo
Batallando en la refriega;
De una lanzada murió.

Salió Brian airado
Blandiendo la lanza;
Con fiera pujanza
Chañil lo embistió;
Del pecho clavado
En el hierro agudo,
Con brazo forzudo,
Brian lo levantó.

Funeral sangriento
Ya tuvo en el llano;
Ni un solo cristiano
Con vida escapó.

[1] Valichu: nombre que dan al espíritu maligno los indígenas de la pampa. Hemos leído, en el Falkner, Valichu: comúnmente se dice Gualichu. (A.)

[2] Bolas: arma arrojadiza, que se compone de tres correas trenzadas, ligadas por un extremo, y sujetando, en el otro, otras tantas esferas sólidas de metal o piedra. (A.)

¡Fatal vencimiento!
Lloremos la muerte
Del indio más fuerte
Que la Pampa crió.»

Quiénes su pérdida lloran,
Quiénes sus hazañas mientan,
Óyense voces confusas,
Medio articuladas quejas,
Baladros cuyo són ronco
En la llanura resuena.
De repente todos callan,
Y un sordo murmullo reina,
Semejante al de la brisa
Cuando rebulle en la selva;
Pero, gritando, algún indio
En la boca se palmea,
Y el disonante alarido
Otra vez el campo atruena.

El indeleble recuerdo
De las pasadas ofensas
Se aviva en su ánimo entonces,
Y atizando su fiereza,
Al rencor adormecido
Y a la venganza subleva.
En su mano los cuchillos,
A la luz de las hogueras,
Llevando muerte relucen.
Se ultrajan, riñen, vocean,
Como animales feroces
Se despedazan y bregan,

Y asombradas las cautivas
La carnicería horrenda
Miran, y a Dios en silencio
Humildes preces elevan.

Sus mujeres entretanto,
Cuya vigilancia tierna
En las horas del peligro
Siempre cautelosa vela,
Acorren luego a calmar
El frenesí que los ciega,
Ya con ruegos y palabras
De amor y eficacia llenas,
Ya interponiendo su cuerpo
Entre las armas sangrientas.

Ellos resisten y luchan,
Las desoyen y atropellan
Lanzando injuriosos gritos;
Y los cuchillos no sueltan
Sino cuando, ya rendida
Su natural fortaleza
A la embriaguez y al cansancio,
Dobla el cuello y cae por tierra.

Al tumulto y la matanza,
Sigue el llorar de las hembras
Por sus maridos y deudos;
Las lastimosas endechas
A la abundancia pasada,
A la presente miseria,
A las víctimas queridas
De aquella noche funesta.

Pronto un profundo silencio
Hace a los lamentos tregua,
Interrumpido por ayes
De moribundos, o quejas,
Risas, gruñir sofocado
De la embriagada torpeza;
Al espantoso ronquido
De los que durmiendo sueñan,
Los gemidos infantiles
Del ñacurutú[1] se mezclan;
Chillidos, aúllos tristes
Del lobo que anda a la presa.
De cadáveres, de troncos,
Miembros, sangre y osamentas,
Entremezclados con vivos,
Cubierto aquel campo queda,
Donde poco antes la tribu
Llegó alegre y tan soberbia.

La noche en tanto camina
Triste, encapotada y negra;
Y la desmayada luz
De las festivas hogueras
Sólo alumbra los estragos
De aquella bárbara fiesta.

[1] Ñacurutú: especie de lechuza grande, cuyo grito se asemeja al sollozar de un niño. (A.)

SÉPTIMA PARTE

LA QUEMAZÓN

El aire estaba inflamado,
Turbia la región suprema,
Envuelto el campo en vapor;
Rojo el sol y coronado
De parda obscura diadema,
Amarillo resplandor
En la atmósfera esparcía;
El bruto, el pájaro huía,
Y agua la tierra pedía
Sedienta y llena de ardor.

Soplando a veces el viento
Limpiaba los horizontes,
Y de la tierra brotar
De humo rojo y ceniciento
Se veían como montes,
Y en la llanura ondear,
Formando espiras doradas,
Como lenguas inflamadas,
O melenas encrespadas
De ardiente, agitado mar.

Cruzándose nubes densas
Por la esfera dilataban,
Como cuando hay tempestad,
Sus negras alas inmensas;
Y más y más aumentaban
El pavor y obscuridad.

El cielo entenebrecido,
El aire, el humo encendido,
Eran con el sordo ruido,
Signo de calamidad.

El pueblo de lejos
Contempla asombrado
Los turbios reflejos;
Del día enlutado
La ceñuda faz.
El humilde llora,
El piadoso implora;
Se turba y azora
La malicia audaz.
Quién cree ser indicio
Fatal, estupendo
Del día del juicio,
Del día tremendo
Que anunciado está.
Quién piensa que al mundo,
Sumido en lo inmundo,
El cielo iracundo
Pone a prueba ya.

Era la plaga que cría
La devorante sequía
Para estrago y confusión:
De la chispa de una hoguera,
Que llevó el viento ligera,
Nació grande, cundió fiera
La terrible quemazón.

Ardiendo, sus ojos
Relucen, chispean;
En rubios manojos
Sus crines ondean
Flameando también:
La tierra gimiendo,
Los brutos rugiendo,
Los hombres huyendo,
Confusos la ven.
Sutil se difunde,
Camina, se mueve,
Penetra, se infunde;
Cuanto toca, en breve
Reduce a tizón.
Ella era: y pastales,
Densos pajonales,
Cardos y animales
Ceniza, humo son.
Raudal vomitando,
Venía de llama,
Que hirviendo, silbando,
Se enrosca y derrama
Con velocidad.
Sentada María
Con su Brian la vía:
—¡Dios mío!—decía,—
De nós ten piedad.—

Piedad María imploraba,
Y piedad necesitaba
De potencia celestial.

Brian caminar no podía,
Y la quemazón cundía
Por el vasto pajonal.

Allí pábulo encontrando,
Como culebra serpeando,
Velozmente caminó;
Y agitando desbocada
Su crin de fuego erizada
Gigante cuerpo tomó.

Lodo, paja, restos viles
De animales y reptiles
Quema el fuego vencedor,
Que el viento iracundo atiza;
Vuelan el humo y ceniza,
Y el inflamado vapor,

Al lugar donde, pasmados,
Los cautivos desdichados,
Con despavoridos ojos,
Están, su hervidero oyendo,
Y las llamaradas viendo
Subir en penachos rojos.

No hay cómo huír, no hay efugio,
Esperanza ni refugio;
¿Dónde auxilio encontrarán?
Postrado Brian yace inmoble
Como el orgulloso roble
Que derribó el huracán.

Para ellos no existe el mundo.
Detrás, arroyo profundo
Ancho se extiende, y delante,
Formidable y horroroso,
Alza la cresta furioso
Mar de fuego devorante.

Huye presto. — Brian decía
Con voz débil a María
Déjame solo morir.
Este lugar es un horno:
Huye ¿no miras en torno
Vapor cárdeno subir? —

Ella calla, o le responde:
— Dios largo tiempo no esconde
Su divina protección.
¿Crees tú nos haya olvidado?
Salvar tu vida ha jurado
Ó morir, mi corazón. —

Pero del cielo era juicio
Que en tan horrendo suplicio
No debían perecer:
Y que otra vez de la muerte
Inexorable, amor fuerte
Triunfase, amor de mujer.

Súbito ella se incorpora:
De la pasión que atesora,
El espíritu inmortal

Brota, en su faz la belleza
Estampando y fortaleza
De criatura celestial,

No sujeta a ley humana;
Y como cosa liviana
Carga el cuerpo amortecido
De su amante, y con él junto,
Sin cejar, se arroja al punto
En el arroyo extendido.

Cruje el agua, y suavemente
Surca la mansa corriente
Con el tesoro de amor;
Semejante a ondina bella
Su cuerpo airoso descuella,
Y hace, nadando, rumor.

Los cabellos atezados,
Sobre sus hombros nevados
Sueltos, relucientes van;
Boga con un brazo lenta,
Y con el otro sustenta
A flor el cuerpo de Brian.

Aran la corriente unidos
Como dos cisnes queridos,
Que huyen de águila cruel,
Cuya garra, siempre lista,
Desde la nube se alista
A separar su amor fiel.

La suerte injusta se afana
En perseguirlos. Ufana
En la orilla opuesta el pie
Pone María triunfante,
Y otra vez libre a su amante
De horrenda agonía ve.

¡Oh del amor maravilla!
En sus bellos ojos brota
Del corazón, gota a gota,
El tesoro sin mancilla,
Celeste, inefable unción;
Sale en lágrimas deshecho
Su heroico amor satisfecho,
Y su formidable cresta
Sacude, enrosca y enhiesta
La terrible quemazón.

Calmó después el violento
Soplar del airado viento:
El fuego a paso más lento
Surcó por el pajonal
Sin topar ningún escollo;
Y a la orilla del arroyo
Á morir al cabo vino,
Dejando en su ancho camino,
Negra y profunda señal.

FLORENCIO BALCARCE

Argentino 1818 - 1839

AL SEÑOR DON VÍCTOR SILVA, RECIÉN ORDENADO DE SACERDOTE

Humilla al polvo la elevada frente
Y a Dios entona ¡oh Víctor! alabanza,
Que Él te extendió su mano omnipotente
Y con paterno anhelo
Alzarte quiso a celestial bonanza.
Un día allá desde el eterno cielo,
Cuando la mansa faz volvió clemente
A esta mansión de lágrimas y duelo,
Te vió benigno que en la pobre cuna
Lanzabas el fatídico gemido
Que la vida del hombre anuncia al suelo:
A ti inclinó el oído,
Bañó tu faz en celestial contento,
Y del destino en el profundo arcano
Escrito sobre el santo firmamento,
Borró su eterna mano
Los terrenos deleites y pesares
Que a tu vida mortal guardaba el mundo,
Y a quemar suave incienso en sus altares,

A ser de sus bondades santo nuncio,
A servir de consuelo al débil hombre,
Con sello eterno consagró tu nombre.

Humíllate otra vez, Silva, pues santa
La misión es que el cielo te confía;
El Señor a otra esfera te levanta,
Y eres más que mortal desde este día.

Tus ojos ven allá sobre los cielos
Por la mano de Dios con fuego escritos
Nuevos deberes hoy, nuevos desvelos:
Persecución sin tregua a los delitos,
A la virtud apoyo,
Y a la desgracia auxilios y consuelos.
Pronto herirá tu oído
En el pajizo albergue del cristiano
De la pobreza el lúgubre alarido,
Del infortunio el lamentar en vano...
Entonces tú le tenderás la mano
Y del abismo de miseria y duelo
En que abatido el corazón yacía,
Con tu consejo sabio
Le harás alzarse a la bondad del cielo,
Y bendecir al Hacedor del día.

Tu voz entonces sonará inflexible
Contra el mortal ceñido
De pompa vana y mundanal rüido:
Bajad al polvo, clamarás, la frente,
Simulacros de cieno,
Que Dios es todo, los mortales nada;

Y este mundo, esos astros y ese trueno
Dejarán de existir eternamente
Al sonar de su voz omnipotente:
¡Adorad al Señor, ciegos mortales!
¡Bajad al polvo la orgullosa frente!

Cual ángel tutelar, del débil hombre
Tú sostendrás la marcha vacilante
Con mano poderosa,
Desde que en pobre cuna es remecido
Hasta que es sepultado en yerta fosa.
Tu mano sacra lavará la mancha
En la frente del niño ternezuelo,
Cuando gimiendo asome
A arrastrar su existencia en este suelo;
Y tu sagrada voz sonará fuerte
Sobre el lecho de muerte
En que se aleje tímido del mundo
El mortal penitente y moribundo.
Humilde siempre, humano,
El refugio serás del desgraciado,
Y protector del huérfano inocente
Y sostén del virtuoso ciudadano.

Pasaron ya los tenebrosos días
De lágrimas y horrores,
En que el mundo escuchó voces impías
De indignos sacerdotes
Tronar sobre la tierra ensangrentada,
A venganzas impuras
Incitando los pechos fraternales,
Y a clavarse los bárbaros puñales

En nombre del Señor de las alturas.
Pasaron ya los tenebrosos días
En que el débil mortal empuñó ciego
El santo crucifijo y la cuchilla,
Y entre el horror y el fuego,
Respetuoso doblando la rodilla,
Las cenizas, el humo, la venganza,
Los gemidos del mísero inocente
Y el vapor de la bárbara matanza,
Ofreció reverente
Como grato holocausto al Dios clemente.

En sangre tinta y destrucción envuelta
Así gimió la América algún día:
Sobre escombros, cadáveres, rüinas,
La cruz enrojecida se erigía,
Y el sacerdote santo
Con el soldado impío confundido
De guerra alzaba el espantoso canto
Y empuñaba la mecha enfurecido.
Era Jesús entonces a sus ojos
Un Dios sañudo ansioso de venganza,
Que en fúnebres despojos,
En muerte y guerra impía
Al lado de Jehová se complacía.
Por la codicia el hombre enceguecido,
Un Dios como él fanático anunciaba,
Y a criminal olvido
Sus sagrados preceptos relegaba.
Cuando Jesús del Gólgota en la cima
A muerte ignominiosa se vió fijo,

No saben lo que hacen,
Perdónalos, Señor, perdona», dijo.
Y cuando irreverentes
Nuestros brazos claváronle la lanza,
Dijo, en vez de: Señor, toma venganza;
«Perdónalos, Señor, son inocentes.»

Predica tú la paz: que nuestro suelo
No más en llanto humedecer se vea,
Y que la voz del cielo
Oyendo de tu boca el ciudadano,
Apague ya la destructora tea
Que arde voraz en su sangrienta mano.

Predica la clemencia: que la patria
No más se vea en sangre salpicada,
Y quede entre la vaina enmohecida
La justiciera espada...
¡La espada justiciera y fratricida!...

Píntale airado en tenebrosa nube
Nuestra soberbia frente amenazando:
El rayo pinta en su tremenda mano;
El huracán lejano
La destrucción del mundo murmurando,
Y entre el anuncio del estrago infando
De Sodoma y Gomorra escarnecidas
Las réprobas cabezas más erguidas.
Pero al soplar de Dios la ira en la tierra,
Pinta sueltos los vientos,
Los cielos conmovidos,
El mundo retemblante en sus cimientos,

La luz del sol rojiza,
Y los vanos mortales convertidos
En nube vil de polvo y de ceniza...

También yo, miserable, envanecido,
Aquí en mi seno un día
Ligero presté asilo
A la ambición de gloria y nombradía;
Mi ardiente fantasía
En sueños regalados
Mil de veces me alzó sobre la tierra,
Y me mostró a mis plantas humillados
Los hombres y la fama y la riqueza
Que el universo con orgullo encierra;
Mil de veces soñé que se escondía
Allá sobre las nubes mi cabeza,
Y que el Señor en vano a mi grandeza
Con mano airada el rayo lanzaría.

Pero tu voz interrumpió mi sueño,
¡Oh Dios omnipotente!
El dedo tuyo señaló mi frente,
Y un eco que retumba
Al rededor aun de mis oídos,
Mis sueños me mostró desvanecidos,
Y so mis pies abriéndose una tumba.

Mi paso vacilante,
Mis músculos ya yertos,
La mortal palidez de mi semblante,
A la mansión me llaman de los muertos;
Y en vano, en vano detener la vida

Pienso corriendo procelosos mares,
Y la margen florida
Voy a buscar del bullicioso Sena;
En vano todo; que la muerte siento
Difundirse por mí, de vena en vena.

¡Adiós, amigo!... Que tu esfuerzo santo
A nuestra patria mísera consuele;
Y pues ordena el venerando cielo
Que antes mi voz y corazón se hiele
Que escuche repetido por el mundo
Con respeto profundo
El nombre tuyo en premio de tu anhelo,
Yo sin gozar tan plácido momento
Débil tributo a tus virtudes dando,
En suelo extraño moriré contento...

¡Adiós, adiós! El argentino río
No más tal vez escuchará mis ecos;
Y cuando torne el ardoroso estío,
Sin dejar de mi vida un solo rastro
Sólo seré vil polvo, amigo mío.

Buenos-Aires, enero 2 de 1837.

LA PARTIDA

Circumdederunt me dolores mortis:
Dolores inferni circumdederunt me.

Psalm. XVII.

I

El Dios que la tierra y el cielo domina,
Que alienta la hormiga y el cóndor y el león,
Me ordena que deje la playa argentina:
Adiós, Buenos-Aires; amigos, adiós.

Cual hoja que pende de rama marchita,
Que baten los vientos, las aguas y el sol,
Y trémula al soplo del aura se agita
Su caída anunciando continuo temblor,

Tal seca mi vida de muerte el aliento;
Mi paso vacila, se arruga mi faz,
Y ya desprenderme del árbol me siento
Y entre hojas ¡ay! secas al suelo bajar.

Mas viene en mis sueños el ángel luciente
De dulce esperanza, mi amigo más fiel;
Su mano acaricia mi lívida frente,
Sus labios me dicen palabras de miel.

II

El ángel esparce destello divino
Moviendo sus alas en aérea región;
Destello que alumbra del negro destino
Los hondos arcanos, la obscura mansión.

Allí me describe con vivos reflejos
El mundo y los siglos que vienen en pos:
¡Oh Patria! tu nombre reluce a lo lejos,
Y el sello celeste que Dios le imprimió.

Hermosos trofeos te sirven de asiento;
Y en tanto que ciñe la gloria tu sien,
Te den mis amigos la paz y el contento
Con frentes ya calvas dictando la ley.

Y aquella corona que yace marchita
Con dos o tres hojas de tierno laurel,
¿A quién pertenece que el mundo no habita?
A alguno que el cielo... La mía es tal vez!

Mas no, que el destino mi muerte aun no ordena;
No extinta del todo mi estrella quedó;
Su trémulo curso me arrastra hacia el Sena
Adiós, Buenos-Aires; amigos, adiós.

III

En medio del mundo, yo, pobre extranjero,
Debajo de un cielo de bronce a mi mal,
Veré sólo en torno desdén altanero,
En vez de caricias de amor maternal.

Pero odio y desdenes son precio mezquino
Si el golpe de muerte consigo embotar,
Y algunos instantes robando al Destino,
Llevar mis ofrendas ¡oh gloria! a tu altar.

Entonces mil veces feliz me diría
Si viese la lumbre del sol que me crió;
Si el agua bebiese del río que un día
El pie de mi cuna bramando lamió!

De inicuos tiranos el ceño que espanta,
La turba de impíos que erguidos están,
Son granos de polvo que el viento levanta;
Cesando los vientos al suelo caerán.

Entonces ¡oh Patria! tu noble bandera
Flameando en las nubes con nuevo fulgor,
Hará que gozoso cantando yo muera:
Adiós, Buenos-Aires; amigos, adiós.

IV

Pero ¡ah! a mis oídos el viento que zumba
Es voz que me llama a la otra mansión;
Do clavo los ojos descubro una tumba,
Y un eco de muerte responde a mi voz.

Mirando a la Patria, su oprobio me humilla:
Sus hijos dormidos su afrenta no ven;
Reluce en sus cuellos sangrienta cuchilla
Y horrendas cadenas arrastran sus pies.

¡Oh Patria! si nada tu gloria me debe,
Jamás su destino del hombre pendió...
Yo he sido una gota del agua que llueve
Perdida en la noche, que el polvo bebió.

Amigos, si os llama tal vez el acaso
Al suelo extranjero do voy a morir,
Por Dios, en mi tumba tened vuestro paso:
No todos, no todos se olviden de mí.

Adiós, dulce sombra del techo paterno;
Adiós, compañeros de infancia feliz:
Amigos queridos, mi adiós es eterno:
Adiós, Buenos-Aires, mil veces y mil.

A bordo del *Phyladelphe*, 1837.

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ

(Argentino — 1809-1878)

A MI CABALLO

Rey de los llanos de la patria mía,
Mi tostado alazán, ¡quién me volviera
Tu fiel y generosa compañía
Y tu mirada inteligente y fiera!

¿Has llorado por mí? ¿Cuándo otra mano
Limpia el polvo a la crin de tus melenas,
Recibes las caricias siempre ufano,
Adviertes, alazán, que son ajenas?

Tu pobre dueño, errante, vagabundo,
Tan sólo de recuerdos ha vivido,
Y en todos los caminos de este mundo
La imagen de la patria le ha seguido.

Patria es amor, es entusiasmo, es gloria,
Es el aliento de la vida humana,
La constante visión de la memoria,
El sueño de la noche y la mañana.

Tú mismo, el cuello de dolor doblado,
La nativa llanura abandonaste,
Y el lago cristalino y azulado
En el rico pesebre recordaste.

¡Es tan hermoso el cielo! ¡Son tan bellos
Los astros que en el Plata se reflejan!
¡Con renegridos ojos y cabellos
Esclavo el corazón sus hijas dejan!

Crecen allí las flores y las mieses
Sin el cansancio de la frente humana,
Y señala el camino de los meses
Fruto sabroso que perfume emana...

¿Te acuerdas, mi alazán, de aquella aurora
Cuando llegando a la ventana mía,
Hallaste mi cabeza indagadora
Ante el libro doblada que mentía?

Ya del oriente el resplandor velaba
Del lucero de amor la mustia lumbre,
Y la aromada brisa que reinaba
El pecho me llenó de mansedumbre.

Un no sé qué sentí; como incompleto
Mi ser me pareció; tendí los brazos,
Y sólo sombras y silencio quieto
Halló mi corazón hecho pedazos.

Era el amor, la luz de la existencia,
Que en mi inocente corazón nacía,
Y a mi joven incauta inexperiencia
Placeres y deleites prometía.

¡ Placer... deleite ! Espinas y dolores
Sólo encontré cuando clavé los ojos
En los de una mujer, tan seductores,
Que alfombra hizo a su pie de mis despojos.

¡ Oh ! Yo la amé cual se ama la primera,
La vez primera que el amor sentimos,
Cuando está el corazón en primavera
Y al són de las pasiones nos abrimos.

La idolatré, y hasta la estampa leve
Besé de sus pisadas vagarosas
Sobre la hierba de la senda breve
Formada de jazmines y de rosas,

Y en las arenas de mi patrio río,
Cuando ella, entre las bellas argentinas,
En las auroras dulces del estio
Se bañaba en las ondas cristalinas.

Tú, mi alazán, amigo fiel ausente,
Más de una vez has inundado el seno
De otro alazán fogoso y diligente,
Con la argentada espuma de tu freno.

Tus huellas con las suyas confundidas
Se vieron muchas veces en la arena,
Cuando en voces del alma desprendidas
Conversaba de amor con mi morena.

Tú conocías como yo el sendero
Por mi amada en los campos preferido,
Y el paso redoblabas placentero,
De mi impaciente látigo al chasquido.

Más de una vez desde tu inquieta espalda
De flores despoblé la enredadera,
Para adornar su sien de una guirnalda
Que jugase en su negra cabellera.

Tú entre las calles de mi patria hallabas,
Puesto ya el sol, su calle y su ventana,
E inclinando la frente, te parabas
Ante la que era el sol de mi mañana.

¡Todo pasó! Del pobre desterrado
En el variable pecho de la bella
No hay ni un recuerdo del amor pasado,
Ni en sus paternos campos una huella.

1844. En el mar.

JOSÉ MÁRMOL

(Argentino — 1818-1881)

LOS TRÓPICOS

(FRAGMENTO DE UN POEMA MANUSCRITO: «EL PEREGRINO»)

Y en medio de las sombras
Enmudece la voz del Peregrino,
Y el rumor de las ondas solamente
Y el viento resbalando por el lino
Sobre el *Fénix*[1] se oía,
Que como el genio de la noche huía
En las alas del viento tristemente,
Alumbrando sus huellas
Sobre el azul y blanco las estrellas.

. . . .

¡Qué bello es al que sabe sentir con la natura
Pasar al Mediodía del circo tropical,
Y comparar el cielo de la caliente zona
Con el que tibio pinta la luz meridional!

[1] Nombre del buque.

¡Los trópicos! ¡Radiante palacio del crucero[1]
Foco de luz que vierte torrentes por doquier!
Entre vosotros toda la creación rebosa
De gracia y opulencia, vigor y robustez.

Cuando miró imperfecta la creación tercera
Y le arrojó él diluvio la mano de Dïos,
Naturaleza llena de timidez y frío
Huyendo de los polos al trópico subió.

Y cuando dijo: «¡Basta!» volviéndola sus ojos,
Y decretando al mundo su nuevo porvenir,
Alientos de su boca los trópicos sintieron
Y reflejarse el rayo de su mirada allí.

Entonces como premio del hospedaje santo
Naturaleza en ellos su trono levantó,
Dorado con las luces de la primer mirada,
Bañado con el ámbar del hálito de Dios.

Y derramó las rosas, las cristalinas fuentes,
Los bosques de azucenas, de mirtos y arrayán;
Las aves que la arrullan en melodía eterna,
Y por su linde ríos más anchos que la mar.

Las sierras y los montes en colosales formas,
Se visten, con las nubes, de la cintura al pie:
Las tempestades ruedan, y cuando al sol ocultan
Se mira de los montes la esmeraltada sien.

Su seno engalanado de primavera eterna
No habita ese bandido del Andes morador,

1 [illegible]

Que de las duras placas de sempiterna nieve
Se escapa entre las nubes a desafiar al sol.

Habitan confundidos la tigre y el jilguero,
Tucanos, guacamayos, el león y la torcaz,
Y todos, cuando extiende su obscuridad la noche,
Se duermen bajo el dátil en lechos de azahar.

La tierra de sus poros vegetación exhala
Formando pabellones para burlar al sol,
Ya que su luz desdeña, pues tiene del diamante,
Del oro y del topacio magnífico esplendor.

Naturaleza virgen, hermosa, radïante,
No emana sino vida, y amor, y brillantez:
Donde cayó una gota del llanto de la aurora,
Sin ver pintadas flores no muere el astro-rey.

Así como la niña de quince primaveras,
De gracias rebosando, de virginal amor,
No bien recibe el soplo de enamorado aliento
Cuando a su rostro brotan las rosas del rubor...

¡Los trópicos! El aire, la brisa de la tarde
Resbala como tibio suspiro de mujer,
Y en voluptuosos giros besándonos la frente
Se nos desmaya el alma con dulce languidez.

Mas ¡ay! otra indecible, sublime maravilla
Los trópicos encierran, magnífica: «la luz»,
La luz ardiente, roja, clarísima, brillante,
En ondas se derrama por el espacio azul.

¿Adónde está el acento que describir pudiera
El alba, el mediodía, la tarde tropical,
Un rayo solamente del sol en el ocaso,
O del millón de estrellas un astro nada más?

Allí la luz que baña los cielos y los montes
Se toca, se resiste, se siente difundir:
Es una catarata de fuego despeñada
En olas perceptibles que bajan del cenit.

El ojo se resiente de su punzante brillo,
Que, cual si reflectase de placas de metal,
Traspasa como flecha de imperceptible punta
La cristalina esfera de la pupila audaz.

Semeja los destellos espléndidos, radiantes,
Que en torbellino brota la frente de Jehová,
Parado en las alturas del Ecuador, mirando
Los ejes de la tierra por si a doblarse van.

Y con la misma llama que abrasa, vivifica
La tierra que recibe los rayos de su sien,
E hidrópica de vida, revienta por los poros,
Vegetación manando para alfombrar su pie.

Y cuando por las tardes, al soplo de la brisa,
Se parten las montañas flotantes de vapor,
Las luces son entonces vivientes inflamados
Que en grupos se amontonan a despedir al sol.

Enrojecidas sierpes entre doradas mieses
Caracoleando giran en derredor a él,
Y azules mariposas en bosques de rosales
Coronan esparcidas su rubicunda sien.

Y más arriba, cisnes de nítido plumaje
Nadando sobre lagos con lindes de coral,
Saludan al postrero suspiro de la tarde
Que vaga como pardo perfume del altar.

Y muere silenciosa mirando las estrellas
Que asoman indecisas su pálido color;
Así como las hijas en torno de la madre
Cuando recibe su alma la mano del Señor.

Si en peregrina vida por los etéreos llanos
Las fantasías bellas de los poetas van,
Son ellas las que brillan en rutilantes mares,
Allá en los horizontes del cielo tropical.

Allí las afecciones se avivan en el alma;
Allí se poetiza la voz del corazón;
Allí es poeta el hombre; allí los pensamientos
Discurren solamente por la región de Dios.

Un poco más... y el mustio color de las estrellas
Al paso de la noche se aviva en el cenit,
Hasta quedar el cielo bordado de diamantes
Que por engaste llevan aureolas de rubí.

Brillantes, despejadas, inspiradoras, bellas,
Parecen las ideas del infinito Ser,
Que vagan por el éter en pétalos de lumbre
Apenas de su labio las deja desprender.

Y en medio de ellas, rubia, cercana, transparente,
Con iris y aureolas espléndidas de luz,
La luna se presenta como la Virgen-madre
Que pasa bendiciendo los hijos de Jesús.

LAS NUBES

FRAGMENTO DE «EL PEREGRINO»

Gloria a vosotros, vaporosos velos
Que flotáis en la frente de los cielos
Como alientos perdidos
Del que arrojó los astros encendidos,
O cual leves encajes
Que velan de su rostro la hermosura,
Enseñando al través de los celajes
De sus azules ojos la dulzura,
El alabastro de su frente hermosa,
Su labio de corales,
Y en bellas espirales
Su cabellera de oro luminosa.

¿O sois, decidme, acaso los reflejos
Del alma de mi Dios? ¿Bendice al mundo
Cuando de oro y azul pintáis la esfera
Y derramáis colores
Ricos en fantasías y en amores
Como los años de la edad primera?

¿Comtempla el orbe y de placer sonríe
Cuando a la frente cándida del alba
Asomáis con el tinte de la rosa,
Cual el rubor al pálido semblante
De virgen candorosa
Al primer beso de su tierno amante?

Al contemplar el mundo,
¿Se acuerda de su bello paraíso,
Y que el hombre infeliz cambiarlo quiso
Por el que habita lodazal inmundo;
Y por el hombre siente,
Y se le anubla de pesar la frente
Cuando quedáis en la tranquila tarde
Con esa luz fantástica, sombría,
Entre el ser y el no ser del tibio día?

¿Sois el imán entonces misterioso
Que arrastra a meditar el pensamiento,
Y agita silencioso
Dentro del corazón el sufrimiento?
¡Quién en vosotras húmedos los ojos
No clavó alguna vez, cuando del día
Va muriendo la luz, cual va muriendo
Del alma con los años la alegría,
Y la enlutada noche hasta el ocaso
Llega, cual la vejez, paso tras paso!

Decid nubes, decid, ¿sois los reflejos
Del alma de mi Dios?... El rudo crimen
De la obcecada humanidad primera
Arrancó de sus labios soberanos
Tremenda maldición. Cayó en la frente
De la obra de sus manos
El rayo de su voz omnipotente;
Y vosotras rodando por la esfera,
Hidrópicos los senos,
Lanzasteis cual torrente furibundo,

Entre millón de truenos,
Las aguas del diluvio sobre el mundo.

Cuarenta veces la inundada tierra
En sus ejes rodó; y en todas ellas
No iluminara el sol ni las estrellas
Las sombras del airado firmamento;
Y tan sólo a vosotras en contino
Y rápido volar negras mirara,
Lanzando en torbellino
A su maldita frente
Las ondas y las ondas del torrente.
Cumplióse el fallo irrevocable y justo
Del poderoso juez del universo,
Y a su semblante, adusto
Al castigar el crimen del perverso,
Asomó la alegría,
Y vosotras con ella
Bañadas del color del claro día,
Al decir: *Basta,* y levantar del Arca
El porvenir del mundo en el Patriarca.

Allí está con la réproba Sodoma
Su maldición también. Allí vosotras
Al eco de su voz acudís luego,
Y en encendidas fuentes se desploma
De vuestro rojo seno un mar de fuego...
Y al volver el semblante
De la hirviente ceniza el Ser divino,
En pos de su camino
Vais siguiendo su planta
A iluminar de Abraham la ciudad santa.

Allí exhala Jesús el postrimero
Dolorido suspiro en el madero;
Allí también, oh nubes misteriosas,
Pálidas os contemplo y silenciosas,
Cubrir la luz del luminar del cielo
Y por el Hombre-Dios vestir de duelo.
Decid, nubes, decid, ¿sois el reflejo
Del alma de mi Dios? ¿Sois sus enojos,
Y el eco de su acento,
Y el fuego de sus ojos
Terrible centellando,
Cuando en montes trepáis al firmamento
La recia y ruda tempestad rodando?
Ese trueno, ¿es su voz? Esa serpiente
De fugitiva luz, ¿es la mirada
Que lanza de repente
Al volar su carroza de topacios
Chispeando estrepitosa en los espacios?
¡Salud, nubes, salud!... ¡Sí, sois las bellas
Luces de un rico y eternal espejo,
Donde el Dios que conserva las estrellas
De su alta voluntad muestra el reflejo!

Y por eso de amor nos extasiamos
Cuando azuláis los cielos,
Bellas cual los primeros dulces años;
Y tímidos temblamos
Cuando os tornáis encapotados velos,
Tristes como los tristes desengaños.
Y en la tarde tranquila
Por eso el corazón medita y flota

En la mar de recuerdos dilatada,
Y del cáliz del alma tibia gota
Empaña la pupila,
Fija en el horizonte la mirada
Por vuestro imán fatídico arrastrada.

¡Ay! ¡Cuántas veces de la verde orilla
Del río cuyas ondas arrullaron
Mis sueños al nacer, húmeda en llanto
La pálida mejilla,
Mis ojos en vosotras se clavaron!

¡Y no era aun infeliz! ¡Aun no la mente
Desplegando la momia de la vida,
Al corazón valiente
Con su esqueleto lívido asustara,
Y el corazón, volviendo
La vista entristecida,
Sus lazos con el mundo desatara!

¡Pero ya un no sé qué de misterioso
En el fondo de mi alma se escondía,
Y os procuraba inquieto y silencioso
Entre el ser y el no ser del tibio día!
Así la joven que inexperta siente
La primera impresión dentro del alma,
Sin saber el por qué de sus sonrojos,
Teme y evita los extraños ojos,
Y, el corazón sin calma,
Por el jardín, perdida,
En las flores se fija distraída.

¡Cuántas veces proscripto y peregrino,
Sin amor, sin hogar, sin esperanza,
Desde extranjera roca
Os contemplé llorando mi destino,
Y con esa expresión que nunca alcanza
El labio a repetir, el alma mía
Os contó sus pesares,
Triste como el crepúsculo del día,
Desde la arena de extranjeros mares!...

Hay momentos, oh nubes,
Que misterioso eléctrico fluído
El alma con vosotras armoniza,
Y al hombre, con el polvo confundido,
Ángel segunda vez lo diviniza.

Os he visto cubrir los horizontes
Del cielo tropical, y erais, oh nubes,
De oro y rubíes movedizos montes.
Si tiene el Hacedor trono y querubes,
Ni el trono es más espléndido de galas,
Ni las pequeñas alas
De los querubes bellos
Más bordadas de fúlgidos destellos.
Allí mi fantasía
Ahogaba los recuerdos con deseos,
Y en dulces devaneos
Menos os daba mi alma que os pedía.
Allí el amor de mi adorada hermosa
Era un perfume, emanación de vida:
Allí era la mujer purpúrea rosa
De la guirnalda del Señor caída.

Mas ¡ay! también del aterido polo
Cubrís los cielos como pardo manto;
Y yo, desde un bajel perdido y solo,
Donde nadie cantó, nubes, os canto.

Despeñadas cruzáis el firmamento
Rápidas como herido pensamiento,
Y atónita os contempla
Mi alma, como el enojo soberano
Lanzado en derredor de este Oceano,
Que encarcelado y solo
Entre el linde de América y del mundo
Maldice de su cárcel los confines,
Y en rudos parasismos,
Sacudiendo sus crines,
Salta de los abismos
Para invadir los cielos furibundo.

Y desde el frágil tembloroso leño,
Dios y la humanidad en mi memoria,
La humanidad con su doliente ceño,
Dios con su poderío y con su gloria.
Decid, nubes, decid, ¿quién un tributo
No os rindió alguna vez? En el contento,
O con el alma en luto,
¿Qué mortal no os ha dado un pensamiento?

En las noches serenas,
Cuando flotáis en torno de la luna
Cual ondas de humo de encendida pasta,
Que, sostenidas en el aire apenas,
Soplo sutil a deshacerlas basta,

El corazón dolido,
¿Qué madre no ha llorado con vosotras
El dulce fruto de su amor perdido;
O amorosa y prolija,
No imaginó entre flores
El porvenir de su inocente híja?...

¿Qué virgen no os ha dicho sus amores,
O la tardía ausencia
Del ídolo feliz de su existencia?
En la noche sombría,
Cuando voláis en densa muchedumbre,
Como inquietas ideas
De recóndita negra incertidumbre,
¿Adónde el alma impía
Que miró sin temor al cielo airado?
¿Qué genio no ha volado
En alas de su ardiente fantasía?
¿Qué desterrado, acaso,
En los velos de nácar y zafiro
Que bajáis al Ocaso,
No ha mandado a su patria algún suspiro?...

Pasad, nubes, pasad. Pasad serenas
Para aliviar las escondidas penas
De mis tristes hermanos en el Plata.
Y del proscripto bardo
Que vaga peregrino
Y os canta, oh nubes, desde el frágil pino,
Revelad a su dulce patria bella
Cuánto suspira el corazón por ella:

Que por ella en el mundo errante llora,
Y cuanto más padece más la adora.

1845

A ROSAS, EL 25 DE MAYO

«Al triunfo, la agonía siguió del moribundo,
Al ¡viva! del combate, de servidumbre el ¡ay!
....
Yo sé que vendrá un tiempo para la patria mía
De paz y de ventura, de gloria y hermandad».

JUAN CARLOS GOMEZ.

I

Miradlo, sí, miradlo. ¿No veis en el Oriente
Tiñéndose los cielos con oro y arrebol?
Alzad, americanos, la coronada frente;
Ya viene a nuestros cielos el venerado sol.

El sol de los recuerdos, el sol del Chimborazo,
Que nuestros viejos padres desde la tumba ven:
Aquellos que la enseña de Mayo con su brazo
Clavaron victoriosos en su nevada sien.

¡Veneración! Las olas del Plata le proclaman,
Y al Ecuador el eco dilátase veloz;
Los hijos de los héroes «¡Veneración!» exclaman,
Y abiertos los sepulcros responden a su voz.

II

¡Sus hijos! ¿Por qué huyeron de sus paternos lares
Cual hojas que se lleva sin rumbo el huracán?
¿Por qué corren proscriptos sin patria y sin hogares
A tierras extranjeras a mendigar el pan?

Y al vislumbrar de Mayo las luces divinales,
¿Por qué no los embriaga la salva del cañón,
Los vivas de los libres, los cánticos triunfales
Y el ruido de las ondas del patrio pabellón?

La cuna de los libres, la emperatriz del Plata,
¿Por qué está de rodillas sin vitorearte, ¡oh sol!
¿Por qué como otros días sus ecos no dilata
Cuando los cielos tiñes con oro y arrebol?

III

Emboza, oh sol de Mayo, tus rayos en la esfera,
Que hay manchas en el suelo donde tu luz brilló:
Suspende, sí, suspende tu espléndida carrera:
No es esa Buenos-Aires la de tu gloria, no.

La luz de los recuerdos con que a mis ojos brillas,
Para evitar su mengua sepúltala ¡por Dios!
¡La emperatriz del Plata te espera de rodillas,
Ahogada entre gemidos su dolorida voz!

Un hombre ha renegado de tu homenaje eterno,
Robando de tus hijos la herencia de laurel;
Salvaje de la Pampa que vomitó el infierno
Para vengar acaso su maldición con él.

IV

¡Ah Rosas! No se puede reverenciar a Mayo
Sin arrojarte eterna, terrible maldición;
Sin demandar de hinojos un justiciero rayo
Que súbito y ardiente te parta el corazón.

Levanta tu cabeza del lodazal sangriento
Que has hecho de la patria que te guardaba en sí;
Contempla lo que viene cruzando el firmamento,
Y dinos de sus glorias lo que te debe a ti.

La mancha que en el suelo no borrarán los años,
Porque la tierra en sangre la convertiste ya,
Contempla, y un instante responde sin engaños:
¡Quién la arrojó, y gozando de contemplarla está!

V

Contempla lo que viene cruzando el firmamento
Con luces que recuerdos iluminando van,
Y dinos si conservan memoria de tu aliento
Los inmortales campos de Salta y Tucumán.

Si el sello de tu planta se mirará en los Andes,
O acaso en Chacabuco, o en Maipo, o en Junín;
O si marcando hazañas más célebres y grandes
Habremos de encontrarlo por Ayacucho, en fin.

Enséñanos siquiera la herida que te abruma,
Pero que hermosa y noble sobre tu pecho está,
Y dinos que lidiando la hubiste en Ayohuma
O acaso en Vilcapugio, Torata o Moqueguá.

VI

¡Ah Rosas! Nada hiciste por el eterno y santo
Sublime juramento que Mayo pronunció;
Por eso vilipendias y lo abominas tanto,
Y hasta en sus tiernos hijos tu maldición cayó.

Cuando de bayonetas se despeñó un torrente
Bordando de victorias el mundo de Colón,
Salvaje, tú dormías tranquilo solamente
Sin entreabrir tus ojos al trueno del cañón.

Y cuando tus hermanos al pie del Chimborazo
Sus altaneras sienes vestían de laurel,
Al viento la melena, jugando con tu lazo,
Por la desierta Pampa llevabas tu corcel.

VII

¡Ah! Nada te debemos los argentinos, nada;
Sino, miseria, sangre, desolación sin fin;
Jamás en las batallas se divisó tu espada;
Pero mostraste pronto la daga de Caín.

Cuando a tu patria viste debilitado el brazo,
Dejaste satisfecho la sombra del ombú,
Y al viento la melena, jugando con tu lazo
Las hordas sublevaste, salvajes como tú.

Y tu primer proeza, tu primitivo fallo,
Fué abrir con tu cuchillo su virgen corazón,
Y atar ante tus hordas al pie de tu caballo
Sus códigos, sus palmas y el rico pabellón.

VIII

Tan sólo sangre y cráneos tus ojos anhelaron,
Y sangre, sangre a ríos se derramó doquier;
Y de apilados cráneos los campos se poblaron
Donde alcanzó la mano de tu brutal poder.

¿Qué sed hay en tu alma? ¿Qué hielos en tus fibras?
¿Qué espíritu o demonio su inspiración te da,
Cuando a tu rudo labio tu pensamiento vibras,
Y en pos de la palabra la puñalada va?

¿Qué fiera en sus entrañas alimentó tu vida
Nutriéndote las venas su ponzoñosa hiel?
¿Qué atmósfera aspiraste? ¿Qué fuente maldecida
Para bautismo tuyo te preparó Luzbel?

IX

¿Qué ser velado tienes que te resguarda el paso
Para poder buscarlo con el puñal en pos?
¿Cuál es de las estrellas la que te alumbra acaso,
Para pedir sobre ella la maldición de Dios?

¿En qué hora sientes miedo dentro tu férreo pecho,
Para llamar visiones que su pavor te den?
¿En qué hora te adormeces tranquilo sobre el lecho,
Para llamar los muertos a sacudir tu sien?

¡Prestadme, tempestades, vuestro rugir violento
Cuando revienta el trueno bramando el aquilón;
Cascadas y torrentes, prestadme vuestro acento
Para arrojarle eterna tremenda *maldición!...*

X

Cuando a los pueblos postra la bárbara inclemencia
De un déspota que abriga sangriento frenesí,
El corazón rechaza la bíblica indulgencia:
De tigres nada dijo la voz del Sinaí.

El Bueno de los buenos desde su trono santo
La renegada frente maldijo de Luzbel;
La humanidad, entonces, cuando la vejan tanto,
También tiene derecho de maldecir como él.

Sí, Rosas, te maldigo. Jamás dentro mis venas
La hiel de la venganza mis horas agitó:
Como hombre, te perdono mi cárcel y cadenas;
Pero como argentino, las de mi patria, no.

XI

Por ti esa Buenos-Aires que soportar sabía
Sobre su espalda un mundo, bajo su planta un león,
Hoy débil y postrada no puede en su agonía
Ni domeñar siquiera tu bárbara ambición.

Por ti esa Buenos-Aires más crímenes ha visto
Que hay vientos en la Pampa y arenas en el mar;
Pues de los hombres harto, para ofender a Cristo,
Tu imagen colocaste sobre el sagrado altar.

Por ti sus buenos hijos, acongojado el pecho,
La frente doblegamos bajo glacial dolor,
Y hasta en la tierra extraña que nos ofrece un techo
Nos viene persiguiendo, salvaje, tu rencor...

XII

Mas ¡ay! de la tormenta los enlutados velos
Se cambian en celajes de nácar y zafir,
Y el sol de los recuerdos nos grita de los cielos
Que en pos de la desgracia nos viene el porvenir.

Hay más allá, es el lema de su divina frente
Grabado por la mano purísima de Dios;
Y el Chimborazo, al verlo lucir por el Oriente,
Hay más allá, responde con su gigante voz.

Hay más allá, los héroes al expirar clamaron,
Poblando con su grito de América el confín,
Y entre vapor de sangre, *Hay más allá,* exhalaron
Los campos de Ayacucho, de Maipo y de Junín.

XIII

Sí, Rosas; vilipendia con tu mirar siniestro
El sol de las victorias que iluminando está;
Disfruta del presente, que el porvenir es nuestro,
Y entonces ni tus huesos la América tendrá.

Sí, Rosas, vendrá un día terrible de venganza
Que temblará en tu pecho tu espíritu infernal,
Cuando tu trono tumben los botes de la lanza
O el corazón te rasgue la punta del puñal.

Como revienta el Etna tremendo de repente,
Reventarán los pueblos que doma tu ambición;
Y cual vomita nubes de su ceniza hirviente
Vomitarán los pueblos el humo del cañón.

XIV

Entonces, sol de Mayo, sus días inmortales
Sobre mi libre patria recordarán en ti;
Y te dirán entonces los cánticos triunfales
Que es esa Buenos-Aires la de tu gloria, sí.

Entonces desde el Plata sin negra pesadumbre
Te mirarán tus hijos latiendo el corazón,
Pues opulenta entonces, reflejará tu lumbre
En códigos y palmas y rico pabellón.

Y al extenderse hermoso tu brillantino manto
Ni esclavos ni tiranos con mengua cubrirá;
Que entonces de ese Rosas que te abomina tanto
Ni el polvo de sus huesos la América tendrá.

Montevideo, Mayo 1843

ROSAS

EL 25 DE MAYO DE 1850

¡Rosas! ¡Rosas! un genio sin segundo
Formó a su antojo tu destino extraño:
Después de Satanás, nadie en el mundo,
Cual tú, hizo menos bien ni tanto daño.

Abortado de un crimen, has querido
Que se hermanen tus obras con tu origen;
Y, jamás del delito arrepentido,
Sólo las horas de quietud te afligen.

Con las llamas del Tártaro encendidas
Una nube de sangre te rodea;
Y en todo el horizonte de tu vida
Sangre ¡bárbaro! y sangre, y sangre humea.

Tu mano conmoviera como el rayo
Los cimientos de un templo, y, de repente,
Desde el altar los ídolos de Mayo
Vertieron sangre de su rota frente.

La Justicia se acerca religiosa
A llamar en la tumba de Belgrano;
Y ese muerto inmortal le abre su losa,
Alzando al cielo su impotente mano.

La Libertad se escapa con la Gloria
A esconderse en las grietas de los Andes;
Reclamando a los hielos la memoria
De aquellos tiempos en que fueron grandes.

Los ídolos y el tiempo desparecen;
Se apagan los radiantes luminares,
Y en sangre inmaculada se enrojecen
Los fragmentos de piras y de altares.

Gloria, nombre, virtud, patria argentina,
Todo perece do tu pie se estampa,
Todo hacen polvo, en tu ambición de ruina,
Bajo el casco los potros de tu pampa.

Y bien, Rosas, ¿después? tal es — atiende —
La pregunta de Dios y de la historia:
Ese *después* que acusa o que defiende
En la ruina de un pueblo o en su gloria.

Ese *después* fatal a que te reta
Sobre el cadáver de la patria mía,
En mi voz inspirada de poeta,
La voz tremenda del que alumbra el día.

Habla, y, en pos la destrucción, responde:
¿Dó están las obras que brotó tu mano?
¿Dónde tu creación? ¿Las bases dónde
De grande idea o pensamiento vano?

¿Qué mente hubiste en tu sangriento insomnio
Que a tanto crimen te impeliese tanto?
¡Aparta, aparta, aborto del demonio
Que haces el mal para gozar del llanto!

La raza humana se horroriza al verte,
Hiena del Indo transformada en hombre;
Mas ¡ay de ti, que un día al comprenderte
No te odiará, despreciará tu nombre!

El tiempo sus momentos te ha ofrecido;
La fortuna ha rozado tu cabeza;
Y, bárbaro y no más, tú no has sabido
Ni ganar tiempo, ni ganar grandeza.

Tumbaste una república, y tu frente
Con diadema imperial no elevas ledo;
Murió la libertad, y, omnipotente,
Esclavo vives de tu propio miedo.

Quieres ser rey, y temes se convierta
En la corona de Milán la tuya;
Quieres ser grande, y tu ánima no acierta
Cómo elevarte de la esfera suya.

Tu reino es el imperio de la muerte;
Tu grandeza, el terror por tus delitos;
Y tu ambición, tu libertad, tu suerte
Abrir sepulcros y formar proscritos.

Gaucho salvaje de la pampa ruda,
Eso no es gloria, ni valor, ni vida;
Eso sólo es matar porque desnuda
Te dieron una espada fratricida.

Y, grande criminal en la memoria
Del mundo entero, de tu crimen lleno,
Serás reptil que pisará la historia
Con asco de tu forma y tu veneno!

Nerón da fuego a Roma, y la contempla,
Y hay no sé qué de heroico en tal delito;
Mas tú, con alma que el demonio templa,
Cuanto haces lleva tu miseria escrito.

Ningún Atrida al peligrar vacila,
Y tú, más que ellos para el mal, temblaste;
Y más sangriento que el sangriento Atila,
Jamás la sangre de la lid miraste.

En todas esas águilas que asieron
La humanidad, y en fiebre carnicera
Con sus garras metálicas la hirieron,
Cupo alguna virtud: valor siquiera.

Pero tu corazón sólo rebosa
De miserias y crímenes y vicios,
Con una sed estúpida y rabiosa
De hacer el mal y de inventar suplicios.

Ni siquiera te debes el destino
Con que tu sed de sangre has apagado;
Tigre que te encontraste en el camino
Un herido león que has devorado.

Espíritu del mal nacido al mundo,
No has sido bueno ni contigo mismo;
Y sólo dejarás un nombre inmundo
Al descender a tu primer abismo.

Te nombrarán las madres a sus hijos
Cuando asustarlos en la cuna quieran;
Y ellos, temblando y en tu imagen fijos,
Se dormirán soñando que te vieran.

Los trovadores pagarán tributo
A los cuentos que invente tu memoria;
Y execrando tus crímenes sin fruto,
Rudo y vulgar te llamará la Historia.

¡Ah, que casi tus crímenes bendigo,
Ante el enojo de la patria mía,
Por que sufras tan bárbaro castigo
Mientras alumbre el luminar del día!

Porque mientras el sol brille en el Plata
Aquel castigo sufrirás eterno;
Nunca a tu nombre la memoria ingrata:
Nunca a tu maldición el pecho tierno;

Y por último azote de tu suerte,
Verás al expirar que se levanta
Bello y triunfante y poderoso y fuerte
El pueblo que ultrajaste con tu planta.

Pues no habrá en él, de tus aleves manos,
Mas que una mancha sobre el cuello apenas;
Que tú no sabes, vulgo de tiranos,
Ni dejar la señal de tus cadenas.

VENTURA DE LA VEGA

(Argentino. — 1807 - 1865)

LA AGITACIÓN

¡Imposible arrancar del alma mía
Sino acentos de amor!... ¡Caber no puede
Donde impera tu imagen adorada,
Patria, gloria, amistad!... cuanto solía
Mi pecho conmover... ¡ya todo cede
A la ardiente mirada
De tus luceros bellos!
Mal mi grado, a sus mágicos destellos
Mi turbulenta vida está sujeta,
Como al influjo de fatal cometa.
Cede el bajel al ímpetu rugiente
Del huracán sañudo,
Y al puerto amigo arrebatar se siente,
O va a estrellarse en el peñasco rudo:
Así en la fiebre do anhelando gira
Esta alma delirante,
Tus ojos son, Amira,
Los que entre el puerto y el peñasco, errante,

Sin elección, perdido el albedrío,
La oscilación del huracán le imprimen,
Y en ciego desvarío
Lánzase a la virtud, lánzase al crimen.

¡Y este vaivén continuo, esta perpetua
Conmoción es la vida! — ¡Cuántas horas
Mudo, yerto, insensible,
Como la piedra en que sentado estaba,
En seguir las sonoras
Ondas de la corriente que pasaba
Inerte consumía!
¡Cuántas, la vista atenta
Iba siguiendo estúpida la lenta
Sombra que en derredor del tronco huía!

Campo de soledad, yo te buscaba,
Porque el mundo decía
Que la felicidad en ti habitaba,
Y en aquel corazón que la invocaba
Su misterioso bálsamo vertía.
Mi corazón de fuego
En ti no la encontró: floresta umbría,
Silenciosa montaña, campo triste,
Yo la paz de la vida te pedía,
Tú la paz de la tumba me ofreciste.

Felicidad, ¿dó estás? — Este vacío
Que al dilatarse el corazón no llena,
Vén, ocúpalo tú. Si ronco suena
El guerrero clarín, y a la matanza
El hombre vuela contra el hombre, díme:

¿Bastaráme empuñar la férrea lanza
Y a la pugna volar? Cuando mi diestra
Al són triunfal de los preñados bronces,
En sangre bañe la mortal palestra,
Misteriosa deidad, ¿te hallará entonces?

En el tropel del mundo
Yo también te busqué. Torvo guerrero,
Sobre carro veloz, de lauro ornado
Agitando el acero,
En lágrimas y sangre salpicado,
Raudo al cruzar la turba peregrina,
«¡Felicidad, felicidad!» clamaba;
Y en tanto: «¡Aquí domina!»,
Otro desde la tumba me gritaba.

¿En la vida? ¿En la muerte?
¿Dónde estás para mí? —¡Silencio mudo!
¡Y las horas corrían!...
¡Y los años volaban!...
Las hojas de los árboles caían...
Las hojas en los árboles brotaban.

¡Una mujer! Con su flotante velo
Tocó al pasar mi frente:
Trocóse en fuego de mi pecho el hielo,
Mis entrañas temblaron de repente;
Los brazos tiendo a la fantasma bella;
Mas al asirla, alzada
Vi una ara ante mis pies, y detrás de ella
Mi visión adorada,
Y un misterioso acento que decía:

« ¡ Profanación... delito ! »
Y en su abatida frente se leía
Un juramento escrito.
Mi planta no, mas de mi pecho ciego
Llegó un lamento a penetrar su oído,
¡ Y en sus trémulos labios tocó el fuego
De mi ardiente gemido !
Abrió sus ojos por la vez primera
Dejándome con sola una mirada,
En devorante hoguera
Toda el alma abrasada.

¡ Ah ! ¿ qué me importa ? Agitación sublime,
¡ Yo te adoro ! ¡ Tú eres
Alma de mi existencia ! — Oprime, oprime
Un corazón a quien la calma espanta ;
Inunda, inunda mi mejilla en lloro ;
Clamar me oirás entre congoja tanta :
Agitación sublime, ¡ yo te adoro !

ORILLAS DEL PUSA

¡ Qué calor !... sudando llego,
Por la empinada montaña
Resbalando,
A este valle que en sosiego
Tu corriente, oh Pusa, baña
Susurrando.

Déjame un rato olvidar
En tus orillas mis penas,
Y el sediento
Labio en tus ondas mojar,
Y en tus húmedas arenas
Dame asiento.

Tu raudal, de ese elevado
Monte al Tajo, en raudo giro
Se derrumba,
Tan humilde, que sentado
Desde aquí su cuna miro
Y su tumba.

No importa que al Tajo ufano
Tu breve curso no iguale;
Corre ledo,
Y que nunca el cortesano
En la carta te señale
Con el dedo.

Feliz quien encuentra un llano
Donde los cerros evite
De la vida,
Y allí del mundo lejano
Tu breve carrera imite
Y escondida.

Ese Tajo caudaloso
En cuyo profundo seno
Vas a morir,

Ya con puente ponderoso
Su terso raudal sereno
Siente oprimir.

Ya la artificiosa presa
Su rápido curso estorba;
Ya desciende
Ruin batel que se empavesa,
Y su cristal con la corva
Quilla hiende.

Su destino es envidiar,
O de tu curso süave
La paz suma,
O el alto poder del mar
Que puede tragar la nave
Que lo abruma.

¡Pobre Pusa!... Si insolente
Por esos tendidos llanos
Te lanzaras,
En tu cristal inocente
¡Cuántos siervos y tiranos
Retrataras!

De aquel trance malhadado
De las armas españolas
Fué testigo
Guadalete ensangrentado,
Y abrió tumba entre sus olas
A Rodrigo.

Berecina el lauro honroso
Que cuatro lustros tejieron
Hondo tragó,
Y el poder de aquel coloso,
Que los hombres no vencieron,
Allí se hundió.

Pusa humilde, manso río,
Tu dichoso apartamiento
Le procura
Contra el ardor del estío
Al peregrino sediento
Agua pura.

Y al pastor que a tu campiña
Desde ese monte desciende,
Y al rebaño
Que a tus márgenes se apiña,
Y al can que el redil defiende,
Fresco baña.

Y hoy a mi cuerpo cansado,
Contra el sol que ardiente pica
Blando solaz.
¡Pusa, adiós!... corre ignorado,
Y los quintos [1] de Malpica
Fecunda en paz.

[1] Llámanse allí *quintos* las diversas porciones en que se dividen las tierras de labor.

PEDRO P. BERMÚDEZ

Uruguayo — 1816-1860

EL CHARRÚA

Yo canto el ínclito esfuerzo
De la gigantesca raza,
Que hiciera trescientos años
Pie firme, frente a la España,
Llevando diversa suerte
A diferentes batallas.
Esa, no bien conocida
Ni aun aquí en su misma patria,
Pero que en hechos gloriosos
Se muestra, en ella, abultada,
Burilando en nuestra historia
Su nombre a punta de lanza,
Y la que también pudiera
Competir con la araucana,
Si don Alonso de Ercilla
Fuese aquel que la cantara.
Esa, que siendo señora
De nuestra vasta campaña,
Con planta fácil, ligera,
Indómita la paseaba,

O en sus boyantes canoas
Sutiles, leves y largas,
Nuestros arroyos y ríos
A todas aguas surcaba.
Esa, de pecho salido,
Ancha de hombros, de alta talla,
De cabeza firme, erguida,
De fisonomía animada,
Y cuya corva nariz
Copia era de la romana,
De cuerpo recto y flexible,
En ademanes gallarda,
De breve andar altanero,
Y de nervuda pujanza;
Esa que, por todo traje,
A la cintura llevaba
Un tonelete de pieles,
Sueltas a fuer de sobadas,
Y un quillapí, que a los hombros
Por sobre el pecho, anudaba,
Mientras que su cabellera
Negra, extendida, poblada,
Dejaba caer al descuido
Sobre el pecho, hombros y espaldas,
Y allá a nivel de la frente
En redondo, la apretaba
Con un jirón de colores
Ancho y a guisa de faja;
Esa, de mirar severo,
De tez brillante y tostada,
Que el cuello, brazos, muñecas

Y tobillos, se adornaba
Lo mismo en fiestas que en lides,
Con ajorcas emplumadas,
Esa, que briosa en el llano,
En el aduar, o en la caza,
Airada, quieta o corriendo,
Traía consigo, por armas,
Arco, carcaj, y en él flechas,
Y en la mano larga lanza,
Y boleadoras, de a dos,
Que a la cintura reataba;
Con éstas, al escondido
Tras de alguna espesa mata,
Atisbaba el avestruz,
Al guazubirá o la gama,
Y alzándose de improviso
Al aire las revoleaba,
Y despedidas, en giros
Al animal alcanzaban,
Concluyendo su carrera
Al envolverle las patas;
Esa que del lazo hiciera
Serpiente negra, enroscada,
Que al desrizar sus anillos
Hasta la presa llegaba,
Para rodeársele al cuello
Y detenerla, o ahogarla:
Y la que también sabía
Desafiar, y que retaba,
E iba al campo, y cuerpo a cuerpo
Esgrimiendo, en él, sus armas,

Lidiaba tenaz y fiera
Llena de fe y esperanza.
Mas si el destino alevoso
Al trance la abandonaba,
Maldiciendo su destino,
Moría sin pedir gracia.
Esa, que al potro bravío
De aquella cría de España,
Dominándolo, a su antojo
Le quitara o diera alas;
Tal y como le placía
Dueña era de su arrogancia;
Y, o ya lo paraba, inmóvil,
O agitándolo volaba.
Pues con un leve bocado
No de hierro, sí de huasca
Como lo nombraba ella,
Trepándose a sus espaldas,
Iba en el crinado potro
Recorriendo la campaña,
Cruzando ríos y arroyos,
Y bosques y hondas quebradas,
Y pantanos y chircales,
Y lagunas y montañas...
Siempre respirando bríos,
Siempre vomitando saña,
Siempre blandiendo su pica,
Siempre soñando venganza,
Sobre su fogoso potro
Al combate se arrojaba,
Y en él, allí, a los cristianos

De la América o de España,
Con indomable entereza,
Aunque desigual en armas,
Arremetiéndolos, lista,
Bizarra, los afrontaba,
Y les disputaba el campo,
Palmo a palmo, cara a cara,
Y golpeándose la boca
Que espuma en copos manaba,
Con ella, al viento, entre gritos
Parte de su rabia enviara,
Mientras el campo en su potro
Caracoleando rodeaba,
Mostrándoseles a todos
Con él, y en él, con su lanza,
Donde una espada filosa
Embutida traía al asta,
Y cuyo aguzado extremo,
Húmedo en sangre cristiana,
Cada vez que se blandía
Rojas gotas salpicaba.
Que así iba, rebosando
Crudas y cerriles ansias
Por todas partes, y en todas
Lidiando, jadeante, airada,
Siempre ansiando el exterminio
Nunca hastiada de matanza...
En fin, yo canto la tribu
Que hoy es polvo, menos, nada:
Esa que fuera preciso
Para vencerla, acabarla.

JUAN CARLOS GÓMEZ

(Uruguayo — 1820 - 1884)

— —

EL TIEMPO

Témate ¡oh tiempo!, viajador amigo,
Quien no tiene memorias, quien no espera.
Apresura tu rápida carrera:
Aunque tú haces morir, yo te bendigo.

Te llevas en cada hora una tristeza,
Traes en cada minuto una esperanza,
A cada nuevo sol, en lontananza,
Una ilusión del porvenir empieza.

Si destroza tu mano bienhechora,
Su destrucción consagra, y en la puerta
De una mansión para el amor desierta,
El serafín de los recuerdos llora.

Tuya es la religión del sentimiento;
Que para siempre el corazón conserva
Una huella de un pie sobre la hierba,
El timbre de una voz hiriendo el viento.

Tuyo es el musgo que a la ruina viste,
La flor nacida en la muralla rota,
La yedra fiel que junto al tronco brota,
El canto dulce y la sonrisa triste.

La poesía, de tu mano asida,
Va por la tierra consolando el duelo,
Hada gentil, que en su misión del cielo,
Rasga el cendal para vendar la herida.

¡Tiempo amigo del bien! Al alma llena
De un paraíso en sus melancolías
Tú le presentas los soñados días
Del horizonte en la región serena.

¡Padre de la esperanza! Con sus galas
Deja un momento que al dolor encante;
El edén de la vida está delante:
Llévame al porvenir sobre tus alas.

BERNARDO P. BERRO

(Uruguayo — m. 1865)

EPÍSTOLA A DORICIO

I

PAISAJE

¡Cuánto vario placer, cuánto recreo
Te espera en este sitio deleitable,
Do es halagüeño todo lo que veo!

Oye su descripción, aunque no es dable
Hacerla cual merece, porque entiendas
Si el habitar en él es deseable.

Vense a un lado montañas estupendas
De hacinados peñascos, do ferinas
Bestias moran en hórridas viviendas:

Y al otro, unas bellísimas colinas,
Revestidas de flores y verdura
Se extienden por las tierras más vecinas.

Por entre éstas y aquéllas su agua pura
En sesgo curso Casupá derrama,
Llenando sus riberas de frescura;

Que ya la alfombra de tejida grama,
Ya el bosque ostentan, cuyo toldo espeso
Jamás penetra la febea llama.

No aquí del arte el uniforme exceso
Sus simétricas calles manifiesta,
De natura estragando el embeleso.

De diferentes árboles compuesta,
Los varios grupos desigual levanta
En hermoso desorden la floresta.

El grueso lauro de soberbia planta,
El duro *molle*, el *canelón* frondoso,
La excelsa palma que la vista encanta,

Enlazados en vínculo amistoso
Mezclan sus copas, cobijando el suelo
Húmedo con sombrío delicioso.

Aquí mil avecillas sin recelo
De flecha o lazo o escopeta fiera
Cruzan de rama en rama el libre vuelo.

Aquí gime la tórtola arrullera,
Aquí sus tonos la calandria agita,
Aquí canta la dulce ratonera;

Música suave que en el alma excita
Plácido desvariar, y blandamente
A leves sueños halagüeña invita.

Ni menos embeleso halla la mente
En la alta loma y el florido prado,
Y en el cerro riscoso y eminente.

Por éste con ligero pie el venado
Trepa, llevando en su gentil cabeza
El ganchoso cornaje enarbolado;

Y en aquellos do Flora su riqueza
Entre el verde tapiz vario y hermoso
Derramara con pródiga largueza;

El hato mugidor el perezoso
Paso mueve, paciendo la crecida
Hierba con diente rígido y goloso.

¡Cuán sencilla, cuán bella, cuán lucida
Se muestra aquí natura, no viciada
Por la mano del hombre corrompida!

Con qué gusto la vista embelesada
Aquel vigor contempla primitivo,
Aquella majestad simple, elevada,

Que el querer del Señor potente, activo,
La dió cuando sacó el terráqueo mundo
Del caos ciego, inerte, improductivo!

La misma soledad muda, el profundo
Silencio de este bosque, son muy cierto
Del dulce imaginar germen fecundo.

Puro, claro, sereno, descubierto,
Siempre el cielo se mira noche y día,
Espléndida techumbre del desierto:

Y un blandísimo céfiro a porfía
Doquier lleva en sus alas vagarosas
Más suave aroma que el que Arabia cría.

En suma: estas campiñas deliciosas,
Este monte, esta selva, estas riberas,
Si bien no conocidas ni famosas,

No ceden en belleza a las primeras
Que la fama celebra, de la ardiente
A las frígidas zonas postrimeras.

IV

CASUPÁ

LA TARDE. — PUESTA DEL SOL

No lejos del humilde nacimiento
De este río, una altura que domina
A toda la comarca, tiene asiento.

A ella con frecuencia se encamina
Mi planta vagarosa y esforzada,
Cuando el sol a su ocaso se avecina.

Y allí desde su cumbre, de do nada
A la vista se oculta, deleitado
Admiro la campiña dilatada.

Aquí el río con curso sosegado,
En estrechas orillas recogido,
Serpea alegre por el verde prado.

Allá el bosque sombroso y escondido
De negra obscuridad el valle baña,
Por eminentes cerros circuído.

Más allá una magnífica montaña
Eleva hasta el Olimpo su alta cima,
Y a las etéreas nubes acompaña.

Aun más allá, muy lejos, do se estima
Por la engañada vista que a la tierra
La bóveda del cielo se aproxima,

Se ve de excelsos montes una sierra,
Que parece la armada fabulosa
De Titanes marchando a la impia guerra.

Aumentan esta magia deliciosa
Los diversos vivientes que al reposo
Dirígense, al venir la noche umbrosa.

Cuál hendiendo los aires presuroso
Bate las leves alas, procurando
El bosque retirado y silencioso:

Cuál los pesados pasos estirando
Camina do le ordena la costumbre,
O de rústica voz el bronco mando.

Y cuál el dócil bruto a la techumbre,
Pajiza casa, galopando guía,
Lo que ve ya en su hogar brillar la lumbre.

Pues si de estos objetos se desvía,
Y se encumbra a la parte de Occidente,
Goza encanto mayor la vista mía.

Del claro día el luminar fulgente
Tras los últimos montes escondido,
El horizonte tiñe en rojo ardiente.

Sobre el cual leves nubes de lucido
Oro bordadas, trazan mil informes
Figuras varias con pincel fingido.

Ves allí en confusión montes enormes,
Hondas cimas, peñascos erizados,
Descomunales moles disconformes.

Encima de aquel pico, al aire alzados
Los colosales miembros, un gigante
Semeja el Genio, rey de los collados.

En aquella otra punta que distante
Sale a un lado, un anciano venerable
Tiende su larga barba hacia adelante.

A otra parte un castillo inexpugnable;
A otra miro soberbios torreones;
A otra ruinas de fábrica espantable.

Tan bellas, tan magníficas visiones,
Exaltando mi ardiente fantasía,
La entregan a sublimes ilusiones;

Y en ellas abismada todavía
Está cuando su manto tenebroso
Tiende la noche pavorosa umbría.

A veces también suelo vagaroso
Internarme del bosque en la espesura,
Al calor vespertino molestoso.

V

LA GRUTA

CONTEMPLACIÓN

Un peñón circundado hasta el altura
De hojosas ramas, forma en sus entrañas
Una gruta de rara arquitectura;

No habitada de fieras alimañas,
Dulce reposo y dulce fresco ofrece
Con sus bellas alcobas cuanto extrañas.

Allí al ruido del céfiro que mece
Los circunstantes árboles sombríos,
Mi cuerpo poco a poco se adormece;

Y al fin vencidos los sentidos míos,
Fugaces sueños la adormida mente
Halagan en risueños desvaríos.

Tal vez donde bullendo la corriente
Mansamente murmura, luego acudo;
Lugar do reina siempre un fresco ambiente:

Y a la sombra de un ceibo alto y copudo
Que cerca de ella se halla, me recuesto
Sobre el césped suavísimo menudo.

Un airecillo entonce en vuelo presto
Triscando entre las hojas susurrante
Baña en grato frescor aqueste puesto:

En tanto que con voz dulcisonante
Modulan en mil quiebros y trinados
Los pájaros su música brillante.

Callan luego los sones acordados;
El aura apena espira desmayada;
El susurro disípase por grados;

Natura toda en calma reposada
Y en un hondo silencio mudo y quieto,
Yace lánguidamente sepultada.

Empapada mi alma en un completo
Estado de placer indefinible,
Vagamente se espacia sin objeto.

Suben después al ánimo sensible
De tropel las ideas agolpadas,
Una emoción causándole indecible.

Blandas, afectüosas y elevadas,
Le tienen en continuo movimiento
Del no muy breve rato apoderadas.

Hierve entonces mi pecho al sentimiento
Interno, cual venero de ternura
Y amores, derramado de su asiento.

¡Oh amor universal, caridad pura,
Dulce afecto que siente la inocencia
Para con el Creador y la criatura!

¡Divina celestial benevolencia,
Que el tierno corazón del hombre justo
Inflamas poderosa sin violencia;

Tú aquí del bosque en el silencio augusto
Siempre en mi seno dominar supiste,
Causando en él inexplicable gusto;

Siempre a la compasión que en mí encendiste
Blanda y süavemente conmovido,
Lágrimas dulces derramar me hiciste!

Y así también entonces sometido
A tu influjo potente, se conmueve
La tierna exaltación de mi sentido.

Doquier la mente enardecida lleve
Allí objetos de amor tan sólo mira,
Tan sólo amor sin fin allí la mueve.
. . . .

ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES

Uruguayo — 1825 - 1893

LA CRUZ

(Celiar)

De un verde montecillo en la colina
Hay una pobre tumba solitaria,
Que la luna tristísima ilumina
Cual desmayada antorcha funeraria:
Y sobre ella lánguida se inclina
Una hermosa fragante pasionaria,
Que recogiendo de la aurora el llanto,
Le forma con sus hojas rico manto.

No hay allí ni doradas inscripciones,
Ni marmóreos ornatos, ni grandeza,
Ni del arte las vanas profusiones
Con que cubre su polvo la riqueza;
Ni tampoco se ven inspiraciones
Consagradas al genio o la belleza,
Ni de los bravos a su patria fieles
La cifra coronada de laureles.

Pero en medio la calma pavorosa
Que allí en silencio aterrador preside,
Una cruz se levanta misteriosa,
Que al caminante una plegaria pide;
Y aunque de tosco leño, silenciosa,
Con su sombra, no más, tremenda mide
El corto espacio do cual vil gusano
Muere encerrado nuestro orgullo humano.

Y el viento de la noche que murmura
Con amoroso lánguido silbido,
Se detiene en la yerta sepultura
Entre los brazos de la cruz perdido;
Y luego al despedirse con ternura
Exhala un melancólico gemido,
Que se prolonga cual la voz sonora
De una cuerda que vibra tembladora.

Entonces, preludiando sus congojas,
Coronada de pálida guirnalda,
En los ombúes de rasgadas hojas
Tiende sus alas de jazmín y gualda;
Y cuando asoma con sus crines rojas
El sol, volviendo la gigante espalda,
Otra vez a la cruz más amoroso
Vuela y se apaga murmurando ansioso.

Y cada hora que pasa del diurno
Planeta entre planetas el primero,
El gaucho que atraviesa taciturno
Aquel solo y tristísimo sendero,

Al caer el crepúsculo nocturno
Detiene su fogoso parejero,
Y ante la sacra efigie solitaria
Religioso murmura una plegaria.

Y dicen los viandantes que a esa hora
Se ve cruzar un bulto misterioso
Encubriendo la faz aterradora
Bajo el ancho capuz de un religioso;
Y que allí arrodillado gime y llora,
Hasta que el sol radiando majestuoso,
Cual vencedor en fulgurante coche,
Va rasgando las sombras de la noche.

¿Quién sería aquel hombre?... No era el cura
Sino un jóven de negra cabellera,
Que del áspero monte en la espesura
Mitigar su dolor y angustia fiera
En penitente soledad procura...
Cuenta la tradición que Carlos era,
Y que vivía solitario, donde
Los caros restos de su amada esconde.

Allí, junto a la cruz... ceniza fría
De los fieles amantes que murieron
Cuando su altivo corazón creía
Ver colmada la dicha que perdieron:
Dicha celeste que brillara un día
Como los votos que en su amor se hicieron,
Dicha que pasa cual fugaz centella
Cuanto más grande y anhelada y bella.

Fueron allí a enterrarse tumultuosas
Tantas vagas ardientes ilusiones,
Y se hundieron allí más ardorosas
La memoria y la sed de sus pasiones.
Del sepulcro las alas pavorosas
Apagaron sus hondas emociones,
Y lozana brotó de su ceniza
La emblemática flor que la tapiza.

Bellísimos los dos y afortunados,
Llenos de gracia y virginal hechizo,
Nacieron para amar y ser amados
Cual obra en que el Creador se satisfizo.
Al placer y virtud predestinados
Con mano liberal su amor los hizo,
Y pura colocó sobre su frente
La aureola del ángel inocente.

Se vieron y se amaron, cuando apenas
De la infancia el pensil abandonaban,
Y los dos por camino de azucenas
Bajo un cielo de azahares dormitaban;
Visiones de placer siempre serenas
Sus angélicas horas arrullaban,
Y todavía de sus ojos bellos
El dolor no empañaba los destellos.

Era dulce y tranquila su mirada,
Natural y ternísimo su acento,
Gallarda su presencia y descuidada,
Melancólico acaso el pensamiento;

Y en toda su persona derramada
Tal potencia de vida y sentimiento,
Que bastaba mirarlos un instante
Para sentir el pecho palpitante.

Imagen de los seres que idealiza
El que en un cielo de zafir pasea
Pensamiento de amor que se desliza
Cuando la mente ardiendo centellea.
Soñada perfección que diviniza
El inspirado vate allá en su idea,
Ángel o genio, aparición o sombra,
Que admira el alma, pero nunca nombra.

Al punto se sintieron atraídos
Por misteriosa oculta simpatía,
Oyeron de su pecho los latidos
Responderse en unísona armonía;
Se encontraron sus ojos poseídos
De pasión, embriaguez y poesía,
Se hablaron una vez, se comprendieron,
Y a un tiempo «¡yo te adoro!» se dijeron.

Y creyendo era eterna su ventura,
Embriagados de amor en su delirio,
Adormecidos por letal dulzura
Olvidaron amando su martirio;
Porque su alma cándida era pura
Como la hoja de naciente lirio
Cuando a los rayos de la luz primera
Se estremece en el tallo placentera.

Pasó como un relámpago la calma
Que un momento tranquilo disfrutaron,
Y cual las flores de tendida palma
Sus verdes ilusiones se agostaron;
Llena de dudas y postrada el alma,
Siguiendo el sueño que a la par forjaron,
Veló sus ojos con traidora venda
Y los lanzó por descarriada senda.

La mano del destino encarnizada
Rompió en su frente la nupcial diadema,
Y cual la sombra al cuerpo encadenada
Persiguiólos tremendo su anatema;
Y para colmo de infortunio, airada
En oblación a su venganza extrema,
Torció la diestra del hispano fiero
Y hundió en el pecho de Isabel su acero.

¡Pobre Isabel!... Inmaculada virgen
En aras del amor sacrificada,
Tu afecto celestial tuvo su origen
Escondido de Dios en la mirada:
Pero los males que al mortal afligen
Rompiendo la corteza delicada,
Dejaron escapar sublime y pura
La llama de tu vida y hermosura.

Y volaste a otra esfera más dichosa
Do serafines y ángeles en coro,
Para que subas tú nubes de rosa
Te forman de sus alas con el oro.

Allí con armonía misteriosa
Te reciben cual célico tesoro,
Y el radiante fulgor que te acompaña
De luz y aromas el espacio baña.

Desde allí me arrebata tu hermosura...
Como en las noches del florido enero
Sublime idea que al pasar murmura
Las armonías del amor primero,
Cuando el ardiente corazón procura,
Extasiado en delirio pasajero,
Traducir con sonido la belleza
Que ostenta en derredor naturaleza.

Era Isabel un ángel, no podía
Emponzoñado el hálito del vicio
Profanar el santuario donde ardía
La llama de su amor en sacrificio.
El genio que sus pasos dirigía,
Antes de hundirla en hondo precipicio,
La arrebató del mundo, y entre nubes
Siguió el vuelo de fúlgidos querubes.

Era Isabel un ángel: fuerza era
Cumpliese como ángel su destino,
Y por ajenas culpas mártir fuera
Sin hallar una flor en su camino,
Para ser en los cielos medianera
Del que adoraba con amor divino,
Y a quien purificando su alianza
Inclinó del Eterno la balanza.

Pues si esforżado, en desigual contienda,
Luchó con su destino brazo a brazo,
Y si indomable siempre, noble ofrenda
Colocó de la patria en el regazo;
Si ató arrogante su pajiza tienda
De iberos pabellones con el lazo,
Y en la tierra, en el llano, en la cuchilla,
Brilló siempre con mengua de Castilla;

Crímenes luego y sed de nombradía
Deshojaron el lauro de sus sienes,
Mientras más altanero en su osadía
Provocaba a los cielos con desdenes;
Y al lucir de expiación terrible el día
En que probó del hado los vaivenes,
Aplacó del Eterno el justo encono
Prosternada Isabel ante su trono.

No menos infeliz el castellano
Dominar sus pasiones nunca pudo,
Y en el delirio de su mente insano,
Cubierto del poder con el escudo,
¿Qué no ajó y mancilló su torpe mano?
¿Qué no cayó por tierra al choque rudo
De su tremendo enojo?... Rayo ardiente
Que del crimen lanzóle en el torrente.

Y esa mujer sublime no podía
Consagrar a ninguno su ternura;
Cualquiera de los dos marchitaría
La flor de su ilusión como ella pura;

Y ninguno, ninguno merecía
Profanar su seráfica hermosura,
Ni desgarrar la venda encantadora
Que le ocultaba la verdad traidora.

La realidad amarga de la vida
No acibaró sus últimos instantes;
Por el dolor y el infortunio herida,
Tan amorosa y pura como antes,
Cerró sus bellos ojos; y adormida,
En las áureas esferas rutilantes
Fué a despertar del encantado sueño
Que le brindaba el porvenir risueño.

¡Dormid, sombras, dormid!... ¡Tibia la luna
Os preste melancólica su lumbre,
Y las nocturnas brisas, una a una,
Sobre esa cruz, en varia muchedumbre,
Murmuren los cantares que en la cuna
Con acento de paz y dulcedumbre
Le canta dirigiéndose al Eterno,
La cariñosa madre al niño tierno.

¡Dormid, sombras, dormid!... y lentamente,
Destrenzándose en ondas bullidoras,
Un arroyo de margen transparente
Os cuente con su voz las tardas horas!...
¡Dormid, sombras, dormid!... y reluciente
Escondida en las ramas tembladoras
Multitud de avecillas, ciento a ciento
Trinen a par del amoroso viento!

Y tú ¡oh tumba! que guardas sus amores
Y con ellos también su triste historia,
Conserva en derredor fragantes flores
Que recuerden al mundo su memoria.
Quizá uno de tantos trovadores,
Más feliz, o más digno de la gloria,
Te inmortalice vencedor un día
Con cantares de espléndida armonía.

¡No me olvides, y adiós!... Débil mi canto
Entre mis labios trémulos expira:
Siento en mis ojos resbalar el llanto,
Y enmudeciendo la sonante lira,
En vez del fuego varonil y santo
Con que el poeta creador se inspira,
¡Imagen del dolor, rodando brilla
Una lágrima ardiente en mi mejilla!

MERCEDES MARÍN DE SOLAR

Chilena — 1804 - 1866

CANTO FÚNEBRE

A LA MUERTE DE DON DIEGO PORTALES

Despierta, musa mía,
Del profundo letargo en que abismada
Yaces por el dolor. Musa de duelo,
Modera tu quebranto,
Inspiración benigna pide al cielo,
Y desde esta mansión de luto y llanto
Anuncia con acento lamentable
Una desgracia inmensa, irreparable,
Un crimen sin segundo,
Ingratitud nefanda
Que escándalo y horror será del mundo.

Mas ¿cuál sonido penetrante escucho
Que atormenta el oído y que resuena
En lo íntimo del alma? La campana
Es esta de la muerte, y ella hermana
Sus destemplados lúgubres sonidos
Con un coro de llantos y gemidos.

Justicia eterna, ¿cómo así permites
Que triunfe la maldad? ¿Así nos privas
Del tesoro precioso
En que libró su dicha y su reposo
La patria, y así tornas ilusoria
La esperanza halagüeña
De un porvenir que a Chile prometía
De poderío, de grandeza y gloria?
¿Dónde está el genio que antes diera vida
A nuestra patria amada? ¡Oh caro nombre
Que en vano intenta pronunciar el labio
Mudo por la aflicción! Su infeliz suerte,
Su prematura y dolorosa muerte
No acierto a describir. ¡Ilustre sombra!
Perdona mi extravío en este canto,
Empapado mil veces con mi llanto.

¿Qué se hicieron los días venturosos
Del esplendor chileno?
El Pacífico en vano su ancho seno
Franquea a nuestras naves. Los pendones
Que victoria anunciaban
Y tantos nobles pechos inflamaban
Y terror infundieron al tirano
En su asiento lejano,
Ya en sangre y polvo envueltos
Se ven, y de vergüenza ¡oh Dios! cubiertos.
Enrojecido el suelo
Está de sangre fraternal. Despojos
De víctimas humanas
Se ven doquier, y cual torrente fiero

De destrucción la muerte se ha lanzado:
La obra de iniquidad se ha consumado.

Sí, desencadenada,
Saliera del averno horrenda furia;
Oculta con cautela la sangrienta
Cuchilla a las traiciones avezada,
La torpe faz velada
Con apariencias dulces y engañosas,
Cual sierpe que se oculta entre las rosas,
Ella se arrastra y hasta el alto solio
Penetra del poder: allí combina
El plan de maldición. Su envenenado
Soplo respira sobre mil incautos
Corazones que, ilusos, extraviados,
De incomprensible error siguen su huella:
Los días numerados
Tiene ya de la víctima inocente;
Y no hay rasgo alevoso
Que del crimen odioso
La magnitud enorme no acreciente.

Tú mueres, ¡oh dolor! La cruda fiera
Que supo alucinarte con falsías
No respetó tus días,
Que tan queridos a la patria fueran.
¡Qué! ¿El mérito sublime,
El talento divino,
Poderosos no fueron a librarte
De tan injusto y bárbaro destino?
¿Con qué fatal conjuro el fementido

Pudo cerrar tu oído
Al aviso oficioso
De la fiel amistad, que al lazo oculto
Tus sagaces miradas convertía?
¿Cómo su noble celo
Rasgar no pudo el velo
Con que las encubrió la alevosía?

Mas ¿qué infernal instigación ofusca
La mente del traidor? Los beneficios
Que con tan larga mano le prodigas
¿No desarman la suya? La brillante
Carrera que le ofreces a la gloria,
A la estima, al poder, a los honores,
Cual sendero de flores,
¿No halaga su ambición? ¿Ni aquella noble
Magnánima segura confianza
Con que le libras tu preciosa vida,
Un solo sentimiento
De lealtad a despertar no alcanza?
Tú, cual el grande Macedón, la copa
Apuras sin recelo,
No ya de saludable medicina,
Sino de activo y pérfido veneno.
Mas ¡ay! no era posible que en el cieno
De la maldad, un ser degenerado
Por tan viles instintos
De ambición y bajeza,
Percibiese el exceso de grandeza
Que encierra un proceder tan delicado.

¿Cómo, oh Dios, el prestigio poderoso
De la víctima ilustre, el crudo golpe
No vedó al asesino, como al cimbrio
La faz aterradora del romano?
La sacrílega mano
Quedar debiera al punto yerta y fría,
Al suelo descendiendo el hierro insano;
Pero no vió la luz del claro día
Esta escena de horror; tiniebla obscura
Sirvió de velo al crimen espantoso.
Nada en torno se oía: en el silencio
Que al modo de la calma precursora
De hórrida tempestad allí reinaba
Con imperio terrible y pavoroso,
Sólo un ¡ay! doloroso
El eco de la selva repetía
Y entre débiles auras se perdía.

Dime, infeliz Portales, ¿qué sentiste
Cuando el amargo cáliz de la muerte
Se presentó a tus ojos por la mano
De la negra maldad? Di, ¿cuál sufriste
Más agudo dolor? ¿Fué la injusticia
De la cadena atroz? ¿La alevosía
Y baja ingratitud? ¿Fué el pensamiento
Del hondo precipicio en que sumida
Vías la dulce patria, o la memoria
De aquellas prendas a que la Natura
Con vínculos de amor te había unido?
Revélalo, amistad ardiente y pura [1],

[1] Esta alusión se dirige al coronel don Eugenio Necochea, que habiendo sido aprehendido junto con Portales en Quillota, le acompañó hasta la muerte.—(La A.)

Que cual numen de paz y de consuelo
Descendido del cielo,
Tu bálsamo suavísimo vertiendo
En el alma afligida,
Tocar pudiste la profunda herida.

Inútil fué el denuedo
Y tanta noble sangre derramada
Por la leal Milicia en su defensa;
Ni la preciosa vida
Del valiente Zaldívar en las aras
De la patria ofrecida.

Y tú, infeliz Cavada,
De la fiel amistad ilustre ejemplo,
¿Por qué mueres también? ¿Cuál fué el delito
Que provocó la rabia
Sangrienta de esos lobos carniceros,
Para cebarse en tu modesta vida?
Tú sigues a la víctima querida
Al sacrificio fiero; mas en vano
Su salvación procuras: el camino
Del dédalo intrincado
Por astucia infernal está cerrado.

Mas veo la venganza de los cielos
Descender al momento,
Confiada a nuestros bravos, que acometen,
Y cual llama que acrece el raudo viento,
Nuevo ardor los inflama
A vista de la víctima sangrienta
Que exánime a sus ojos se presenta.

Furor, ira, venganza, dolor fiero,
Llena los hondos pechos; por sus ojos
Raudal vertiendo de ardoroso llanto,
Esgrimen denodados el acero,
Que vibra refulgente cual espada
Del exterminador: seguid, valientes;
Purificad un suelo amancillado
Por tan horrendo crimen: no son hombres,
Son furias infernales las que cruzan
Ese campo fatal: corred, guerreros;
Perseguidlas en todos los senderos,
Y si huyen a sus hórridas guaridas,
Ponga el remordimiento
Con incesante roedor tormento
Fin espantoso a sus infames vidas.

Triunfáis al fin, y la afligida patria
Tornó de su augustioso parasismo,
Para sentir, empero, mil dolores
En el aciago triunfo. Al mismo tiempo
Que besa agradecida los laureles
Que el general valiente
Le consagra con llanto, un ¡ay! doliente
Se escapa de su seno, penetrado
De una inmensa aflicción. Un eco triste
Repite por doquier: «¡Murió Portales!»
Y todo es miedo, indignación y susto,
Y todo anuncio de futuros males.

No hay himno de victoria
En este infausto día, ni otra gloria

Que llorar y gemir. El pueblo en tanto[1]
Se avanza a recibir el dón funesto
De la negra traición. La fiel matrona,
Sorprendida, aterrada,
Su morada, sus hijos abandona,
Y se muestra también: vertiendo llanto
En medio de las calles, las doncellas
Están de sí olvidadas. Los infantes,
Fijos los ojos en sus madres tristes,
Enmudecen de espanto;
Y el decrépito anciano,
Que ver tantos horrores no esperaba
Y en dulce paz tranquilo se gozaba,
Se enjuga el lloro con la débil mano.

Ardiendo en ira santa,
La juventud chilena se apercibe
A vengar el ultraje. No la espanta
Puñal aterrador; su sangre toda
Gustosa verterá, si así redime
El honor ultrajado y el reposo
De la patria infeliz. El entusiasmo,
Como fuego del cielo descendido,
Llena los corazones. Cuál quisiera
Con atrevida mano
Derrocar al tirano; cuál, tornando
Al mártir de la patria sus miradas,

[1] El pueblo de Valparaíso se adelantó a recibir los cadáveres de los señores Portales, Zaldívar y Cavada. Estos dos últimos quedaron sepultados allí: pero el de Portales, después de embalsamado, fué conducido con grande pompa a la capital, donde se le hicieron honores extraordinarios. (La A.)

Ansía seguir su huella esplendorosa,
Y halla suerte dichosa
La de morir llorado
Del pueblo libre, cuya dicha fuera
De su desvelo el fin... Pero la patria
Verá días de gloria... Noble arrojo
Será, no vil oprobio y desaliento,
El fruto del profundo sentimiento
Con que a Portales llora desolada
La familia chilena. ¡Sombra amada!
No te conmuevas en la fría tumba,
Ni turbe tu reposo
El pensamiento odioso
De ver por el tirano envilecida,
Aherrojada, oprimida,
Esta patria adorada
Que merced a tu celo se vió un día
A tan excelsa gloria levantada.

Mas oigo ya el estruendo
Con que el cañón anuncia que se acerca
El carro funeral. Lucida pompa
Se mira en torno de él. Los viles hierros
Que a la inocente víctima ligaron,
De signo ignominioso
En timbre de alto honor se ven trocados
Y en público espectáculo se ostentan,
No menos gloriosos
Que los que al gran Colón apercibieron
Calumnia atroz y bárbara injusticia.
El carro en que a la muerte fué llevado

Por insanos verdugos,
Aparece en las calles enlutado,
Y de sorpresa y duelo
Indefinible sensación produce.
Ya la amistad con mano fiel conduce,
La faz en tiernas lágrimas bañada,
La ceniza preciosa
Al postrimer asilo. Reverente
Hondo silencio en torno se difunde,
Y arrobada la mente se confunde
En solo un doloroso pensamiento.
¿Son estos restos fríos,
Es esta imagen insensible y muda
Lo que nos ha quedado de Portales?
¿Su indeleble memoria,
Sus acciones legadas a la historia
Son de hoy en más todo su ser y vida?
¿Dó está el soplo divino que animaba
Aquel semblante hermoso? ¿Dó se esconde
La mente osada, altiva,
De aspiraciones elevadas llena;
El alma firme, impávida, serena,
La mirada sagaz y penetrante,
La voluntad resuelta, decidida,
El aliento de vida
Que a todos de su espíritu animaba,
La pasión generosa y anhelante
De lo grande y lo justo? La faz yerta
Carece de expresión No ven sus ojos,
Su oído no percibe ya el lamento
Y amargo sentimiento

Con que todos contemplan sus despojos.
¿Dónde estás? ¿Es posible? ¿Te perdimos
Para siempre jamás? ¿No nos escuchas,
Y el pueblo idolatrado
Es nada para ti? ¿Tú mismo en nada
Te tornas para él? Terror, espanto
Yerman el corazón y no hay consuelo...
Empero torno al cielo
Mis ojos, por el llanto fatigados,
Y veo allí la religión divina,
Que con faz de belleza peregrina
Y descorriendo misterioso velo,
Me muestra en los alcázares del cielo
El asilo dichoso
Donde libre su espíritu reside
En sempiterna paz, en almo gozo.
« No llegan los malvados,
Me dice, a este lugar, ni su malicia
Dardos emponzoñados
Asestar puede aquí con mano aleve;
Los que están fatigados
Aquí descansan, y en el blando seno
Del Hacedor Supremo, no hay cuidados,
No hay insidias, ni engaños, ni traiciones.
De las viles pasiones
El imperio tiránico no alcanza
A perturbar el goce inalterable
De este bien inefable,
Y su furor inútil aquí expira,
Cual las olas del mar tempestüoso
Contra el escollo inmóvil que las mira.

¡Salve, feliz y veneranda sombra!
¡Salve mil veces! Tu alma generosa
Otra morada ocupa más grandiosa
Y digna de habitarse. El suelo impuro
Que premia la virtud con cruda muerte
No mereció, Portales, poseerte.
Habita esa mansión de luz divina
Que cobarde traición no contamina;
Mientras tu cuerpo helado,
Por la doliente patria custodiado
Cual reliquia preciosa,
Entre los puros ardorosos votos
De un pueblo agradecido,
Ante el santuario del Señor reposa.

DULCE ES MORIR

A LA MEMORIA DE LA SEÑORITA DOÑA CARMEN OLEA

Dulce es morir, cuando en la edad primera,
No manchada la ropa de inocencia,
Parece del Señor en la presencia
El alma juvenil;
Como la hermosa flor de la pradera
Que para ornar el templo soberano
Separó diestra cuidadosa mano
De su tallo gentil.

Dulce es morir, cuando el espectro odioso
Del vicio despojado de su velo
El alma llena de pavor y duelo
Del mundo en el umbral;
Y ella, tornando el paso al delicioso
Centro de grata paz y de ventura,
A trocar el destino se apresura
Por la gloria eternal.

Dulce es morir, cuando la aguda pena
Extingue de alegria el sentimiento,
Y es la existencia el fatigoso aliento
De un interno sufrir;
Dicha es volar a Dios el alma llena
De humilde sumisión, y ante sus aras
Sacrificar las afecciones caras,
Su diestra bendecir.

Dulce es morir, cuando una mano amiga
Sostiene nuestra lánguida cabeza,
Y una voz inspirada en la belleza
Del divinal amor,
Con peregrino acento nos prodiga
Palabras de dulcísima esperanza,
Mostrándonos en suave lontananza
Edén encantador.

Dulce es morir, cuando una fe sublime
Al hombre le revela su destino,
Y de flores y palmas el camino
Le siembra de la cruz;

Y al débil sér que sobre el mundo gime
Agobiado de penas y dolores,
Transforma de la muerte los horrores
En apacible luz.

Dulce es morir, cuando al fijar los ojos
De Jesús en la imagen dolorosa,
Resuena en los oídos la amorosa
Voz de grato perdón;
Y de un amor ardiente los despojos
Da el alma en dulce llanto sumergida,
Bálsamo saludable que la herida
Cura del corazón.

Dulce es morir, cuando en la edad temprana
El alma, como cándida paloma,
Vuela desde los montes del aroma
En pos del serafín;
Diáfana exhalación que en la mañana
Matizada con tinta de oro y rosa,
Se disuelve brillante y vaporosa
Del cielo en el confín.

Dulce es morir, en fin, cuando nos llama
Dios a gozar de su descanso eterno,
Ya elija en su vergel pimpollo tierno,
Ya descollante flor:
Sube así la virtud cual áurea llama
Que depuró el crisol de la amargura,
Y vuela la inocencia casta y pura
En su primer albor.

SALVADOR SANFUENTES

(Chileno — 1817 - 1860)

EL CAMPANARIO

CANTO PRIMERO

Cuando el siglo diez y ocho promediaba,
Cierto marqués vivía en nuestro suelo,
Que las ideas y usos conservaba
Que le legó su castellano abuelo;
Quiero decir que la mitad pasaba
De su vida pensando en irse al cielo;
Viejo devoto y de costumbres puras,
Aunque en su mocedad hizo diabluras.

Y amaba tanto las usanzas godas,
Que él hubiera mirado cual delito
El que se hablase de francesas modas,
O a París se alabase de bonito.
Sobre la filiación de casi todas
Las familias de Chile era perito,
Y de cualquier conquistador la historia
Recitaba fielmente su memoria.

Como era de esta ciencia tan adepto,
Aducía argumentos con destreza
Para hacer verosímil su concepto
De derivar de reyes su nobleza.
Nosotros hoy llamáramos inepto
Al hombre que albergase en su cabeza
De loca vanidad tales vestiglos,
Mas esto era frecuente en otros siglos.

Y bien podía mi marqués sin mengua
Alarde hacer de pretensión tan loca,
Porque él era muy rico, y ¿a qué lengua
No hace callar tan fuerte tapaboca?
En vano contra el oro se deslengua
Un moralista y su valor apoca:
Lo que yo siempre he visto desde chico
Es que hace impune cuanto quiere un rico.

En el año una vez sus posesiones
Visitaba el marqués por el verano,
Ejerciendo en sus siervos y peones
La amplia jurisdicción de un soberano;
Y luego a los primeros nubarrones
Que anuncïaban el invierno cano,
Exento de molestias y pesares
Tornaba con gran pompa a sus hogares.

Y ora mandando hacer un novenario
En que sonaban cajas y cohetes,
Ora una procesión con lujo vario
De arcos triunfales, música y pebetes,

De admiración llenaba al vecindario,
Y daba a las beatas y vejetes
Para conversación fecundo tema
En que ensalzaban su piedad extrema.

Como ningún quehacer le daba prisa,
Dormía hasta las ocho este magnate:
En su oratorio le decían misa,
Y tomaba después su chocolate.
La comida a las doce era precisa,
Y la siesta después, y luego el mate,
Y tras esto por vía de recreo
Iba a dar en calesa su paseo.

A oraciones se vuelve, y si del templo
Llama a Escuela de Cristo el campanario,
El marqués y los suyos dan ejemplo
De inefable asistencia al vecindario.
Si no hay distribución, ya le contemplo
Rezar con la familia su rosario,
Y luego ir a palacio diligente
Para hacerle la corte al Presidente.

A las diez de la noche se despide,
Sin propasarse un punto de esta hora,
Y vuelto a su mansión, la cena pide,
Porque ya el apetito le devora.
Con su cuerpo en seguida un lecho mide
Donde cabrían bien sus cuatro ahora,
Y viniéndole el sueño dulce y blando
A las once el marqués está roncando.

Tenía este dichoso personaje
Un hijo y una hija; y al primero,
Por no hacer una injuria a su linaje,
Sólo de paso describir yo quiero:
Leía no muy bien: su aprendizaje
De la escritura fué tan pasajero,
Que en vez de letras con trabajo hacía
Garabatos sin ley ni ortografía.

En la aula de un convento procuróse
Que aprendiese a Nebrija de muchacho;
Pero en llegando a *quis vel qui* estancóse,
Sin poder digerir aquel empacho.
Al fin su sabio preceptor cansóse,
Y recibió el alumno su despacho
Para vivir, cual viven tantos otros,
Laceando vacas y domando potros.

¡Valientes ejercicios, a los cuales
Se aficionó bien pronto a tal extremo,
Qne el andar en rodeos de animales
Era su dicha y su placer supremo!
Con tal educación, con gustos tales,
Muchos lectores pensarán, yo temo,
Que cuando Cosme a la ciudad venía,
En sociedad ridículo sería.

¡Error, solemne error! Desde el momento
Que el señorito Cosme se mostraba,
La atención general y el rendimiento
De su persona en rededor volaba:

El mismo sexo hermoso ¡qué portento!
Con su conversación se deleitaba,
Aunque hablar de otra cosa no le oyera
Que de pechadas, lazos y carrera.

¡Tanto es lo que valía y lo que vale
Ser hijo de marqués! Mas si discurro
Mucho tiempo sobre esto, el cuento sale
Muy prolongado y al lector aburro.
Así, evitando que mi esplín se exhale
En duras voces, a pintar me escurro
A la bella Leonor, digna por cierto
De tener un hermano más despierto.

A su edad, si la cuenta bien se ajusta,
Para enterrar diez y ocho poco falta.
Su estatura es crecida: a mi me gusta
Como a lord Byron la mujer que es alta;
Y no se tache esta opinión de injusta,
Que en pigmea mujer nunca resalta
Ese gentil y seductor donaire
De que habla aquel proverbio: *amor es aire.*

Su delicado talle es tan esbelto
Que sin duda las Gracias le han formado;
Breve es su planta, su ademán resuelto
Y su seno gracioso y abultado.
Cuando el negro cabello ondea suelto
Al rededor del cuello torneado,
Ver en todo su cuerpo me imagino
La obra mejor del Hacedor Divino

Luce en sus ojos el color obscuro,
Pero chispeando de celeste fuego,
Y su mirada al corazón más duro
En blanda cera lo convierte luego.
Mas ¿habré de meterme en el apuro,
Yo, pobre bardo que a escribir me entrego,
Cuando ya tantos otros han escrito,
De pintar lo que miles han descrito?

Frente espaciosa, y un si no es henchida,
En que los signos del talento lucen;
Boca pequeña y a la vez pulida,
Donde las perlas y el coral relucen:
Tanta gracia mil veces repetida,
Que los poetas sin cansarse aducen
Para pintar sus bellas heroínas,
Son, describiendo a mi Leonor, mezquinas.

Baste, pues, sobre prendas corporales,
Y hablemos de su noble entendimiento,
Que es como fértil planta entre breñales
Nacida sin cultivo ni fomento;
Mas su despejo y su vigor son tales,
Que a tener el más leve pulimento,
Daría en profusión rico tributo
De sazonado y exquisito fruto.

Por desgracia, en los tiempos de que trato
Poco servían tan brillantes dotes,
Y era en las niñas excesivo ornato
El saber algo más que hacer palotes;

Coser, bordar, y por la noche un rato
Leer devotamente unos librotes
Donde raros prodigios se ingirieran,
Los ejercicios femeniles eran.

Y si Leonor tenía letra hermosa
Era porque copiaba de contino
Novenas que su madre religiosa
Juzgaba flores del amor divino;
Y siempre que ocurría alguna cosa
En que importaba el escribir con tino,
Desde el amo de casa hasta el sirviente
Hacían de Leonor su confidente.

Un viejo motilón, que era muy diestro
En tocar en el órgano una misa,
Y con su canto lúgubre y siniestro
Causaba a veces a los niños risa,
Fué de clave y de canto su maestro,
Y si bien la enseñanza anduvo aprisa,
De tal manera adelantó la dama,
Que hizo adquirir al motilón gran fama.

En casa de Leonor no se permite
Visitar sino a condes y marqueses;
Gente de estado llano no se admite
Sino por grande precisión a veces.
El padre confesor hace en desquite
Más de veinte visitas en dos meses,
Y siempre su persona gorda y santa
A la familia con su vista encanta.

Pues si bien su moral es algo estricta,
Son sus discursos fáciles y amenos,
Y al mismo tiempo que consejos dicta,
Cuenta pasajes de chuscadas llenos.
Y sobre todo su elocuencia invicta
Parece despedir rayos y truenos,
Cuando por blanco de su arenga toma
A los herejes que condena Roma.

Este oráculo vivo de la casa
Del marqués, tiene en ella tal imperio,
Que por precepto incuestionable pasa
Cuanta regla prescribe su criterio;
Con cuidado especial no se traspasa
Lo que él decide sobre baile serio,
Siendo sólo el *minuet* lícita danza,
E invención infernal la contradanza.

En los días también de alguna fiesta
Dice que puede haber gran *manducacio*,
Y mesa de manjares bien repuesta,
Pero con el licor se ande despacio:
Que haya un poco de canto, que haya orquesta,
Mas que se deje suficiente espacio
Entre ambos sexos, pues la vil lujuria
Con la proximidad se vuelve furia.

Y a las diez de la noche cada uno
Se retire a su casa sin desvelo:
Que el pasar de esta hora es importuno
Y anuncia planes que reprueba el cielo.

Yo estoy con este padre: yo me aduno
A los consejos de su santo celo.
Y al ver tal mutación en años pocos,
Exclamo: *¡Oh tempora corrupta!* ¡Oh locos!

Vivió Leonor tranquila y satisfecha
En tan mística vida algunos años,
A pesar que ha llegado ya a la fecha
En que amor suele hacer terribles daños,
Y en que la niña a la virtud más hecha,
Por más que la refieran desengaños,
Empieza a desear con ansia mucha
Triunfar de un pecho en amorosa lucha.

Llegando a tal edad, la mujer siente
Una vaga inquietud; gustosa mira
De dos palomas el cariño ardiente,
Y apartando los ojos, ¡ay! suspira;
Ama a los niños con ardor vehemente,
Y su inocencia encantadora admira:
Se vuelve hacia un espejo, y se alboroza
Al notar con rubor que es buena moza.

Y luego va a mirar si está el zapato
Ajustado a su pie; si el chal es rico:
Examina el vestido un largo rato,
Y abre y cierra con gracia el abanico:
Se hace de crespón pomposo ornato,
Y ufana se acomoda el sombrerico;
Y al fin, después de agitación tan viva,
Viene a quedarse mustia y pensativa.

Mas Leonor no ama aún: no, quien lo crea
Se engañará por cierto: ella conoce
De condes y marqueses la ralea,
Pero la encuentra insoportable, atroce;
Y por más bellos jóvenes que vea
De una clase inferior, los desconoce,
E imbuída en las ideas de su rango,
Cree que es fijar los ojos en el fango.

Ella siente que falta algún encanto
Para ser más completa su ventura;
Mas de advertir cuál sea dista tanto,
Que se jacta de ser cual bronce dura:
Viendo tal perfección, lleno de espanto
Dice su confesor que alma tan pura
No ha encontrado jamás desque confiesa,
Y que al fin ha de ser una abadesa.

Por mi parte, lectores, es preciso
Confesaros que pienso de otro modo,
Y de un sabio francés sigo el aviso,
Pues que se amolda a mi experiencia en todo.
Dice, pues, Labruyère en su conciso
Lenguaje, que a mis versos acomodo,
Que la mujer que de tibieza charla
Aun no ha visto al que debe enamorarla.

Y prueba, con un caso sucedido
En la ciudad de Esmirna a cierta dama,
Que niña que hasta tarde no ha querido,
Cuando llega a querer, de veras ama,

Y las aguas del ancho mar tendido
No son bastantes a extinguir su llama.
¡Ojalá que esta máxima absoluta
La desmienta Leonor con su conduta!

Lo vamos pronto a ver, porque se acerca
La hora decisiva de su suerte,
Y si aun consigue mantenerse terca,
Ya diré con razón que es mujer fuerte.
Figúrese el lector que ya está cerca
El día del marqués, que de su inerte
Reposo él sale, y quiere que haya boda [1]
A que se invite la nobleza toda.

Brillando como el día los salones
Me imagino ya ver con los reflejos
Que despide la luz de los blandones
Repetida en finísimos espejos.
Las techumbres ornadas de florones
Y portentosos figurones viejos,
Mas de ricos dorados esmaltadas,
Se atraen de los curiosos las miradas.

Ocupan los asientos de cojines
Las damas de purísimo linaje,
Con ricos y plegados faldellines
Y ligeras mantillas por ropaje.
Los adornos de perlas y rubines,
El bordado de plata y el encaje
Con que su lujo y su riqueza ostentan,
De sus encantos el poder aumentan.

[1] La palabra *boda* entre nosotros significa cualquier función doméstica. En este sentido se toma aquí.—(N. DEL A.)

Sentado en un macizo taburete
Y de grandes señores rodeado,
Preséntase el marqués con más copete
Que si fuera un monarca coronado;
Parece tener algo que le inquiete,
Porque ya varias veces ha cortado
El hilo del discurso de improviso,
Y se ha puesto a escuchar como indeciso.

De conjeturas se halla en un barullo,
Porque en venir el Presidente tarda,
Cuya honrosa visita con orgullo,
Por un aviso anticipado aguarda;
Y si un leve rumor, cualquier murmullo
Hiere su oído, que se encuentra en guarda,
Con dulce sobresalto se detiene
Creyendo ya que Su Excelencia viene.

Últimamente un ruido no engañoso
De coche y de caballos se percibe:
«¡El Presidente!» grita sonoroso
Clamor al punto, y el marqués revive.
Con los demás señores presuroso
Se precipita hacia el zaguán, recibe
En él al noble amigo, y muy ufano
Le va llevando adentro de la mano.

Pronto al salón, do en impaciencia viva
Las señoras esperan su llegada,
Don Antonio Gonzaga y comitiva
Hacen con pompa y majestad su entrada.

Era el tal don Antonio de atractiva
Presencia y de estatura algo elevada,
Cortés, afable, y amador de gloria,
Según lo pinta la chilena historia.

Pero a pesar de ser tan halagüeño
Y popular su trato, bien se observa
En cierto aire sombrío de su ceño
Que un mal oculto su interior reserva:
El ver frustrado el favorito empeño
De hacer vivir en pueblos la caterva
De indomables indígenas, le causa
Dolor que mina su salud con pausa.

Gran uniforme viste, y rico manto
Bordado de oro el personaje tiene,
Sobre cuyas labores con encanto
La vista de las damas se detiene.
En pos de él, aunque no con lujo tanto,
Lucida escolta de oficiales viene,
Jóvenes, viejos y de edad mediana,
Que han sido asombro de la hueste indiana.

Entre ellos se halla uno, a quien parece
Un cariño especial tener Gonzaga,
Joven gallardo, que en aspecto ofrece
Cuanto el capricho mujeril halaga:
El valor en sus ojos resplandece
Si corre el campo de la lid aciaga,
Mas si a un estrado por ventura asoma
Tiene el blando mirar de la paloma.

De castaño color es el cabello
Que cubre su cabeza en leve rizo,
De extrema agilidad su cuerpo bello,
Y su conversación llena de hechizo.
Un clásico poeta, al conocello,
Diría pronto que el Amor lo hizo,
A fin de que las damas insensibles
Aprendiesen a ser más accesibles.

Tal fué el joven a quien el Presidente,
Luego que se sentó, llamó a su lado;
Y al marqués, que le asiste diligente,
Presenta al oficial afortunado,
Diciendo: « Amigo mío, este valiente
Joven, que siempre como hijo he amado,
Es el ilustre capitán Eulogio,
Del que os hablé mil veces con elogio.

« Es el que me ha sacado del barranco
En que he estado metido sin remedío,
Y derrotando al fiero *Curiñanco,*
Libró a *Cabrito* de su duro asedio.
En vano de mil tiros se hizo el blanco
Rompiendo con sus bravos por el medio
Del ejército infiel que a Angol cercaba,
Pues su próspera suerte le guardaba

« Para honor de su patria. Bien merece
Que le titule salvador la España.
¡ Gloria al mancebo que tan pronto ofrece
A nuestra imitación tan noble hazaña!

Así dice Gonzaga, y se enternece,
Ocasionando admiración extraña,
Con su tierno discurso laudatorio,
A todo el nobilísimo auditorio.

La vista general clavóse al punto
En el joven así favorecido,
Y todos alabaron el conjunto
De las prendas que Dios le ha concedido.
Mas Eulogio entretanto era el trasunto
De un hombre que se encuentra confundido,
Y no hallando expresión que satisfaga,
Con cortesías respondió a Gonzaga.

También le hizo el marqués gran agasajo,
Aunque fué más forzado que sincero,
Porque al momento a su memoria trajo
Que Eulogio no era un noble caballero;
Y aunque es verdad que en su linaje bajo
Se podía citar más de un guerrero
Que se cubriera de esplendente gloria,
Esta no era bastante ejecutoria.

Dióle las gracias el garzón modesto
Por la falsa afección que le mostraba,
Y de aquel sitio retiróse presto,
Porque en completo aturdimiento estaba.
Pero ya Leonor ¡trance funesto!
No sé qué cosa en su interior notaba
Que daba a sus ideas raro giro;
Ello es que sin querer lanzó un suspiro

Y a una amiga de su íntima confianza
Que allí se hallaba, con misterio dijo:
« Lástima es que ese joven de esperanza
No sea de ascendientes nobles hijo.»
Que la respuesta fué maligna chanza
Esto cualquiera lo tendrá por fijo,
Y con sorpresa tal llena de susto,
Hizo Leonor un gesto de disgusto.

El baile comenzó: siguióse el canto,
En el cual varias veces mi heroína
Llenó el concurso de agradable encanto
Con los gorjeos de su voz divina;
Pero nada le atrajo aplauso tanto,
Y nada ejecutó con voz tan fina,
Con tan propia expresión, cual la cantata
Que aquí voy a copiar y la retrata:

« Corren mis días en perfecta calma:
No halla el camino de mi pecho amor,
Y de sus tiros, victoriosa el alma,
Burla el rigor.

No, no se han hecho para mí sus penas.
Libre me veo entre cautivas mil,
No quiero que arda por mis puras venas
Fuego tan vil.

Dicen que suele ocasionar mil bienes;
Que amor es fuente de inmortal placer;
Yo de laurel coronaré mis sienes,
Libre he de ser.

Una pastora conocí que amaba
A un pastorcillo con extremo ardor,
Y a la inocente el seductor juraba
Sincero amor.

Mas ¡ay! que pronto la olvidó triunfante,
Viéndola frío ante sus pies gemir,
Y otro consuelo no quedó a la amante
Que el de morir.

La triste suerte de esa fiel pastora
Siempre grabada en mi memoria está,
Siempre del lazo de pasión traidora
Me salvará.

Y como el ave que la red burlando
Que la tendiera cazador cruel,
Vuela, su dulce libertad cantando,
Por el verjel;

Yo, que orgullosa de desprecios huyo;
Yo, que no quiero de dolor morir,
Siempre ¡oh amor! del cautiverio tuyo
Me he de eximir.

No bien su canto terminó Leonora
Entre aplauso sonoro y repetido,
Cuando exclamó Gonzaga: «Pues ahora
Una guitarra para Eulogio pido.
No sólo la Natura bienhechora
La prenda del valor le ha concedido;
Que mostrándole pródiga su afecto
Le ha formado también galán perfecto.

¡Vamos, Eulogio, vamos! Tus canciones
Distrajeron mil veces mis fatigas,
Cuando en pos de contrarios escuadrones
Corríamos las tierras enemigas.
Osténtanos, pues, hoy tus perfecciones,
Y que el digno marqués y las amigas
Nobles y bellas que a su fiesta asisten
De tus talentos a juzgar se alisten.»

Y a tal invitación, de rubor lleno,
El mancebo gentil quiso excusarse;
Pero ningún pretexto se halló bueno
Y le fué necesario resignarse.
Al dulce són del instrumento ameno
Deja al fin estos versos escucharse,
Que, según malas lenguas refirieron,
Para aquel caso improvisados fueron.

Laura hermosa, cual la estrella
Que precede a la mañana,
Vive sola y muy ufana
Con su dulce libertad.

Amadores mil por ella
Largo tiempo han suspirado;
Pero ya se han ausentado
Maldiciendo su impiedad.

Con afecto más sincero
A sus pies llega otro amante,
Y así pinta sollozante
A Laura su padecer:

Influjo del hado fiero
Me fuerza a amarte, bien mío,
Ni pendió del albedrío
El dejarte de querer.

Sé que otros te han ofrecido
Títulos, honor, riqueza;
Sé también que tu belleza
Sus presentes despreció.

En hora fatal nacido,
Sin fortuna y sin honores,
Para obtener tus favores
¿Qué puedo ofrecerte yo?

Sólo un corazón poseo
Que te adora apasionado,
Y únicamente a tu lado
La vida podrá sufrir.

Complacerte es su deseo,
Y como por ti respira,
Si compasión no te inspira,
Su solo anhelo es morir.

« A ti dictar mi sentencia,
Vida mía, corresponde. »
Laura entonces le responde:
« La libertad es mi bien.

Ni me engaña tu apariencia,
Que otros morir me han jurado,
Pero ya me han olvidado;
Tú me olvidarás también.

Desprecio tan riguroso
Sufrir no pudo el amante,
Y ante Laura al mismo instante
De sentimiento expiró.

« ¡ Vive para ser mi esposo ! »
Clamó Laura arrepentida ;
Pero el cuerpo, ya sin vida,
Sus palabras no escuchó.

El que vagando en una fértil vega
A orillas de un arroyo entre el carrizo
Oye al nevado cisne que despliega
De su voz melodiosa el suave hechizo,
Nunca a sentir las impresiones llega
Con que a Leonor enternecerse hizo
En delicioso inexprimible encanto
Del favorito de Gonzaga el canto.

Entonces recordó que en algún sueño
De los que habían su niñez mecido,
Aquel acento dulce y halagüeño
Escuchado por ella había sido,
Que la llamaba : *mi querido dueño*,
Y se quejaba triste y dolorido
De la frialdad e indiferencia dura
Con que pagaba su mortal ternura.

Este recuerdo vivo y palpitante
Su mente absorbe, y en estatua muda
La deja convertida, al mismo instante
Que un palmoteo al capitán saluda.

La amiga, que la observa vigilante,
Le dice: « Hola, Leonor, ¿qué es lo que anuda
Al presente tu voz? ¿No te entusiasma
Esa linda canción que a todos pasma? »

Volviendo en sí, cual vuelve de un letargo
Débil enfermo que el causón padece,
Responde la doncella: « El trance amargo
Del desdichado amante me enternece! »
La amiga sonrióse, y aunque largo
Espacio a nuevas chanzas se le ofrece,
Esta vez prefirió dejar que libre
El fiero pecho, ya ablandado, vibre.

Pero alzóse Gonzaga de su asiento,
Y al oficial tomando de la mano,
Le llevó hacia Leonor, y con atento
Ademán y lenguaje cortesano,
« Señorita, le dice, mucho siento
No verme ya tan ágil y lozano
Como en los días de mi edad primera,
Pues danzar un *minué* con vos quisiera.

« Mas como impropio de mi edad reputo
Ofrecerme yo a vos por compañero,
Os presento en Eulogio un sustituto,
Que vos gustosa aceptaréis espero. »
La joven, sin tardarse ni un minuto,
Se levanta con rostro placentero,
Y siguiendo al mancebo afortunado
Se halló bien pronto en medio del estrado.

La música sonó: los dos danzantes
Enlazadas las manos avanzaron,
Y luego en movimientos elegantes,
Y graciosas posturas se apartaron.
Sus ojos expresivos y brillantes
Diversas veces con temor se hallaron,
Y el carmín de sus rostros encendióse
Y aun en sus pasos turbación notóse.

Mas Leonor en su gracia majestuosa
Y aéreos ademanes parecía
Aparición celeste y luminosa
Que en sueños suele ver la fantasía.
Una respiración algo anhelosa
En su agitado seno se veía,
Y cierta languidez que cunde en ella
La hace mostrarse cada vez más bella.

Y cuando, a fin de terminar, volvieron
Los dos con leves pasos a acercarse,
Y sus dos manos en unión sintieron,
Y sus pies mutuamente aproximarse,
Sin duda en aquel punto conocieron
Que si merece la existencia amarse
Es sólo por saber cuáles arcanos
El amor les descubre a los humanos.

Nunca había bailado con más gusto
Mi heroína un *minué*, ni hubo quien fuese
Con la bella pareja tan injusto
Que aplausos repetidos no le diese:

Sólo el marqués sufrió con ceño adusto
Que un compañero tal su hija tuviese;
Mas su enojo no osó salir al labio;
Que ofender al amigo temió sabio.

HERMÓGENES DE IRISARRI

(Chileno — n. 1819)

LA MUJER ADÚLTERA[1]

I

«Con mirra y con aloes
Perfumé cuidadosa el lecho mío;
El nardo y cinamomo
Mis alfombras sahumaron del Egipto:
Galana entre oro y piedras
Luzca mi frente ante tu vista el brillo.
¡Oh, vén, pues, a embriagarme,
Caro mío, de amor en los deliquios,
Hasta que dé la hora
En que el día nos llame al sacrificio.
Hoy, que el esposo se halla
Lejos de la ciudad y su recinto,
Vén, en nocturna vela,
A ser felice, como yo contigo.» —

[1] Imitación de Alfredo de Vigny.

De una azotea arriba
Así se oyó sonar, y entre el sombrío
Ramaje de naranjos
La voz de una mujer que abre un postigo
Y a su amante da entrada,
Y lo cierra tras ambos de improviso,
La secreta poniendo,
Que la puerta guardaba, en el pestillo.
Y luego estas palabras
Del amante y la bella enardecidos
En la estancia se oyeron,
Vibrando el artesón de cedro rico:
« ¡ Al fin vengo a abrasarme
En los rayos del sol de ojos tan lindos!
¿ Por ventura es más bello
Que tu frente, en el valle, el fresco lirio?
¿ Y más que el de tus labios,
De la rosa el perfume es exquisito?
Como blando tu acento,
Son süaves, oh hermosa, tus cariños...
¡ Ah, pronto, desanuda
Tu importuno collar, tus atavíos! »
— « No ; deja que mi mano
Pueda enjugar lo que el ambiente quiso
Llorar en tus cabellos
De su celoso y húmedo rocío.
Por culpa mía sólo
La noche heló tu frente, ¡ oh mi querido! »
— « Pero mi pecho en llamas
Sólo alienta de amor al albedrío:
¡ Mi bella entre las bellas,

Cuando estoy junto a ti, me regocijo!
¿Qué importa de las noches
Exponerme por ti a coger el frío,
Si el fruto de la palma
Del amor no se coge sin peligros,
Si ese fruto lo tengo,
Si ya lo va a gustar el labio mío?»
—«Sí... mas ¿qué pasos oigo?...
Y a estas horas, así ¿quién da ese grito?»
—«Es que a oración convoca
Un hijo de Aarón al pueblo pío...
¿Por qué te empalideces?
Deja; deja una vez que al fuego vivo
Del ardoroso beso
Nuestros amores sean consumidos;
De él sólo se pagan;
Ahuyente tu temor y tu desvío,
Y a toda negativa
Selle por siempre el labio purpurino!»
Y no se oyó ya nada;
Y la nocturna lámpara, su tibio
Resplandor consumiendo,
Por sí sola a la fin perdió su brillo.

II

Era la hora en que el sol por el Oriente
Sus rayos enviaba a la campaña,
A los verdes olivos lustre dando
En la Santa Montaña;
Era la hora apacible en que atraviesa
El camello el desierto.

Sobre el giboso lomo soportando
La carga tributaria,
De polvo todo y de sudor cubierto;
Era la hora en que el pastor que ha visto
La última estrella en el azul perderse,
A la puerta se pára de su tienda,
La blanca tela que la cierra alzando,
A los suyos llamando
A entonar el cantar que ha de ofrecerse
Al padre de la luz que un nuevo día,
Con nuevo sol, al universo envía.
Y el satisfecho seductor su crimen
Al secreto entregando,
Del placer ya enojoso se desvía,
El placer y la víctima olvidando.

Ella se queda sola allí y se sienta,
Y en su pálida frente se trasunta
El rubor que acrecienta
Del fiero torcedor la aguda punta;
Fijar quisiera aquella noche triste
Que su cómplice ha sido,
Y que una sola fuera
Con su mal, y esa aurora
La última también y la primera.
Su falta y el lugar contempla ahora,
Se asombra de sí misma y de Dios duda;
Inmóvil, yerta, muda,
Las manos junta, entrambos ojos clava
En la secreta puerta,
Y a no ser por el llanto

Que señal de la vida en ella daba.
Ser dijérase allí que estaba muerta.
Tal vió Sodoma a la mujer incauta
A quien Dios castigó cuando, soltando
A su cólera el freno,
Y a dos pueblos malditos abrasando,
Sus palacios sumerge
De un pestífero lago en hondo seno.
Desoye la infelice
El celeste mandato:
Tal vez quiere mirar por vez postrera
El sitio donde vió la luz primera
Y en donde fué felice,
O la ambición su espíritu alentando,
Curiosa intenta levantar el velo
Del secreto de muerte;
Pero sus pies se enclavan en el suelo,
En estatua de sal se la convierte,
Y el justo que a Segor se encaminaba,
Pensaba que sentía
Los pasos que tras él ya nadie daba.

No se ve de otra suerte
La frente helada de la infiel judía.
Mas ¿quién es ese niño
Que a su lado aparece?
Porque mira llorar, él también llora;
Con tímido ademán el beso implora
Que todas las mañanas se le ofrece,
Y con incierta planta
Receloso a su madre se adelanta;

Y de su madre al fin, sereno un tanto,
Las mejillas besó que inunda el llanto.
¡Cuán dulces son sus besos!
Devolverlos intenta;
Mas su esposo la espanta
Y a sus ojos en su hijo se presenta.
Delante de ese lecho,
Esas paredes y ese sacro techo,
De su secreto conyugal testigos
Y su amor criminal, se aterroriza;
El maternal amor la ruboriza;
Y en esa alcoba austera
Donde su hijo a besarlo la provoca,
Ella manchar creyera
Los puros labios con su impura boca.
Quiso hablar, y su voz formó sonidos
Que murieron apena articulados;
Acentos sofocados
Se escucharon también e indefinidos,
Y del fondo del alma adolorida
Pareció que arrancaba a pesar suyo
El último suspiro de la vida.
Aparta el hijo de su lado entonces,
Que tanto al corazón en sobresalto
La vergüenza ha tomado por asalto;
Abrir quiere la puerta,
Y al rechinar los gonces
En el umbral se tumba;
No de otro modo, el pedestal faltando,
La estatua alabastrina se derrumba.

III

En ese mismo día,
En la ciudad su entrada hizo un viajero
Que volvía de Tiro.
Testimonio de que era hombre opulento
Sus caballos lo daban,
Su comitiva toda y sus arreos.
El onagro listado
Y el indolente y sufridor camello
Que al conductor se esquiva,
Tras el guía marchaban delantero,
A lomo sustentando
De la carga preciada el grave peso;
Y doce servidores
Que a su señor también iban siguiendo,
Las ricas sederías
Llevando en hombros y encorvando el cuerpo,
Y se decía el amo:
« No hay dudar que mi Séfora en acecho
Al horizonte pide
El polvo que apetece su deseo,
Y tal vez llora y clama:
« ¡ Ay, que aun está de la ciudad muy lejos,
Y el sol se ha levantado,
Y el camino de Tiro está desierto! »
Sorprenderse la miro
Cuando anhelosa sálgame al encuentro;
Y le diré yo entonces:
« Regocíjate, oh bella; todos esos
Alfombrados, ese ámbar,

Esa seda, esa púrpura, mi afecto
Te hace obsequio de todo;
Y aquí les traigo, de bruñido acero,
A tus ojos divinos,
El que tú ambicionabas claro espejo.»
Y en las tortuosas calles
De la Santa Sión, así diciendo,
De una en otra pasando,
Se le perdió de vista en un momento.

IV

Y era día de fiesta, y en el templo
El pueblo rumoroso se agolpaba;
Los niños, los ancianos, las mujeres
Que, en contrición y llanto sumergidas,
Buscaban decididas
Remedio para el mal que las labraba,
El ciego que gritaba,
Y el torpe cojo que correr quería,
Y el asco de la tierra,
El impuro leproso,
Cada uno refería
De su cura el milagro portentoso,
A los pies del Señor de tierra y cielo
La turba prosternándose en el suelo.
El que ha nacido entre el dolor y penas,
Rey de la pobre gente,
Milagros prodigaba,
Derramando el consuelo a manos llenas;
De sus labios manaba
De oráculos eternos una fuente;

La carga de la vida compartía
Con todo el que sufría;
Igualábase al pobre en la pobreza,
Saliéndole al encuentro su grandeza.
Y algunos hombres rudos,
De humilde nacimiento,
Pero en su escuela divinal formados,
Y llenos de su mismo sentimiento,
Lo seguían callados
Contemplando la luz que despedía
La célica aureola
Que su testa sagrada circuía.

De súbito aparece,
Arrebatada entre tropel furioso,
Por el pelo cogida,
Manchada una mujer de sangre y lodo;
Al cielo levantaba
Sus azorados y brillantes ojos;
Los brazos no, que atados
Los tenía a la espalda por los codos.
Ante el Hijo del Hombre
Es conducida; los escribas torvos,
Imaginando insultos,
Y engolfados en mares de sus odios,
Reunidos se adelantan,
La presentan, y uno habla de este modo:
— « Decidnos, ¡oh Maestro!
¿Qué pensáis vos de ese pecado odioso?
Sorprendida y culpable
Esta adúltera ha sido entre nosotros.

De Moisés en las leyes
¿Qué halláis contra ella?» Y la afrentaban todos,
Y la infiel desposada
Su espantado mirar giraba en torno,
Como buscando alguno
Que en trance tal sirviérale de apoyo.
Y con piedras en mano,
Ensañando a las turbas el encono,
Su fiesta de ella hacían,
Y estos gritos se daban unos y otros:
«¡Ah, que apedreada sea
La adúltera mujer: ya el alevoso
Seductor está muerto!»
Y lloró la infeliz. Pero de pronto:
«La primer piedra tire
Quien se halle sin pecado entre vosotros»,
Dijo Jesús; y a un lado
A colocarse fué, volviendo el rostro.
El inconstante pueblo
Comenzó a serenarse poco a poco;
Y al fin apaciguado,
Dejó de ser como era numeroso;
Al tiempo que el Maestro,
Inclinándose a tierra, hizo en el polvo,
En idioma ignorado,
Caracteres que un dedo misterioso
En la mansión celeste
Retrazó de los Ángeles Custodios...
Jesús, al levantarse,
Miraba a su alrededor, y estaba solo.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE

Chileno — 1835 - 1880

ODA AL AMOR

¡Oh Amor! ¡tú que gobiernas
El sentimiento humano;
Que ensalzas o prosternas
Con invencible mano
El inmortal espíritu
Que anima nuestro ser!
¡Deidad cuyos santuarios
Tiernas ofrendas llenan,
Y, nunca solitarios,
Con ecos mil resuenan
De jubilosos cánticos
Que aclaman tu poder!

Jamás tu santo nombre
Juró mi labio en vano,
Ni de tu ley, al hombre
Impenetrable arcano,
Mofé en impía sátira,
O en chiste baladí:

Tu alto misterio adoro,
Tu omnipotencia siento,
Y hoy que a mi musa imploro
Nuevo favor y aliento,
¡A ti de mi fiel cítara
El primer canto, a ti!

Al rey de la colina
Y a la del prado diosa,
A la orgullosa encina
Y la purpúrea rosa
La luz del sol vivífica
Dió próvido el Señor;
Y al alma humana, germen
De simpatía y ciencia,
En cuyo sueño duermen
Verdad, bien y creencia,
Le dió tu luz purísima,
Tu luz fecunda, Amor!

¡Ay de la pobre planta
Que el sol nunca ha mirado,
Y pálida levanta
En medio del nublado
Su estéril rama, huérfana
De aromas y de flor!
¡Ay del mortal que un rayo
De amor jamás ha herido,
Y en lánguido desmayo
Su corazón sumido,
Se agita en una atmósfera
Sin luz y sin calor!

¡Oh, cuán de otra manera
Si, Amor, tu lumbre viertes
Del alma en alta esfera,
Y fúlgido conviertes
La infancia y su crepúsculo
En alba y juventud!
El silencioso velo
Se ve caer, las nieblas
Disípanse, y el cielo
De mil celajes pueblas
Rosados, blancos, diáfanos,
De casta beatitud.

Al recibir tu aliento,
Del hombre la conciencia
Despierta al sentimiento,
Y efluvios de alma esencia
En expansión magnífica
Exhala el corazón:
A tu calor respira
Perfume la ternura,
Inspiración la lira,
Fulgores la hermosura,
La ciencia fe y espíritu,
El arte creación.

Tú irradias, y en el mundo
Del alma es primavera:
El germinar fecundo
Bullir se oye doquiera;
Gloriosas metamórfosis
Contémplanse doquier;

La voz, la risa en notas
Transfórmanse y en canto,
En tembladoras gotas
De albo rocío el llanto,
En mariposa nítida
La oruga del placer.

Tu luz a nuestra mente
Explica todo arcano;
El idioma rugiente
Del túmido Oceano,
Los himnos del empíreo
De bendición y paz.
Del viento los gemidos,
La queja de las brisas,
La lengua de los nidos,
Del bosque las sonrisas,
Las codiciadas lágrimas
De la aurora fugaz.

¡Deidad augusta y pura,
Antorcha de la vida
Que con mortal presura
Transmite a la partida,
A sus hermanos pósteros
Cada generación!
En vano a tu ara insulto
Arroja el sensualismo
En su grosero culto,
O estéril ascetismo
A tu poder sin límites
Disputa el corazón.

¡Tú no eres, no, la suave
Voz de sirena odiosa,
El banco en que la nave
Encalla impetüosa,
La pérfida luciérnaga
Que engaña al viajador!
¡Tú eres la voz que un día
Pablo oye en su camino,
La estrella que nos guía
Con resplandor divino
A las celestes márgenes
Do reina el Creador!

EUSEBIO LILLO

(Chileno — n. 1826)

DESEOS

Si yo fuera la brisa pasajera,
Aliento perfumado de las flores,
Enredado en tu suelta cabellera
Murmurara a tu oído mis amores.

Quisiera ser alguna flor nacida
Entre las flores del jardín ameno,
Verme por ti del tallo desprendida
Y marchitarme sobre tu albo seno.

Si fuera un astro de la noche umbría,
De blanca luz, de nítidos destellos,
Amoroso mi luz reflejaría
En ese blanco de tus ojos bellos.

Si fuera un pensamiento audaz, profundo,
Que conmoviera al orbe en un instante,
Desdeñaría de ocupar el mundo
Por ocupar tu corazón amante.

Quisiera ser un verso delicado
De melodiosa y fácil armonía,
Sentirme en tu memoria conservado
Y pasar por tus labios, alma mía.

Quisiera ser la fuente cristalina
Para halagarte con murmullo leve,
Reflejar tu hermosura peregrina
Y besar con amor tu planta breve.

Si ave fuera de mágicos encantos,
Siempre girando amante en tu presencia
Te ofrecería en melodiosos cantos
Mi libertad, mi amor y mi existencia.

Si fuera un dios, dichoso te entregara
Mi poder, mi existencia y mi albedrío,
Y la morada celestial trocara
Por un instante de tu amor, bien mío.

RICARDO JOSÉ BUSTAMANTE

(Boliviano — n. 1821)

PRELUDIO AL MAMORÉ

Tú aquí en regiones ignoradas giras,
Serpiente nacarada, bajo un cielo
Palio de lumbre por do tiende el vuelo
La garza colosal;
Río argentado que onduloso ciñes
Vírgenes bosques, o en variadas tintas
Sobre tu espejo con sus nubes pintas
El éter tropical.

Al fin respiro tus fragantes auras;
Tus palmas miro que columpia el viento;
Oigo en tus selvas armonioso acento,
Y admiro tu quietud:
Oh tú, a quien siempre en ilusión lejana
Vi cual portento que a la patria mía
Las puertas abrirá a su gloria un día,
¡Gran Mamoré! — ¡Salud!

De región fría y apartada vengo,
Donde el monarca de los Andes brilla
Con su manto de armiño, maravilla
De ingénito poder.
De allí al empuje de infortunio infando
Yo vengo, sí, cansado peregrino,
Y al verte aparecer en mi camino
Ya aliento de placer.

Placer que inspira al corazón patriota
Alegre canto y de solaz lo llena;
Así el proscrito ya olvidó su pena
Al verte, Mamoré.
Si no es mi canto como el dulce canto
De los bardos que pueblan tus regiones,
Preludia sobre ti las bendiciones
Del porvenir, con fe.

En el seno feraz de los desiertos
Genio escondido en soledad murmuras
Al blando soplo de las auras puras
Con plácido reír;
Mientras la patria tu existencia ignora,
Cual ignoras que en ella los humanos
Se agitan por correr tras los arcanos
De ún grande porvenir.

Sobre tu manto líquido, ondulante,
Refleja el cielo diamantina estrella
Que suerte anuncia venturosa y bella
Al patrio pabellón;

Cumplir se debe tan brillante ensueño,
Undoso río que hacia el mar te lanzas
Mecido por futuras esperanzas
De gloria y de ambición.

Corres hoy arrastrando añosos troncos
Que aun ostentan ropaje de esmeralda,
O ya a los juncos de la verde falda
Arrancas tierna flor;
Tu majestuosa soledad recrean
Parleras aves de pintada pluma
Que en ti retratan su elegancia suma,
Girando en derredor.

Caimán que invade la arenosa orilla,
Blanco bufeo que rasgando el agua
El rumbo sigue de veloz piragua,
O la hoja que cayó,
O ya algún tigre que a la opuesta margen
Se lanza a nado con tranquila frente,
Perturban la quietud de tu corriente
Que el hombre aun no turbó.

Tendido al pie de la floresta virgen,
Cual amante a los pies de la que adora,
Cuando el último rayo del sol dora
Tus ondas de cristal,
Te deleitas feliz con los perfumes
Que en alas de la brisa pasajera
Te arroja de su ondeante cabellera
Tu amada virginal.

Es solemne el concierto de tus bosques
En el silencio de la noche, cuando
Con grito melancólico turbando
La augusta soledad,
El pájaro gemífero y el viento
En bonanza te aduermen deliciosa,
Mientras el rayo de la luna hermosa
Te da su claridad.

Tal es tu vida en el presente, oh río;
Gigante puerta del soberbio templo
Que de prósperos pueblos al ejemplo
La patria labrará.
Hay de vida otro mundo que en ti duerme,
Mundo y vida de acción en la natura,
Con que a los hombres dispensó ventura
La mente de Jehová.

Dormiste el sueño de pesados siglos;
Siempre ignorado resbalaste en calma;
Siendo tus ondas de la acción el alma
Tu noche larga fué.
Rompa tu sueño secular el hombre;
Tu margen pueble de ciudades bellas;
Marque en tus bosques el *vapor* sus huellas,
¡Despierta, Mamoré!...

PLEGARIA ENVIADA AL ALBUM DE UN AMIGO

¡Ay amigo! preguntas
Por qué calla mi lira
Y no produce férvidos
Ecos de amor para la gloria mía.

¿Fuera acaso preciso
Confesarte qué tibia
La inspiración sus flébiles
Acentos sólo al corazón hoy brinda?

¿Olvidar pretendieras
Que el vivir ya declina
Para mí, que tan tétrico
Vi siempre en nieblas caminar mis días?

Amo el bien; y las flores
Que contemplo marchitas
Sobre el valle de lágrimas
Siempre consiguen arrancar las mías.

Desgracias he llorado,
Blanco fuí de la envidia
Que me mostró sus hórridos
Dientes, y hiel me hizo libar un día.

A mi patria tan bella,
« De mil glorias vestida »
He modulado cánticos
¡Ay! que ni un eco al porvenir envían.

La amistad es mi culto,
Y el honor que la inspira
Nunca en afectos frágiles
Unió las almas que por él se ligan.

Pero todo en el curso
De los años vacila,
Y como soplo fétido
El egoísmo los afectos mina.

¿Es verdad que es un yermo
Para mí ya la vida?...
¿Que adentro de mis párpados
Mustios mis ojos y sin luz ya giran?...

¿Es verdad que en mi seno
El dolor sólo anida,
Como el nocturno cárabo
En el silencio de ignoradas ruinas?

Es así, caro amigo;
Ya mi edad se desliza
Llevando en vuelo rápido
Mis esperanzas, mi ilusión querida!

En laúd se trocara
¡Ay! aquella mi lira
Que festivas y armónicas
Alguna vez sus notas producía.

También rotas las cuerdas
Del laúd, no más vibran
Esos acordes místicos
Qne de consuelo el corazón henchían.

¡Y qué mucho, si todo
Me abandona, y abisma
En sueños melancólicos
Mi alma infeliz para el pesar nacida!...

¡Si los dulces ensueños,
Miel que la edad destila,
Entre vapores gélidos
Huyen, y dejan mi ansiedad vacía!...

¡Oh, mis jóvenes años!
Con vosotros perdidas,
Lloro ilusiones plácidas,
Voces que al alma preludiaron dichas.

Densas brumas de otoño
Ponen velo a mi vista,
Y en lontananza lóbrega
Sólo descubro una morada umbría.

La campana del tiempo
Suena cerca, y me avisa
Que esa morada fúnebre
Ofrece paz al que sufrió en la vida.

Es la tarde. Mis pasos
A la noche caminan...
Tantos fantasmas pálidos
¡Ay! ¿por qué vagan en las auras frías?

Hay abierto allí un antro;
Todo en él precipita
El vendaval mortífero
Que troncha flores y que abate encinas.

Paz, silencio, reposo,
Dé esa noche a mis cuitas,
Si en sus floridos cármenes
Ya el mundo guarda para mí cenizas.

¿Ves, amigo, cuán tristes
Pensamientos transitan
Por mi angustiado espíritu,
Como entre tumbas las nocturnas brisas?

Pasó el sueño dorado...
Ha callado mi lira:
Roto el laúd gemífero,
Su última endecha para ti destina.

MANUEL JOSÉ CORTÉS

(Boliviano -- 1811-1865)

AL ILLIMANI

¡Salve, Illimani! Majestuoso, inmenso,
Solitario, levantas hasta el cielo
Tu frente, que corona eterno hielo,
Do en vano vibra el sol su rayo intenso

La voz del hombre nunca ha resonado
De tus profundos huecos en el seno:
Sólo al rugir del viento y al del trueno
El eco de tu mole ha contestado.

El águila caudal nunca ha pasado
Los muros diamantinos de tu hielo;
Nunca la leve sombra de su vuelo
Tus fúlgidos cristales ha cruzado.

Unido con los cielos, en la tierra
Inmenso bien derrama tu presencia;
En tu torno difundes la existencia,
Cuyo germen fecundo en ti se encierra.

Miro a tu planta selvas silenciosas,
Do el pino, el cedro y el limón se mecen,
Y en donde al lado de la piña crecen
Pálido aroma, purpurinas rosas.

Las flores su fragancia deliciosa
En honra tuya exhalan, y un presente
De gratitud y amor puro, inocente,
Te ofrecen en el aura vagarosa.

De tu cima descuélgase el torrente
Que al saltar se deshace en leve espuma;
Y, aparece al través de blanca bruma,
Un iris nacarado y refulgente.

El agua, que desciende estrepitosa,
Domado su furor, en manso giro
Corre pura, cual es puro el suspiro
Del pecho de una virgen candorosa.

Burlas el aquilón y las tormentas,
Que en ti se estrellan con furor insano;
Al golpe mismo de la fuerte mano
Del tiempo airado, inmoble te presentas.

El luminar del día a ti primero
Humildemente rinde su tributo;
Y cuando al mundo cubre opaco luto,
Aun brilla en ti su rayo postrimero.

En la noche serena, tu alta cumbre
Baña apacible con su luz brillante
La luna, que embellece su semblante
Al reflejar en ti su clara lumbre.

Ora corona tu elevada cresta
La nube electrizada que se inflama
Al resplandor del rayo, cuya llama
Muestra tu mole colosal enhiesta.

Los rayos que serpean por tu frente,
¿Son para ti cual son los pensamientos
De dolor y amargura, que sangrientos
Y horribles atraviesan por mi mente?

¿O son cual la guirnalda que las sienes
Ciñe de los mortales venturosos.
Que en el bullicio del festín gozosos
Encontrar juzgan sazonados bienes?

¡Lo ignoro! Pero siento que el delirio
De la pasión el alma ya no agita;
Siento que el corazón ya no palpita
En la voraz hoguera del martirio.

Bajo la fresca sombra de una palma
He buscado a tu planta dulce asilo:
Ya mi pecho se aduerme más tranquilo,
Gozando de la paz la suave calma.

De Jehová el poder en ti se ostenta;
En ti la cifra de su nombre miro;
En ti su majestad sublime admiro;
Su eternidad en ti se me presenta.

¡Cómo! ¿Cual Dios, eterno tu serías?
¡No! que en la tierra todo desparece,
Excepto el alma, a quien benigno ofrece
Dios en el cielo más dichosos días.

Cuando Él con su soplo te deshaga,
Yo miraré, desde el excelso cielo,
En el caos perderse tu albo hielo,
Cual blanca vela que la mar se traga.

MARÍA JOSEFA MUJIA

(Boliviana — n. 1820)

EL ÁRBOL DE LA ESPERANZA

Árbol de esperanza hermoso
En copa y ramas frondoso
Y elevado yo te vi:
Ora en el suelo tendido,
Destrozado y abatido
Te miro ¡ triste de mí!

Sin hojas y sin ramaje,
Marchito y seco el ropaje
De tu frescura y verdor;
¡Cuán corta tu vida ha sido!
Contigo todo he perdido
De la fortuna al rigor.

En tu tronco yo apoyaba
Mi porvenir, y esperaba
Recoger tu fruto y flor;
Bajo tu sombra solía
Recrear mi fantasía
Y adormecer mi dolor.

Siendo de edad aun temprana
En tu corteza yo ufana
Catorce letras grabé;
No eran dichas ilusorias,
Ni de amores ni de glorias
Las palabras que tracé.

Contigo se ha derribado
Todo el bien imaginado
Que el pensamiento creó;
Cual exhalación ligera
Toda ilusión hechicera
Contigo ya se extinguió.

Era tierna tu corteza,
Tus raíces sin firmeza,
Débil tu tronco también;
Y así resistir no pudo
Del fuerte huracán sañudo
El recio soplo y vaivén.

Muerta mi dulce esperanza,
Todo ha sido ya mudanza
De la dicha a la aflicción;
Sólo viven la amargura,
El pesar y desventura
Dentro de mi corazón.

FELIPE PARDO Y ALIAGA

(Peruano — 1806 - 1868)

EL PERÚ

¿Qué es esto? ¡Oh Dios! ¿Qué vértigo satánico
A numerosos pueblos rapidísimo,
Cual movidos por ímpetu mecánico,
Lleva a hundirse en abismo profundísimo?
¿Es hechizo funesto? ¿Es vicio orgánico?
¿O el desorden por mira del Altísimo
Atrinchera sus reales, estratégico,
Desde los Patagones hasta Méjico?

No, no es mira de Dios: nunca lo fuera;
En sus miras es Dios todo armonía.
Cuando presenta súbito en la esfera
Un mundo su eternal sabiduría
A la fe ardiente de Isabel primera,
¿Será para que el mal su saña impía
Cebe en naciones que arrancó el bautismo
A la guerra infernal del paganismo?

¿Será para tener desposeída
Del goce angelical de la concordia
La ignorada región que con su egida
Cubrió su paternal misericordia?
Será para que América afligida
Sufra, a merced de bárbara discordia,
Bajo la Iglesia plagas más crueles
Que bajo la impiedad de los infieles?

No, no es mira de Dios: que un continente
De riquezas sin fin no hizo venero
Para que objeto fuese eternamente
De compasión al universo entero.
Y si en predilección tan evidente
Ve el mundo de Colón dichoso agüero,
¿Qué la nación verá que fundó Manco,
Con quien fué el cielo en dádivas más franco?

De Dios la mira es otra. Dios piadoso
Muchedumbre nos dió mansa y sencilla,
Que así al imperio justo y generoso
Como al rüin y bárbaro se humilla.
Tesoro inesperado y portentoso
De nuestro mar improvisó en la orilla;
Y ríos nos creó que de canales
Crucen nuestros ardientes arenales.

Dios puertos nos abrió donde violenta
Nunca su furia el huracán ensaya;
Donde triste naufragio no amedrenta
Al morador de la tranquila playa;

Donde, al abrigo de feroz tormenta,
Ser rehusa el barómetro atalaya,
Como exigiendo, al verse en mar tan manso,
Su vigilante actividad descanso [1].

¿Qué queréis? ¿Perdurables monumentos
Que arranque a los cinceles la escultura,
O eleve sobre sólidos cimientos
A las nubes la osada arquitectura?
Ébanos, robles, cedros corpulentos,
De las selvas pedid a la espesura;
Y bronces a las minas, y granito
Y mármol del albor más exquisito.

¿Quizá industria pedís? Igual riqueza
También al artesano laborioso
El patrio suelo brinda con largueza,
De cuanto vario, y útil y copioso
Puede ofrecer conforte a la pobreza,
Pasto a la vanidad del poderoso,
Severa majestad a los altares,
Esplendor a las pompas militares.

¿No veis, no veis ese uniforme grana,
En que lucen, rivales de la seda,
La suavidad y el lustre de su lana,
Con que apuesto bretón guarda la rueda
Del coche de su augusta soberana?
Pues quizás todo del Perú proceda,

[1] Sabido es que el barómetro deja de marcar las variaciones del tiempo en las latitudes bajas de la costa meridional del Pacífico.

Y a él deban su finura y su decoro
El paño, el tinte y los galones de oro.

Dios en climas nos dió vario elemento
Con que a las producciones más extrañas
El Perú ofrece hospitalario asiento.
Dios del Perú crear en las entrañas
Quiso el carbón con que humillar el viento
Logra el vapor, y el mar y las montañas;
Y, en fin, para encerrar nuestros caudales,
Dios los Andes alzó monumentales.

Mas de sus altos dones la riqueza
En nada más espléndida resalta
Que en la varia y gentil naturaleza
Que en el Oriente nuestro linde esmalta:
Rapto de admiración y de grandeza
Los más tibios espíritus exalta,
Al contemplar el cuadro portentoso
Que desenvuelve aquel edén suntuoso.

Árboles de titánica estatura,
Dosel cada uno de una tribu entera,
Que no encuentran rival en la hermosura
Del variado matiz de su madera,
Plantas y flores mil en que natura
Su caprichosa ostentación esmera,
Y que ciñen riquísimas coronas
A la sien imperial del Amazonas;

Morera que da vida al laborioso
Gusano en sus talleres naturales,

Para vestir al prócer ostentoso
Y adornar los alcázares reales;
Algodón, que el inglés acopia ansioso,
En su sed de victorias industriales;
Y cautchu que es impenetrable egida
De la salud y de la humana vida;

Dulce caña jugosa y gigantea
Que veloz se propaga y veloz crece,
Dejando por raquítica y pigmea
La que en Asia y en Cuba el aire mece;
Tintes con que la Europa se recrea,
Y su industria matiza y enriquece,
Satisfaciendo con su activo influjo,
Los caprichos fantásticos del lujo;

Vasta copia en raíces y animales
Al sustento y al gusto provechosa;
Cocoteros, almendras, cafetales;
En tamaño a la almendra substanciosa,
El fruto nutridor de los maizales
Haciendo competencia victoriosa;
Y tú, rey de los néctares, cacao,
Delicia del almuerzo y del sarao;

La vid que dos montañas entapiza
Hallando en ellas protector arrimo,
Y en variado festón que el sol matiza,
Luce con esplendor su áureo racimo;
Mientras entre ambos cerros se desliza
El manso rey de aquel estado opimo,
Que, sumiso, a más alto soberano,
Va fiel a acompañarlo al Oceano;

Y apacibles las auras tropicales
Refrescan la carrera ya adornada
Por las valiosas galas vegetales;
Y la alegra con plácida alborada
De forma y de colores ideales,
Muchedumbre de pájaros variada;
Rindiendo así en sus pompas la comarca
Respetuoso homenaje a su monarca;

La tuna a quien tranquilas posesiones
No bastan en los campos dilatados,
E invade las ruidosas poblaciones,
Para arraigarse en torres y tejados[1];
Sandías y aromáticos melones,
Para fácil transporte tan pesados,
Que ya los reconocen las florestas
Como los anfitriones de sus fiestas;

La palta que da al pan, su compañero,
Gusto mejor que la batida nata;
La lúcuma, que de hábil repostero
La más feliz inspiración retrata;
La frutilla esparcida en el otero
Cual perfumada alfombra de escarlata;
El plátano a que dan retrete umbroso
Fajas de raso en pabellón vistoso;

[1] No hay nada en esto de exageración. Cualquiera que haya viajado por el interior, habrá visto en muchas poblaciones nacer los tunales en los techos, en los campanarios y hasta en las cornisas de los edificios.—NOTA DEL AUTOR.

Odorífera piña que arrogante
En follajes simétricos se asienta;
Naranja que su humor refrigerante
Y su dorada redondez ostenta;
Del clima tropical blasón fragante
Chirimoya exquisita, que presenta
Ufana en nuestros huertos a Pomona
El más rico florón de su corona;

La guayaba que lejos, altanera,
Se anuncia en los aromas que derrama;
La fresca granadilla que ligera
Por árboles y riscos se encarama,
Y miles más de frutas; que arduo fuera
Recomendarlas todas a la fama,
Y celebrar en tonos dignos de ellas
Su fragancia, sabor y tintas bellas:

De especies en corteza y en resina
Inmenso acopio. Saludable aceite;
Perfumes en que fácil se combina
De olfato y paladar amplio el deleite;
Cuanto para triunfar la medicina;
El femenil orgullo para afeite;
Cuanto para reinar en todas partes
El comercio, las ciencias y las artes;

Cuanto para sustento y embeleso
La humanidad; cuanto en su sed violenta
Puede el siglo pedir para el progreso;
Cuanto el afán emprendedor fomenta;

Cuanto con noble y maternal exceso
En su vegetación la tierra ostenta,
Sin que el arado sus entrañas rompa:
Todo allí resplandece en regia pompa.

La civilización está en la infancia...
Cierto ¡oh dolor!; mas genios hay incultos
Que roban, a pesar de su ignorancia,
Al arte sus misterios más ocultos;
Y por los que, humillada su jactancia
Algún día verán pueblos más cultos,
Si del cultivo al refulgente lampo
Solícito el poder les abre el campo.

Tal profusión de dones, tal riqueza,
¿La voluntad de Dios no hacen patente
Que siglos de ventura y de grandeza
Guarda al Perú y al vasto continente?
Mas para combatir nuestra tibieza
El fin de su obra reservó prudente;
Y del mortal encomendó al anhelo
El fruto cosechar que formó el cielo.

¡Encomendó al mortal! ¡Difícil cargo
Para el mortal que entre tinieblas gime,
Si de la obscuridad y del letargo
Inteligente acción no lo redime!
¡Ah! ¡Cese ya destino tan amargo,
Y la infeliz nación, a quien oprime
De la ignorancia el hórrido vestiglo,
Marche en la senda que ilumina el siglo!

Industria, activo cambio, agricultura,
Sólo de sabia dirección carecen;
Y es celo ardiente, buena fe y cordura
Cuanto en sus escogidos apetecen.
No pide más la nacional cultura,
Y puéblanse los yermos y florecen
A impulso del vapor y de la fragua
Y al refrigerio creador del agua.

Cultura el pueblo, sí: la turba ociosa
Que en la inacción y crápula vegeta
Es tiempo ya que en servidumbre honrosa
De la razón al yugo se someta:
Es tiempo ya que activa y ardorosa
Se afane por su bien, cual bulle inquieta
Cuando al influjo de anarquista aleve
A trastornar la sociedad se mueve.

¿Y así de la ambición a la artería
También no prostitúyese, insensata,
Del sufragio en la torpe granjería?
¿Y así también la autoridad no acata
Cuando la autoridad dura e impía
A esposa, hijos y hogares la arrebata,
Para comprar, a precio de su vida,
El laurel de contienda fratricida?

Pues si obedece, que en su pro obedezca,
Y que a labrar su dicha se le enseñe,
Y con la suya, la común acrezca,
Y en el progreso nacional se empeñe;

Y en la *honrada labor* no desfallezca,
Y sólo en ella su ventura sueñe,
Y rompa de la tierra las entrañas,
Y allane las altísimas montañas.

A los que al proletario en bienandanza
Aventajáis, y en clara inteligencia,
A vosotros, tan útil enseñanza,
Ciudadanos, confió la Providencia.
Realizad tan magnífica esperanza,
Y del ejemplo y de la voz la influencia
Dé savia y fronda y juvenil verdura
Al árbol de la pública ventura.

Cumplid vuestros patrióticos deberes;
Ennobleced un pueblo desidioso;
Grabadle con eternos caracteres
Que de la libertad el bien precioso
Lo dan la actividad de los talleres,
Y el seno de la tierra generoso,
Y la virtud; no el ocio ni los vicios,
Ni el tumultuoso ardor de los comicios.

¡ Ah ! Cien hombres de noble sentimiento
Bastan de la Divina Providencia
Las miras a llenar. No más que ciento...
¿ Dónde están ? ¿ Los sumerge la indolencia
En torpe sueño... y ceden sin aliento
El campo a la atrevida turbulencia ?
¡ Qué ! ¿ No veis que ese sueño es tan siniestro
Como al provecho de la patria, al vuestro ?

Y si el progreso público y el orden
Os deben sólo indiferencia fría,
¿No os estremece, al menos, que el desorden
Hondamente arraigándose, haga un día
Que pasiones famélicas desborden,
Y que abra el azadón de la anarquía
A vuestro caro bienestar la tumba,
Antes, quizá, que la nación sucumba?

¿Dónde está de los próceres peruanos
El celo que proclaman y enaltecen,
Si de lástima y queja acentos vanos
Sólo en las aras de la patria ofrecen?
¿De intrépidos y activos ciudadanos
Las funciones augustas aborrecen,
Porque interrumpen la feliz holganza
En que lo mece efímera bonanza?

¡Patricios! Cuerdos sois. En cosas fútiles
No fatiguéis vuestro civismo irónico;
No malgastéis vuestros servicios útiles;
Del egoísmo al dulce arrullo armónico
En plácida embriaguez dormís inútiles,
Y con un gesto de desdén sardónico
Del Perú respondéis al grito unánime
Que vuestra compasión implora exánime.

EL REY NUESTRO SEÑOR

Invención de estrambótico artificio,
Existe un rey que por las calles vaga;
Rey de aguardiente, de tabaco y daga,
A la licencia y al motín propicio:

Voluntarioso autócrata, que oficio
Hace en la tierra de ominosa plaga;
Príncipe de memoria tan aciaga,
Que a nuestro Redentor llevó al suplicio;

Sultán que el freno de la ley no sufre,
Y de cuya injusticia no hay reintegro;
Rey por Luzbel ungido con azufre;

Czar de tres tintas, indio, blanco y negro,
Que rige el continente americano,
Y que se llama: Pueblo Soberano.

A MI HIJO EN SUS DÍAS

EPIGRAMA

Dichoso, hijo mío, tú,
Que veintiún años cumpliste:
Dichoso, que ya te hiciste
Ciudadano del Perú.

Este día suspirado
Celebra de buena gana,
Y vuelve orondo mañana
A la hacienda, y esponjado,

Viendo que ya eres igual,
Según lo mandan las leyes,
Al negro que unce tus bueyes
Y al que te riega el maizal.

A MI LEVITA

(IMITACIÓN DE BERANGER)

A nuestra amistad sé fiel,
¡Oh levita idolatrada!
En ambos deja estampada
Su huella el tiempo cruel.

Diez años yo con mis manos
Te he cepillado leal,
Sin dejar que otros profanos
Pongan el cepillo en ti.
¿Y me pagarás tan mal
Que te separes de mí?

En mi santo te estrené;
Mis amigos te cantaron,
Y tu hechura celebraron,
Y tu color de café.
En sus cartas siempre has sido
Objeto de su memoria;
Que aunque hayas envejecido,
No se olvidaron de ti.
¡Mi único amor y mi gloria,
No te separes de mí!

A un sastre francés le dí
Por ti dos onzas y media.
Producto de una comedia
Sentimental que escribí.
En la edad de tus venturas
Fuiste ¡oh tiempos! muy bonita:
Mas hoy ya de tus costuras
El pelo fugaz voló.
Y aunque estés calva, oh levita,
¿Podré abandonarte yo?

Un año tras otro año
Siempre conmigo te viera.

Si acaso la suerte fiera
Contra tu raído paño
Preparase su furor,
Opón la filosofía,
Cual la opone tu señor
A su ciego frenesí,
Y ¡ dulce levita mía
No te separes de mí!

¡ Ese zurcido!... ¡ Oh recuerdo!
Con Delia una vez jugaba:
Me seguía, la burlaba:
Me asió del faldón izquierdo,
Y, sin querer, lo rasgó;
Mas la pobre en todo un día,
Cosiéndote, no apartó
Sus bellas manos de ti.
¡ Levita del alma mía,
No te separes de mí!

¿ Te bañé nunca en olores
Que un necio galán exhala?
¿ Te expuse en una antesala
Al gesto de altos señores?
Otro, cruces, impaciente
Ansia, o bustos de Simón,
Y yo flores solamente
En tus ojales prendí.
¡ Joya de mi corazón,
No te separes de mí!

Verás, verás cuán ligeros
Vuelan mezclados los días
De llantos y de alegrías,
De soles y de aguaceros.
Yo voy de capa caída
Y muy pronto moriré:
Entonces tu triste vida
Podrás también acabar.
Pero mientras vivo esté,
¿Quién nos podrá separar?

MI VECINITA

¡Ay! el que vea
A mi vecina,
Ve la presea
Más peregrina.
Toda esperanza
De bienandanza
La tiene fija,
En una hija
Que es la muchacha
Mas vivaracha,
Más decidora
Y encantadora
Y más cumplida
Que vi en mi vida.
Nunca se cura
De la costura

(¡Y qué bien hace!).
Pues no le place,
Porque la aguja,
Cuando la empuja,
La mano hermosa
No le taladre.
¡Qué niña tan graciosa!
¡Retrato de su madre!

Dale paseos,
Dale jarana,
Dale bureos;
Y en su lozana
Fresca mejilla
Verás cuadrilla
De cupidillos
Juguetoncillos,
Que travesean
Y se recrean:
Verás qué hermosa
Risa graciosa
Baña sus labios.
Empero agravios
Recibe eternos,
Y hasta echa ternos
(Tal por la injuria
Se enciende en furia)
Cuando se intenta
Que haga contenta
Alguna cosa
Que no le cuadre.
¡Qué niña tan graciosa!
¡Retrato de su madre!

Un mozalbete
Almibarado
Allí se mete.
Tan grande agrado
Se le acredita,
Que su visita
Nunca fenece.
¡Qué, si parece
Que se entornilla
Sobre la silla!
Con él retoza
Y se alboroza
La damisela
Que se las pela;
Y hasta hay de guiños
Y de cariños
Canje secreto.
Al tal sujeto,
Según es fama,
Siempre lo llama
La candorosa
Mamá, compadre.
¡Qué niña tan graciosa!
¡Retrato de su madre!

Saber le gusta
Quién entra en casa
(Cosa muy justa),
Y hasta quién pasa.
Por eso tiene,
Cuida y mantiene

La señorita
Una perrita
Que es un armiño,
De su cariño
Felice dueño.
Todo su empeño
Es, que si alguno
Llega importuno
Cuando se aplica
La bella chica
A sus constantes
E interesantes
Distribuciones
Y devociones,
La maliciosa
Perrita ladre.
¡Qué niña tan graciosa.
¡Retrato de su madre!

A su hábil lengua
Mil señoritas
Deben su mengua.
¡Qué! ni amiguitas
Fácil perdona
La picarona;
Mas a los hombres
¡Qué dulces nombres
Que les prodiga
Cual tierna amiga!
Del petimetre
Más sin caletre

Y más erguido,
Del presumido
De literato
Más mentecato,
Hace una alhaja:
Quiere, agasaja
Con suaves modos,
Afable a todos
Y cariñosa,
Menos al padre.
¡Que niña tan graciosa!
¡Retrato de su madre!

EL DÍA DE LOS ELOGIOS

Don Canuto es presa
Ya de muerte cruda,
Y deja a su viuda
(¿Hay dicha como esa?)
Catorce muchachos
Entre hembras y machos,
Amén de infinitos
Que tuvo fortuitos.
Sin embargo, el hombre
Hoy goza del nombre
Menos disoluto
Que se halla en la historia.
¡Pobre Don Canuto!
¡Dios lo tenga en gloria!

De viuda y pimpollos
Ha sido la herencia
Fatal indigencia,
Discordias y embrollos,
Insolutos cargos,
Procesos, embargos;
Menores y viejas
Por trampas añejas
Saltaron al punto.
Con todo, el difunto
Merece el tributo
De honrada memoria.
¡Pobre Don Canuto!
¡Dios lo tenga en gloria!

Metódico, activo,
Dicen que fué el hombre:
No hay quien no se asombre
Mirando su archivo:
Entre la basura
Se halló una escritura;
Pareció otra rota
Dentro de una bota;
Y eran sus gavetas,
Armarios, secretas,
Caos absoluto,
Zarzal, pepitoria.
¡Pobre Don Canuto!
¡Dios lo tenga en gloria!

«¡Pobre! ¡y buena estampa!»
Exclama la gente:
«¡Figura excelente!»
¿Figura? ¡ya escampa!
Y el tal fué bisojo,
Y a más de esto, cojo;
Y a más su joroba
Pesaba una arroba,
Y a más por narices
(Hay hombres felices)
Cupo al rostro enjuto
Atroz zanahoria.
¡Pobre Don Canuto!
¡Dios lo tenga en gloria!

«¡Qué pasta! ¡Qué porte!
¡Qué genio tan mole!
¡Qué amor mereciόle
Su tierna consorte!»
— Sí, merecería;
Que de él recibía,
Por requiebros tiernos,
Pelucas y ternos;
Lapos por abrazos;
Por mimos trancazos.
¡Qué ropa de luto
Tan consolatoria!
¡Pobre Don Canuto!
¡Dios lo tenga en gloria!

¡Y qué grande suma
De conocimientos!
¡Brillantes talentos!
Magnífica pluma,
Clara, vigorosa,
En verso y en prosa,
En todo era experto.»
—¡Lo que es haber muerto!
Jamás en la vasta
Cuadrúpeda casta
Se vió mayor bruto
Dar vuelta a una noria.
¡Pobre Don Canuto!
¡Dios lo tenga en gloria!

CARLOS AUGUSTO SALAVERRY

(Peruano — 1831 - 1890)

ILUSIONES

Venid a mí sonriendo y placenteras
Visiones que en la infancia he idolatrado,
¡Oh recuerdos! ¡mentiras del pasado!
¡Oh esperanzas! ¡mentiras venideras!

Ya que huyen mis lozanas primaveras,
Quiero ser por vosotras consolado,
En un mundo fantástico, poblado
De delirios, de sombras y quimeras.

Mostradle horrible la verdad desnuda
A los que roben, de su ciencia ufanos,
A todo lo ideal su hermoso aliño;

Pero apartadme de su estéril duda;
Y aunque me cubra de cabellos canos,
Dejadme siempre el corazón de un niño.

A LA ESPERANZA

Yo sé que eres un ave fugitiva,
Un pez dorado que en las ondas juega,
Una nube del alma que despliega
Su miraje de rosa y me cautiva.

Sé que eres flor que la niñez cultiva,
Y el hombre con sus lágrimas la riega,
Sombra del porvenir que nunca llega,
Bella a los ojos y a la mano esquiva!

Yo sé que eres la estrella de la tarde
Que ve el anciano entre celajes de oro
Cual postrera ilusión de su alma, bella;

Y aunque tu luz para mis ojos no arde,
Engáñame ¡oh mentira! Yo te adoro,
Ave o pez. sombra o flor, nube o estrella.

ACUÉRDATE DE MÍ

¡Oh, cuánto tiempo silenciosa el alma
Mira en redor su soledad que aumenta!
Como un péndulo inmóvil, ya no cuenta
Las horas que se van;
Ni siente los minutos cadenciosos
Al golpe igual del corazón que adora,
Aspirando la magia embriagadora
De tu amoroso afán.

Ya no late, ni siente, ni aun respira
Petrificada el alma allá en lo interno:
Tu cifra en mármol con buril eterno
Queda grabada en mí.
No hay queja al labio ni a los ojos llanto;
Muerto para el amor y la ventura,
Está en tu corazón mi sepultura
Y el cadáver aquí.

En este corazón ya enmudecido
Cual la ruina de un templo silencioso,
Vacío, abandonado, pavoroso,
Sin luz y sin rumor;
Embalsamadas ondas de armonía
Elevábanse un tiempo en sus altares,
Y vibraban melódicos cantares
Los ecos de tu amor.

¡Parece ayer!... De nuestros labios mudos
El suspiro de ¡adiós! volado al cielo;
Y escondías la faz en tu pañuelo
Para mejor llorar!
¡Hoy!... ¡nos apartan los profundos senos
De dos inmensidades que has querido,
Y es más triste y más hondo el de tu olvido
Que el abismo del mar!

Pero ¿qué es este mar? ¿qué es el espacio?
¿Qué la distancia ni los altos montes?
¿Ni qué son esos turbios horizontes
Que miro desde aquí,

Si al través del espacio y de las cumbres,
De ese ancho mar y de ese firmamento,
Vuela por el azul mi pensamiento
Y vive junto a ti?

¡Si yo tus alas invisibles veo,
Te llevo dentro el alma, estás conmigo,
Tu sombra soy y donde vas te sigo
De tus huellas en pos!
Y en vano intentan que mi nombre olvides;
Nacieron nuestras almas enlazadas,
Y en el mismo crisol purificadas
Por la mano de Dios!

Tú eres la misma aún: cual otros días
Suspéndense tus brazos de mi cuello;
Veo tu rostro apasionado y bello
Mirarme y sonreír;
Aspiro de tus labios el aliento
Como el perfume de claveles rojos,
Y brilla siempre en tus azules ojos
Mi sol, mi porvenir!

Mi recuerdo es más fuerte que tu olvido;
Mi nombre está en la atmósfera, en la brisa,
Y ocultas al través de tu sonrisa
Lágrimas de dolor;
Pues mi recuerdo tu memoria asalta,
Y a pesar tuyo por mi amor suspiras,
Y hasta el ambiente mismo que respiras
Te repite mi amor!

¡Oh! cuando vea en la desierta playa,
Con mi tristeza y mi dolor a solas,
El vaivén incesante de las olas,
Me acordaré de ti;
Cuando veas que una ave solitaria
Cruza el espacio en moribundo vuelo,
Buscando un nido entre la mar y el cielo,
¡Acuérdate de mí!

LA LOCOMOTORA

Ni el cóndor de los Andes, que alza el vuelo
Desde su nido hasta la azul región,
Y rasgando la túnica del cielo
Hiende las nubes que ilumina el sol;

Ni el fiero musulmán de tez morena,
Cabalgando en el árabe corcel,
Que corre y graba en la movible arena
La media luna de su herrado pie;

Ni el barco humeante cuyo peso abruma
Y fatiga las olas de la mar,
Que huyen gimiendo en desgarrada espuma
Como luciente polvo de cristal;

Ni el aeronauta audaz, ni la ligera
Góndola del Atlántico veloz,
Aventajan al monstruo en la carrera
Con sus alas de fuego y de vapor.

¿No veis? Ya rueda. De su entraña hirviente
Que bulle cual la lava del volcán,
Arroja larga flecha de humo ardiente
Como la blanca espuma de la mar.

Lanza a las nubes estridente grito
En su hálito de fuego abrasador,
Y corre, arrebatando a lo infinito
El ala del relámpago y la voz.

Comprime sus entrañas bullidoras,
En su seno palpita el frenesí,
Y el monstruo vuela a devorar las horas
Y el tiempo y el espacio y el confín.

Más que el torrente que a la mar ligero
Se arrastra en pavorosa rapidez,
Agitando sus músculos de acero
Corre el monstruo del siglo sobre el riel.

Parece apenas que la tierra toca
Pasando como el rápido aquilón,
Y olas vomita de su hirviente boca,
Jadeante con hórrido estertor.

Y el muro, el árbol, la montaña, el río,
Todo se ve en un vértigo girar,
Como sombras de un loco desvarío,
En un baile fantástico, infernal.

Vuela y esparce, retemblando el suelo,
Sus huellas de rocío y de carbón,
Mientras fluctúa en el azul del cielo,
Cual larga nube su penacho en pos.

¡Terrestre Leviatán! ¡Vuela, devora!
Con tu ala de vapor azota el viento;
Lleva a la noche el rayo de la aurora,
Y al hombre esclavizado el pensamiento.

Como antorcha del siglo brilladora,
Alumbra al pueblo de la luz sediento,
Para que escriba en su pendón de guerra:
«El pueblo es rey y su sitial la tierra.»

CLEMENTE ALTHAUS

Peruano (1835-1881)

ÚLTIMO CANTO DE SAFO

La excelsa roca pisa,
De amantes desamados visitada,
Con planta no indecisa
La lesbiana divina poetisa
Del ingrato Faón enamorada.

Escucha en lo hondo y mira
Impávida, agitarse en són horrendo
Del mar la indócil ira;
Y por última vez pulsa la lira,
Al aire estos lamentos esparciendo:

"Adiós por siempre, ¡oh vida!
Adiós, ¡oh mundo!, sin dolor ni llanto
Os doy mi despedida,
Que bien sé que en vosotros no se anida
Para Safo infeliz sino quebranto.

« Muerte anhelo, y cualquiera
La pena sea que al mayor pecado
En el Averno espera,
Jamás las ansias igualar pudiera
De un furibundo amor menospreciado.

« A los males sin cuento
Con que os abruma el que su eterna fiesta
Halla en vuestro tormento,
Es ¡oh mortales! único descuento,
Sola ventura que gozáis en ésta:

« Que, si del hado impío
Fué decreto fatal el nacimiento,
Es rey vuestro albedrío
De acelerar, como acelero el mío,
De vuestras vidas el final momento.

« Y que si fué la entrada
A la prisión obscura de la vida
Forzosa e ignorada,
Dogal y salto, y tósigo y espada
Siempre libre encontraron la salida.

« Tú que las crudas penas
Que lloro lloras, yo a romper te enseño
Tus odiosas cadenas;
A padecer tú mismo te condenas,
Sabiendo que eres de tu muerte dueño.

Usa tu alto derecho;
Y, o da veneno a la callada boca,
O el cuello a lazo estrecho,
O con agudo acero abre tu pecho,
O ven conmigo a la Leucadia roca.

« No más tu pena aguarde:
Mas si escoges vivir, lloro no viertas,
Cesa queja cobarde;
Culpa tuya será que se abran tarde,
Cautivo vil, de tu prisión las puertas.

« Vive, vive, tolera
Tus fieros males, cada vez mayores,
Y la vejez postrera
Haga que apures tu desgracia entera,
Que mal ninguno de la vida ignores.

« Morir, morir escojo,
Y rebelde al tirano omnipotente,
Me burlo de su enojo,
Y de la vida con desdén le arrojo
El falso funestísimo presente.

« Y tú, mancebo ingrato,
A quien desesperadamente adoro,
Tú a quien con insensato
Furor mil veces convidé a mi trato,
Pospuesto el casto femenil decoro:

«Vive feliz, si pudo[1]
Consentirlo a mortal el negro encono
Del destino sañudo:
Tu eterno desamor, tu desdén mudo,
Y mis tormentos todos te perdono.

«No fué amarme en tu mano;
Tuya no fué la culpa; el rigor lo hizo
De Júpiter tirano
Que, con avara diestra, velo humano
Me dió, desnudo de beldad y hechizo.

«El alma, que era bella,
No pudiste mirar; si la miraras,
Te enamoraras de ella,
Menospreciando la beldad de aquella
Por quien a Safo triste desamparas.

«Oh ponto, cuyo asalto
La excelsa roca azota, hirviente espuma
Arrojando a lo alto,
No del mortal irrevocable salto
Arredrarme tu cólera presuma.

[1] Imitado, casi traducido de Leopardi:

Vivi felice, se felice in terra
Visse nato mortal...

(Ultimo canto di Saffo, CANTI, IX.) V. G. C.

· Tu amenaza e insulto
Mirando estoy impávida, que calma
Es el ciego tumulto
De tus olas, al lado del que oculto
Amoroso huracán dentro del alma.»

Dice la triste amante
Y se arroja veloz; la mar hinchada
Se abre y cierra sonante;
Y, de las ondas a merced errante,
Aquí y allí la leve lira nada.

DOLORES VEINTEMILLA DE GALINDO

Ecuatoriana — 1831 - 1857

QUEJAS

¡Y amarle pude! Al sol de la existencia
Se abría apenas soñadora el alma...
Perdió mi pobre corazón su calma
Desde el fatal instante en que le hallé.
Sus palabras sonaron en mi oído
Como música blanda y deliciosa;
Subió a mi rostro el tinte de la rosa;
Como la hoja en el árbol, vacilé.

Su imagen en el sueño me acosaba
Siempre halagüeña, siempre enamorada:
Mil veces sorprendiste, madre amada,
En mi boca un suspiro abrasador;
Y, era él quien lo arrancaba de mi pecho,
Él, la fascinación de mis sentidos;
Él, ideal de mis sueños más queridos,
Él, mi primero, mi ferviente amor.

Sin él, para mí, el campo placentero
En vez de flores me obsequiaba abrojos;
Sin él, eran sombríos a mis ojos
Del sol los rayos en el mes de abril.
Vivía de su vida apasionada;
Era el centro de mi alma el amor suyo;
Era mi aspiración, era mi orgullo...
¿Por qué tan presto me olvidaba el vil?

No es mío ya su amor, que a otra prefiere,
Sus caricias son frías como el hielo;
Es mentira su fe, finge desvelo...
Mas no me engañará con su ficción...
¡Y amarle pude, delirante, loca!
¡No, mi altivez no sufre su mal trato;
Y si a olvidar no alcanzas al ingrato,
Te arrancaré del pecho, corazón!

GABRIEL GARCÍA MORENO

Ecuatoriano — 1821 - 1875

A FABIO

> Yo vi del polvo levantarse audaces,
> A dominar y perecer, tiranos;
> Atropellarse efímeras las leyes
> Y llamarse virtudes los delitos.
>
> MORATÍN

Huye lejos de aquí, virtuoso Fabio,
Huye, si quieres preservar del vicio
Tu juventud florida, que los años
Presto te robarán. Mira doquiera
Cómo levanta la manchada frente,
Llena de oprobio y de arrogancia, el crimen;
Cómo se arrastra la ambición astuta
En fango inmundo, y de repente sube
Cual fétido vapor que infesta el cielo.
Allá se esconde prostituta infame
Bajo adornos marciales, y su mano
Tímida empuña el relumbrante acero,
Jamás enrojecido en las batallas.

Impresos lleva en su amarillo rostro
Los asquerosos surcos, las señales
Que en lecho torpe atesoró. Ninguno
De cuantos vicios inventara el hombre
En largos siglos de maldad, ignora:
Traición, perjurio, latrocinio, estafa,
Libertinaje impúdico, furores
De bárbara opresión... su vida impura
Encerrada en artículos se encuentra
En el severo código que inspira
Saludable terror a los perversos.
¡Y este de corrupción conjunto horrible
Monstruo que hasta el patíbulo infamara,
Este triunfa, domina, tiraniza,
Y respira tranquilo! Al pueblo imbécil
Con fementido labio artero invoca,
Y le ultraja feroz, ¡y el pueblo sufre,
Llora abatido y resignado calla!
¡Oh vergüenza! ¡oh baldón! Proscrita en tanto
La probidad se oculta, perseguida
Por el delito atroz de su inocencia,
Sin cesar acosada, expuesta siempre
En inseguro asilo a la perfidia
Del delator vendido que la acecha.
Así tu patria está. No tardes, huye.
¿Qué esperas? ¿quieres de tu vida infausta
La suerte mejorar con tu paciencia?
Te engañas, infeliz. A la fortuna
La áspera senda del honor no guía.
Quien a las altas cumbres la audaz planta
Mueve y subir procura, no consigue

Sino elevarse a la región del rayo;
Mas si los Andes deja, prefiriendo
Valles ardientes de fecundo suelo,
Se ofrecen luego a su encantada vista
Flores y frutos en frondosas selvas:
Así el hombre que intrépido se avanza
De la virtud a la fragosa altura,
Camina a la desgracia, mientras goza,
En el campo feraz de la ignominia,
De iniquidad el premio el delincuente.
Mira en torno de ti y aprende cauto,
Si a la opulencia aspiras, el secreto
Que conduce al poder. Miente, calumnia,
Oprime, roba, profanando siempre
De patria y libertad el nombre vano:
Bajeza indigna, adulación traidora,
Previsor disimulo, alevosía
Y sórdido interés por ley suprema,
Presto te elevarán; y tu infortunio
Sombra será como el terror de un sueño.
¿No ves a Elpino, el cínico, que entona
El hosanna triunfal para el que vence,
Y cuando pasa al Gólgota, le insulta,
Gritos lanzando de exterminio y muerte?
Pues serena su vida se desliza
De revuelta en revuelta, como corre,
Del rugiente Sangay en el declivio,
Entre ceniza y desgarradas peñas,
Infecta fuente de insalubres aguas.
Y Corredor, y Viperino, y tantos
Cobardes y rebeldes, que a tumultos

Y nó a combates sus galones deben;
Y el renegado y falso Turpio Vilio,
Que en todos los partidos sienta plaza
Y de todos, vendiéndose, deserta,
Del polvo se encumbraron, impelidos
Al raudo soplo de inmortal infamia.
En esta tierra maldecida, en esta
Negra mansión de la perfidia, ¿sirven
Para algo la lealtad, la valentía,
La constante honradez, los nobles hechos
Del que a la gloria inmola su existencia?
De vil ingratitud la hiel amarga,
De la envidia el veneno y muchas veces
Fatídico puñal... tal es el premio
Que el Ecuador a la virtud presenta.
Malvado o infeliz: no hay medio, escoge,
Decide pronto, y antes que te oprima
Como dogal de muerte la desgracia...
Mas no: desprecia impávido, animoso,
Los cálculos del miedo: a la cuchilla
Inclina la cerviz y no a la afrenta;
Y aunque furiosa la borrasca brame,
Y ronco el trueno sobre ti retumbe,
Inmóvil, firme tente; que al cadalso
Arrastrarte podrán, no envilecerte.
Conozco, sí, la suerte que me aguarda:
Présago, triste el pecho me lo anuncia
En sangrientas imágenes que en torno
Siento girar en agitado ensueño.
Conozco, sí, mi porvenir, y cuántas
Duras espinas herirán mi frente;

Y el cáliz del dolor hasta agotarle
Al labio llevaré sin abatirme.
Plomo alevoso romperá, silbando,
Mi corazón tal vez; mas si mi patria
Respira libre de opresión, entonces
Descansaré feliz en el sepulcro.

JULIO ZALDUMBIDE

Ecuatoriano — 1833-1887

LA TARDE

Con majestad sublime el sol se aleja,
Y el extendido cielo
A las arrebozadas sombras deja,
Que ya le cubren con umbroso velo.

¡Qué solemne misterio! ¡qué profunda
De paz y de oración grave tristeza!
Ya el sol llega al ocaso,
Y la noche le sigue a lento paso..
En duelo universal Naturaleza
Se despide de aquel que la fecunda:
Triste el cielo se enluta, gime el viento,
El mundo eleva unísono lamento.

Ya el rumiador ganado lentamente
Desciende por la húmeda colina;
Cansado el labrador deja la era,
Y a su rústica choza se encamina.

¡Qué misterios el aura pasajera
Suspira y pasa! El ave en sordo vuelo
Por las ramas se mete y busca el nido.
Sólo se oye el zumbido
De los insectos, que quizás lamentan
Desde la hierba del humilde suelo
La partida del claro rey del cielo.

¡Adiós, sol refulgente!
Yo también uniré mi voz humilde
A la voz elocuente
En que un doliente adiós te envía el mundo.
Tú no puedes parar, ni más despacio
Puedes seguir tu arrebatado giro;
La mano omnipotente
A recorrer te impulsa sin reposo
Las vastas soledades del espacio,
Esos serenos campos de zafiro;
Pero mañana volverás glorioso
A darnos vida y luz, astro fecundo...

De la meditación la voz me llama
A vagar solitario en la arboleda:
Agreste soledad, mudo silencio...
Triste sombra deseo. El aura leda
Duerme en las flores, y la blanda grama
El ruido apaga de mis pasos lentos.
Como las sombras cunden de la umbría
Noche en el cielo, así en el alma mía
Cunden ya dolorosos pensamientos;
Y una hoja que desciende,

Algún eco fugaz, una avecilla
Que errante y solitaria el aire hiende,
La leve nubecilla
Que viaja a reclinarse allá en el monte
O a perderse lejana
En el vago horizonte:
Todo me causa una emoción profunda,
Me aprieta el alma una indecible pena,
Y de improviso mi mejilla inunda
De inesperado llanto amarga vena.

¡Melancólica tarde, tarde umbría!
Desde que pude amar me unió contigo
Irresistible y dulce simpatía.
Tú fuiste siempre confidente mía;
Tú fuiste, tú, testigo
De mis secretos e íntimos deseos
Y locos devaneos:
Tú de mi corazón, tú de mi alma
El seno más recóndito conoces:
¿Qué lágrima vertí que tú no vieras?
¿Exhalé alguna vez triste suspiro
Que vagando en tus auras no le oyeras?
¿Qué secreto agitó nunca mi seno
Que yo a tus mudas sombras ocultara?...
¡Qué de sueños de amor y de ventura,
Qué de ilusiones halagüeñas viste
En mi pecho formarse,
Con esperanzas halagarme el alma,
Y para siempre en humo disiparse!...

Todo esto ¡ay infelice! me recuerda
Esa tu sombra triste,
Y sin poder valerme huye la calma
Del centro de mi espíritu agitado,
Y el dique rompe en férvido torrente
El llanto de improviso desatado...

¡Es preciso olvidar! Córrase el velo
Del olvido sobre ese de amargura
Pasado tiempo. A mi dolor consuelo
Sola tú puedes dar, alma Natura:
Yo por ti el mundo abandoné engañoso,
Para buscar en ti dulce reposo...

¡Oh tarde! estas heridas mal cerradas
Que se abren y remueven mi tormento,
Pasará el tiempo, y las verás curadas.
Nunca de hoy más halagará mi oído
De pérfida ilusión el dulce acento,
Ni buscaré la flor do está la espina.
Quiero vivir contento
En esta dulce estancia campesina;
Aquí cavaré tumba a mis dolores;
Y ajeno de ambición, de envidia ajeno,
Aquí (si tanto diérame la suerte),
Como tu sombra espero cada día,
Esperaré sereno
Esa de la existencia tarde umbría,
Anunciadora de la obscura muerte.

A MI AMIGO PEDRO FERMÍN CEVALLOS

Ton deuil est raisonnable, encore qu'il soit extrême:
Et lorsque pour toujours on perd ce que tu perds,
La Sagesse, crois-moi, peut pleurer elle-même.

MOLIÈRE.

Llórala, sí; tu hija arrebatada
Por triste fallo de inflexible suerte
De entre tus brazos fué, y en la morada
Entró ya de la muerte.

Mido el dolor que te atormenta fiero
Cuando coutemplo lo que tú perdiste
En ese instante en que el adiós postrero
Para siempre la diste.

¡Terrible instante aquél! Tú, padre tierno,
Ella, hija tuya, encanto de tu vida;
Triste el adiós, irrevocable, eterno;
Súbita la partida.

Llórala, si; ¿qué puede ya ofrecerte
Para consuelo de tu pena el mundo,
Si tu Sofía de la obscura muerte
Duerme el sueño profundo?

Su recatada vida, quieta y pura,
Delicia, adorno de tu hogar; su alma,
Dulce tesoro de filial ternura
Y de celeste calma;

Y la dicha que en ella vinculaste,
Todo, infeliz, de un golpe lo perdiste;
Todo abismarse súbito miraste
En el sepulcro triste!

Vano será que al cielo sollozando
Cuenta le pidas del acerbo caso,
Que mudo el cielo seguirá girando
Del oriente al ocaso.

Preguntarás en vano a la inhumana
Muerte por qué con mano tan impía
De la vida la flor cortó temprana
De tu dulce Sofía.

Nadie responderá: Naturaleza
Seguirá eterna en el usado giro,
Que nunca enluta su inmortal belleza
Por humano suspiro.

De la corona con que Dios la frente
La engalanó, cuando a su voz nacía,
La muerte hurtando va traidoramente
Una flor cada día;

Y ella sonríe al hurto, y no se irrita,
Que el tiempo nuevas flores entreteje
En su corona, y nunca la marchita,
Porque Dios la protege.

Nada puede la muerte en la grandiosa
Obra del Sér omnipotente y santo,
Y sólo al hombre impuso poderosa
Un tributo de llanto.

Págale tú, Fermín, págale eterno:
Vé de tu hija hacia el sepulcro helado,
Vierte en él, infeliz, llanto paterno
En tributo sagrado.

A su alma pura que en los cielos vaga,
A su memoria, a su ceniza inerte:
Triste es la vida que tan tristes paga
Tributos a la muerte!

JOSÉ EUSEBIO CARO

(Colombiano — 1817 - 1855)

UNA LÁGRIMA DE FELICIDAD

Solos, ayer, sentados en el lecho
Do tu ternura coronó mi amor,
Tú, la cabeza hundida entre mi pecho,
Yo, circundando con abrazo estrecho
Tu talle encantador;

Tranquila tú dormías, yo velaba.
Llena de los perfumes del jardín.
La fresca brisa por la reja entraba,
Y nuestra alcoba toda embalsamaba
De rosa y de jazmín.

Por cima de los árboles tendía
Su largo rayo horizontal el sol
Desde el remoto ocaso do se hundía:
Inmenso, en torno de él, resplandecía
Un cielo de arrebol!

Del sol siguiendo la postrera huella,
Dispersas al acaso, aquí y allí,
Asomaban, con luz trémula y bella,
Hacia el oriente alguna u otra estrella
Sobre un fondo turquí.

Ningún rumor, o voz, o movimiento
Turbaba aquella dulce soledad;
Sólo se oía susurrar el viento,
Y oscilar, cual un péndulo, tu aliento
Con plácida igualdad.

¡Oh! ¡yo me estremecí!... ¡Sí; de ventura
Me estremecí, sintiendo en mi redor
Aquella eterna, fúlgida natura!
¡En mis brazos vencida tu hermosura!
¡En mi pecho el amor!

Y cual si alas súbito adquiriera,
O en las suyas me alzara un serafín,
Mi alma rompió la corporal barrera,
Y huyó contigo, de una en otra esfera,
Con un vuelo sin fin!

Buscando allá con incansable anhelo
Para ti, para mí, para los dos,
Del tiempo y de la carne tras el velo,
Ese misterio que llamamos cielo,
¡La eternidad de Dios!

Para fijar allí, seguro y fuerte,
Libre de todo mundanal vaivén,

Libre de los engaños de la suerte,
Libre de la inconstancia y de la muerte,
De nuestro amor el bien.

Y en un rapto de gloria, de improviso,
Lo que mi alma buscaba hallar creí;
Una secreta voz del Paraíso
Dentro de mí gritóme: Dios lo quiso;
¡Sea tuya allá y aquí!

Y enajenado, ciego, delirante,
Tu blando cuerpo, que el amor formó,
Traje contra mi pecho palpitante...
Y en tu faz una lágrima quemante
De mis ojos cayó.

¡Ay! despertaste... Sobre mí pusiste
Tu mirada, feliz al despertar;
Mas tu dulce sonrisa en ceño triste
Cambióse al punto que mis ojos viste
Aguados relumbrar.

De entonce acá... ¡oh amante idolatrada,
Mas sobrado celosa! huyes de mí:
Si a persuadirte voy, no escuchas nada,
O de sollozos clamas sofocada:
«¡Soy suya... y llora así!»

¡Oh! ¡no, dulce mitad del alma mía!
No injuries de tu amigo el corazón;
¡Ay! ese corazón en la alegría
Sólo sabe llorar, cual lloraría
El de otro en la aflicción.

El mundo, para mí de espinas lleno,
Jamás me dió do reclinar la sien;
Hoy, de la dicha en el primer estreno,
El lloro que vertí sobre tu seno
Encerraba un edén!

¡Oh!... ¡La esposa que joven y lozana
Diez hijos a su esposo regaló,
Y que después vïuda, enferma, anciana,
A sus diez hijos en edad temprana
Morir y enterrar vió:

Esa mujer, que penas ha sufrido
Cuantas puede sufrir una mujer;
Esa madre infeliz, que ha padecido
Lo que tan sólo la que madre ha sido
Alcanza a comprender:

Ella, pues, cuando a buenos y a malvados
Llame a juicio la trompa de Jehová,
Sus diez hijos al ver resucitados,
Al volver a tenerlos abrazados...
¡Oh! de amor llorará!

Y de esa madre el dulce y tierno llanto
A la diestra de Dios la hará subir,
Y tal será su suavidad y encanto,
Que en su alta gloria al serafín más santo
De envidia hará gemir!

Mas ese llanto del amor materno,
Vertido en la presencia del Señor,

Al entrar de la vida al mundo eterno,
¡No, no será más dulce ni más tierno
Que el llanto de mi amor!

EN ALTA MAR

Céfiro! rápido lánzate! rápido empújame y vivo!
Más redondas mis velas pon: del proscripto a los lados.
Haz que tus silbos susurren dulces y dulces suspiren!
¡Haz que pronto del patrio suelo se aleje mi barco!

Mar eterno! por fin te miro, te oigo, te tengo!
Antes de verte hoy, te había ya adivinado.
¡Hoy en torno mío tu cerco por fin desenvuelves!
¡Cerco fatal, maravilla en que centro siempre yo hago!

¡Ah, que esta gran maravilla conmigo forma armonía!
Yo, proscripto, prófugo, pobre, infeliz, desterrado,
Lejos voy a morir del caro techo paterno,
Lejos ¡ay! de aquellas prendas que amé, que me amaron!

Tanto infortunio sólo debe llorarse en tu seno;
Quien de su amor arranca le, y de Patria, y de hogar, y de [hermanos,]
Solo en el mundo se mira, debe, primero que muera,
Darte su adiós, y por última vez contemplarte, Océano!

Yo por la tarde así, y en pie de mi nave en la popa,
Alzo los ojos—miro—sólo tú y el espacio!
Miro al sol que, rojo, ya medio hundido en tus aguas,
Tiende, rozando tus crespas olas, el último rayo.

Y un pensamiento de luz entonces llena mi mente:
Pienso que tú, tan largo, y tan ancho, y tan hondo, y tan vasto,
Eres con toda tu mole, tus playas, tu inmenso horizonte,
Sólo una gota de agua, que rueda de Dios en la mano!

Luego, cuando en hosca noche, al són de la lluvia,
Poco a poco me voy durmiendo, en mi Patria pensando,
Sueño correr en el campo do niño corrí tantas veces,
Ver a mi madre que llora a su hijo; lanzarme a sus brazos...

Y oigo junto entonces bramar tu voz incesante!
Oigo bramar tu voz, de muerte vago presagio;
Oigo las lonas que crujen, siento el barco que vuela!
Dejo entonces mis dulces sueños y a morir me preparo!

¡Oh, morir en el mar! ¡morir terrible y solemne,
Digno del hombre! ¡Por tumba el abismo, el cielo por palio!
¡Nadie que sepa dónde nuestro cadáver se halla!
Que echa encima el mar sus olas, y el tiempo sus años!

EN BOCA DEL ULTIMO INCA

Ya de los blancos el cañón huyendo,
Hoy a la falda del Pichincha vine,
Como el sol vago, como el sol ardiente,
Como el sol libre.

¡Padre Sol, oye! Por el polvo yace
De Manco el trono; profanadas gimen
Tus santas aras; yo te ensalzo solo,
¡Solo, mas libre!

¡Padre Sol, oye! Sobre mí la marca
De los esclavos señalar no quise
A las naciones; a matarme vengo,
¡A morir libre!

Hoy podrás verme desde el mar lejano,
Cuando comiences en ocaso a hundirte,
Sobre la cima del volcán tus himnos
Cantando libre.

Mañana sólo, cuando ya de nuevo
Por el Oriente tu corona brille,
Tu primer rayo dorará mi tumba,
¡Mi tumba libre!

Sobre ella el cóndor bajará del cielo;
Sobre ella el cóndor, que en las cumbres vive,
Pondrá sus huevos y armará su nido
Ignoto y libre.

HÉCTOR

Al sol naciente los lejanos muros
De la divina Troya resplandecen;
Los griegos a los númenes ofrecen
Sobre las aras sacrificios puros.

Ábrese el circo: ya sobre los duros
Ejes los carros vuelan, desparecen;
Y al estrépito ronco se estremecen
De la tierra los quicios mal seguros.

Al vencedor el premio merecido
Otorga Aquiles: el Olimpo suena
Con el eco de triunfo conmovido.

¡Y Héctor, Héctor, la faz de polvo llena,
En brazos de la muerte adormecido,
Yace olvidado en la sangrienta arena!

LA LIBERTAD Y EL SOCIALISMO

Oda en conmemoración del día 7 de marzo de 1849, en que el general José Hilario López fué proclamado Presidente de la Nueva Granada, a virtud de la violencia que una turba armada practicó sobre el Congreso; dedicada a la juventud republicana de Nueva Granada.

O homines ad servitutem nati

(Exclamación que Tácito pone en boca de Tiberio, cansado ya de la abyección de los senadores romanos.)

I

¡Oh, López! sal, pregunta por la tierra
Cuál es más vil y odioso de los dos:
¿El salteador que al monte se destierra
Y hace a los hombres sin disfraz la guerra,
Mofándose de Dios;

II

O el fariseo infame que de hinojos
Ora contrito al pie del sacro altar
Y va, con dulce voz y dulces ojos,
Del huérfano y la viuda los despojos
Hipócrita a usurpar?

III

¡Oh, siglos ha que el punto está juzgado!
Mas falta aún que aprenda el mundo a ver
Con menos odio al rey que, rey criado,
Mira a su especie cual servil ganado
Nacido a obedecer,

IV

Que al demagogo que, en traidor arcano
Celando su venganza y ambición,
Hace la corte al pueblo soberano,
Sube al poder, y ejerce a salva mano
Rapiña y proscripción.

V

Que esa ambiciosa, inquieta hipocresía
No es menos vil que la falaz piedad:
¡Ni hay opresión cual esa tiranía
Que usurpa con sacrílega ironía
Tu nombre, Libertad!

VI

¡Oh Libertad, tres veces santo nombre,
Del alma la más bella aspiración!
¡Tiempo vendrá que al porvenir asombre
Te haya insultado alguna vez el hombre
Con tal profanación!

VII

¡Oh Libertad! Yo puedo alzar la frente,
Y bendecirte al són de mi laúd;
Que desde niño amaba en ti mi mente
El bien mayor que dió a la humana gente
El Dios de la Virtud.

VIII

Con la Virtud en mí te confundías,
Con la Justicia, con la dulce Paz:
¡Jamás, cuando ante mí resplandecías,
Manchadas con el crimen me traías
Tus manos ni tu faz!

IX

A amarte pura me quedé enseñado;
Por tu pureza te conozco bien;
Mi corazón me anuncia tu reinado
Como la imagen del glorioso estado
Del hombre en el Edén.

X

— Los hombres todos por su ser iguales
Ante una ley de universal amor,
Y sólo por sus obras, desiguales,
Como lo son sus almas inmortales
Delante del Señor...

XI

Todos seguros en los varios modos
Con que a su bien, sin daño ajeno, van:
Sí, todos libres, responsables todos,
Sin distinción de títulos ni apodos
Que orgullo y odio dan...

XII

¡El justo, blanco o negro, hermoso o feo,
Estrecho u opulento en su vivir,
Inglés o chino, jesuíta, hebreo...
Y aun el cegado inofensivo ateo,
Pudiendo en paz dormir!

XIII

Y el malo, sólo por la ley herido,
Por lo que ha hecho — ¡por lo que es, jamás!
¡Y herido sin rigor, y garantido
Contra su mismo juez; juez sometido
A un juez mayor detrás!

XIV

¡El hombre, nunca al hombre degradando,
Rey de sí mismo y de sus cosas rey!
¡El fin del hombre el fin de Dios llenando!
¡La ley del hombre santa reflejando
De Dios la santa ley!...

XV

¡Eso es la Libertad: la que he previsto
Entre los raptos de mi ardiente edad:
La que en la tierra de Franklin he visto;
La que me ofrece en sus promesas Cristo;
Esa es la Libertad!

XVI

Y esa la misma que en la patria mía
Joven sus fuerzas ensayando vi...
Hasta que ¡oh López! en aciago día
La hirió con su puñal la turba impía
Que te aclamaba a ti.

XVII

¿A ti?... ¡No sólo a ti! No le bastaba
Tu indignidad a su nefando amor.
¡Ah, más que indignidad necesitaba:
A tu infernal amigo proclamaba;
De Sucre al matador!

XVIII

¡Yo los oí... cuando, su puño armado
Del hierro vil, salían en tropel
Del templo donde habían ya violado
La majestad inerme del Senado
En nombre tuyo y de él!

XIX

¡Yo los oí... Su canto de victoria
Viene a amargar mi triste proscripción.
Cual eco del abismo, esa memoria,
Atravesando nuestra negra historia,
Será nuestro baldón!

XX

El nuestro... ¡Sí, de todos! ¡Cada uno
A la obra de tinieblas ayudó:
Cuál débil — cuál traidor — digno ninguno;
Ni el Cuerpo que a la paz, sin fruto alguno,
Su honor sacrificó!

XXI

La esposa del romano Colatino,
Al verse impura, prefirió morir.
¡Los hombres del Congreso granadino
Besáronle la mano al asesino
A trueque de vivir!

XXII

Hoy viven... ¿Cómo? Pudo su bajeza
Quizá esperar de gratitud el dón...
Con negro insulto, vejación, pobreza,
Ya a demostrarles el tirano empieza
Cuál es su galardón...

XXIII

Hoy viven... como vive en el serrallo
El triste eunuco de africano Dey;
Cual vive en el corral lo que fué gallo;
Cual vive, el cuello al fin haciendo callo,
Bajo su yugo, el buey.

XXIV

¡Son todo, menos hombres! — ¡Han perdido
Lo que da al hombre ser — su dignidad;
Que a la víctima el crimen consentido
Mancilla más que al violador bandido
Su misma atroz maldad!

XXV

¡Oh, más dichosos, harto más, aquellos
Que afrontaron, ya tarde, al Dictador!
Y hoy, de extranjero sol a los destellos,
La patria lloran, y sus campos bellos,
Su hogar y dulce amor;

XXVI

¡O amenazados en su propio suelo
Con el despojo, azotes y prisión,
Por todos vela su leal desvelo,
Por todos lucha con heroico anhelo
Su libre corazón!

XXVII

¡Esfuerzo generoso — mas tardío!
Lo que en su origen era vil raudal,
Que pudo en tiempo haber cegado el brío
De la virtud, hoy es inmenso río
De irreparable mal.

XXVIII

¡Ah, sí, de mal irreparable! Nada
Tan hórrido se puede concebir;
¡Ver de la ley con la tremenda espada,
Que sólo contra el malo fué forjada,
El malo al justo herir!

XXIX

Puedes contarlo tú, modesto amigo,
En quien un monstruo se ensañó brutal...
Y hoy comes del destierro el pan conmigo...
Que, por reparación, ¡nuevo castigo
Te impuso un juez venal!

XXX

Podéis hablar, vosotros, asimismo,
Humildes misioneros de la Cruz,
Contra los cuales, del reabierto abismo,
Renace del Borbón el despotismo
En esta edad de luz.

XXXI

¡El mismo espectro horrendo resucita!
¡La misma escena! ¡El mismo ardor feroz,
Que entre la noche a la inocencia excita
Del pobre lecho al ostracismo, y quita
A la piedad su voz!

XXXII

Y al són de libertad, que desde el foro
Vinoso eleva el proscriptor motín,
Los jefes corren al común tesoro,
Do el pan del pobre, do del rico el oro
Les prepara el botín.

XXXIII

El oro así del rico, el pan del pobre,
No sólo pagan a la audaz maldad
El mal ya obrado, sino el mal que aun obre,
Para impedir que en la nación recobre
Su imperio la verdad.

XXXIV

¡Del orden inversión abominable:
Por guardia de la hacienda el más ladrón;
Por juez de la inocencia el más culpable;
Por paz la esclavitud; por ley el sable;
La fuerza por razón!

XXXV

¡Eso es el Socialismo! ¡El Socialismo
Que, su fealdad queriendo disfrazar,
Él, hijo de ambición y de ateísmo,
De libertad se atreve y cristianismo
La estirpe a reclamar!

XXXVI

¡Ese es el Socialismo! Hoy atavía
Con falsos nombres su genial horror.
Su nombre Galia supo darle un día;
Su nombre dice más que tiranía:
Su nombre es el *terror!*

XXXVII

—¡Modelos de virtud y de hermosura,
Madres cristianas, prez de Bogotá!
¡Llorad! — de vuestro llanto la amargura
Cuál es la libertad nos asegura
Que el Socialismo da.

XXXVIII

¡Llorad! En vuestras lágrimas espera
Con fe mi desolado corazón:
¡Ellas, en esta degradada era
De libertad futura y verdadera
La noble prenda son!

XXXIX

Que la mirada húmida que lanza
Al cielo la virtud de una mujer
Es tan sublime, que a expiar alcanza
La paz del vil, del malo la venganza,
Ante el Supremo Ser.

XL

Mas Dios es justo. La nación suicida
Podrá regenerarse y ser feliz...
¡Mas en las carnes de su nueva vida
Conservará de la salvaje herida
La eterna cicatriz!

EL HACHA DEL PROSCRITO

Dieu! qu'un exilé doit souffrir.

BERANGER.

¡Fina brillas, hacha mía,
Ancha, espléndida, cortante,
Que abrirás la frente al toro
Que probar tu filo osare!
En los bosques para siempre
Voy contigo a sepultarme;
Que los hombres ya me niegan
Una tumba en sus ciudades.
En mi patria me expulsaron
De la casa de mis padres;
¡Y hoy también el extranjero
Me ha cerrado sus hogares!
¡Vamos, pues, que ya estoy listo!...
¡Oh! salgamos de estas calles
Do el dolor del desterrado
Nadie entiende ni comparte:
¡Ay! tú me entretenías
En mi niñez:
¡Vén, sígueme en los días
De mi vejez!

Yo, durante nuestra fuga,
Tengo al hombro de llevarte,
Y un bordón en ti y apoyo
Hallaré cuando me canse.

De través sobre el torrente
Que mi planta en vano ataje,
Tú echarás del borde el árbol
Por el cual descalzo pase.
Si del Norte al viento frío
Mis quijadas tiritaren,
Tú derribarás los ramos,
Y herirás los pedernales.
Tú prepararás mi lumbre,
Tú prepararás mi carne,
La caverna en que me acoja,
Y hasta el lecho en que descanse!
¡Ay! tú me entretenías
En mi niñez:
¡Ayúdame en los días
De mi vejez!

A mi alcance y a mi diestra,
Muda, inmóvil, formidable,
Me harás guardia, cuando el sueño
En mis párpados pesare.
Si del tigre el sordo paso,
Si el clamor de los salvajes,
Acercándose en la noche,
Del peligro me avisaren;
En mi mano apercibida
Te alzarás para el combate;
Y del triunfo o la derrota
Siempre llevarás tu parte.
¡Ay! la luz del nuevo día
Nos verá en otros lugares;

Débil yo, cansado y triste;
Roja tú con fresca sangre.
¡Ay! tú me entretenías
En mi niñez:
¡Defiéndeme en los días
De mi vejez!

De camino veré a veces
Las lejanas capitales
Relumbrar al tibio rayo
De los soles de la tarde.
Y esos rayos vespertinos
Jugarán al reflejarse,
Cual relámpagos de oro,
En tu hierro centellante.
O, del mar a la alta orilla,
Los pies sueltos en el aire,
Cantaré yo al sol y al viento
De la patria los romances,
Y a la roca tú de lomo
Sin cesar dando en la base,
El compás irás notando
Con tus golpes resonantes.
¡Ay! tú me entretenías
En mi niñez:
¡Consuélame en los días
De mi vejez!

¡Sí, consuelo del proscrito!
¡Oh, jamás aquí le faltes!
¡Ay! ¡de cuanto el triste llora,
Si es posible, veces hazle!

Patria, amigos, madre, hermanos,
Tiernos hijos, dulce amante;
¡Cuanto amé, cuanto me amaba
Vas tú sólo a recordarme!
Nunca, nunca, pues, me dejes:
Sígueme a mis soledades!
¡No abandones al proscrito
Sin que al fin su tumba excaves!
¡Por el mango hundida en tierra,
Tu hoja se alzará en los aires,
De los picos de los buitres
Defendiendo mi cadáver!

¡Ay! tú me entretenías
En mi niñez:
¡Sepúltame en los días
De mi vejez!

JULIO ARBOLEDA

(Colombiano — 1817 - 1861)

GONZALO DE OYÓN

PUBENZA

El héroe ibero con prudente tino
Lo que al valor debió, guardar sabía;
De Payán el imperio obedecía
A Benalcázar, lidiador tenaz;
Y las tribus de bárbaros errantes,
En torno unidas de la cruz izada,
La cara independencia abandonada
Osan apenas deplorar en paz.

Era muerto Pubén, sostén y gloria
Del cacicazgo; el hijo generoso
Entre suplicio bárbaro espantoso
Rindió la vida a su Criador también;
Y no quedaba de la clara estirpe,
Para baldón de un héroe y su vergüenza,
Sino la hermosa, angelical Pubenza,
Vástago tercio del mayor Pubén.

Dulce como la parda cervatilla,
Que el cuello tiende entre el nativo helecho,
Y a la vista del can, yace en acecho,
Con sus ojos de púdico temor;
Pura como la cándida paloma
Que de la fuente límpida al murmullo,
Oye, al beber, el inocente arrullo,
Primer anuncio de ignorado amor;

Bella como la rosa, que temprana,
Al despuntar benigna primavera,
Modesta ostenta, virginal, primera,
Su belleza en el campo, sin rival;
Tierna como la tórtola amorosa,
Que arrulla viuda, y de su bien perdido
La dura ausencia en solitario nido
Llora, y lamenta su incurable amor;

Brillante como el sol, cuando refleja
Sus rayos el cristal de la montaña,
Si ni la lluvia, ni la nube empaña
Su naciente purísimo esplendor;
Majestuosa cual palma que se eleva,
Y ostenta en la vastísima llanura
Su corona imperial y su hermosura,
Desafiando el rayo del Señor.

Pero en su frente pálida vagaban
El dolor y la negra pesadumbre,
Y de sus ojos la apacible lumbre
Empañaba una lágrima fugaz;

Y la vida arrastraba silenciosa
Devorando su mísero tormento,
Porque al alma gentil ¡ay! ni un momento
Otorgó Dios de plácido solaz.

He aquí a Pubenza; en ella el alma, todo
Respira amor, pureza y hermosura;
El hechizo en sus ojos, la dulzura
Vaga sobre sus labios de clavel;
Juega el blando placer modestamente
Con las esbeltas formas de la indiana;
India en amar, en resistir cristiana.
Era su pecho a la virtud dosel.

¡Malhadada belleza! ¡Malhadada
Aun la heroica virtud de la princesa!
Nada han valido; que sobre ella pesa
El yugo del despótico señor.
Padre tuvo Pubenza, y no le tiene;
Hermano tuvo, mas también ha muerto;
Y el mundo para ella es un desierto,
Sin amigos, sin deudos, sin amor.

Pubenza es infeliz. Tiempos mejores
Paz y felicidad le prometieron;
Pero esos tiempos rápidos huyeron;
¡Huyeron, sí, ño volverán jamás!
Huyeron, como nube del desierto
Al ígneo soplo de huracán airado;
Y quedóle el recuerdo del pasado,
¡Ay! ¡tan sólo el recuerdo y nada más!

Entre las huestes que la madre España
Desbordó sobre un mundo de repente,
Vino Gonzalo, el joven, el valiente,
De amor y gloria espléndido adalid.
Clara es su raza en bélicas hazañas,
Que en esos tiempos la virtud guerrera
Temprana herencia de los hijos era:
Llevábanlos sus padres a la lid,

Como el ave marina, que el polluelo,
Desnudo aun de la flotante pluma,
Precipita de lo alto hasta la espuma
Que hierve abajo en el bramante mar;
O cual león que por la selva ruge
Con el cachorro al lado, y se embelesa
Viéndole abalanzar sobre la presa
Y refrescar con sangre el paladar.

No era esta raza enferma, degradada,
Que aspira, entre perfumes y mujeres,
El aire enervador de los placeres,
Sin fe, sin ley, sin Dios, sin corazón:
Una piedra la almohada del guerrero,
La tierra era su lecho suntüoso;
Su alma en la gloria hallaba su reposo,
Y su brazo en las armas, diversión.

Ya don Gaspar, el padre de Gonzalo,
Dejó doquier los rastros de su gloria,
Sin que un recuerdo diese a su memoria
De la historia veraz la gratitud;

Y a su lado también lidió valiente
Álvar de Oyón, del buen Gonzalo hermano,
Que fué después y se llamó *el Tirano,*
Porque al crimen pidió reino y salud.

Viendo a su padre entre cadenas preso,
Álvar del mundo injusto separóse,
Pero su pecho de venganza hinchóse
Contra España, sus leyes y su rey.
Júzganle muerto y solitario estáse,
Víctimas señalando a su alto enojo,
Cual de águila real certero el ojo
Su presa elige entre la incauta grey.

Y el buen Gonzalo, huérfano, inocente,
No halla en el mundo nuevo americano
Sino el vago rumor de que el hermano
Yace en la tumba al par del genitor.
Álvaro en tanto, cual taimada fiera
Que escapó de reciente cautiverio,
Desde el triste cubil mira el imperio
Como premio futuro a su valor.

Sigue Gonzalo la paterna huella;
Lidia de honor sediento, y por doquiera
El entusiasmo de la hueste ibera
Le captan su prudencia y su virtud.
De Pasto por las bélicas legiones
Es debelado el escuadrón hispano;
Gonzalo acorre, anima al castellano,
Vuelve, y vence a la ufana multitud.

La capital del payanés imperio
Mírase a fuego y sangre acometida;
Cede la turba bárbara vencida,
Cede el Cacique a la imperiosa ley:
Del vencedor sacrílego la espada
Va a mancharse en la sangre del anciano,
Pero Gonzalo la alevosa mano
Castiga, y salva de Payán al Rey.

En la cruda campaña, cuando el fuerte
Valor desmaya y la constancia falta;
Cuando el sueño los párpados asalta,
Y sucumbe la hambrienta desnudez;
Cuando el corto escuadrón tiembla, sitiado
De estéril roca en la tostada cima,
Gonzalo vela, calla: y si habla, anima,
Ora modesto, intrépido a su vez.

Bozo süave le esmaltaba apenas,
Cual leve sombra, el labio delicado,
Y en el rostro infantil ya era el soldado,
El consejero, el héroe, el capitán:
Ídolo de las huestes vencedoras,
Amparo al infeliz americano,
Éste la vida débele a su mano,
A esas sus armas la victoria dan.

Y en medio de esos héroes con que mancha
Sus páginas la historia de la tierra,
Máquinas de exterminio, que la guerra
Brota y el mundo adora en la abyección,

Aquella alma gentil, aquel Gonzalo,
La frente alzaba cándida y serena,
De deber y de honor el alma llena,
De piedad y de amor el corazón...

¡Flor solitaria en espantoso yermo,
Que Dios puso entre espinas y entre abrojos,
Por dar alivio a los cansados ojos
Heridos del calor del arenal!
¡Única fuente en árido desierto
Que refresca al sediento peregrino!
¡Sola enseña de bien en el camino
Por donde siembra la conquista el mal!

. . . .

LA NUEVA PATRIA

CUADRO SEGUNDO

Voy, por el campo que agostó el olvido,
Recogiendo con mano reverente
Las hojas secas del laurel perdido.
Diré tus hechos, infeliz, valiente
Gonzalo, amante, amado, perseguido:
Pero los busco entre el voraz torrente
De los siglos, que ruedan, se confunden,
Y en la infinita eternidad se hunden.

Así, cuando por prados de esmeralda
El ardiente volcán su lava arroja,
Mírase al ciervo por la ardida falda,
Lentamente paseando su congoja,
Escarbar y buscar la seca y jalda
Hierba, y la rota solitaria hoja,
Tristes reliquias del nativo prado
En negra lava y en ceniza ahogado.

Como vasta pirámide, arrojada
De Norte a Sur en medio al Oceano,
La cúspide, en el choque, despuntada,
Derruídos los lados por la mano
Del tiempo, en la obra perennal cansada,
Mírase al continente colombiano;
Y, cual del cuerpo astillas desprendidas,
Se ven sus islas, por el mar, tendidas.

Andes, en forma de melena densa,
Sus altas sierras sobre el Norte extiende:
Luego reduce su expansión inmensa,
Y en larga línea para el Sur desciende;
Deja al Oriente la llanura extensa
Que hasta el remoto Atlántico se tiende,
Y, la frente imperial en fuego ardiendo,
Ve los dos mares a sus pies rugiendo.

Esa es la cordillera a cuya cumbre
No alcanza del condór el raudo vuelo;
La fábrica de enorme pesadumbre
Donde, entre algas y témpanos de hielo,

Nace la pura y limpia muchedumbre
De aguas que riegan nuestro fértil suelo,
Brotando, entre el misterio, tras la niebla
Vertiginosa que el abismo puebla.

Al Norte, al Sur, y en curvas, al Oriente
De las gélidas fuentes desprendidos,
Arroyos mil, con pródiga corriente,
Enriquecen la tierra: entretejidos,
Cual vasta red, por todo el continente
Discurren; luego, en masas recogidos,
Van a pedir al piélago profundo
Para su tierra paz, comercio al mundo.

Y arrastran al Atlántico sonoro
Sus ondas, y al Pacífico süave,
Corriendo por las selvas sobre el oro
Que brilla terso entre la arena grave.
Y son prendas de unión, mas su tesoro
No está en el oro vil: está en la nave
Que surcando sus útiles raudales
Dé industria y libertad a los mortales.

De Granada, la Nueva, el Virreinato
Departe el Marañón de sus vecinos;
Interno y noble mar, donde el aflato
No alcanza de los recios torbellinos,
Y de futura unión vínculo grato
Entre los industriosos granadinos,
Aorta de este mundo colombiano,
Y río de los ríos soberano.

Y de Granada en la región do gira,
Sin jamás apartarse, el sol amante,
Y con süave hálito respira,
Arrullada entre palmas, la aura errante,
Y el tagüijó monótono suspira,
Del marjal melancólico habitante;
Entre el Ande y el mar, que la mejilla
Recuesta en paz a la escarpada orilla;

Hay un valle feliz: su tierra ondula
En continuas y plácidas colinas
Que la brisa al pasar besa y adula:
Por ese valle en ondas cristalinas
El agua precipítase y circula
Serpeando entre flores purpurinas;
Y al fin de aquel edén verde y riente
La ilustre Popayán alza la frente.

De sus colinas altas amparada,
Como la tigre que asechanza teme
Y espera el can al árbol recostada,
Detrás del corvo cerro de la Eme
Se la mira de lejos engastada:
Desde el Cauca, a la luz del sol que treme
Sobre la alba ciudad, en grupos varios
Se ven surgir sus pardos campanarios.

Al Oriente Belén, donde el devoto
Pueblo va a celebrar el nacimiento
De Jesús, su Señor, y cumple el voto
Año por año, en santo arrobamiento;

En la blanca capilla mudo, inmoto,
Contempla aquel buen pueblo el gran portento,
Y en silencio solemne recogido,
Adora al Salvador recién nacido.

Alumbra la capilla el sol naciente
Dando en el monte verde y escarpado,
Do un camino en figura de serpiente
Gira, y le va subiendo por un lado;
Y a este camino agólpase la gente,
Y de vivos colores matizado,
Como una sierpe enorme se estremece
Y en gayas ondas sus anillos mece.

Y más allá, como inmortal gigante,
Alza la frente el Puracé sublime:
A veces terso, cándido, brillante,
Sus anchas basas en silencio oprime:
Otras, envuelto en nubes, retumbante,
Arroja el fuego que en sus antros gime,
Y en sus esfuerzos, o estremece el suelo,
O incendia en llamas la extensión del cielo.

Al Sur se encrespa en rocas y montañas,
Y ora se encumbra el desigual terreno,
Ora se mecen las silvestres cañas
De contrapuestos riscos en el seno:
Y nacen del calor plantas extrañas,
Que guardan de la víbora el veneno,
Cabe el torrente bramador y estrecho
Que ha cavado por siglos su hondo lecho.

En los montes, que ya süavemente
Hasta besar la linfa, enamorados
Descienden, o ya suben de repente
En riscos pintorescos, escarpados,
Sus frutos cada zona diferente
Ve con los de otra zona entrelazados;
Todos iguales, todos juntos crecen
Y a un tiempo se maduran y florecen.

Tal es la tierra. El cielo encapotado
Pierde por tiempos el azul sereno:
Entonces, de relámpagos preñado,
Recorre el horizonte el ronco trueno;
Por el ímpetu eléctrico turbado,
Brota el aire huracanes de su seno;
Cae la lluvia, crujen las montañas,
Se eclipsa el sol, se inundan las campañas;

Mas la negra tormenta que obscurece
Y asorda en torno al mundo y le conturba,
Y del cielo la bóveda estremece
Lanzando rayos por inmensa curva,
A la vuelta del sol desaparece,
Pasa de nubes la apiñada turba,
Y ante la luz pacífica y tranquila,
Ni se mece la flor, ni el aire oscila...

Aquí la vasta cordillera empina
En fantásticos riscos su cadena;
Allí en vaivén, elástica se inclina
Sobre el tallo gentil de la azucena

La flor, ante la brisa matutina;
Acá el arroyo por la selva suena;
Y vese el llano y su pintada alfombra
Que interceptan los montes con su sombra;

Y la fruta silvestre, donde toma
Su grato olor la brisa pasajera
Para mezclar al de la flor su aroma;
Y el canto de la tórtola agorera,
Cuando la noche en el Oriente asoma;
Y el variado matiz de la pradera,
Que gusto, olfato, oído, vista halagan,
Y, deleitando el cuerpo, el alma embriagan;

Y el Cauca, que entre enormes pedrejones
Sus ondas bramadoras alborota,
O preso por altísimos peñones,
En vano el dique de granito azota;
Y del ronco volcán las convulsiones,
Y el muelle junco que en el lago brota,
La calva roca, la aromosa planta,
Todo, en contraste seductor, encanta.

No es este el clima delicioso, blando,
Que al ocio sólo y al placer convida;
Ni su habitante gozará, pasando
En pereza monótona la vida.
Para quien nace en su redor mirando
La gigante natura estremecida
En contraste magnífico y eterno,
La quietud, la inacción, es el infierno.

En la vasta extensión que el Cauca baña,
Desde que asoma la modesta frente
Entre el musgo glacial de su montaña,
Hasta que, unido con su hermano, siente
Del bramador Atlántico la saña
Oponerse al poder de su corriente,
Si, cuanto riega su raudal bendito
Es alto y gigantesco: ¡hasta el delito!

Así como él, extraño en su carrera,
Crece y retumba amenazando estrago,
O besa manso la feraz pradera
Mecido en hondo y cristalino lago,
O desciende en magnífica chorrera,
Tendiendo el iris por el aire vago;
O sus olas espléndidas de plata,
Ruedan de catarata en catarata;

Así su hijo entusiasta, en las regiones.
Que él con sus ondas ácidas satura,
Creciendo entre las recias convulsiones
De la inquieta y terrífica natura;
En medio de contrastes y emociones
Pasa la vida borrascosa, dura;
Y es héroe, santo, mártir, delincuente;
¡Todo, menos cobarde, indiferente!

¡Yo te saludo, Popayán insigne!
¡Salve! ¡cuna de mártires y sabios!
¡Haz que el genio a mi canto se resigne;
Inspira un són armónico a mis labios!

¡Y que tu historia algún lugar asigne
Al infeliz cantor de tus agravios!
¡Que Dios tu nombre, en su piedad, enalbe!
¡Salve, Payán, tres veces. salve! salve!

¡Y salve! ¡tú, mi patria granadina,
Querida al corazón, grata a la mente!
¡Si en exilio tu bardo peregrina,
No se ha secado del amor la fuente
En su pecho filial; y aunque él inclina
Al extranjero la humillada frente,
Aun no ha mellado tu injusticia inmensa
El fierro que blandiera en tu defensa!

¡Yo te amo, aunque tu mano me arrojara,
Madre, como a reptil de tu regazo!
Si más me persiguieras, más te amara,
Y bien por mal volviérate mi brazo.
¡Ah! ¡quisiera tener voz alta y clara
Sólo para ensalzarte; y que ese lazo
Cuando yo pase, cual pasó tu gloria,
Nos uniese en la muerte y en la historia!

¡Y viera el mundo al hijo maldecido
Honorando a la madre con su llanto,
Arrancarle su féretro al olvido
Con el viril esfuerzo de su canto;
Y al mirar sobre el tiempo remecido,
Redentor de tu gloria, mi himno santo,
A mi ferviente súplica propicia
Perdonara la historia tu injusticia!

No sé por qué, de mi existencia dueño,
Si velo, siempre asaltas mi memoria;
Si duermo, siempre con tu imagen sueño;
Si pienso, siempre aflígeme la historia
De esos tus ambiciosos, cuyo empeño
Es devorarte sin honor, sin gloria,
Gusanos de un cadáver, que se gozan,
Aunque mueran después, mientras destrozan.

EL ERMITAÑO

CUADRO SEPTIMO

Entre la sombra solitaria y fría
De la apartada y secular montaña,
Sin más bienes que el cielo y su cabaña,
Vive un varón en honda soledad.
La férrea mano del dolor marchita
Los blancos lirios de su clara frente,
Mas su mirada reverbera, ardiente,
Con el vigor de la primera edad...

Tal vez su vida el porvenir encierra;
Tal vez de Dios la previsión divina
A cumplir sus decretos le destina,
Y tiene su arma y su instrumento en él.

¿Quién comprende al Señor? Él eslabona
Nuestras acciones; y su diestra lanza
Ya un esparto, ya un mundo, en la balanza
Del Universo, y equilibra el fiel.

. . . .

¡Pobre eremita! La aflicción agobia
Su frente melancólica y sombría,
Y hasta su risa, cuando asoma, es fría
Como la luz de hoguera funeral;
Y vive como el águila, alcanzada
De flecha aguda, que orgullosa emprende
Su vuelo al monte, y solitaria tiende
Al punzante dolor su ala imperial.

Su mirar, ora vago, y ora fijo,
Y el amargo sarcasmo de sus labios,
Revelan su pesar por los agravios
Que de su hermano, el hombre, recibió;
Pero sólo es pesar: noble en su orgullo,
Huyó el placer de la venganza impía;
Y apartado del mundo, en su agonía,
A Dios por sólo protector buscó.

Odio no siente: el odio le atormenta;
Por placer ama, por virtud perdona;
Y hasta al amigo infiel que le abandona
Recuerda compasivo en su desdén:
De la Natura admirador, en ella
Busca de su conducta el alto ejemplo,
Y es su inocente corazón un templo
Que el mal no mancha y que perfuma el bien.

Tienen a veces lágrimas sus ojos,
Y por su grave rostro buscan paso
Cuando, con el crepúsculo al ocaso,
Entona el toche su postrer canción:
Al pajarillo huérfano, al insecto
Protege y cuida su piadosa mano,
Y ataca al tigre, de su fuerza ufano,
Y roba sus cachorros al león.

Hay en su albergue rústico y angosto,
Tallado en bronce, un santo crucifijo,
A cuyos pies el solitario fijo
En ferviente oración postra la faz.
Sin obtener alivio, o sin pedirle
Quizá con fe sincera y esperanza,
Dos sentimientos a hermanar no alcanza:
Guerra consigo, y con el cielo paz.

Porque extraviado por la ciencia vana
Interrogó la misteriosa y muda
Verdad del Increado, y de la duda
Hundióse en el abismo aterrador.
Rota la fe, no hay vínculo bendito
Que a Dios nos una: sin piloto vamos,
Y del delito en los escollos damos
Que oculta el mar funesto del error.

Penden a un tronco, de diversas ramas,
Quizá objetos de culto a su memoria,
Quizá recuerdos de pasada gloria,
El terso casco y el bruñido arnés:

El arcabuz y la templada espada,
Con solícito esmero aparejados
Están en cruz, a la pared colgados,
Bajo un negro y espléndido pavés.

Pace un potro robusto en la explanada
Frente a su choza, y sobre el tronco inmoble
La da su sombra protectora un roble,
Del huracán y el tiempo vencedor:
Y libros tiene, y el papel amigo
En que la hiel del ánima derrama,
Pensando acaso que a la eterna fama
Legará con su nombre su dolor.

Las aves libres, que del hc
El sanguinario destructor istrera lumbre,
De su choza al pacífico pesadumbre
Suelen albergue y prosu último adiós.
Y el ermita acaricia susurraba;
Aquellos seres que o el arroyuelo;
O, en sus hombros infinito cielo
Que él los pretensel digno de Dios.

Sin más consu amante y soñolienta
El solitario s arrullo despedía,
Huye del m, arrullando respondía
De la enemero oyéndola quejar.
Y les habl el toche el himno de la tarde;
En hacer ajó la mirla al grato nido;
Los eccidióse el cóndor afligido
Cambol que se hunde en el lejano mar.

A veces suele armarse, y cabalgando
El noble potro a su querer sumiso,
Por la selva se interna de improviso
Abandonando su mezquino hogar;
Y veredas incógnitas trillando,
Visita precipicios y torrentes,
Cuyos arroyos túrbidos e hirvientes
Se deleita en vencer y atravesar.

Alta es su frente, su ademán resuelto,
Ancha su espalda, leve su cintura;
Descúbrese en su elástica figura
La agilidad robusta del león;
Sin o... su rostro, en rizos de azabache,
Quizá con ... barba y luenga cabellera;
Dos sentimiento... gros ojos la certera
Guerra consigo, y ... la del halcón.

Porque extraviado p...mas su embeleso;
Interrogó la misteriosa ...isterioso hilo,
Verdad del Increado, y ...iudad asilo,
Hundióse en el abismo a...ni inquirir.
Rota la fe, no hay víncul...o le admira
Que a Dios nos una: sin ...espeto
Y del delito en los escollos ... secreto
Que oculta el mar funesto del... lucir.

Penden a un tronco, de divers... aproxima
Quizá objetos de culto a su mem...iz ni calma
Quizá recuerdos de pasada gloria, ...lma
El terso casco y el bruñido arnés:

Él ha servido a su opresor, y al malo
Ningún favor ni beneficio liga:
Con más tesón que el mal, el bien castiga
La ingratitud, porque le pesa más.

LA CARTA

(CUADRO OCTAVO)

Era la tarde. Pálido teñía
La selva el sol con su postrera lumbre,
Y con sentida y blanda pesadumbre
Gorjeaba el ruiseñor su último adiós.
La leve brisa apenas susurraba;
Murmuraba tranquilo el arroyuelo;
Y el puro azul del infinito cielo
Presentaba un dosel digno de Dios.

Ya la tórtola amante y soñolienta
El postrimer arrullo despedía,
Y al arrullo, arrullando respondía
El compañero oyéndola quejar.
Cantó ya el toche el himno de la tarde:
Blanda bajó la mirla al grato nido;
Y despidióse el cóndor afligido
Del sol que se hunde en el lejano mar.

¡Escuchad! ¡Una planta misteriosa
Resuena de la selva en la espesura!
¿Quién huella osado la montaña obscura
Al despedirse el último arrebol?
Cuando en el horizonte adormecido
Luenga dibuja la expirante sombra
Sobre la verde y esmaltada alfombra
Lánguido y tibio el desteñido sol,

¿Quién turba el meláncólico reposo
De la desgracia? — De sorpresa herido,
Deja escapar un tétrico bufido
Sonoro y ronco el ágil alazán;
Luego, trotando en torno, las orejas
Perfila hacia adelante, y enarbola
Tendida en pluma la pobiada cola,
Al partir con atónito ademán.

Se inclina en tanto el solitario absorto,
A la lumbre del rayo vespertino,
Sobre un apolillado pergamino
En el umbral de su mezquino hogar.
Vuelve al rumor insólito, ve un hombre,
Y oye decir: — ¡Gonzalo!... te lo ruego,
¡Huye! — ¿Y por qué he de huir? ¡Toma! este pliego
Te va el secreto horrible a revelar.

¡Paz! — replica el ermita; el pliego toma,
Y a la llama oscilante y mortecina
De solitaria lámpara, se inclina,
Ve el sello y se estremece de terror.

¡Qué recuerdo fatal le sobrecoge!
¡Y cuántos ¡ay! se agolpan repentinos,
Vivos, abrasadores y continos,
Cual lavas de volcán abrasador!

Su mano tiembla. El hombre generoso
Que a buscar vino la infeliz morada
En él fija la atónita mirada
Y parécele sueño lo que ve.
—¿Es éste —exclama— es éste, por ventura,
Aquel Gonzalo de invencible lanza,
De nuestras armas lustre y esperanza
En los combates cuya gloria fué?

Mírame: soy el que salvaste en Pasto
Cuando por Rumipamba sus campeones,
Escoltados de innúmeras legiones,
Nos agobiaron en sangrienta lid.
Yo soy aquel Hernán, Hernán, tu amigo.
Yo sé, Gonzalo, tu infeliz historia,
Y tengo corazón, tengo memoria,
Y eso y la vida te lo debo a ti.

¿No te acuerdas de mí? Di, ¿no recuerdas
Que solo al enemigo te lanzaste,
Y que mi cuerpo al bárbaro arrancaste,
Dándome a mí la vida, el triunfo al Rey?
¡Mírame aquí! Mi deuda pagar quiero,
Vengo a seguir o a mejorar tu suerte.
Vida por vida doy, muerte por muerte:
Gratitud y venganza, ésta es mi ley.

— Sí — repone Gonzalo; — ya recuerdo
El día triste, la batalla fiera;
Pero el que cumple su deber, no espera
Ni se le debe gratitud. ¿Por qué?
Era yo el jefe y responsable solo:
Tú perdiste el caballo... ¡Oh! no te asombre
Que por primera vez sepa tu nombre:
Antes por él jamás te pregunté.

— Pues soy Hernán: te debo la existencia.
Hora ¿puedes dudar que soy tu amigo?
¡Ea! ya me conoces. Vén conmigo:
Voy a ser tu guardián y tu sostén.
Allá está tu opresor, acá tu hermano;
¡Vén al campo de Alvár!
— ¡Fuera delito!
— No lo es que busque el infeliz proscrito
Vida y venganza... ¡Vén!
— No puedo. — ¡Oh! ¡vén!

— ¡Hernán! ¡Hernán! ¡y juzgas por ventura
Que cuando es perseguida la inocencia,
La venganza, la infamia y la violencia
Se pueden oponer a la opresión!
¡Soy español! Mi honor, mi rey, mi patria
Antes que todo. De escuchar me indigno
Tu idioma, Hernán. A todo me resigno
Antes que descender a la traición.

¡Déjame! ¡Adiós! —
Hernán avergonzado
Deja la choza, y el ermita exclama:

¡Oh España! ¡España! ¿Dónde está tu fama,
Dónde está, cuando un hijo de tu suelo
Osa invitarme al crimen, porque piensa
Que para mi venganza y mi defensa
Aun la traición es justa y natural? —

Y los ojos en lágrimas bañados
Puso en la carta, y trémulo la vía;
Pero el sello a romper no se atrevía,
Cual si a la realidad tuviese horror.
Rómpele al fin, y lee, y ardiendo en ira
Repítese cien veces la lectura,
Y apura ciento el cáliz de amargura;
Que es un placer jugar con el dolor.

Hay un lujo en sufrir; es grato hartarse
De la angustia que punza y atormenta,
Y a cada nueva faz que nos presenta
Meditar más para mejor sentir:
El corazón convulso en su despecho
Renovando sus penas se embelesa,
Como la tigre, que al soltar la presa,
Sólo la suelta por volverla a herir.

A GONZALO

«¡Huye!... Mi mano trémula la pluma
No acierta a gobernar, y estremecida
Tiembla sobre el papel, cual ave herida
Bajo la flecha aguda que la abruma.
Nunca quise escribirte: hoy te escribiera
Si el universo entero se opusiera.

«¡Figúrate cuál es mi pesadumbre!
Traidor una sentencia te proclama;
Traidor todo el ejército te llama,
Y antes que el sol el horizonte alumbre,
Al sepulcro que te abre tu enemigo
Bajará el nombre de traidor contigo.

«¡Ay! Aquel bando infame y temerario
Hace saltar mi corazón de enojo,
Y al lado de la víctima me arrojo
Sin pensar en quién es el victimario...
Y nada temo ya... de cualquier modo
¡Vive!... con esta voz lo digo todo.

«Mientras pensé que muerto te creía
Nuestro opresor cruel, yo respiraba,
Y, sin amarte, a solas envidiaba
La montaña feliz que te escondía...
¡Ojalá desde entonce hubieras muerto,
Y hoy no te viera de baldón cubierto!

«No sé qué me sucede... Me parece
Esta carta un delito, aunque no quiero
Sino salvarte, y nada más espero...
Tal vez estaré loca. Se estremece
Todo mi cuerpo. Yo no sé qué siento.
Amor... no puede ser, pero es tormento.

«Tu existencia es el mar donde termina
De todos mis recuerdos la corriente:
Yo soy el triste sauce, tú la fuente

Que me refleja en su onda cristalina;
Y yo te busco como busca el cauce
¡Ay! de su arroyo, el solitario sauce.

«¡Gonzalo! al contemplarte deshonrado
Yo me olvido de todo y de mí misma;
En ti mi ser, a mi pesar, se abisma;
Y en tu desdicha inmensa concentrado,
A ti sólo te busca, sí, a ti solo:
Yo soy como el imán; tú eres mi polo.

«¡Ah! quizá las mujeres españolas,
Que el bautismo reciben en la cuna,
Tendrán más fortaleza y más fortuna;
Pero nosotras, bárbaras y solas,
Sin auxilio en la infancia, no logramos
Olvidar nunca al que una vez amamos.

«Te veo herido en sueños, y me inclino
A restañar la sangre de mi dueño,
Y al compás de tu voz late en el sueño
En convulsión mi seno femenino;
Y me duermo por verte, sin pecado,
Porque dormida sueño en lo pasado.

«Salvador de mi Carlos, nunca olvido
Que arrancaste a mi hijo de la hoguera.
¿Qué fuera yo sin ti? ¿Dónde estuviera
Sin ti, su redentor, mi hijo querido?
¡Oh! ¿Cómo ha de ser crimen escribirte,
Ni por el bien que hiciste bendecirte?

« Que me calumnie el mundo: no me importa
Que dude tu opresor de mi inocencia;
Hay una voz secreta en mi conciencia
Que a agradecer y a redimir me exhorta.
Un poder invisible en tu camino
Me arroja, y obedezco a mi destino.

« Antes me estremecía el pensamiento
De escribirte, Gonzalo; y hoy, en suma,
No tengo más consuelo que mi pluma;
Y aunque mil veces arrojarla intento,
Es imposible. ¡Mi existencia entera
¡Ay! derramar sobre el papel quisiera!

« Mas no pienses por eso que te quiero:
Si agradecida soy, no soy liviana;
Conozco lo que exige el ser cristiana.
Y ante mi dulce Redentor espero
Dejar el alma, de su mano hechura,
Sensible sí, pero inocente y pura.

« Hernán lleva esta carta, y yo me quedo
Lejos de ti, temblando por tu suerte.
¡Me cambiara por él, que puede verte!
¡Ay! pero apenas envidiarle puedo.
Sálvate, aunque Fernando me convenza
De haberte escrito... ¡Oh! ¡Sálvate!

PUBENZA. »

EL CABALLO

CUADRO NOVENO

Mientras Gonzalo la aflictiva carta
Con voz cortada y trémula leía,
Hernán abandonarle parecía
En el delirio de su acerbo afán.
Lee, y dejando atónito su albergue,
¡Hernán! ¡Hernán! gritando, el monte atruena,
Mas sólo el eco, que le burla, suena
De lejos repitiendo: *¡Hernán! ¡Hernán!*

¡Pubenza! iba a decir; mas la palabra
Muere en su labio, cual la pura gota
Que, entre la escarcha, del peñasco brota
Y se hiela al salir del manantial.
Se arma maquinalmente, y dando fuego
A su cabaña mísera y pajiza,
Goza en ver reducidas a ceniza
Trovas, historia y gloria terrenal.

Entonces por su mente trastornada
Cruza un desesperado pensamiento,
Y concibe frenético el intento
De morir y dar fin a su dolor.
¡Yo traidor! dice; el eco le remeda;
¡Traidor! el desdichado repetía;
¡Traidor! el monte a repetir volvía
Entre sus rocas ásperas. — *¡Traidor!*

Sintió dolor, sin obtener alivio;
Ardió en rencor, sin pretender venganza;
Lloró de amor, sin fe, sin esperanza;
Llamó a su Dios, su Dios le desoyó.
La gloria cortejó, le huyó la gloria;
Al hombre condolió y él le maldijo;
Buscó un asilo entre la selva fijo,
Y el eco de la selva le infamó.

Y ya gastada en la perpetua lucha,
Desmaya al fin la humanidad vencida,
Arrastrando en su rápida caída
El alma que sucumbe a su pesar;
El alma, por el polvo gobernada,
Que se deja llevar lánguida y floja
Cual por el huracán la seca hoja,
Como el alga liviana por el mar.

—¡Vén, mi alazán!—prorrumpe el desdichado;—
Ven por la última vez, sírveme ahora,
Y este cancro inmortal que me devora
Hunde conmigo en los infiernos ya.
Tú eres mi único bien; yo nada tengo,
Nada que me detenga aquí en el mundo,
Y si contigo en los infiernos me hundo,
Ningún pesar el alma llevará.

Ya es inútil luchar: es imposible
Sufrir la ingrata, abrumadora carga
De esta existencia degradada, amarga,
Que no puede a la infamia resistir.

Ante el soplo del viento del delito
Mi virtud como lámpara se apaga.
Ya que sólo al delito el mundo halaga,
Huyamos de él; dejemos de vivir.

La calumnia me asalta como Anteo.
En vano con mis hechos la confundo;
Al caer, nuevas fuerzas la da el mundo
Y vuelve más pujante a aparecer.
¡Adiós, oh patria! ¡Por haberte amado
He perdido mi honor, estoy proscrito!
Sí; amarte demasiado es el delito
Que me hace hasta la infamia merecer.

¡Todo cede a la astucia! El vulgo es eco
Ciego como esa roca que me infama:
Me oye llamar *traidor,* traidor me llama
Y calumnia porque oye calumniar.
Mi nombre está manchado sin remedio...
Va a maldecirme España... Eso es la historiá;
Eso vale tu infamia, eso tu gloria;
¡Esos tus fallos son, Humanidad!

¡Vén, mi alazán! — Y rápido se arroja
Sobre el corcel; le aguija con fiereza,
Y atraviesa veloz por la maleza,
Desesperado y de la muerte en pos.
Por sobre arbustos, zarzas, ramas, troncos,
El caballo frenético se lanza.
En alas del temor y la esperanza
Van corcel y jinete. ¡Adiós! ¡adiós!

Salva el caballo a saltos los arroyos
Llevando entre los dientes el bocado,
Y, del rudo acicate atormentado,
Va su escape aumentando sin cesar:
La rienda tesa con entrambas manos
Lleva el jinete; la entreabierta boca
Del fogoso animal los pechos toca,
Y su hirviente nariz se oye tronar.

Hay en el corazón de la montaña
Raudo torrente, que de breña en breña,
De una sima a otra sima se despeña,
Y como en un sepulcro va a correr.
Ronco rodando, y turbulento siempre,
Estrella sus hirvientes borbotones
Sobre enormes y negros pedrejones,
Y conviértese en nieblas al caer.

Ante la masa de sus turbias ondas
Que al abismo frenéticas descienden,
Aquellas nieblas móviles extienden
Un velo denso de flotante tul;
Y al través de sus pliegues misteriosos
Vese relampaguear la catarata
Cuando, en rápidas ráfagas, desata
Y mece el viento el cortinaje azul.

Del hondo lecho al uno y otro lado
Alzan dos rocas sus excelsas crestas,
Ocultando sus frentes contrapuestas
De nubes tempestuosas al vapor:

El águila imperial la cima alcanza,
Y en sus cavernas lóbregas anida:
En el bajo peñasco halla acogida
Para su prole, impávido, el condór.

En la inferior región, el triste buho,
Cual visión vaga que la noche exhala,
Leve despliega de fantasma el ala,
Y halla en las sombras lóbrego solaz.
Y hacia el borde empinado de esa roca
Que la profunda cavidad domina,
El español frenético encamina
Del noble potro la carrera audaz.

Álzase entre la selva estéril risco
Desprovisto de arbustos y de grama,
Do, por senda torcida, se derrama
La arena, y forma vasto caracol.
Por allí va Gonzalo, y con esfuerzo
Súbito al potro en la pendiente pára,
Y cual si un enemigo divisara
Lleva la diestra al sable el español.

Al rayo de la luna que dibuja
Su luenga sombra en la pardusca roca,
Vese mover su convulsiva boca,
Y su faz cadavérica vibrar.
Mas luego con desdén suelta el acero,
Al estrellado firmamento mira,
Y con la mano trémula de ira
A los cielos parece amenazar.

¡Mas vedle allí! ¡que ya otra vez asoma
Dominando el altísimo peñasco!
¡Oh! ¡cuál relumbra el argentado casco
Sobre el manto de negro vellorí!
¡Adiós! ¡adiós! ¡que rápido galopa,
El corcel empujando hacia el abismo!
¡Adiós! ¡adiós! ¡que en un instante mismo
Muerte y alivio va a buscar allí!

Ya llega al precipicio, ya en la orilla
Contempla ufano el vórtice profundo
De la sima espantosa, do iracundo
Hierve el torrente en turbio borbotón.
—¡A morir!—grita en éxtasis demente;
Pero ante el borde, que a su peso cede,
El caballo espantado retrocede
Sordo a la brida, sordo al aguijón:

Saltado el ojo, eriza la melena,
La espesa cola encoge zozobrado;
Tiembla de pies y manos azogado;
Bufa poniendo en arco la cerviz:
La inquieta oreja hacia el peligro vuelta,
Y el ancho pecho cándido de espuma,
Brota de fuego una radiante pluma
De la convulsa, anchísima nariz.

Las ijadas rasgándole a espolazos,
—¡Oh! mil veces cobarde y maldecido—
Exclama el castellano enfurecido:
—¡Quieras o no, conmigo morirás!—

Y al acero llevando la ímpia diestra
Va a desnudarle, el alazán lo siente,
Y partiendo al sonido, de repente
Salta a derecha, a izquierda, al frente, atrás.

Ya en el pie sostenido, ya en la mano,
En corcovos listísimos se mueve;
No hay posición que rápido no pruebe;
Siempre en el aire estremecido va:
Contra la roca, el pedrejón, el tronco,
Se azota, y se alza, y clávase, y palpita,
Y bufa ronco, y la cerviz agita;
Mas siempre a plomo el castellano está.

En la izquierda la rienda, en el estribo
Firme la planta, amargo sonreía,
Y con la diestra la cerviz le hería
Despreciando su vano frenesí...
Mas ¡ay! la planta en una grieta obscura
Hunde el caballo, y se desploma, y rueda,
Y herido, opreso, ensangrentado queda,
Bajo su peso, el caballero allí.

Rueda por largo trecho enmarañado
Entre el arzón y estribo maldiciendo;
Sordo retumba el monte al bronco estruendo
Y húndese el mundo en sepulcral pavor.
Las alas leves el silencio extiende,
Sobre él desciende a guisa de fantasma,
Y acento, aliento y pensamiento pasma,
Ahogando entre la síncope el dolor.

¡Hele allí bajo el manto de la noche!
¡Entre el ser y la nada suspendido!
¡Sin el corcel, que en libertad ha huído!
¡Con vida! ¡no ha podido ni morir!
¡Sin orgullo! ¡que el alma está marchita!
¡Sin descanso! en desmayo solamente;
Que no descansa quien dolor no siente,
Sin morir, sin pensar y sin vivir.

GREGORIO GUTIÉRREZ GONZÁLEZ

Colombiano 1826 - 1872

A JULIA

Juntos tú y yo vinimos a la vida,
Llena tú de hermosura y yo de amor;
A ti vencido yo, tú a mí vencida,
Nos hallamos por fin juntos los dos.

Y como ruedan mansas, adormidas,
Juntas las ondas en tranquila mar,
Nuestras dos existencias siempre unidas
Por el sendero de la vida van.

Tú asida de mi brazo, indiferente
Sigue tu planta mi resuelto pie;
Y de la senda en la áspera pendiente
A mi lado jamás temes caer.

Y tu mano en mi mano, paso a paso,
Marchamos con descuido al porvenir,
Sin temor de mirar al triste ocaso
Donde tendrá nuestra ventura fin.

Con tu hechicero sonreír sonrío,
Reclinado en tu seno angelical;
De ese inocente corazón, que es mío,
Arrullado al tranquilo palpitar.

Y la ternura y el amor constantes
En tu limpia mirada vense arder,
Al través de dos lágrimas brillantes
Que temblando en tus párpados se ven.

Son nuestras almas místico ruïdo
De dos flautas lejanas, cuyo són
En dulcísimo acorde llega unido
De la noche callada entre el rumor;

Cual dos suspiros que al nacer se unieron
En un beso castísimo de amor;
Como el grato perfume que esparcieron
Flores distantes y la brisa unió.

¡Cuánta ternura en tu semblante miro!
¡Que te miren mis ojos siempre así!
Nunca tu pecho exhale ni un suspiro,
Y eso me basta para ser feliz.

¡Que en el sepulcro nuestros cuerpos moren
Bajo una misma lápida los dos!
¡Mas mi muerte jamás tus ojos lloren!
¡Ni en la muerte tus ojos cierre yo!

1870.

¿POR QUÉ NO CANTO?

A DOMINGO DÍAZ GRANADOS

¿Por qué no canto? ¿Has visto a la paloma
Que cuando asoma en el Oriente el sol
Con tierno arrullo su canción levanta
Y alegre canta
La dulce aurora de su dulce amor?

Y ¿no la has visto cuando el sol se avanza
Y ardiente lanza rayos del cenit,
Que fatigada tiende silenciosa
Ala amorosa
Sobre su nido, y calla, y es feliz?

Todos cantamos en la edad primera,
Cuando hechicera inspíranos la edad,
Y publicamos, necios, indiscretos,
Muchos secretos
Que el corazón debiera sepultar.

Cuando al encuentro del placer salimos,
Cuando sentimos el primer amor,
Entusiasmados de placer cantamos
Y evaporamos
Nuestra dicha al compás de una canción.

Pero después... nuestro placer guardamos,
Como ocultamos el mayor pesar;

Porque es mejor en soledad el llanto,
¡Y crece tanto
Nuestra dicha en humilde obscuridad!

Sólo en obscuro, retirado asilo
Puede tranquilo el corazón gozar;
Sólo en secreto sus favores presta
Siempre modesta
La que el hombre llamó *felicidad.*

¿Conoces tú la flor de batatilla,
La flor sencilla, la modesta flor?
Así es la dicha que mi labio nombra;
Crece a la sombra,
Mas se marchita con la luz del sol.

Debe cantar el que en su pecho siente
Que brota ardiente su primer amor;
Debe cantar el corazón que, herido,
Llora afligido,
Si ha de ser inmortal su inspiración.

Porque la lira, en cuyo pie grabado
Un nombre amado por nosotros fué,
Debe a los cielos levantar sus notas,
O hacer que rotas
Todas sus cuerdas para siempre estén.

¡Pero cantar cuando insegura y muerta
La voz incierta triste sonará!...
¡Pero cantar cuando jamás se eleva
Y el aire lleva
Perdida la canción, triste es cantar!

¡Triste es cantar cuando se escucha al lado
De enamorado trovador la voz!
¡Triste es cantar cuando impotentes vemos
Que no podemos
Nuestras voces unir a su canción!

Mas tú debes cantar. Tú con tu acento
Al sentimiento más nobleza das;
Tus versos pueden fáciles y tiernos
Hacer eternos
Tu nombre y tu laúd... ¡Debes cantar!

¡Canta, y arrulle tu canción sabrosa
Mi silenciosa, humilde obscuridad!
¡Canta, que es sólo a los aplausos dado
Con eco prolongado
Tu voz interrumpir!... Debes cantar.

Pero no puedes, como yo he podido,
En el olvido sepultarte tú;
Que sin cesar y por doquier resuena
Y el aire llena
La dulce vibración de tu laúd.

No hay sombras para ti. Como el cocuyo,
El genio tuyo ostenta su fanal;
Y huyendo de la luz, la luz llevando,
Sigue alumbrando
Las mismas sombras que buscando va.

1858.

AURES

De peñón en peñón turbias saltando
Las aguas de *Aures* descender se ven,
La roca de granito socavado
Con sus bombas haciendo estremecer.

Los helechos y juncos de su orilla,
Temblorosos, condensan el vapor;
Y en sus columpios trémulas vacilan
Las gotas de agua que abrillanta el sol.

Se ve colgando en sus abismos hondos,
Entretejido, el verde carrizal,
Como de un cofre en el obscuro fondo
Los hilos enredados de un collar.

Sus cintillos en arcos de esmeralda
Forman grutas do no penetra el sol,
Como el toldo de mimbres y de palmas
Que Lucina tejió para Endimión.

Reclinado a su sombra, ¡cuántas veces
Vi mi casa a lo lejos blanquear,
Paloma oculta entre el ramaje verde,
Oveja solitaria en el gramal!

Del techo bronceado se elevaba
El humo tenue en espiral azul...
La dicha que forjaba entonce el alma
Fresca la guarda la memoria aún.

Allí, a la sombra de esos verdes bosques,
Correr los años de mi infancia vi;
Los poblé de ilusiones cuando joven,
Y cerca de ellos aspiré a morir.

Soñé que allí mis hijos y mi Julia...
¡Basta! las penas tienen su pudor,
Y nombres hay que nunca se pronuncian
Sin que tiemble con lágrimas la voz.

Hoy también de ese techo se levanta
Blanco-azulado el humo del hogar;
Ya ese fuego lo enciende mano extraña,
Ya es ajena la casa paternal.

La miro cual proscrito que se aleja
Ve de la tarde a la rosada luz
La amarilla vereda que serpea
De su montaña en el lejano azul.

Son un prisma las lágrimas, que prestan
Al pasado su mágico color;
Al través de la lluvia son más bellas
Esas colinas que ilumina el sol.

Infancia, juventud, tiempos tranquilos,
Visiones de placer, sueños de amor,
Heredad de mis padres, hondo río,
Casita blanca... y esperanza, ¡adiós!

1864

MEMORIA

SOBRE EL CULTIVO DEL MAÍZ EN ANTIOQUIA

CAPÍTULO PRIMERO

De los terrenos propios para el cultivo y manera de hacerse los barbechos, que decimos rozas.

Buscando en donde comenzar la roza,
De un bosque primitivo la espesura
Treinta peones y un patrón por jefe
Van recorriendo en silenciosa turba.

Vestidos todos de calzón de manta
Y de camisa de coleta cruda[1],
Aquél a la rodilla, ésta a los codos,
Dejan sus formas de titán desnudas.

El sombrero de caña[2] con el ala
Prendida de la copa con la aguja,
Deja mirar el bronceado rostro,
Que la bondad y la franqueza anuncia.

Atado por detrás con la correa
Que el pantalón sujeta a la cintura,

[1] Coleta cruda. — Tela fuerte de cáñamo sin torcer.
[2] Sombrero de caña. — Hecho con las fibras de la hoja de caña.

Con el recado de sacar candela[1],
Llevan repleto su carriel[2] de nutria.

Envainado y pendiente del costado
Va su cuchillo de afilada punta;
Y en fin, al hombro, con marcial despejo,
El calabozo que en el sol relumbra.

Al fin eligen un tendón de tierra[3]
Que dos quebradas[4] serpeando cruzan,
En el declive de una cuesta amena
Poco cargada de maderas duras.

Y dan principio a socolar[5] el monte
Los peones formados en columna;
A seis varas distante uno de otro
Marchan de frente con presteza suma.

[1] Recado de sacar candela.—En rigor esta frase es perfectamente castiza; pero como es poco usada en el resto del país, se advierte que en Antioquía quiere decir pedernal, eslabón y yesca para encender lumbre Según la Academia, lumbres.

[2] Carriel.—Especie de saco hecho con la piel de un animal y que muchos antioqueños llevan terciado al hombro, suspendido de una faja, o amarrado al cinturón en las horas de trabajo; sirve para conducir varios objetos de uso diario.—Guarniel.

[3] Tendón de tierra.—Llaman así los trabajadores a una faja de terreno de alguna inclinación y que regularmente se prefiere, por circunstancias especiales, para hacer las rozas.

[4] Quebrada.—Se toma, no sólo en Colombia, sino en casi todos los países sudamericanos, como sinónimo de arroyo.

[5] Socolar.—*Socolar*, en Antioquía, quiere decir cortar todas las malezas, arbustos y arbolillos de un bosque para dejar claro el espacio y aislados los árboles mayores. Este verbo (en el Cauca, *so-calar*), que no se halla en el Diccionario de la Academia, se usa en otros varios Estados de Colombia.

Voleando[1] el calabozo a un lado y otro,
Que relámpagos forma en la espesura,
Los débiles arbustos, los helechos
Y los bejucos por doquiera truncan.

Las matambas[2], los chusques[3], los carrizos,
Que formaban un toldo de verdura,
Todo deshecho y arrollado cede
Del calabozo a la encorvada punta.

Con el rostro encendido, jadeantes,
Los unos a los otros se estimulan;
Ir adelante alegres quieren todos,
Romper la fila cada cual procura.

Cantando a todo pecho[4] la guavina[5],
Canción sabrosa, dejativa y ruda,
Ruda cual las montañas antioqueñas,
Donde tiene su imperio y fué su cuna,

No miran en su ardor a la culebra
Que entre las hojas se desliza en fuga,
Y presurosa en su sesgada marcha,
Cinta de azogue, abrillantada ondula;

[1] Voleando.—Se usa por batiendo.

[2] Matamba.—Caña nudosa, sólida y resistente, que abunda en las selvas tropicales.

[3] Chusques.—Chusques o chuscos llaman los montañeses antioqueños una gramínea semejante al carrizo, la cual forma con sus tallos, ramas y gracioso follaje, un enrejado casi impenetrable.—Chusquea scandens.

[4] A todo pecho.—A voz en cuello.

[5] Guavina.—Canción provincial festiva y de uso popular. Sus versos son frecuentemente picarescos.

Ni de monos observan las manadas
Que por las ramas juguetones cruzan;
Ni se paran a ver de aves alegres
Las mil bandadas de pintadas plumas;

Ni ven los saltos de la inquieta ardilla,
Ni las nubes de insectos que pululan,
Ni los verdes lagartos que huyen listos,
Ni el enjambre de abejas que susurra.

Concluye la socola[1]. De malezas
Queda la tierra vegetal desnuda.
Los árboles elevan sus cañones[2]
Hasta perderse en prodigiosa altura,

Semejantes de un templo a los pilares,
Que sostienen su toldo de verdura;
Varales largos de ese palio inmenso,
De esa bóveda verde altas columnas.

El viento, en su follaje entretejido,
Con voz ahogada y fúnebre susurra,
Como un eco lejano de otro tiempo,
Como un vago recuerdo de ventura.

Los árboles sacuden sus bejucos,
Cual destrenzada cabellera rubia
Donde tienen guardados los aromas
Con que el ambiente, en su vaivén, perfuman.

[1] Socola.—Véase la nota 5 de la página 301.
[2] Cañones. — Se usa por troncos.

De sus copas galanas se desprende
Una constante, embalsamada lluvia
De frescas flores, de marchitas hojas,
Verdes botones y amarillas frutas.

Muestra el cachimbo[1] su follaje rojo,
Cual canastillo que una ninfa para
En la fiesta del Corpus lleva ufana
Entre la virgen, inocente turba.

El guayacán con su amarilla copa
Luce a lo lejos en la selva obscura,
Cual luce entre las nubes una estrella,
Cual grano de oro que la jagua[2] oculta.

El azuceno[3], el floro azul[4], el caunce[5]
Y el yarumo[6] en el monte se dibujan
Como piedras preciosas que recaman
El manto azul que con la brisa ondula.

[1] Cachimbo. — Nombre vulgar dado a un grande árbol sumamente vistoso en ciertas épocas del año, porque sus flores, que son muy rojas, se destacan graciosamente en el fondo verde de la selva y se ven a gran distancia. Llámanlo en el Cauca *pisamo*; en Cundinamarca y en la costa [illegible]; en Venezuela *bucare*, y en otras partes *bucaro*. — Erythryna Velutina.

[2] Jagua. — Arenilla ferruginosa que queda en el fondo de la batea en que se lava el oro.

[3] Azuceno. — Especie de quina, familia de las rubiáceas.

[4] Floro azul. — Bello árbol, de flores azules abundantísimas.

[5] Caunce. — Árbol de madera resistente, de flores grandes, amarillas [illegible].

[6] Yarumo. — Árbol ficoide, con hojas anchas, rugosas, ásperas, de un blanco argentino por debajo, pero que se invierten y por eso se ven blancas. — *Yagrumo* en Venezuela.

Y sobre ellos gallardo se levanta,
Meciendo sus racimos en la altura,
Recta y flexible la altanera palma,
Que aire mejor entre las nubes busca.

Ved otra vez a los robustos peones
Que el mismo bosque secular circundan:
Divididos están en dos partidas,
Y un capitán dirige cada una.

Su alegre charla, sus sonoras risas
No se oyen ya, ni su canción se escucha;
De una grave atención cuidado serio
Se halla pintado en sus facciones rudas.

En lugar del ligero calabozo
La hacha afilada con su mano empuñan;
Miran atentos el cañón del árbol,
Su comba ven, su inclinación calculan.

Y a dos manos el hacha levantando,
Con golpe igual y precisión segura,
Y redoblando golpes sobre golpes,
Cansan los ecos de la selva augusta.

Anchas astillas y cortezas leves
Rápidamente por el aire cruzan;
A cada golpe el árbol se estremece,
Tiemblan sus hojas, y vacila... y duda...

Tembloroso un momento cabecea,
Cruje en su corte, y en graciosa curva
Empieza a descender, y rechinando
Sus ramas enlazadas se apañuscan;

Y silbando al caer, cortando el viento,
Despedazado por los aires zumba...
Sobre el tronco el peón apoya el hacha
Y el trueno, al lejos, repetir escucha.

Las tres partidas observad. A un tiempo
Para echar una galga[1] se apresuran;
En tres faldas distintas, el redoble
Se oye del hacha en variedad confusa.

Una fila de árboles picando[2]
Sin hacerlos caer, está la turba,
Y arriba de ellos, para echarlo encima,
El más copudo por madrino[3] buscan.

Y recostando andamios en su tronco
Para cortarlo a regular altura,
Sobre las bambas[4] y al andamio trepan
Cuatro peones con destreza suma.

Y en rededor del corpulento tronco
Sus hachas baten y a compás sepultan,
Y repiten hachazos sobre hachazos
Sin descansar, aunque en sudor se inundan.

[1] Galga.—Usada por los campesinos en un sentido figurado. En los desmontes la *galga*, en vez de ser representada por una gran piedra, lo es por numerosos árboles, de la manera descrita por el poeta.

[2] Picar.—Hacer con el hacha en el árbol un corte en forma semicircular para que por su propio peso caiga al recibir el empuje por el lado opuesto.

[3] Madrino.—El árbol mayor que se escoge para *galga*.

[4] Bambas.—Partes salientes o protuberancias, regularmente en forma de espinazo, que tienen algunos árboles en la parte inferior de su tronco.

Y vencido por fin, cruje el madrino,
Y el otro más allá: todos a una,
Las ramas extendidas enlazando,
Con otras ramas enredadas pugnan;

Y abrazando al caer los de adelante,
Se atropellan, se enredan y se empujan,
Y así arrollados en revuelta tromba
En trueno sordo, aterrador retumban...

El viento azota el destrozado monte,
Leves cortezas por el aire cruzan,
Tiembla la tierra, y el estruendo ronco
Se va a perder en las lejanas grutas.

Todo queda en silencio. Acaba el día,
Todo en redor desolación anuncia:
Cual hostia santa que se eleva al cielo
Se alza callada la modesta luna.

Troncos tendidos, destrozadas ramas,
Y un campo extenso desolado alumbra,
Donde se ven como fantasmas negros
Los viejos troncos, centinelas mudas.

CAPÍTULO SEGUNDO

Que trata de la limpia y abono de los terrenos, muy especialmente por el método de la quema. De la manera de hacer las habitaciones, y de la siembra.

Un mes se pasa. El sol desde la altura
Manda a la roza, vertical su rayo;

Ya los troncos, las ramas y las hojas
Han tostado los vientos del verano.

Las hojas en las ramas se encartuchan[1],
Sobre los troncos se blanquean los ramos,
Y las secas cortezas se desprenden
De trecho en trecho de los troncos largos.

Aquí y allá la enredadera verde
Tímida muestra sus primeros tallos,
La guadua ostenta su primer retoño
De terciopelo de color castaño.

Ya el verano llegó para la quema;
La Candelaria[2] ya se va acercando;
Es un domingo a medio día. El viento
Barre las nubes en el cielo claro.

Por la orilla del monte los peones
Vagan alrededor del derribado,
Con los hachones de cortezas secas
Con flexibles bejucos amarrados.

Prenden la punta del hachón con yesca,
Y brotando la llama al ventearlo,
Varios fogones en contorno encienden,
La Roza toda en derredor cercando.

[1] Encartuchar.—Arrollarse en forma de cucurucho.

[2] Candelaria.—La fiesta que se hace a Nuestra Señora el día de la Purificación, en el mes de Febrero. Es, entre las varias épocas escogidas por los agricultores, la preferida en Antioquía para hacer la siembra de maíz en las rozas.

Lame la llama con su inquieta lengua
La blanca barba[1] a los tendidos palos;
Prende en las hojas y chamizas[2] secas,
Y se avanza, temblante, serpeando.

Vese de lejos la espiral del humo
Que tenue brota caprichoso y blanco,
O lento sube en copos sobre copos
Como blanco algodón escarmenado.

La llama crece; envuelve la madera
Y se retuerce en los nudosos brazos,
Y silba, y desigual chisporrotea,
Lenguas de fuego por doquier lanzando.

Y el fuego envuelto en remolinos de humo,
Por los vientos contrarios azotado
Se alza a los cielos, o a lo lejos prende
Nuevas hogueras con creciente estrago.

Ensordecen los aires el traquido
De las guaduas y troncos reventando,
Del huracán el mugidor empuje,
De las llamas el trueno redoblado.

Y nubes sobre nubes se amontonan
Y se elevan, el cielo encapotando
De un humo negro que arrebata chispas,
Pardas cenizas y quemados ramos.

[1] Barba.—Por musgo.
[2] Chamizas.—Chamarasca.

Aves y fieras asustadas huyen,
Pero encuentran el fuego a todos lados,
El fuego, que se avanza lentamente,
Estrechando su círculo incendiario.

Al ave que su prole dejar teme,
La encierra el humo, alrededor volando,
Y con sus alas chamuscadas cae
Junto del nido que le fué tan caro.

Aquí y allá se vuelve la serpiente
Buscando una salida, y en su espanto
Se exaspera, se enrosca, se retuerce,
Y el fuego cierra el reducido campo.

Del aire al soplo se dilata el humo
Hasta que llena el anchuroso espacio;
Rosados se perciben los objetos;
Redondo y rojo el sol se ve sin rayos.

Sobre el monte, la Roza y el contorno
Tiende la noche su callado manto
Bordado con las chispas del incendio
Que parecen cocuyos revolando.

Y con la incierta luz de mil fogones,
Restos aun vivos del ardiente estrago,
Se ve de lejos la quemada Roza
Cual vivac de un ejército acampado.

El lunes de mañana los peones
Van, en la Roza, a improvisar un rancho [1];

[1] Ranc[illegible] casita hecha a la ligera por los agricultores para vivir en ella el tiempo que duran los trabajos. Chacra.

Como hormigas arrieras [1] se dispersan,
Los materiales cada cual buscando.

Van llegando cargados con horquetas,
Estantillos [2], soleras, encañados,
Latas y paja y ruedas de bejuco,
Y todo en un plancito amontonando.

En línea recta clavan tres horquetas,
Y echan sobre ellas la cumbrera en alto
Para formar el rancho vara en tierra [3],
Con un pequeño altar al otro lado.

Atan los encañados con bejuco
En la larga cumbrera recostados,
Y formando sobre ellos una reja
Acaban de enlatar [4] con ágil mano.

Empezando de abajo para arriba,
El rancho en derredor van empajando;

[1] Hormigas arrieras.—Hormigas que, en forma de recua (vulgarmente *arria)*, andan siempre por un camino perfectamente trazado hasta el punto fijado para dispersarse en busca de alimento, y por el cual, en grande orden, van las unas cargadas con su provisión, y vienen las otras sin carga en busca de ella. Neuroptera.

[2] Estantillos.—Pilares delgados de madera resistente.

[3] Rancho vara en tierra.—Se llama así una especie de choza cuyas varas de armazón inclinadas descansan por el un extremo en el suelo y por el otro en la guía o cumbrera, parte en que hay sólo un alero, quedando el resto al descubierto.

[4] Enlatar y empajar.—Cubrir la armazón del techo con latas y después con paja.

Pajas diversas confundidas mezclan,
Palmicho [1], santainés [2] y rabihorcado [3].

Y después de formar el caballete
Lo dividen en dos con un cercado:
Del un lado colocan la cocina,
De habitación les servirá el contrario.

Hacen la barbacoa [4], en que colocan
Las ollas, las cucharas y los platos;
Ponen la vara de colgar la carne,
Y las tres piedras de fogón debajo.

La piedra de moler en cuatro estacas
Aseguran muy bien, y en otras cuatro
Sientan una cuyabra [5] aparadora [6],
Y a su lado, con agua, un calabazo [7].

[1] Palmicho. — Palma cuyas hojas son muy propias para cubrir los edificios pajizos, llamada en algunas partes *palmiche* y en otras *palmicha*. Género Oreodoxa.

[2] Santainés. — Pequeña palma que tiene el mismo uso de la anterior. Género Oreodoxa.

[3] Rabihorcado. — Planta de hojas anchas, de forma semejante a la del plátano, aunque más pequeñas, con una escotadura en forma de horquilla en su vértice, y muy propias para cubrir los techos de las habitaciones.

[4] Barbacoa. — Aparador de cañas o de guadua en que se colocan los utensilios de cocina. Voz procedente de las Antillas.

[5] Cuyabra. — Utensilio hecho por los campesinos con la mitad de una calabaza, para los usos domésticos. En otras partes se le da el nombre de *coyabra*, que parece voz quichua. *Bangaña* en Centro América y en la costa, *chocá* en Cundinamarca.

[6] Aparadora. — Recipiente.

[7] Calabazo. — Una calabaza seca y hueca en que se carga el agua para los usos domésticos.

Es hora de sembrar. Ya los peones,
Con el catabre[1] sembrador terciado,
Se colocan en fila al pie del monte,
Guardando de distancia cuatro pasos;

Y con un largo recatón de punta
Hacen los hoyos con la diestra mano,
Donde arrojan mezclada la semilla
(Un grano de frisol[2], de maíz cuatro).

Dan con el mismo recatón un golpe
Sobre el terrón, para cubrir el grano,
Y otros hoyos haciendo, en recto surco,
Siguen de frente y avanzando un paso.

Se miran desplegados en guerrilla,
Como haciendo ejercicio los soldados;
Como blancas manadas de corderos,
Sobre el obscuro fondo del quemado.

Cantando alegres siempre la guavina,
Teñidos de carbón siguen sembrando,
Haciendo calles paralelas, rectas...
Y al llegar la oración vuelven al rancho.

[1] Catabre.—Utensilio hecho con la mitad o las dos terceras partes de una calabaza, el cual se lleva al lado izquierdo de la cintura y en que depositan los peones las semillas de maíz y de fríjol que deben sembrarse. *Catabro* en el Cauca.

[2] Frisol.—Frísol, fríjol o fréjol. Phaseolus vulgaris.

CAPÍTULO TERCERO

Método sencillo de regar las sementeras, y provechosas advertencias para espantar los animales que hacen daño en los granos.

Hoy es domingo. En el vecino pueblo
Las campanas con júbilo repican;
Del mercado en la plaza ya hormiguean
Los campesinos al salir de misa.

Hoy han resuelto los vecinos todos
Hacer a la patrona rogativa,
Para pedirle que el verano cese,
Pues lluvia ya las rozas necesitan.

De golpe[1] el gran rumor calla en la plaza,
El sombrero, a la vez, todos se quitan...
Es que a la puerta de la iglesia asoma
La procesión en prolongada fila.

Va detrás de la cruz y los ciriales
Una imagen llevada en andas limpias
De la que siempre, aun en imagen tosca,
Llena de gracia y de pureza brilla.

Todo el pueblo la sigue, y en voz baja
Sus oraciones cada cual recita,
Suplicando a los cielos que derramen
Fecunda lluvia que la tierra ansía.

[1] De golpe: [illegible]

¡Hay algo de sublime, algo de tierno
En aquella oración pura y sencilla,
Inocente paráfrasis del pueblo
Del « Danos hoy el pan de cada día! »

Nuestro patrón y el grupo de peones
Mezclados en la turba se divisan
Murmurando sus rezos, porque saben
Que Dios su oreja a nuestro ruego inclina.

Pero no. Yo no quiero con vosotros
Asistir a esa humilde rogativa;
Porque todos nosotros somos sabios,
Y no queremos asistir a misa.

Y ya la moda va quitando al pueblo
El único tesoro que tenía.
(Una duda me queda solamente:
¿Con qué le pagará lo que le quita?)

Brotaron del maíz en cada hoyo
Tres o cuatro maticas amarillas,
Que con dos hojas anchas y redondas
La tierna mata de frisol abriga.

Salpicada de estrellas de esmeralda
Desde lejos la Roza se divisa;
Manto real de terciopelo negro
Que las espaldas de un titán cobija.

Aborlonados[1] sus airosos pliegues,
Formados de cañadas y colinas:

[1] Aborlonados. Acanillados.

Con el humo argentado de su rancho,
De sus quebradas con la blanca cinta.

El maíz con las lluvias va creciendo
Henchido de verdor y lozanía,
Y en torno dél, entapizando el suelo,
Va naciendo la hierba entretejida.

Por doquiera se prenden los bejucos
Que la silvestre enredadera estira;
Y en florida espiral trepando, envuelve
Las cañas del maíz la batatilla[1].

Sobre esa alfombra de amarillo y verde
Los primeros retoños se divisan
Que en grupos brotan del cortado tronco,
A quien su savia exuberante quitan.

Ya llegó la deshierba[2]; la ancha Roza
De peones invade la cuadrilla,
Y armados de azadón y calabozo
La hierba toda y la maleza limpian.

Queda el maíz en toda su belleza,
Mostrando su verdor en largas filas,
En las cuales se ve la frisolera[3]
Con lujo tropical entretejida.

[1] Batatilla.—Convólvulo.

[2] Deshierba.—Desyerba o escarda.

[3] Frisolera.—Mata de frisol.

¡Qué bello es el maíz! Mas la costumbre
No nos deja admirar su bizarría,
Ni agradecer al cielo ese presente,
Sólo porque lo da todos los días.

El don primero que «con mano larga»
Al Nuevo Mundo el Hacedor destina;
El más vistoso pabellón que ondula
De la virgen América en las cimas.

Contemplad una mata. A cada lado
De su caña robusta y amarilla
Penden sus tiernas hojas arqueadas,
Por el ambiente juguetón mecidas.

Su pie desnudo los anillos muestra
Que a trecho igual sobre sus nudos brillan,
Y racimos de dedos elegantes,
En los cuales parece que se empina.

Más distantes las hojas hacia abajo,
Más rectas y agrupadas hacia arriba,
Donde empieza a mostrar tímidamente
Sus blancos tilos[1] la primera espiga,

Semejante a una joven de quince años,
De esbeltas formas y de frente erguida,
Rodeada de alegres compañeras
Rebosando salud y ansiando dicha.

[1] Tilo.—Yema floral.

Forma el viento, al mover sus largas hojas,
El rumor de dulzura indefinida
De los trajes de seda que se rozan
En el baile de bodas de una niña.

Se despliegan al sol y se levantan
Ya doradas, temblando, las espigas,
Que sobresalen cual penachos jaldes
De un escuadrón en las revueltas filas.

Brota el blondo cabello del filote [1]
Que muellemente al despuntar se inclina;
El manso viento con sus hebras juega
Y cariñoso el sol las tuesta y riza.

La mata el seno suavemente abulta
Donde la tusa [2] aprisionada cría,
Y allí los granos, como blancas perlas,
Cuajan envueltos en sus hojas finas.

Los chócolos [3] se ven a cada lado,
Como rubios gemelos que reclinan
En los costados de su joven madre
Sus doradas y tiernas cabecitas.

[1] Filote.—El fruto del maíz en la primera época de su desarrollo y cuando apenas comienza a presentar en su vértice las blancas fibras que luego han de constituír su cabellera. Parece voz mejicana

[2] Tusa.—El eje esponjoso y ligeramente leñoso de la mazorca, en donde se forman los granos de maíz.

[3] Chócolos.—La mazorca en su estado tierno, pero con los granos ya formados. *Choclo*, voz quichua, en varios países.

El pajarero[1], niño de diez años,
Desde su andamio sin cesar vigila
Las bandadas de pájaros diversos
Que hambrientos vienen a ese mar de espigas.

En el extremo de una vara larga
Coloca su sombrero y su camisa,
Y silbando, y cantando, y dando gritos,
Días enteros el sembrado cuida.

Con su churreta[2] de flexibles guascas[3],
Que fuertemente al agitar rechina,
Desbandadas las aves se dispersan,
Y fugitivas corren las ardillas.

Los pericos en círculos volando
En caprichosas espirales giran,
Dando al sol su plumaje de esmeralda
Y al aire su salvaje algarabía.

[1] Pajarero —Es el nombre que se da a cualquiera persona encargada de espantar bandadas de pájaros para que no devoren el fruto de las sementeras Por lo regular son muchachos de poca edad los encargados de esta tarea.

[2] Churreta.—Se llama así una cuerda medianamente gruesa, tejida en trenza y terminada en una especie de fleco o pincel fibroso. El encargado de ella, cuando ve o siente venir la bandada de aves que amenazan el fruto, le imprime un movimiento rápido y circular de derecha a izquierda; de repente contiene el movimiento como para hacerlo en sentido inverso, obteniendo de esta manera un sonido brusco, que se extiende a gran distancia y que espanta y hace huír las aves cuando intentan detenerse en la sementera. El sonido obtenido es semejante al del látigo de los cocheros, pero mucho más intenso.

[3] Guasca.—Corteza filamentosa de algunos árboles.

Y sobre el verde manto de la Roza
El amarillo de los toches [1] brilla,
Cual onzas de oro en la carpeta verde
De una mesa de juego repartidas.

Meciéndose galán y enamorado
Gentil turpial [2] en la flexible espiga,
Rubí con alas de azabache, ostenta
Su bella pluma y su canción divina.

El duro pico del chamón [3] desgarra
De las hojas del chócolo las fibras,
Dejando ver sus granos cual los dientes
De una bella al través de su sonrisa.

Su nido conoidal cuelga el gulungo [4]
De un árbol en las ramas extendidas,
Y se columpia blandamente al viento,
Incensario de rústica capilla.

[1] Toche. — Bellísima ave de color amarillo y negro, muy común en los campos cultivados de Colombia, principalmente en los que tienen temperatura ardiente o por lo menos media. Género Ictenus, familia conirostros.

[2] Turpial. — Pájaro de color amarillo claro y negro, y de cantar brillante y apasionado. Género Ictenus, familia conirrostros.

[3] Chamón.—Pájaro negro, de sólido pico y sumamente voraz, que tiene debajo de las alas una mancha roja de forma circular. Género Chrotophaga major, familia Scansores.

[4] Gulungo.—Pájaro notable por la gracia con que fabrica su nido colgante y en forma de saco. El mismo *rabiamarillo* o *mochilero* de otras partes. Inglés, *hang-nest*. Cassinus cristatus.

La boba[1], el carriquí[2], la guacamaya[3],
El afrechero[4], el diostedé[5], la mirla,
Con sus pulmones de metal que aturden,
Cantan, gritan, gorjean, silban, chillan.

CAPÍTULO CUARTO

De la recolección de frutos y de cómo deben alimentarse los trabajadores.

Es un alegre amanecer de junio;
El sol no asoma, pero ya blanquea
Por el Oriente el aplomado cielo
Con la sonrisa de su luz primera.

Ya dió el gurrí[6] su fúnebre chillido
Largo y agudo, en la vecina selva;
Ya la Roza se va cubriendo en partes
Con los jirones de su chal de nieblas.

[1] Boba.—Especie de loro de color azul tornasolado, y llamado así entre los campesinos porque no es susceptible de articular palabras, como no lo son muchos de sus congéneres. Género Psittacus, familia Scansores.

[2] Carriquí.—Pájaro de regular tamaño, de color verde pálido y amarillo. Se le da también el nombre onomatópico de *querques (querrequerre* en Venezuela), porque parece pronunciarlo en su canto. Familia conirrostros.

[3] Guacamaya.—Guamayo, según el Diccionario de la Academia. Género Ara, familia Scansores.

[4] Afrechero.—Gorrión, género Fringilla.

[5] Diostedé.—Tucán, de la familia de los Scansores: ave de enorme pico, que al cantar sobre el ramaje de los árboles pronuncia distintamente el nombre onomatópico de *dios-te-dé*. En algunas partes se llama *yátaro*, y en otras *coli amarillo*.

[6] Gurrí.—Especie de pavo silvestre, llamado en otras partes *pava-gurri*. Género Penelope-aburrí, orden de las gallináceas.

Lanza la choza cual penacho blanco
La vara de humo que se eleva recta;
Es que antes que el sol y que las aves
Se levantó, al fogón, la cocinera.

Ya tiene preparado el desayuno
Cuando el peón más listo se despierta;
Chocolate de harina[1] en coco negro[2]
Recibe cada cual, con media arepa[3].

Van a coger frisoles; por la Roza
Los peones sin orden se dispersan
Cogiendo a manotadas[4] los racimos
Que de las matas enredados cuelgan.

Los chócolos picados por las aves
Cogen también, y los que están en tierra
Echan en el costal y los revuelven
De los frisoles con las vainas secas.

El que llena su tercio, a vaciarlo
Va en el rancho, y se vuelve a la faena;
Y llenando y vaciando sus costales
Siguen sin descansar hasta que almuerzan.

[1] Chocolate de harina.—El chocolate ordinario con el agregado de un poco de harina de maíz para hacerlo más económico. Se cree generalmente que es de más fácil digestión.

[2] Coco negro.—Vasija hecha con la cáscara interior resistente y sólida del fruto del cocotero. Se usa entre campesinos para tomar diversos líquidos alimenticios.

[3] [illegible]

[4] [illegible]

Mientras que van y vuelven los peones
Que han almorzado ya, la cocinera,
Infatigable y siempre con buen modo,
Se ocupa sin cesar en sus tareas.

En la misma cuyabra aparadora
Pone el maíz a remojar, y deja
La mitad para hacer la mazamorra [1],
La otra mitad para moler la arepa.

Era la cocinera una muchacha
Ágil, arrutanada [2], alta y morena,
Que su saya de fula [3] con el chumbe [4]
En su cintura arregazada lleva.

Descubiertos los brazos musculosos
Y la redonda pantorrilla muestra
Con inocente libertad, pues sabe
Que sólo para andar sirven las piernas.

Su seno prominente a medias cubre
La camisa de tela de arandela,
En donde se sepulta su rosario
Con sus cuentas de oro y su pajuela [5].

[1] Mazamorra.—Alimento que se prepara poniendo en cocimiento el maíz quebrantado, después de quitarle el hollejo, en agua con harina de maíz y una pequeña cantidad de ceniza, hasta que está blando. Es uno de los alimentos más generales del Estado de Antioquía.

[2] Arrutanada.—Rolliza, arrogante y graciosa.

[3] Fula.—Tela delgada de algodón teñida de añil.

[4] Chumbe.—Cordón, ordinariamente de lana, con que se recogen las mujeres la saya en la cintura. Se usa también en el Cauca por faja, del quichua *chumpi*.

[5] Pajuela.—Laminita de oro o de plata. Comúnmente se usan dos, la una para el aseo de la dentadura, y la otra para el de los oídos.

Un tanto cortas, negras y brillantes,
De su negro cabello las dos trenzas,
Rematando sus puntas en cachumbos [1]
Graciosamente por la espalda cuelgan.

Pero vedla cascando mazamorra,
O moliendo en su trono, que es la piedra;
A su vaivén cachumbos y mejillas,
Arandelas y seno, todo tiembla.

Arreglado el fogón, alza dos ollas,
Y los frisoles echa en la pequeña;
Va en la grande a poner la mazamorra,
De su quehacer la operación más seria.

Se moja en agua-masa [2] las dos manos,
Las pone encima de ceniza fresca,
Las sacude muy bien, y en la agua-masa
Las lava luego y la ceniza deja.

De agua-masa y arroz [3] llena la olla,
Le echa la bendición, y la menea
Con el ahumado mecedor [4] de palo;
Sopla el fogón y aviva la candela.

Acaba de moler, y con la masa
Va extendiendo en las manos las arepas,

[1] Cachumbos.—Tirabuzones.

[2] Agua-masa.—Agua con la harina que resulta al lavar el maíz quebrantado.

[3] Arroz.—El maíz quebrantado y lavado.

[4] Mecedor.—Paleta de madera.

Colócalas después en la cayana, [1]
Y tostadas de un lado, las voltea.

Y luego las entierra en el rescoldo,
Y brasas amontona encima de ellas,
Y chócolos encima de las brasas
Pone a asar recostados a las piedras;

Éstos se van dorando poco a poco;
Los granos al calor se caponean [2]
¡Y exhalan un olor!... que aun los peones,
Cuando vienen, un chócolo se llevan.

A las dos de la tarde suena el cacho [3]
Para que todos hacia el rancho vengan,
Pues ya está la comida. Van llegando
Y en el suelo sentados forman rueda.

El muchacho que ayuda en la cocina
Reparte a los peones las arepas;
De frisoles con carne de marrano
Un plato lleno a cada par entrega.

En seguida les da la mazamorra,
Que algunos de ellos con la leche mezclan;

[1] Cayana. — Vasija redonda de barro, más grande y más panda que la cazuela, que sirve para la preparación del pan de maíz. Esta voz, quichua (*callana*), se usa también en el Cauca.

[2] Caponearse. — Abrirse los granos en forma de flor por la influencia del calor

[3] Cacho.— Cuerno de res en cuya extremidad delgada y abierta se sopla con vigor para producir un sonido que se transmite a gran distancia para llamar a los peones. Bocina.

Otros se bogan[1] el caliente claro,
Y se toman la leche con la arepa.

Medio cuarto[2] de dulce[3] melcochudo[4]
Les sirve para hacer la sobremesa,
Y una totuma rebosando de agua
Su comida magnífica completa.

¡Salve, segunda trinidad bendita,
Salve, frisoles, mazamorra, arepa!
Con nombraros no más se siente hambre.
«¡No muera yo sin que otra vez os vea!»[5].

Pero hay ¡gran Dios! algunos petulantes
Que sólo porque han ido a tierra ajena
Y han comido jamón y carnes crudas,
De su comida y su niñez reniegan!

Y escritores parciales y vendidos[6]
De las papas pregonan la excelencia,
Pretendiendo amenguar la mazamorra
Con la calumnia vil, sin conocerla.

Yo quisiera mirarlos en Antioquia
Y presentarles la totuma llena

[1] [illegible] del [illegible] antioqueño *bogar*, por beber un líquido con rapidez y sin detenerse.

[2] Medio cuarto. — La octava parte de una libra.

[3] Dulce. — Substancia concreta que se saca del jugo de la caña de azúcar. *Rapadura* en Cuba, *papelón* en Venezuela, *chancaca* en Chile, y *panela* en otras partes.

[4] Melcochudo. — Blando, elástico y de consistencia correosa.

[5] J. E. Caro.

[6] [illegible]

De mazamorra de esponjados granos,
Más blancos que la leche en que se mezclan;

Que metieran en ella la cuchara,
Y que de granos la sacaran llena,
Cual isla de marfil que en leche flota,
Como mazorca de nevadas perlas;

Y que dejando chorrear el claro
La comieran después, y que dijeran,
Si es que tienen pudor, si con las papas
Alguno habrá que compararla pueda.

¡Oh! ¡comparar con el maíz las papas
Es una atrocidad, una blasfemia!
¡Comparar con el rey que se levanta
La ridícula chiza[1] que se entierra!

Y ¿qué dirían si frisoles verdes
Con el mote[2] de chócolo comieran
Y con una tajada de aguacate
Blanda, amarilla, mantecosa, tierna?...

¿Si una postrera[3] de espumosa leche
Con arepa de chócolo bebieran,
Una arepa dorada envuelta en hojas,
Que hay que soplar porque al partirla humea?

[1] Chiza.—Gusano de tierra que ataca con preferencia la raíz de la papa

[2] Mote.—Maíz cocido y condimentado. *Mute* en otras partes.

[3] Postrera.—La leche postrera que se ordeña de la vaca. Es más espesa y más apreciada que la otra.

¿Y la natilla?... ¡Oh! la más sabrosa
De todas las comidas de la tierra,
Con aquella dureza tentadora
Con que sus flancos ruborosos tiemblan...

¡Y tú también, la fermentada en tarros,
Remedio del calor, chicha antioqueña!
¡Y el mote, los tamales[1], los masatos[2],
El guarrus[3], los buñuelos, la conserva!...

¡Y mil y mil manjares deliciosos
Que da el maíz en variedad inmensa!...
Empero con la papa, la vil papa,
¿Qué cosa puede hacerse?... No comerla.

A veces el patrón lleva a la Roza
A los niños pequeños de la hacienda,
Después de conseguir con mil trabajos
Que conceda la madre la licencia.

Sale la gritadora, alegre turba
A asistir juguetona a la cogienda[4],
Con carrieles y jíqueras[5] terciados
Cual los peones sus costales llevan.

[1] Tamales.—Pastel hecho con masa de maíz y carne de cerdo, condimentado de varios modos. *Hayacas* en Venezuela.

[2] Masatos.—Preparaciones hechas con masa de maíz, dulce y agua. Pueden ser más o menos sólidos y más o menos fermentados.

[3] Guarrus.—Bebida preparada con maíz (y a veces con arroz), agua y azúcar, y en ocasiones aromatizada con el jugo de alguna fruta.

[4] Cogienda. La recolección de frutos.

[5] Jíqueras.—Sacos de cabuya para la conducción de varios objetos especie de mochilas. Llamadas en el Cauca y en otras partes *jigras*.

¿Quién puede calcular las mil delicias
Que proporciona tan sabrosa fiesta?...
¡Amalaya[1] volver a aquellos tiempos!
¡Amalaya esa edad pura y risueña!

Avaro guarda el corazón del hombre
Esos recuerdos que del niño quedan;
Ese rayo de sol en una cárcel
Es el tesoro de la edad provecta.

También la juventud recuerdos guarda
De placeres sin fin... pero con mezcla.
Las memorias campestres de la infancia
Tienen siempre el sabor de la inocencia.

Esos recuerdos con olor de helecho
Son el idilio de la edad primera,
Son la planta parásita del hombre
Que, aun seco el árbol, su verdor conservan.

Pero, en tanto vosotros, pobres socios
De una Escuela de Artes y de Ciencias,
Siempre en medio de libros y papeles
Y viviendo en ciudades opulentas;

Nacidos en la alcoba empapelada
De una casa sin patios y sin huerta,
Y que jamás otro árbol conocisteis
Que el naranjo del patio de la escuela!

[1] Amalaya.—Interjección de deseo vehemente, de la cual se ha formado el verbo provincial *amalayar*. Originariamente se usó *¡ ah malhaya !* para expresar deseo de un mal, y luego pasó a significar deseo de un bien y simple deseo vehemente.

Vosotros ¡ay! cuyos primeros pasos
Se dieron en alfombras y en esteras,
Y, lo que es más horrible, ¡con botines!
¡Vosotros, que nacisteis con chaqueta!

¡Vosotros, que no os criasteis en camisa
Cruzando montes y saltando cercas,
¡Oh! no podéis saber, desventurados,
Cuánta es la dicha que un recuerdo encierra!

¿Con cuál, decidme, alegraréis vosotros
De la helada vejez las horas lentas,
Si no tuvisteis perros ni gallinas,
Ni habéis matado patos ni culebras?

No endulzarán vuestros postreros días
El sabroso balar de las ovejas,
De las vacas el nombre, uno por uno,
La imagen del solar [1], piedra por piedra;

Las sabaletas [2] conservadas vivas,
Sirviendo de vivero una batea;
Las moras y guayabas del rastrojo [3],
El columpio del guamo [4] de la huerta;

[1] Solar.—Terreno limpio y cercado, adyacente a una casa, o espacio que quedó sin edificar.

[2] Sabaleta.—Pequeño peje de los ríos interiores de América, semejante al sábalo.

[3] Rastrojo.—Bosque de arbustos.

[4] Guamo.—Árbol del género Inga. Los hay de muy diversas especies. *Guavo* o *guabo* en varios puntos de Colombia, en el Ecuador y en el Perú.

La golondrina a la oración volando
Alrededor de las tostadas tejas,
La queja del pichón aprisionado,
La siempre dulce reprensión materna;

La cometa enredada en el papayo[1]
Los primeros perritos de Marbella...
En fin... vuestra vejez será horrorosa,
Pues no habéis asistido a una cogienda.

[1] Papayo.—Árbol frutal de la familia de las euforbiáceas. Carica Papaya, del género Asimina. Recientemente se ha descubierto que la *papaina*, substancia que se extrae del fruto, es un magnífico digestivo.

(Estas notas están arregladas por los señores don Manuel Uribe Ángel y don Emiliano Isaza).

JOSÉ JOAQUÍN ORTIZ

(Colombiano — 1814-1892)

LOS COLONOS

No por florido otero o verde riba
A la margen de río clamoroso,
Cuya onda fugitiva
Entre tupido bosque y fresca grama,
Como formando diálogo quejoso,
De la ürna espumosa se derrama;
Mas envuelto en el denso torbellino
De seco polvo que alza galopando
Mi corcel generoso,
A la ciudad distante me encamino.

¡Vedla! ¡allá está! Sus blancas, altas torres
Entre espirales de humo se levantan
Sobre los rojos techos,
Y raros grupos de árboles a trechos
Alzan por cima su greñuda copa.
¡Oíd! el murmurar del pueblo llega
Al acercarnos más, cual voz de un río

Que despeñado de la sierra baja,
Y los peñascos con su espuma arropa
Y en altos tumbos fiero se desgaja.
De caballos el trote,
Y el chirriar de los carros en las guijas,
Y el tráfago de gentes afanadas
Sordamente resuena,
Y hierve la ciudad como si fuese
De los hombres anchísima colmena.

¡Mas no fué siempre así! Mi fantasía
A la pasada edad tornando el vuelo,
Se place en contemplar la dulce patria
De su origen pacífico en el día.
Donde hoy, bajo la cúpula que al cielo
Se yergue de basílica suntuosa,
El altar santo queda,
Con el céfiro manso una arboleda
De robles seculares se mecía;
Y aquel otero allá, de donde corre
Primero, rotas peñas quebrantando,
De linfas claras resonante río,
De cabañas de bálago cubiertas
Era entonces un pobre caserío.

¿Y en qué lugar al aire abierto un día
La redentora cruz se alzó primero?
El escuadrón conquistador la frente
Humillado inclinaba,
Mientras la muisca gente,
Viendo rendir el formidable acero

Que desquició su antigua monarquía,
Llena de mudo asombro se extasiaba.

¡Oh! ¡vén conmigo, antigua amiga mía,
Musa! que no quemaste un solo grano
De incienso nunca ante ningún tirano;
Tú que arrojas coronas enlazadas
Con ramas de laurel que jamás muere
Para ceñir la sien, no del guerrero
Que se alza, lidia y triunfa,
Y es cual tormenta que pasando asuela,
Dejando en pos de sí tristes despojos,
Mas la frente del útil ciudadano
Que primero este campo hizo fecundo
Sembrando en la era el extranjero grano;
Del cenobita impávido que al centro
Penetró del desierto más profundo,
Y a la vida social al indio errante
Redujo del amor con suave mano;
Y del que pan y regalado lecho
Dió cariñoso al desvalido infante.

¡Oíd cómo resuena
Adentro la montaña con los golpes
Del hacha! Ya en la loma más distante
Prende voraz el fuego,
Y el humo azul camina lentamente;
Mas se derrama luego
Por los collados todos;
Y el águila imperial, alipotente,
Fija la vista al sol, alza su vuelo,

Y se pierde en las nubes arrolladas
En la región espléndida del cielo.

Y mirad más acá cuál va inclinado
Bajo el fecundo arado
El toro, padre de la grey; el seno
De la tierra rompiéndose negrea.
Y la que antes espada destructora
Resplandeció ominosa en la pelea,
Ora en reja cambiada
Entre los grandes surcos centellea;
Y ese que, hoy labrador, ayer guerrero,
El mar cruzó trayendo el rubio grano
Que derramado en la era
Dará abundancia a la colonia entera,
Después verá doblándose a los soplos
Del favonio süave
La frágil caña con la espiga grave;
Otro la carga llevará al molino,
Y entre el fragor del agua despeñada,
En el estrecho cauce atormentada
Do se cambia en espuma cristalina,
Recogerá, saltando en leves ondas,
El blanco río de menuda harina.

Ya que musa servil loores canta
Al guerrero que al mundo en sangre tiñe
Y la corona a la virtud debida,
Doblando la rodilla, humilde ciñe;
¡Musa mía! levanta
De éstos los nombres sin culpable miedo,

Y mi patria no ignore
Que el inmenso bien debe
A Briceño y a Aguayo y a Acevedo.
Y de prez no menor dignos se hicieron
Para ilustrar su nombre,
Aquellos españoles que trajeron
Los animales útiles al hombre.
Junto al hogar medio apagado yace
Adormido el lebrel de noble raza:
Mas oiga el eco gemebundo apenas
De la armoniosa trompa de la caza,
Y veréislo partir. La tierra toca
El delicado muso, alarga el cuello,
Y, cual la flecha que silbando rasa,
Con vivísimos saltos atraviesa
Tras la tímida corza o suelta liebre
El llano, el bosque, el río, la alta roca,
Hasta que al fin la presa
Vencida rinde y bárbaro apedaza.

¡Con qué estúpido pasmo no vería
El indio inculto por la vez primera
El altivo corcel! No de la trompa
El ronco són espera;
La leve oreja tiende
Y el fácil cuello enarca
Al rumor de los céfiros de Mayo,
Y fogoso, impaciente se enarmona;
Súbito fuego su pupila enciende,
Dejando ver de su ojo todo el blanco,
Atrás echa la crin en ondas sueltas

Sobre el trémulo flanco,
Y libre del ronzal que lo aprisiona
Vuela en el campo abierto:
Traspasa el seco erial, solo y desierto,
Con duro casco el pedregal trillando;
O pára en alta loma
Y suelta su relincho sonoroso
Si oteó la yeguada desde lejos;
O a la orilla del río espacïoso
Tranquilo al ruido va del agua mansa,
Con las brisas del monte jugueteando,
Por la alta grama de la fértil vega
Que nuestro patrio Sogamoso riega.

Mas ¿cuál fué la española
(Pues mujer debió ser sensible y bella)
Que, cual triste recuerdo
De patria ausente o fúnebres amores,
Pasando a la comarca
De la extensa y feliz Cundinamarca
Trajo consigo el germen de las flores?
Débenla nuestros prados y pensiles
Verse alfombrados de las nuevas rosas
Cuando en el cielo ríen los abriles;
Y el clavel salpicado
Con el múrice tirio
La altiva copa alzar en frágil ramo,
Y su manto ostentar, más esplendente
Que los del mismo Salomón, el lirio;
Y la albahaca, del hogar amiga,
Que crece sin fatiga,
Con su aroma empapar todo el ambiente.

Rasgando el aire mudo,
Cuando apunta la luz del nuevo día,
No bajará quejoso el són agudo
De la campana desde excelsa torre
A celebrar las glorias de María;
Mas del pajizo alar de la cabaña
Saldrá el clangor cual de clarín sonoro
Del gallo vigilante,
Que salude el lucero de la aurora,
Que sube por el éter rutilante
Tiñéndose del sol con la luz de oro;
Y veráse después cómo a la turba
Que su serrallo numeroso puebla,
Con voz amante llama
A recoger el derramado grano
Del rubio trigo entre la verde grama.
Cómo después que el labrador recoge
En la espaciosa troje
Los frutos que le dió próvido el cielo,
De las chisgas el pueblo numeroso,
En alas de los céfiros traído,
Cual en un gran palacio prevenido
Por el Dios bondadoso,
Sobre un árbol copudo abate el vuelo.
Debajo de la tribu desparece
De repente el follaje; el árbol brilla
Como una grande cúpula de oro,
Y de tanta avecilla
No cesa un punto el gorjear sonoro:
Así de la Misión todos los niños
Cuando oyen la sonora campanilla,

Corren en torno de la cruz que arranca
Enhiesta al aire y cercan al anciano,
Que entre tantas cabezas infantiles
Descuella allí con su cabeza blanca.
¡Oh! ni Platón, ni Sócrates, famosos
En los anales del saber, supieron
Tras largos años de velar contino
Lo que estos pobres niños, candorosos,
De los trémulos labios del anciano,
Al pie del leño rústico aprendieron.

No es bastante al ardor que el pecho inflama
De los santos discípulos de Cristo
Una sola región y un solo clima.
Ellos irán de amor la pura llama
A prender en el pecho del salvaje,
A par las artes de la paz mostrando,
Al suelo donde Arauca se derrama
Y el Meta, y Casanare y raudo Upía,
La inmensa soledad fertilizando.
Subirán a la cumbre siempre yerta,
Trono de la borrasca asordadora,
Y oirán por fin el cántico sonando
En loor de la Cruz reparadora,
En cuantas son las lenguas,
Por cuantas son las tribus que mi patria
Pueblan del Occidente hasta la Aurora.

Y no desmayará su ardiente celo,
Porque después de alzar templos suntuosos
A nuestro Padre Dios que está en el cielo,

Al enfermo abrirán quietos asilos,
Darán madre a los huérfanos
Y bendecido lecho a los ancianos,
Donde al fin puedan expirar tranquilos.

¡Y es poco aún!... En su incansable anhelo
Por anunciar la vida a las naciones,
Quieren centuplicar la voz divina
Fijando su fugaz e instable vuelo;
Y el árbol de la ciencia,
Que es bien a un tiempo y mal, y vida y muerte,
Que encontró Guttenberg, ellos plantaron,
Antes que otro, en la tierra granadina.

¡Oh! ¡dadme frescas palmas
Con que tejer coronas
Que ornen la sien del vencedor! ¡Oh! ¡dadme
La lira de grandílocuos concentos
Para cantar sus ignorados nombres;
Y en alas de los céfiros llevados
De la tierra a los climas apartados,
Sean amor y orgullo de los hombres!
¡A todo bien tributo de alabanza!
¡A todá noble inspiración un canto!
Lo mismo al que confiando su fortuna
A frágil tabla y a delgado lino
Al Oceano férvido se lanza
Hallando de la América el camino,
Que al que rasgando el florecido manto
De la tierra, el arado usó primero:
¡A todo bien tributo de alabanza!
¡A toda noble inspiración un canto!

AL TEQUENDAMA

Oír ansié tu trueno majestuoso,
¡ Tremendo Tequendama ! Ansié sentarme
A orillas de tu abismo pavoroso,
Teniendo por dosel de parda nube
El penacho que se alza por tu frente,
Que, cual el polvo de la lid ardiente,
En confundidos torbellinos sube.
Quise también mezclar mi acento débil
Al grande acento de tus muchas aguas,
Y, respirando el aire de tu gloria,
Ensalzarte también con voz ferviente,
Mi lira haciendo digna de memoria,
Y arrojarla después a tu corriente.

Heme aquí contemplándote anhelante,
Suspenso de tu abismo:
Mi alma atónita, absorta, confundida
Con tan grande impresión te sigue ansiosa
En tu glorioso vuelo,
Y al querer comprenderte desfallece
De tanta fuerza y majestad vencida.

Tu voz es cual la voz de un Dios que pasma
De asombro y de terror a las naciones;
Cual rimbomba el cañón de la pelea,
Y anuncia así de lejos al viajero
La hórrida majestad que te rodea.

Los ecos ensordecen y se cansan
De repetir la horrísona armonía
Que de ti suena en torno
Cual si fueran los himnos de un trïunfo
Lleno de pompa y bélica armonía.
El águila asustada alza sus vuelos
Por el éter brillante a las montañas
Donde chillan hambrientos sus hijuelos.

Manso y tranquilo y sosegado corre
Lleno de majestad, y de repente
Cual dragón infernal alza la frente,
Sacude enfurecido
Las vedijudas greñas,
Se asoma al borde del abismo, y brama,
Y se lanza iracundo
De un abismo a otro abismo más profundo
En sábanas lumbrosas de alba espuma,
A ser despedazada entre las peñas.
La roca al golpe gime;
Hierve la onda atormentada y gira,
Se rompe, se revuelve, se comprime
Con clamoroso y desigual estruendo,
O como quien se queja y quien suspira,
Y como el humo de una grande hoguera
A torbellinos al Olimpo sube
De clara niebla en argentada nube;
Y el poderoso acento
De soledad en soledad, de un monte
A un monte más lejano, lleva el viento.

El ángel guardador de tus raudales
Aquí, de tarde, a contemplarte viene,
Y en ese altar de piedra que se avanza
Lleno de algas, de espuma zarpeado,
Se sienta, el ruido de tu choque oyendo.
Su cabeza de juncos ven ceñida
Y de silvestres ovas,
Y su capa de púrpura teñida,
Los montañeses, y oyen el concierto
De su laúd divino, al brillo incierto
De la pálida luna
Cuando en silencio está todo el desierto.

¡Prodigio del Creador! ¡oh! ¡nada falta
A tu gloria! Pictórico horizonte
Delante se abre; antiguos como el mundo
Los árboles se elevan en tu monte;
Solemnes armonías
Resuenan en tu seno ancho y profundo:
Flores, aromas, luz y movimiento;
Aire esencial de vida en cada aliento;
Un cielo claro encima,
Como el alma de un niño, ven los ojos;
Y por diadema para ornar tu frente
Iris de oro, de púrpura y diamantes
Se cruzan sobre ti reverberantes.

Mas ¿dónde están, oh río, aquellos pueblos
De esta región antiguos moradores?
¿Qué se hicieron los Zipas triunfadores
Que se sentaban sobre el trono de oro,

Y que padres más bien que augustos reyes,
Con amor sonriendo y frente leda,
De dulce paz dictando iguales leyes,
Cual se gobierna una familia, al pueblo
Con el cayado patriarcal guiaban
Cual con riendas de seda?

¿En dónde el templo en láminas de oro
Resplandeciente al sol? ¿A qué comarca
Trasladaron las aras en que ardía
El aroma suavísimo, entre el coro
De virginales voces noche y día?
¿Dónde Aquimín? ¿el Bogotá? ¿el Tundama?
¿Adónde el santo Sugamuxi, adónde?
Tu trueno asordador, como un lamento,
Es la voz sola que a mi voz responde.

¡Pobres indios, abyectos, decaídos
Del vigor varonil, desheredados
De este tan bello y tan fecundo suelo,
Vosotros no poseéis de vuestra patria
Sino el dulce aire y el brillante cielo,
O una heredad cortísima! El arado
Rompe la tierra y de las tumbas saca
Los ídolos pequeños, confundidos
Con el polvo sagrado
De un sacerdote, un Zipa, un rey de Iraca.

Como se avanzan a este abismo obscuro
Y en él se pierden las pesadas ondas,
Así su pobre raza desparece:
Parte cayó bajo el acero duro

De los conquistadores; en los hierros,
En infectas prisiones y sombrías
Se marchitó su juventud lozana;
Otra se pierde en el extraño abrazo
Con sangre de verdugos confundida...
¡Nación ayer, no existirá mañana!

¡Y este río caudal sigue corriendo
Como corrió desde la edad antigua!
¡Y el trueno aterrador que estoy oyendo,
Sonaba entonces como suena ahora,
Duro, rabioso, asordador, tremendo,
Como una eternidad devoradora,
Y sonará cuando al sepulcro caiga
Este hombre obscuro, débil, ignorado
Que oyéndolo a su borde está sentado!

¡Oh! ¡qué objetos! ¡el hombre y Tequendama!
¡El hombre sin poder, pincel ni acento
Con que pintar lo que su mente inflama,
Que ayer nacido, vivirá un momento,
Y mañana en el polvo del sepulcro
De su vivir se apagará la llama!
¡Y esta tremenda catarata, eterna,
Con esa voz cual la de mil tambores,
Cual ruido estrepitoso
De cien y cien caballos triunfadores
En el afán de una total derrota;
Y ese hervir fragoroso, inextinguible,
Y esa su roca, firme, estable, inmota,
Que alcanzará a los años de los años
Y del mundo a la edad la más remota!

¡Calma un momento el torbellino raudo
En que ruedas, oh río, al ciego abismo,
Y ese fragor y la explosión del trueno!
¡Disipa el pabellón de negra nube
Que cada instante de tu lecho sube
Para velar tu majestad! Mi älma,
Mis deslumbrados ojos, mis oídos
Sordos ya con el ruido de tus aguas,
Anhelan contemplarte un solo instante
Y dejarte después agradecidos!
Porque tu vista bella
Asombro, pasmo, horror sublime inspira,
Y de verdad severa lección grande
Deja en la mente con profunda huella.
Aire de gloria y de virtud respira
El hombre en ti, capaz de más se siente:
De legar a los siglos su memoria,
De ser un héroe, un santo o un poeta;
Y sacar de su lira
Un són tan armonioso y tan sublime
Como el iris que brilla por tu frente,
Como el eco de triunfo que en ti gime.

LA GOLONDRINA

¿De dónde vienes tú con sesgo vuelo,
Alegre golondrina,
Ahora que el sol el espacioso cielo
De fuego con raudales ilumina?
¿De dónde vienes ahora
Que el monte y la colina
Se ornan de nueva flor y nueva grama;
Ahora que el torrente fragoroso
Por el campo oloroso
Sus claras ondas rápido derrama?
Ya pasó la estación de las tormentas,
Ya las alegres Horas van danzando,
Y de arrayán y flores mil coronas
Sobre el paterno campo derramando.

Ese que ves tan verde y tan florido,
Tu otero conocido;
Y ese en que tu ala fugitiva rasa,
Es tu claro torrente;
Y ese, tu dulce nido
Que en el alar saliente
Vuelves a hallar de nuestra pobre casa.

¡Oh! ¡sigue revolando vagarosa,
Y sobre el campanario de la aldea
Un momento reposa!
Desde allí todo el campo se domina,
Y las mieses que suave el viento orea,

Y el lejano molino y la musgosa
Alta cruz del blanqueado cementerio
Que en medio de los árboles se empina!...
¡Tiende la vista desde allí gozosa
Y contempla tu patria deliciosa!

Al primer trueno del obscuro invierno
Y las lluvias primeras,
Volaste abandonando las praderas
Y tu apacible hogar y nido tierno.
¿Adónde entonces fuiste
Con ala infatigable,
Dejando atrás el horizonte triste
Cubierto de tiniebla,
En cuyo obscuro seno el sol de Mayo
Mal alcanzaba a disipar la niebla,
Donde a intervalos con horror lucía
De tormentosa nube el presto rayo?

Tal vez a las regiones del Oriente
Pasaste con las brisas sonorosas,
Y del Meta en la rápida corriente
Remojaste las alas temblorosas;
Tal vez desde la huta del salvaje,
O desde la alta torre ya en rüina
De la antigua Misión, viste la frente
Doblar al sol detrás del horizonte
Cual mar sin playa de la gran sabana
De la risueña Arauca, oh golondrina,
En su tumba de azul, de oro y de grana;
Y al revolar de la aura vespertina

Trajo hasta ti la voz del gran desierto
Quejas de bosque, són de ronco río,
Y melodioso pío
De las aves del campo solitarias,
Formando todo espléndido concierto
De júbilo solemne o de plegarias.

¿Es venturoso, díme,
El indio entre su selva primitiva,
A quien la ley no oprime,
Y la cerviz altiva
Tan sólo en el desierto
Inclina al Grande Espíritu Sublime?
¿O le siguen doquier las mismas penas
Y del alma las mismas tempestades,
Y el pobre corazón lo mismo gime
Que en las grandes ciudades
En medio de las vastas soledades,
Oprimido de bárbaras cadenas?
¡Oh! que también en el desierto crecen
Flores para adornar la sepultura;
¡También brillan al sol sus sabanas
Lágrimas de dolor y de amargura!

En mi primera edad, con la luz pura
Del sol, en el umbral de humilde techo
La banda de ruidosas golondrinas
Miraba, henchido de placer el pecho,
Ir y volver, y revolar contentas
De la pajiza choza
A la extensa llanura,

Cual pasa pronta y viva
La luz de las tormentas,
Rozando con el ala fugitiva
Ya sobre la arboleda majestuosa,
Ya sobre el ancho, azul, tranquilo lago,
Ya sobre la era antigua que llenaba
La flor del amarillo jaramago.

Cuando era niño, en casa de mis padres,
Dejaba yo que se muriera el día,
Y de las salas lóbregas, desiertas,
Empujaba las puertas,
O los duros cerrojos con trabajo
De la antigua capilla descorría,
Y a descansar entraba
De golondrinas banda innumerable:
Yo de un varal larguísimo auxiliado
Y de otros niños de mi edad seguido,
Por techos y cornisas implacable,
Sin respetar el inocente nido,
A la avecilla tímida acosaba,
Que prisionera luego
A una cárcel tristísima pasaba.

Mi sueño, sin sosiego,
Al clarear el alba interrumpía,
Y a cortarle las alas temblorosas,
Maligno niño súbito corría.
¡Hoy es, aun lo recuerdo! los chirridos
De la avecilla dan en mis oídos,
Y forcejando trémula la veo,

Y aun siento entre mi mano
De sus alas el rápido aleteo.

Una, y fué la postrera
Infeliz prisionera,
Con doloroso pío
Enterneció mi alma,
Y de repente dije:
«¡Pobre! ¡vuelva a su campo!» y al momento
Abrí la débil palma,
¡Y ella rasgó precipitada el viento!

¿Adónde huyó veloz el claro día
De inocencia, de paz y de contento
De la niñez afortunada mía?
Tú volviste, avecilla venturosa,
A tu nido y los campos paternales,
Sobre el ala del aura sonorosa,
Pasados los funestos vendavales,
Cuando en el puro ambiente se difunde
De los floridos campos la fragancia;
¡Mas a mi pobre corazón no vuelve
La dulce paz de su dichosa infancia!

MANUEL MARÍA MADIEDO

(Colombiano, n. 1815)

AL MAGDALENA

¡Salud, salud, majestüoso río!...
Al contemplar tu frente coronada
De los hijos más viejos de la tierra,
Lleno sólo de ti, siento mi alma
Arrastrada en la espuma de tus olas,
Que entre profundos remolinos braman,
Absorberse en las obras gigantescas
De aquel gran sér que el infinito abraza.

¿Qué fuera aquí la fábula difunta
De las ninfas de Grecia afeminada,
Al lado del tremendo cocodrilo
Qué sonda los misterios de tus aguas?.

No en tus corrientes nada el albo cisne,
Sólo armonioso en pobres alabanzas;
Pero atraviesan tu raudoso curso
Enormes tigres y robustas dantas;

Cadáveres de cedros centenarios
Tus varoniles olas arrebatan,
Como del techo del pastor humilde
Las tempestades la ligera paja.

No nadan rosas en tus aguas turbias,
Sino los brazos de la ceiba anciana,
Que desgarró con hórrido estampido
El rayo horrendo de feroz borrasca.
Veo serpientes que tus aguas surcan,
Cuyos matices a la vista encantan,
Y oigo el ronquido del hambriento tigre
Rodar sobre tu margen solitaria;
Mientras salvaje el grito de los bogas
Que entre blasfemias sus trabajos cantan,
Vuela a perderse en tus sagradas selvas,
Que aun no conocen la presencia humana.

¡Oh, qué serían Sátiros y Faunos
Bailando al són de femeniles flautas
Sobre la arena que al caimán da vida
En tus ardientes y desiertas playas!...
¡Ah, qué serían cerca de los bogas,
Que rebatiendo las calludas palmas,
En el silencio de solemne noche
En derredor de las hogueras danzan,
Acompasados al rumor confuso
De tus mugientes y espumosas aguas,
Que acaso llega a interrumpir no lejos
Del ronco tigre seca la garganta!...

Yo los he visto en una obscura noche
Dando a los aires la robusta espalda,
Sobre la arena que marcado habían
De las tortugas la penosa marcha,
Y del caimán la formidable coia,
Y de los tigres la temible garra.
Yo los he visto en derredor del fuego
Danzar al eco de sonora gaita,
Mientras silbaba el huracán del Norte
Sobre tus olas con sañuda rabia.
Yo los he visto juntos a la hoguera
Cavar ansiosos tus arenas blandas,
Y en sus entrañas despreciar el lecho
Del más pomposo femenil monarca.
Aun me figuro que sus rostros veo
Del trémulo relámpago a la llama,
Con los ojos cerrados cual si fueran
Los despojos de un campo de batalla.

No muy lejos de allí, menos salvaje
Sobre tu arena inculta y abrasada,
El caimán abandona tus corrientes
Y junto al boga sin temor descansa.

En vano busca en tu desierta margen
El hombre, que cual débil sombra pasa,
Palacios y ciudades de una hora,
Que derrumban del tiempo las pisadas.

El pescador que en tus orillas vive
Bajo su choza de nudosas cañas,

Que a nadie manda ni obedece a nadie,
De sí mismo el vasallo y el monarca,
¿ No es más dichoso que el abyecto esclavo
Que entre perfumes sus cadenas carga ?...

¡ Yo te saludo en medio de la noche,
Cuando en un cielo plácido y sin mancha
Mira la luna en tus remansos bellos
Su faz rotunda de bruñido nácar !
¡ Yo te saludo, nuncio del Océano !
Todo eres vida, libertad y calma ;
Y el hombre libre que sus redes seca
En tu sublime margen solitaria,
Como en Edén nuestros primeros padres,
Sólo de Dios adora la palabra.

Tú te deslizas al través del tiempo
Como la sombra de la acuátil garza
Sobre la faz de tus fugaces olas
Que de los montes a los mares bajan.
En tus riberas vírgenes admiro
La creación saliendo de la nada,
Grandiosa y bella, cual saliera un día
Del genio augusto que tus olas manda.

¡ Corre a perderte en los ignotos mares
Como entre Dios se perderá mi alma !

Cedros y flores ornan tu ribera,
Aves sin fin que con tus ondas hablan,
Cuyos variados armoniosos cantos
De tus desiertos la grandeza ensalzan.

¡ Yo te saludo, hijo de los Andes !
Puedas un día fecundar mi patria,
Libre, sin par por su saber y gloria,
Y habrás colmado toda mi esperanza !

RICARDO CARRASQUILLA

(Colombiano — n. 1827)

EL ABRAZO

El sol declinando va,
Está la tarde serena;
Hierve como una colmena
Santafé de Bogotá;

Echa a un lado su apatía
Y las campanas a vuelo,
Y levántase hasta el cielo
Insólita gritería.

Por la vía que serpea
De la cordillera al pie,
Lejos, muy lejos se ve
Nube de polvo que ondea;

Álzanla tres militares
Que a largo galope van,
Y a sus corceles están
Desgarrando los ijares.

El de más suposición
Es de mediana estatura,
Tiene gallarda figura
Y se llama *Don Simón*.

Monta fogoso alazán,
De tanto correr rendido,
Y sobre el roto vestido
Lleva un gastado dormán.

Gorra con ancha visera
Cubre su frente tostada
Por el sol, y su mirada
En torno fúlgida impera.

Cual arroyo rumoroso
Que va rápido corriendo,
Sus aguas a otros uniendo
Forma un río caudaloso;

Así van diez, veinte, ciento,
Uniéndose a *Don Simón*,
Y forman un escuadrón,
Y después un regimiento.

Y la turbia polvareda,
Que más y más crece y sube,
Forma gigantesca nube
Que sobre los Andes rueda.

Es Bolívar el que viene;
Ha vencido en Boyacá,
Y loca la gente está,
Y nadie su ardor contiene.

¡Ha llegado! El pueblo entero
Agólpase en rededor
Del ilustre triunfador,
Del portentoso guerrero.

Casi en peso va el corcel
Caminando a paso lento,
Y crece a cada momento
La gritería, el tropel.

Aplausos y bendiciones
Al que es su padre ofrecer
Quieren, y quieren poner
A sus pies los corazones.

No pudiéndose acercar
Una pobre anciana, el grito
Levanta y dice: « ¡Bendito!
¡Ah! dejádmelo abrazar. »

Bolívar la alcanza a ver
Con su rápida mirada,
Y dice en voz reposada:
« Abrid paso a esa mujer. »

Mas la multitud ardiente
En vez de abrirse se apiña,
Y por más que se la riña
Ni un paso en cejar consiente.

Bolívar silencio exige,
Se apea rápidamente,
Se abre paso entre la gente,
Y a la mujer se dirige.

Hiela a la anciana el temor,
Y quiere moverse en vano;
Mas halla apoyo en la mano
Del noble *libertador*.

A sus labios respetuosa
La lleva, en llanto la inunda,
Y una alegría profunda
En su semblante rebosa.

Bolívar estrechamente
Abraza a la anciana luego,
Y una lágrima de fuego
Deja caer en su frente;

Y al volverse conmovido
En busca de su alazán,
De su gastado dormán
Rueda un botón desprendido.

Cae la anciana de hinojos,
Guarda el botón en su seno,
Y con semblante sereno
Exclama, alzando los ojos:

« Jesús mío y mi Señor,
Me entrego en tus manos, haz
Que muera tu sierva en paz:
¡He visto al *Libertador!* »

UN SABIO

Estaba Crispín el sabio
Con otros sabios un día;
Se habló de sabiduría
Y no desplegó su labio.

Acerca de Meca y Moca
Con entusiasmo se habló;
Y don Crispín no movió
Su sapientísima boca.

Tratóse con gran porfía
De Dumas y Lamartine;
Pero el señor don Crispín
No dijo esta boca es mía.

Hablóse al fin de Cantú,
Don Crispín movió sus labios,
Callaron todos los sabios,
Y él dijo muy serio: *¡ Mu !*

JOSÉ MANUEL MARROQUÍN

(Colombiano — n. 1827)

LA VIDA DEL CAMPO

Al señor Santiago Pérez.

¡Oh, cuántos que en ciudades populosas
Vida agitada y turbulenta pasan,
Envidian la quietud de mi retiro
Y mi choza pajiza y solitaria!

¡Ay, amigo! Quizás ignoran ellos,
¡Afortunado yo si lo ignorara!
Que las penas se albergan en las chozas
Como en ciudades y opulentas casas.

Quien no lleva consigo la ventura,
Ora viva en palacio, ora en cabaña,
En vano busca fuera de sí mismo
El bien supremo de la paz del alma.

Al pie de las colinas más hermosas
De todas las que ciñen la sabana,
Que con los prados en verdor compiten,
Y en la vistosa variedad y gala,

En paraje repuesto y escondido
Hice mi alegre y rústica morada;
A su pie se dilata una llanura
Que las mieses y flores engalanan.

Los árboles robustos y frondosos
Dejan caer sus undulantes ramas
Sobre el techo pajizo de mi choza,
Y abrigo ofrecen y su sombra grata.

Pájaros mil que entre su copa anidan
Me despiertan, cantando, a la mañana;
Y en su follaje, al declinar el día,
Suspiran melancólicas las auras.

Un arroyuelo rápido y sonoro
Desde la cumbre de la sierra baja
A ofrecerme sus aguas cristalinas
Por un lecho de guijas y esmeraldas.

Mi esposa tierna, mi sin par esposa,
Disfrutando también bellezas tantas,
Vida les da y el seductor hechizo
Que para mí, sin ella, a todo falta.

La esposa tierna, la sin par esposa,
A quien adora arrebatada el alma,
Por quien conserva el corazón enteras
Las ilusiones de la edad pasada.

Por la mañana, cuando el sol la cumbre
Empieza a iluminar de las montañas,
Salto del lecho y en el campo aspiro
Frescas y vivas y fragantes auras.

La vista vuelta hacia el vecino prado,
Miro venir las mugidoras vacas
En busca de los tiernos becerrillos,
Que hambrientos las esperan y las llaman.

Ellas me brindan la sabrosa leche,
Que en los sonoros tarros ordeñada,
Forma ligeros copos de alba espuma,
Que crece y por los bordes se derrama.

Luego me llevan lejos las tareas
A que su vida el labrador consagra,
Y cuando acaban, al caer la tarde,
Me vuelvo a descansar en mi cabaña.

De lejos me divisan, cuando vuelvo,
Mis fieles perros que mi choza guardan,
Y salen a mi encuentro cariñosos,
Y en torno mío alborozados saltan.

Salen también gozosos a mi encuentro
Mis tiernos hijos, prendas de mi alma,
El pecho a enajenar con sus caricias
Y sus amables e infantiles gracias.

¡Cuánto al que tiene corazón sensible
Es grato, amigo, conocer que le aman,
Que, ausente, le recuerdan con cariño,
Y que su vuelta con anhelo aguardan!

Al recibir al sol que va a esconderse,
Tiende el Ocaso sus pomposas galas
De vivísimos tintes luminosos
De rosa y oro, de zafiro y grana;

Y esa escena que pasma cada día
Cual si por vez primera se admirara,
Siempre nueva y sublime, la contemplo
Por entre verdes y floridas ramas.

En tan plácida hora mis ovejas,
Que pacían dispersas en la falda
De la sierra vecina, se reunen
Y vienen al redil apresuradas.

Llega la noche al fin; ¡oh cuán hermosas
Son las noches de luna en mi cabaña!
¡Qué plácida tristeza comunica
Su lumbre a las campiñas solitarias!

¡Dichoso asilo, si perenne fuera
Tanta risueña amenidad y calma!
Dichoso yo si, exenta de inquietudes,
Siempre pudiera el ánima gozarlas!

Mas ¡ay! que muchas veces pavorosa
Sobreviene en la tarde la borrasca;
El ánimo conturba, y las campiñas
Despoja de atractivos y de galas.

En los cercanos montes y en los valles
Los desatados huracanes braman,
Y arrastrar en su rápida carrera
Los árboles y chozas amenazan.

Sigue la noche lóbrega: en los campos
Reina siniestra y pavorosa calma,
Y sólo turba el lúgubre silencio
El torrente que ruge en la cañada.

Así también mil veces en mi vida,
Exenta de ambición y retirada,
Las negras inquietudes y zozobras
La calma de mi espíritu arrebatan.

Quien no lleva consigo la ventura,
Ora viva en palacio, ora en cabaña,
En vano busca fuera de sí mismo
El bien supremo de la paz del alma!

LA PERRILLA

Es flaca sobremanera
Toda humana previsión,
Pues en más de una ocasión
Sale lo que no se espera.

Salió al campo una mañana
Un experto cazador,
El más hábil y el mejor
Alumno que tuvo Diana.

Seguíale gran cuadrilla
De ejercitados monteros,
De ojeadores, ballesteros
Y de mozos de traílla:

Van todos apercibidos
Con las armas necesarias,
Y llevan de castas varias
Perros diestros y atrevidos,

Caballos de noble raza,
Cornetas de monte; en fin,
Cuanto exige Moratín
En su poema « La Caza ».

Levantan pronto una pieza,
Un jabalí corpulento,
Que huye veloz, rabo a viento,
Y rompiendo la maleza.

Todos siguen con gran bulla
Tras la cerdosa alimaña;
Pero ella se da tal maña
Que a todos los aturrulla;

Y aunque gastan todo el día
En paradas, idas, vueltas,
Y carreras y revueltas,
Es vana tanta porfía.

Ahora que los lectores
Han visto de qué manera
Pudo burlarse la fiera
De los tales cazadores,

Oigan lo que aconteció,
Y aunque es suceso que admira,
No piensen, no, que es mentira,
Que lo cuenta quien lo vió.

Al pie de uno de los cerros
Que batieron aquel día,
Una viejilla vivía
Que oyó latir a los perros;

Y con gana de saber
En qué paraba la fiesta,
Iba subiendo la cuesta
A eso del anochecer.

Con ella iba una perrilla...
Mas, sin pasar adelante,
Es preciso que un instante
Gastemos en describilla:

Perra de canes decana
Y entre perras protoperra,
Era tenida en su tierra
Por perra antediluviana.

Flaco era el animalejo,
El más flaco de los canes,
Era el rastro, eran los manes
De un cuasi-semi-ex-gozquejo;

Sarnosa era... digo mal,
No era una perra sarnosa:
Era una sarna perrosa
Y en figura de animal;

Era, otrosí, derrengada;
La derribaba un resuello:
Puede decirse que aquello
No era perra ni era nada,

A ver, pues, la batahola
La vieja al cerro subía
De la perra en compañía,
Que era lo mismo que ir sola.

Por donde iba, hizo la suerte
Que se hubiese el jabalí
Ocultado, por si así
Se libraba de la muerte;

Empero, sintiendo luego
Que por ahí andaba gente,
Tuvo por cosa prudente
Tomar las de Villadiego:

La vieja entonces, al ver
Que escapaba por la loma,
¡Sús! dijo por pura broma,
Y la perra echó a correr.

Y aquella perra extenuada,
Sombra de perra que fué,
De la cual se dijo que
No era perra ni era nada,

Aquella perrilla, sí,
¡Cosa es de volverse loco!
No pudo coger tampoco
Al maldito jabalí.

EPIGRAMA

Hizo un retrato Ramón
Torres, como de su mano,
De un médico cirujano
De inmensa reputación.
Se lo mostró a una beata,
Y ella, en lugar de exclamar,
« No le falta más que hablar »,
Lo que dijo fué: «Ya mata ».

EPIGRAMA

— ¿ Crees en brujas, Garay?
Dije a mi viejo criado.
— « No, señor, porque es pecado;
Pero haberlas, sí las hay ».

ANTONIO ROS DE OLANO

(Venezolano — 1802 - 1887)

EN LA SOLEDAD

I

¡Madre Naturaleza!... Yo que un día,
Prefiriendo mi daño a mi ventura,
Dejé estos campos de feraz verdura
Por la ciudad donde el placer hastía,

Vuelvo a ti arrepentido, amada mía,
Como quien de los brazos de la impura
Vil publicana se desprende y jura
Seguir el bien por la desierta vía.

¿Qué vale cuanto adorna y finge el arte,
Si árboles, flores, pájaros y fuentes
En ti la eterna juventud reparte,

Y son tus pechos los alzados montes,
Tu perfumado aliento los ambientes,
Y tus ojos los anchos horizontes?

II

Más precio en este valle y pobre aldea,
Términos de mi vida peregrina,
Despertar cuando el aura matutina
Las copas de los árboles menea;

Y al volver de mi rústica tarea,
Hora, en la tarde, cuando el sol declina,
Mirar desde esta fuente cristalina
El humo de mi humilde chimenea,

Que en la rodante máquina lanzado
Cruzar como centella por los montes;
Pasar como relámpago el poblado;

Robar, en fin, al péndulo un segundo,
Y en pos de los finitos horizontes,
Sentir la *Nada* al abarcar el mundo.

III

Hay junto a la ventana de mi estancia
Un laurel de la sombra protegido,
En donde guarda un ruiseñor su nido
Apenas de mi mano a la distancia:

Y entre el verde follaje y la fragancia,
Celoso, ufano, amante, requerido,
Dice su amor con lángido quejido
Y dulce y elevada consonancia.

Las horas de la noche una tras una
En sigilosa hilera huyendo el día,
Siguen el curso a la encantada luna...

Y en esta soledad, el alma mía
Goza, sin envidiar cosa ninguna,
De su quieta y feliz melancolía.

IV

¿Qué fueron al gran Carlos sus hazañas
En la celda de Yuste recogido?
Él quiso relegarlas al olvido,
Y ellas emponzoñaban sus entrañas.

Suele el que nace humilde en las cabañas
Dejar su techo, y olvidar su ejido,
Por el lucro del mar embravecido,
Por el sangriento lauro en las campañas.

Mas al recto varón que honró su historia,
Sin codiciar fortuna envilecida,
Ni envidiar de los Césares la gloria,

Un apartado albergue le convida
A esperar sin tormento en la memoria
La breve mnerte de su larga vida.

EL SIMÚN

La soledad lo aborta sin destino
Sobre el páramo inmenso del desierto;
A su presencia duélese el Mar Muerto
Y gime triste el campo palestino.

Con polvorosa crin borra el camino,
Y a su bochorno el caminante incierto,
El cuerpo tiende, el hálito cubierto
Del raudo y abrasante remolino.

¡Pasó!... Y el tigre bota en la candente
Arena, en que el león ruge erizado
Y silba y se retuerce la serpiente...

¡Pasó!... Y en la quietud del despoblado
La ciudad solitaria del Oriente
Llora con el Profeta su pecado.

PROGRESIÓN

Del fértil seno de la madre España
Nace el altivo Tajo en breve cuna;
Y, creciendo con rápida fortuna,
Ceden los pinos a su adulta saña.

Si rompe cerros, si florestas baña,
Río es el Tajo; su corriente es una,
Sea en la vega, anchísima laguna,
Sea sierpe que enrosca la montaña.

Miradle de Aranjuez en los verjeles,
Vedle desde la cántara extremeña:
Contempladle al llegar al Oceano...

Y así del alma,. en cálidos rieles,
La idea brota y rauda se despeña,
Río caudal del pensamiento humano.

LENGUAJE DE LAS ESTACIONES

EN LA PRIMAVERA

I

LA MAÑANA

Ungida en blando rocío
Despierta amorosa el alba,
Tímida beldad que en sueños
Su amante, el sol, busca y llama:
Claros sus ojos azules
De luminosas pestañas,
Al beber luz en los cielos,
La luz al suelo derraman.

Salúdala el Santuario
Con la voz de la campana,
Mientras le dice sus himnos
En los aires la calandria;

Y al influjo cariñoso
De su espléndida mirada,
Se esponja de amor la tierra
La vida ríe en las plantas.

Ancha clámide de nieve
Desprenden de sus espaldas
Los cerros, al anunciarse
De Abril la augusta mañana;
Y de las cumbres desciende
Libre, saltadora el agua,
En elegantes revueltas
Cintas de cristal y plata.

Recibe el amante valle
Con flores su desposada;
Y ella, tras húmedos besos,
Se aduerme entre verdes algas.
Las festivas, redolentes,
Ligeras brisas, resbalan
Sobre el mar o sobre flores,
Entre el cielo y las cabañas;
Y se mecen halagüeñas
En mil idas y tornadas,
Bajo formas infinitas,
Del hombre las esperanzas.

Puesta la popa a la arena
Y la proa a la bonanza,
Dejando el refugio amigo,
Levadas las corvas áncoras,

Libra las turgentes velas
La nave de Dios fiada;
Que así la ambición fenicia
Mostró surcando las aguas
Cuál las mercedes del suelo
Por oro en la mar se cambian.

El labrador que abrió el surco,
Y de sus trojes preciadas
Arrojó fértil semilla
Con mano atrevida y franca,
Cela la espiga naciente
Sobre campos de esmeralda,
Mientras que, libres del yugo,
Los tardos bueyes descansan.

Óyense alegres canciones
De las rústicas zagalas:
Amor las pone en sus labios,
Bien sentidas, mal calladas,
Ecos que acaso responden
En su delectable pausa
A las trovas que en la noche
Profirió la serenata...
Y aun dicen que la doncella,
Desde la puerta foránea,
Al huír la blanca luna
De la aurora sonrosada,
Sorprendió junto a la reja,
Defensa de la ventana,
Donde no llegan los labios,
Aunque los ruegos alcanzan,

Al amante que allí puso,
Como regalo a la *Maya*,
Ramos de fresca verbena
En generosa guirnalda.
¡Oh, naturaleza! ¡Oh, madre!
Cuando presentas tus galas,
Amor encuentra doquiera
Sus ofrendas y sus aras.
No de otra suerte a tu influjo
La entumecida crisálida
Rompe la mística celda,
Y en metamorfosis rápida,
De oro y de carmín lucientes
Despliega veloces alas,
Y vuela al altar de Flora
En nueva vida agitada:
Gusano ayer en su cárcel,
Gira libre, inquieta vaga,
Cual si, guardando memoria
De su brevedad pasada,
Sintiera que no le cabe
Gozar delicias tan anchas.
Muge la esbelta novilla
Desde el otero a distancia;
Primer celo en que se enciende
Al pacer la verde grama...
Suma de gala y de fuerza,
Monstruo de fiereza y gracia,
El toro al clamor amante
La frente adusta levanta.
Por más saciar el olfato

Las hondas fosas dilata:
Enhiestas las finas puntas,
Rueda la hirviente mirada:
Juega la flexible cola
Con ondulantes lazadas;
Y, azotándose los flancos,
Cual con serpiente irritada,
Rayo que en trueno responde
Pronto al imán que le llama,
Rápido como el relámpago,
Parte, arrolla, triunfa o mata.
Los árboles se columpian
En el seno de las auras;
Las aves pueblan el éter;
Los ríos serenos pasan...
Y, en tanto, un eco distante,
Que el viento interrumpe a ráfagas,
Trae y lleva los acordes
De la primitiva flauta...
Son los de la edad de oro
Trinos de la flauta pánica,
Recreación de pastores,
Mientras pacen sus manadas
Y vense en libre careo
Correr del monte a la falda
Menudas, ágiles, limpias,
De vario color pintadas,
Generación de Amaltea,
Las mil esparcidas cabras...
Y, en medio al vario conjunto,
Señor entre sus esclavas,

Celoso barbón hirsuto,
De corona esparramada,
Y olor genial, que denuncia
A los machos de su raza;
Dispensador de favores,
Dejando va por do marcha
Vapor de naturaleza,
Dulce a sus hembras ingrávidas.
¡Horizontes de la vida!
¡Limitaciones humanas!
¡Tal traéis a la memoria
Las religiones pasadas!
Tal veo en el templo egipcio
La adoración humillada
Ante el símbolo monstruoso
Del padre de las cabañas;
Y aun más cerca a los sentidos
Contemplo en Grecia, hermanadas
Deformidades cupídicas
E idealidades de estatua,
Y el mito erótico, en donde
Triunfa del vigor la gracia
Tras la lid voluptüosa
Apenas significada,
Si el torpe bruto rendido
Tan flojamente se amansa
Que sobre sus rudos lomos
La gracia gentil cabalga.
Así, al contemplar de lejos
La mar tranquila, rizada
De nívea espuma, que en iris

Los rayos del sol desata,
Paréceme ver que nace
De las ondas azuladas,
Bella cual si a mi deseo
Mi libertad la evocara,
Y a mi voluntad surgiera,
Sensible diosa pagana,
La Venus chipria, meciéndose
En leve concha de nácar;
Por cendal de sus contornos
Las sueltas madejas áureas;
Con pompa de blancos cisnes,
Que sumisos acompañan,
Y Céfiros y Nereidas
Que la acercan a la playa.
Oigo el plácido concierto
De los orbes en la estancia
Del Infinito, do viven,
Giran, se atraen y se aman;
Y esa sublime armonía
Es el suspiro, es el habla
De la Creación entera
Que suspira enamorada.

II

LA GOLONDRINA

¡Bienvenida la inocente
Huéspeda, de donde quiera
Que llegue al humilde techo
Del triste que la desea!

¡Oh mi mansa golondrina!
¡Oh mi dulce forastera!
¡Bienvenida! A tu llegada
Mantuve abierta la reja:
Tu trino suena en mi oído;
Tus alas, con las esencias
De otras auras de otros climas,
Mi frente árida refrescan;
Y con versátiles giros
Las vigas añosas cuentas,
Y reconoces la estancia
Donde tus hijos nacieran.
¡Aquí fueron tus amores,
No turbados por la fiesta
Ni por el llanto; aquí fueron,
En la paz de esta vivienda!
Allí tu nido te aguarda;
Tus hijos no lo recuerdan:
Tú vuelves a visitarlo,
Y yo lo guardé en tu ausencia.
Pliega tus nítidas alas
Y tus leves plumas peina;
Reposa, mi peregrina,
Mi huéspeda y compañera.
¡Quién sabe! Acaso tu vuelo
Posaste la vez postrera
En la ascética, ignorada
Choza del anacoreta.
De Tierra Santa tal vez,
Nueva peregrina, vengas,
Y del Líbano doblaste
Ayer las cumbres excelsas.

¡Quién sabe! Tal vez ha poco
Que, del Sinaí en la cresta,
Oías los regios salmos
Que la religión eleva.
Acaso en Jerusalén
Tus últimos hijos quedan,
Nacidos junto a un pesebre,
Como el Redentor naciera.
Las sublimes soledades
De aquella cristiana tierra
Cruzaste tal vez, llevada
Del simún en la carrera.
Tal vez de la Palestina,
Do el sol enciende la arena,
Rompiendo la estiva calma
Jadeabas pasajera...
O bebiendo en el Jordán
Del agua de la pureza,
Para alentar tu camino
Sobre la triste Judea,
Volaste en torno a las tumbas
Do reposan los Profetas,
Y en el sepulcro de Cristo
Se oyó tu mística queja.

¡Quién sabe! Acaso rasante,
Desempulgada saeta,
Mediste de un solo sulco
La ya derrumbada Grecia;
O acaso de populosas,
Profanas ciudades vengas,

De bordear los palacios
Que te cerraban sus puertas,
Para que los artesones
De esmalte y oro, y las regias
Randas y tapicería
Que al lujo tributa el persa,
Y los jarros de la China,
Y las lunas de Venecia,
Tu nido de pobre barro
No manchase ni ofendiera!

Si así es, mi peregrina,
Noble avecilla, los deja,
¡Inhospitalarios son
Los magnates de la tierra!
Tuerce tu rumbo del centro
A que afluye la riqueza;
Que es el hombre en la fortuna
Menos humano que fiera.
El escándalo del rico;
La risa de las rameras;
La orquesta de los saraos;
Los clarines de la guerra;
Los tumultos, gritería
Y ceremoniosas fiestas,
Estruendos son ofensivos
A tu sencilla existencia.
Libre en el aire del campo,
Cuando la aurora despiertas,
Y con las primeras sombras
Del crepúsculo te albergas:

Los gozadores del mundo,
Los que esas ciudades pueblan,
Cierran sus ojos al día;
La noche los desenfrena.

Tú eres la hija del ambiente,
Y del alba, y de las frescas
Florecillas amorosas
Que Abril y Mayo despliegan.
Familiar, pura y sencilla,
Dios no puso en ti defensa,
Y dijo, porque te amaran:
« Anuncia la primavera,
Y engéndrese en ti el instinto
De la emigración, y lleva
Tu mensaje a cien regiones,
Sin errar nunca la senda.
Cruza mares y desiertos,
Las ruinas visita, y llega
Al asilo en donde mora
La paz en santa modestia. »
¡Y fuiste! Y sin duda el dedo
De la sabia Omnipotencia
Trazó en el aire el camino
Que a cien regiones te lleva...
Misterios son tus jornadas,
Viajes de escondida ciencia,
A donde sólo te sigue
La inspiración del poeta.
¡Oh mi mansa golondrina
Y mi dulce compañera!

¡Bienvenida seas al techo
Del triste que te desea;
Y así tus hijuelos guarden
Memoria de mi vivienda,
Como yo de ti me acuerdo
En los meses de tu ausencia!

— - — —

JOSÉ ANTONIO MAITÍN

Venezolano — 1804-1874.

LAS ORILLAS DEL RÍO

Inquieto, transparente,
Ya dócil, ya bramando,
En su lecho de plata refulgente
Undoso el Choroní corre impaciente;
Y sus ondas regando,
Va sus verdes orillas matizando.

¡Cuán diáfano retrata
Los techos de verdura
Y los peñascos en su linfa grata!
Su blanca espuma se disuelve en plata,
Y reluciente y pura
La arena, en lo hondo, cual cristal fulgura.

Ayer tal vez rugiendo
Por la borrasca hinchado,
Con ronco són y pavoroso estruendo,
Iba su linda margen convirtiendo
En yermo desolado,
Ahuyentando las aves y el ganado.

Hoy gusta los olores
Del aire gemebundo:
Sosegado y gentil bulle entre flores:
Pasa festivo susurrando amores,
Y libre y vagabundo
Corre a su eternidad... ¡el mar profundo!

Con rapidez extrema
Rodando sus cristales,
Es de la vida frágil el emblema,
Que arrastrando consigo su anatema,
A abismos eternales
Va a deponer sus glorias y sus males.

¡Bellísimas mansiones!
¡Pacíficos lugares
Tan llenos de quiméricas visiones!
¿Por qué vibran tan dulces vuestros sones?
¿Lloráis vuestros pesares,
Ríos, que vais a hundiros en los mares?

¿O es el eterno beso
De rústicas deidades
Quien da sus tonos al follaje espeso?
¿Quién puso y para qué tanto embeleso
En estas soledades,
Y prodigó a las aguas sus bondades?

Sobre estos bordes fríos,
¿Qué numen bondadoso
Puso estos verdes árboles sombríos?

¿Qué espíritu de paz mora en los ríos,
Y duerme voluptuoso,
Al són de su concierto melodioso?

No pienso con locura
Que el eco peregrino
Con que la onda pacífica murmura,
Que suena al corazón con la dulzura
De un cántico divino,
Murmura sin razón y sin destino.

¿Qué importa la alegría
Con que la tierra alienta,
Si esta agreste, selvática armonía
Muere y se pierde en la ribera umbría;
Si no hay, cuando la ostenta,
Vista que goce y corazón que sienta?

Oculta inteligencia
Acaso se recrea
En este blando asilo de inocencia:
Del bosque aspira la fragante esencia,
Sus bóvedas pasea,
Y el fresco de sus obras saborea.

Acaso el manso viento
Que en la floresta gira,
O en torno de las ondas, es su aliento.
Tal vez este rumor con cuyo acento
La soledad suspira,
Es la música eterna de su lira.

Arcángel invisible
Que vaga en la espesura,
Por quien suspira el céfiro apacible;
Espíritu intermedio entre el temible
Autor de la natura
Y su frágil y humana criatura.

Él sabe si el ambiente,
Que hora manso resuena,
Es el mismo que, a veces inclemente,
Y vuelto tempestad, brama impaciente
En la floresta amena.
Y de ruina y destrozo el campo llena.

Él entiende el idioma
De la onda que se aleja,
El arrullo de amor de la paloma;
Sabe dónde su olor halla la aroma,
Y si la encina añeja,
Cuando arma su clamor, canta o se queja.

Él sabe quién marchita
La flor que nace apenas:
En qué cavernas lóbregas habita
El eco solitario: quién agita
Las auras de olor llenas:
Dónde y cómo germinan las arenas.

Y este ángel solitario,
La tierra que murmura
Convirtiendo en magnífico incensario,

Presenta a Dios este lamento vario
Como la esencia pura
Que a su Criador ofrece la natura.

Y este clamor del suelo,
Que se alza por doquiera,
Este himno universal, tomando vuelo,
Sube de sol en sol, de cielo en cielo,
Y de una en otra esfera
Llega al trono de luz do Dios impera.

Tus genios o tus fadas,
¡Oh! dime dónde habitan,
Hermoso Choroní. ¿Son sus moradas
Tus flotantes y verdes enramadas
Que nunca se marchitan,
O en tu onda sobrenadan y se agitan?

¿Habitan de las peñas
Los antros tenebrosos,
O vagan en tus márgenes risueñas?
¿Se bañan en las aguas que despeñas,
O danzan tumultuosos
Bajo tus frescos árboles frondosos?

¿En rápida barquilla
De nácar reluciente,
Con mástil de oro y con dorada quilla,
No van surcando tu frondosa orilla,
O en brazos del ambiente
No se dejan llevar de tu corriente?

¡Feliz, feliz quien mira
Tus márgenes serenas,
Y con tu paz fantástica delira;
Quien mezcla los acordes de su lira
Al ruido con que suenas
Cuando arrastras tus límpidas arenas!

Pacífico, contento,
Perdido en tus riberas,
Mi discordante voz soltaré al viento;
Y libre allí del cortesano aliento,
Tus linfas pasajeras
Serán mi amor, mi mundo y mis quimeras.

Me servirán de alfombra
Las hojas que derrama
El árbol colosal bajo su sombra;
De templo, ese infinito que me asombra:
Y la menuda grama,
De mullido cojín o blanda cama,

Prepararé gozoso
Mi caña y mis cordeles,
Y bajaré a tu margen delicioso;
Será mi alcázar tu javillo umbroso,
Sus ramas mis doseles,
Y tu rústica orilla mis verjeles.

El dulce pajarillo
Reposará su vuelo
Bajo la espesa rama del javillo;

En tanto que el plateado pececillo,
Incauto y sin recelo,
Vendrá él mismo a prenderse en el anzuelo.

Con paso acelerado
Acaso me encamine
A tu orilla gentil; allí sentado
El libro celestial leeré arrobado
Del tierno Lamartine,
Su canto oyendo hasta que el sol decline.

Así la dulce vida
Pacífica y ligera,
Bajo tu sombra pasará escondida;
No entre el placer que brinda fementida
La corte lisonjera,
Para acabar más presto mi carrera;

Como la frágil rosa
Cortada en los jardines
Para adornar la frente de una hermosa,
Que entre música blanda y sonorosa,
Damascos y cojines,
Perece antes de tiempo en los festines.

CANTO FÚNEBRE

CONSAGRADO A LA MEMORIA DE LA SEÑORA
DOÑA LUISA ANTONIA SOSA DE MATTÍN

FRAGMENTOS

IX

¡Cuán sola y olvidada,
Cuán triste está la huerta
Hace poco por ella cultivada!
Su lánguida corola
Tiene la flor apenas entreabierta,
Y al ver los tallos secos e inclinados,
Esta vegetación ambigua, incierta;
Al ver tanto abandono,
Las hierbas devorando los sembrados,
Sin humedad la tierra, sin abono,
Dijérase que siente
Esta familia huérfana su suerte;
Que lleva un negro luto
Sobre su frente pálida prendido;
Que espera ya la muerte,
O que llorando está lo que ha perdido.
A vista de este cuadro
Tan vivo, de tristura
Siento que el corazón se me destroza.
Me lanzo a la ventura
Por entre el laberinto

Del follaje en desmayo y sin frescura;
Maltrato, con el pie, de aquel recinto
La inútil hermosura.
Cual máquina ambulante,
Sin senda, sin camino conocido,
Las manos extendidas, delirante,
Buscan mis brazos algo que he perdido.
Estrecho con amor cada sembrado,
Corro del uno al otro
Con paso desigual, precipitado;
Me cubro el rostro ardiente con las ramas,
Las llevo al pecho, de llorar cansado;
Sobre ellas deposito
Mi beso convulsivo y prolongado,
Y al muro, y a las piedras,
A las hojas, al tronco endurecido,
A tanto objeto caro, inanimado,
De mi dolor prestándole el sentido,
Paréceme escuchar que me responden,
Que sale de su seno hondo un gemido,
Que el aire puebla un alarido ronco.
Y en cada tierna flor que encuentro al paso,
En cada arbusto, en cada negro tronco
Que a la presión nerviosa de mi abrazo
Convulso y animado,
Con fuerte oscilación tiembla y se agita,
Pienso sentir el golpe acelerado
De un corazón amigo que palpita.

X

Aquí en este rincón pimpolla y sale
Una tierna y gentil adormidera
Que ayer no más sembraste;
Planta huérfana y frágil que dejaste
Aun antes que naciera.
Sobre la blanda tierra
Por ti recientemente removida,
Fresca, visible, clara,
De tus dedos la huella está esculpida.
¿Quién hubiera pensado
Que antes que esta semilla retoñara,
Tu vida en un suspiro,
En un quejido leve terminara;
Que no vieran tus ojos
Brotar este pimpollo
Que no esperaba más que una hora, un día,
Para romper el germen
Que su vida en prisiones contenía,
La vida que, sin ti, sin tus cuidados,
No tuviera tal vez? ¡Oh! encierra, encierra,
Planta inútil, tardía,
Tu vástago otra vez bajo de tierra:
La que buscas aquí ya es sombra fría.
¡Retoño! llegas tarde,
No encuentras quien te riegue,
Quien se afane por ti, ni quien te guarde.
En vano, pobre arbusto,
El aire buscas, la humedad, el día,
La noche fresca y la apacible luna;
Perdiste ya en tu cuna

La que daba a este sitio su alegría;
Y esta pequeña y limitada huerta
Que pudo ser tu asilo de ventura,
Será una soledad triste y desierta,
Tu pobre y tu callada sepultura.

XI

Mas ¡ay! no morirás. Sobre tu tallo
Inclinada mi frente de contino,
Vigilaré incansable, sin desmayo,
Con empeño incesante, tu destino.
Yo ampararé tu juventud lozana;
En ti clavados mis atentos ojos,
La maleza, la espina, los abrojos,
Apartaré de ti tarde y mañana.
Y cuando tus verdores,
Cuando tu pompa y majestad temprana
Debas a mis cuidados protectores,
Cuando florida estés, tus verdes ramos
A su callada tumba
De ofrenda servirán, y al colocarlos
Sobre su sepultura solitaria,
Postrado, enternecido,
Su sombra evocaré con un gemido,
Un llanto de dolor y una plegaria.

XII

Yo salgo tristemente
Por los sitios más solos y apartados
Llevando mi dolor, mustia la frente,
Y los ojos de lágrimas preñados.

De pronto en mi camino,
Debajo de la sombra de una rama,
Debajo de un espino,
Algún mendigo encuentro
De los que tantas veces socorría
La que fué de los tristes el consuelo,
La que mis ojos lloran noche y día.
Su brazo tembloroso
Me tiende el pobre anciano desvalido.
Recuerdo cuántas veces
Fué por ella en sus penas socorrido;
Y el pobre que ella amaba,
El mísero mendigo,
Que en su bondad hallaba
Favor, consuelo, protección y abrigo,
No es para mí un extraño,
Es un fiel compañero, es un amigo.
Con alma enternecida
Adonde está me acerco, y en su mano,
Por el hambre y la edad desfallecida,
Mi socorro al poner, le digo: « Anciano,
Esta limosna es otro quien la envía;
No te la doy por mí, quien la da es ELLA,
Esta virtud seráfica no es mía;
Esta era una virtud de su alma bella.
Por su eterna salud ruega, mendigo;
Que Dios tus oraciones
Escuchará con corazón amigo. »
Entonces un torrente
Se escapa de sus ojos
Cual manantial de gratitud ardiente;

Y cuando de llorar están ya rojos,
Me alejo lentamente,
Llevando, consolado,
En mi ulcerado pecho el santo gozo
De aquella gratitud que ella ha inspirado,
De aquel puro y simpático sollozo.

XIII

Lloroso, pensativo,
Mis largas horas paso
A la margen sentado de este río.
Aquí todo contrasta
Con mi pesar sombrío:
En esta soledad solemne y vasta
No hallo un dolor que corresponda al mío.
Las hojas resplandecen
Cargadas con las gotas de rocío;
En la vecina altura,
En la lejana cumbre,
Vestida de matices y verdura,
Ostenta el sol magnífica su lumbre,
Mientras que yo devoro
En triste soledad mi pesadumbre.
¿Tan poco así te mueve
¡Oh pintoresco Choroní! mi pena?
Tu soledad amiga,
¿Por qué se muestra a mi dolor ajena?
¡Yo, que en tus ilusiones me he mecido,
Que el aire de tu selva he respirado,
Que tu último rincón he preferido
A la mejor ciudad, que te he cantado!...

Los seres entre sí todos se estrechan
Con secretas y ocultas relaciones,
Se combinan, se buscan, se desechan
Entre un mar de atracción y repulsiones;
Todo es combate, lucha,
Acción y reacción en cada hora.
¡Y yo, materia viva,
Pensante, sentidora,
Que aliento y me confundo
De Dios en las eternas creaciones;
Parte de este conjunto
De afinidad, de mutuas atracciones,
En cuyo espacio giro,
En cuyo seno moro,
A cuya inmensa mole
Por lazos invisibles me incorporo,
No encuentro una señal que me revele
La acción de mis pesares
Sobre la calma eterna y majestuosa
De esta naturaleza silenciosa,
De estos quietos, pacíficos lugares!

Todo sereno está, todo reposa:
Nada un dolor denuncia ni una pena.
Bullente, estrepitoso corre el río
Sobre su lecho de brillante arena;
El matizado insecto
Con ardiente inquietud se agita y mueve;
El follaje despide su murmullo
Al soplo matinal del aire leve;
Y las aguas, los montes y los vientos,

Y el ave inquieta que saluda el día,
Levantan con apática indolencia
Su himno sin fin, su eterna melodía.

¡Concierto disonante,
Horrible, estrepitosa algarabía,
Que suena a mis oídos,
Como la befa amarga y la ironía
De la implacable y cruel naturaleza,
Para quien es lo mismo
El contento, la dicha, la alegría
De un ser que piensa o su mortal tristeza.

XIV

Clara, brillante, hermosa,
Osténtase la noche
De estrellas coronada,
Y su atmósfera limpia y silenciosa
Se carga de la esencia
De las plantas, las hierbas y las flores.
Todo es serenidad y transparencia;
Todo frescura y suaves resplandores;
Un murmullo solemne y religioso
Levanta por doquier blanda la brisa,
Y en medio del cenit la móvil luna
Su luz nos manda lánguida, indecisa.
Sólo una nube irregular, obscura,
Como la orla flotante de algún velo
Colgado de una tumba,
Surca en medio de tantas claridades,
De tanta luz, como un lunar del cielo.

Sobre mi pobre techo,
Sobre mi patio mudo y descuidado,
Sobre el jardín estrecho,
Sobre cuanto contiene mi cercado,
La nube negra, inmóvil,
Proyecta su penumbra,
En tanto que la luna despejada
Baña la tierra con su luz plateada
Y el valle todo en derredor alumbra.
A vista de esta escena,
Que me interesa más que apesadumbra,
Exclamo conmovido:

« ¡ Oh ! gracias, gracias mil, Naturaleza,
Que siquiera una vez has consentido
En vestir el crespón de mi tristeza.
No apartes esa nube
Obscura, aislada, solitaria, espesa,
De ese punto del cielo todavía.
Con soplo prematuro
No destruyas tan fúnebre armonía.
Aléjales tu brillo a mis hogares,
Ayer tumba sombría
Y hoy mansión de recuerdos y pesares. »

Paréceme que entonces
Todo en la tierra a mi dolor responde.
La luna compasiva
Sus resplandores a mi vista esconde.
De la palmera altiva
Las ramas descolgantes languidecen;

Y las espigas tiernas
Ya en confuso temor no se estremecen.
El aura, sin aliento,
En torno no retoza de las hojas
Que se inclinan en triste desaliento.
En la naciente hierba
Que la penumbra oculta,
No relucen las gotas del rocío.
Escucho a gran distancia
Entre su lecho sollozar el río;
Y el ruido quejumbroso,
Cual lánguida fatiga,
Que forma al deslizarse su onda clara,
Paréceme el adiós de un alma amiga
Que de mí para siempre se separa.

XV

Ya piso el cementerio
Augusto, majestuoso,
Con su solemnidad y su misterio.
Estoy en la morada de la muerte,
Donde el pequeño, el grande, el flaco, el fuerte,
Sin distinción sucumben
Bajo un destino igual, bajo igual suerte.
¡Mirad a lo que quedan reducidas
Las míseras pasiones,
El altanero orgullo,
Las vanas ilusiones,
De la lisonja el mundanal murmullo,
Tanta esperanza y tantas ambiciones!
En este polvo encallan

La astucia, las ficciones y el amaño;
Aquí hay sinceridad en los afectos,
Llanto puro, verdad y desengaño.
¿Cómo contar el mar de tibias gotas
Que sobre estos despojos se ha vertido,
Que estas humildes cruces ha mojado,
Que en estas inscripciones ha corrido,
Que esta hierba naciente ha salpicado,
Que el polvo de estas tumbas ha embebido;
Lágrimas de una madre desolada,
La compasión, la oculta analogía,
La ardiente gratitud celeste y pura,
El afecto, el amor, la simpatía?
¡Ah! Si se recogiese en una hora,
En un instante dado,
Esa lluvia de gotas encendidas,
Ese raudal de lágrimas vertidas
Que esos tristes despojos ha empapado,
Pudiérase formar una honda charca,
Mar salido del mar de nuestros ojos,
Que sepultase en sus ardientes olas
Cuanto este sitio funeral abarca,
Inscripciones, osario, hierba, abrojos,
Túmulo, cruces, tumbas y despojos.

XVI

¡Sombra de la que amé! Solo y perdido
Quedo en la tierra. Tímido, cansado,
Un rumbo seguiré no conocido,
A la merced del vendaval airado,
Tal vez por las borrascas combatido,

Acaso por los hombres olvidado.
El mundo es todo para mí un desierto.
De mi existencia usada
El proceloso mar surcaré incierto,
Cual nave destrozada
Que lanza el huracán lejos del puerto.
No sé cuál es la suerte que me guarda
Obscuro el porvenir; mas imitando
Tu ejemplo santo y raro,
Siguiendo tus virtudes una a una,
Inspirado por ti, bajo tu amparo,
Contrastaré el rigor de la fortuna;
Me haré mejor, pensando
En la existencia pura y bendecida
Que junto a mí pasaste, y de esta suerte,
Si debí mis contentos a tu vida,
Deberé mis virtudes a tu muerte.

XVII

Adiós, adiós. Que el viento de la noche,
De frescura y de olores impregnado,
Sobre tu blanco túmulo de piedra
Deje, al pasar, su beso perfumado;
Que te aromen las flores que aquí dejo;
Que tu cama de tierra halles liviana.
Sombra querida y santa, yo me alejo;
Descansa en paz... Yo volveré mañana.

ABIGAIL LOZANO

(Venezolano — 1821 - 1866)

A LA NOCHE

El Ángel de la tarde en la pradera
Con un beso de paz durmió las flores,
Y del bosque los dulces trovadores
Le entonaron su cántiga postrera.

Huyó la luz.. Las sílfides nocturnas
Rápidas cruzan el dormido viento,
Y vierten sobre el mundo soñoliento
El opio blando de sus negras urnas.

Huyó la luz... Sobre sus blancas huellas
El Ángel de la noche se adelanta,
Y sobre el éter diáfano levanta
Su toldo azul de pálidas estrellas.

El mar, la fuente, el pájaro salvaje,
La blanda brisa, el ronco torbellino,
Cuando empiezas ¡oh noche! tu camino,
A su modo te rinden homenaje.

No es por guardar el sueño de la tierra,
Que se apaga el bullicio entre la sombra;
Es porque envuelto en su gigante alfombra,
Desciende el Dios que su misterio encierra.

Y esa inefable paz que nos regala
La inercia nocturnal de los sentidos;
Ese coro de mágicos sonidos
Que en la callada atmósfera resbala;

Son un dón celestial, un dón querido,
Que encontramos los hombres en la cuna
Para endulzar las horas sin fortuna
Que atosigan el pecho dolorido.

Entonces en el cáliz de los lirios
Las almas de las vírgenes se mecen,
Y aspirando su aroma, se adormecen
En celestes y púdicos delirios.

Tal vez en sus ensueños vaporosos
El recuerdo del mundo las despierta,
Y oyen un Ángel que les dice: «¡Alerta!»
Y vuelven a sus nichos misteriosos.

Esas gotas de límpido rocío
Que ornan del valle el manto de esmeralda,
Lágrimas son que derramó en su falda
Un espíritu errante en el vacío.

Tal vez al levantarse en el Oriente
El alba de su lecho de jazmines
Alumbra de sus blancos serafines
La fugitiva nube transparente.

Tal vez murmura entre la brisa mansa
El eco de las arpas celestiales,
Cuando el bando de genios inmortales
A su mansión beatífica se avanza.

Yo sé tan sólo ¡oh noche! que es tu imperio
La soledad augusta y religiosa;
Que eres la virgen pura y misteriosa
Que llora de la luz el cautiverio.

Yo sé que los quejidos que derrama
La vieja ceiba al despedir sus hojas,
El eco errante son de tus congojas
Que resbala fugaz de rama en rama.

Y sé también que el pájaro salvaje,
La fresca brisa, el ronco torbellino,
Cuando emprendes tu lóbrego camino,
A su modo te rinden homenaje.

Mas yo el arpa tomé... Tal vez mi canto
Interrumpió tu majestuosa calma...
Noche... ¡perdón! si en su delirio el alma
Profanó tu silencio augusto y santo.

FERMÍN DEL TORO

Venezolano (1807-1875)

A LA NINFA DEL ANAUCO

¡Todo cede a la que mora
En palacio de cristal,
Y perlas ciñe y coral
A su frente seductora!

¡Cedan sus grutas, sus prados
Las celebradas ondinas,
Que en las aguas cristalinas
Mojan los pies nacarados!

¡Del canto el divino coro
Suspended, sílfides bellas,
Que a la luz de las estrellas
Concertáis las arpas de oro!

¡Depón el arco y la vira,
Imagen que el alma adora,
Cuando el pecho se acalora
De un amante que delira!

¡Las que priváis en Oriente,
Odaliscas y sultanas,
Las deidades musulmanas,
Inclinad todas la frente!

Que la ninfa se divisa
Por la luz de negros ojos,
Y el fuego de labios rojos,
Y el dardo de dulce risa.

Ella vence al ramillete
En gentileza y finura,
Cuando mide su cintura
Con su estrecho brazalete.

Ni hay flores en un jardín
Que perfumen tanto el viento,
Pues le da más dulce aliento
Que el azahar y el jazmín.

Y si prendida la falda,
El pie en la hierba humedece,
Un blanco lirio parece
En un vaso de esmeralda.

De negros rizos cubierta
Se duerme en lecho de rosas,
Y las deja más hermosas
Cuando el amor la despierta.

Es como el cielo inconstante,
Como el aura caprichosa,
Altiva como una diosa,
Hechicera como amante.

Temo, temo que mi culto
Apasionado la ofenda:
Por eso, humilde mi ofrenda
Entre las flores oculto.

Con pluma de un colibrí
Y la tinta de un zafiro,
Calentándola un suspiro,
En una rosa escribí:

Te adoro y te he de adorar:
Mi pecho amor te tributa;
Será mi pecho tu gruta,
Y tus pies serán mi altar.

———

RAFAEL M. BARALT

(Venezolano — 1810-1860)

A UNA FLOR MARCHITA

Hija de la mañana,
¿Por qué abatida la graciosa frente
No ha mucho tan ufana?
¿Qué de tu honor y tu arrogancia queda?
Hoy venturosa y leda
Sobre el flexible tallo columpiada
Te saludó la aurora
En el rosado Oriente,
Cuando de su alma luz acariciada
Junto al arroyo en el verjel naciste;
Y hoy el arroyo con murmurio triste,
Al fenecer el día en Occidente,
Corre, te busca, y al mirarte llora
De tu beldad lozana
El efímero alarde y pompa vana.

Mas ¡cuántos disfrutaste y cuántos diste
Bienes preciados, en tu gloria breve!
Del sol enamorado
Los vívidos colores recibiste:

Ósculo regalado
Del céfiro sonante, cuando leve,
Tallo, ramas y pétalos movía,
Y en la húmeda corola vacilante
Al plácido murmullo se adormía:
El pardo ruiseñor con pico de oro
Tus néctares bebió: la susurrante
Solícita abejuela, dulce cuna
Y aun más dulce tesoro
De miel y aromas alcanzó en tu seno:
En tu cáliz sereno
Vertió sus rayos la argentada luna.
Sus nacaradas gotas el rocío;
Y al retratarte en su cristal el río,
Sus acentos süaves
Unió cantando a los del bosque umbrío,
Y al coro de los vientos y las aves.
¿Ni qué voz generosa a tus loores
El tributo negó? Con noble verso
Vistiendo tus colores,
Tu gloria al universo
Dijo la lira; y la campestre avena
Con dulce cantilena
En el valle y la vega a los pastores.

En el sublime alcázar peregrino
De mármoles labrado;
En la ramosa gruta; en la cabaña
De informes troncos de silvestre pino;
En el cercado huerto; en la montaña,
Perfume regalado,

Inefable dulzura, encanto y vida,
Con mano igual profusa derramaste:
Allí donde brillaste
Resplandeció la tierra ennoblecida;
Los tendidos desiertos se animaron;
Menos horrible pareció el abismo;
Y ante el sepulcro mismo,
Los ojos que miraron tu hermosura
Menos acerbas lágrimas lloraron,
Y con menos terror la muerte dura
Y sus tristes despojos contemplaron.

Luego, del tallo paternal tronchada,
Pobre huérfana errante
¿Qué fué de ti, lanzada
De la vida del hombre al torbellino?
¿Fué acaso tu destino
Brillar un solo instante
En el mórbido pecho de la dama,
O en su cabello undoso;
Irritar del amor la viva llama
En el amante, de tu honor celoso;
Y, el labio audaz en tu corola impreso,
Mustia tornarte al encendido beso?
¿O en las pompas del templo sacrosanto
Desfallecer en medio de esplendores,
Al grato són de religioso canto,
Mezclando tus olores
A la de incienso y mirra blanca nube
Que vagarosa del altar se eleva,
Con lenta majestad se extiende, y sube,
Y a Dios el llanto y la plegaria lleva?

¿O profanada en el festín, la frente
Adornar del impuro sibarita
Que luego, ingrato, te arrojó marchita
Al vil contacto de su sangre ardiente?

Luciste una mañana: no sin gloria:
Nacer para el amor, y en corta vida
De todos bendecida
Ser amada y amar: tal es tu historia,
Y morir como el niño que arrancado
Al seno de su madre, sube al cielo,
En ángel transformado.
Flor también es el niño que prefiere
El Edén inmortal al triste suelo.
¡Cuán amado de Dios es el que muere
En brazos del amor; puesto el oído
Al maternal acento; suspendido
Al casto pecho por el dulce labio;
Sin probar el agravio
De perfidia crüel o duro olvido!

Bella en la vida y en la muerte fuiste:
En la vida y la muerte blando aroma
Tus hojas exhalaron,
Y tus dulces alientos se mezclaron
Del aura leve al generoso aliento.
Y si nada resiste
De la dura segur al movimiento
Que alzados muros con furor desploma,
Que alzadas cimas con fragor derrumba,
Tú no pruebas sus iras:
Con lánguido desmayo en paz expiras;

Y perfumada tumba
Que el poderoso príncipe envidiara,
Más que de oro preciada y de diamante,
En su seno escondido te prepara
Sobre el fiel corazón virgen amante.

Pero no: tú no has muerto.
De misterioso impulso arrebatado,
Tu cáliz puro, de esplendor cubierto,
Aunque en tierno deliquio aprisionado,
Al labio llevo y exhalar le miro
Perfumado suspiro.
Vives, sí, vives: transparente gota
De la linfa purísima que brota
De las porosas hidrias espumante,
Sobre tus hojas con piedad vertida
Venga, y te anime, y otra vez pujante
Despierta de tu sueño, flor dormida.
Yo muerta te creí, y en flébil tono
Canté tu gloria y tu fugaz ventura
Con ronca voz y desmayado acento;
Mas si de nuevo al trono
Vuelves de la hermosura,
Voz más acorde con heroico aliento
Eleve el canto que perpetuo dura.

Así, del cielo amado,
Fragancias difundiendo expira el justo;
Vida encuentra en la muerte, y va sereno,
De espíritus angélicos cercado,
Al pie del solio augusto,
De alta esperanza en su justicia lleno.

Vivió, resplandeció, y aroma en torno
De próvida virtud llenó el ambiente:
Vestido de piedad, único adorno
Fué la virtud de su elevada frente.
Y cuando en hora malhadada, vela
Sombra de muerte su sepulcro frío,
Aureola brillante
Donde el Señor su majestad revela
Circunda su semblante.
Ruge el averno: Satanás impío
Al báratro se lanza rebramando
Seguido de su bando:
Él rodeado del divino coro
Las ígneas alas apareja al vuelo;
Rompe el aire con ímpetu sonoro,
Y, feliz vencedor, se eleva al cielo.

Mas si debes morir, flor generosa,
¡Cuán noble todavía
Eres en tu agonía!
En torno al corazón las hojas bellas,
En actitud piadosa,
Para ocultar las huellas
De la muerte se agrupan, y a porfía,
Como amigas fieles,
Tu seno cubren y sobre él expiran.
Así cuando ya miran
Marchitos sus laureles
Las semidiosas que adoró la tierra,
Vencidas en la guerra
Del crudo tiempo, que con leves alas

Marchitó su hermosura
Y en humo y polvo convirtió sus galas,
La frente ocultan donde ya no brilla
De la edad juvenil el dulce fuego;
La rugosa vejez con mano dura
Cenizas desparciendo, en la mejilla
Que la rosa envidió, su sello imprime,
Sorda de la beldad al hondo ruego.
Y en vano, en vano gime
El ídolo deshecho en solitario
Altar sin cultos al amor propicios:
Las antiguas diademas son cilicios;
Y envuelto en el sudario
De la implacable edad que le devora,
Recuerda, y pasa, y sin consuelo llora.

¡Oh dulce flor! ¡Oh reina destronada!
¿Qué te valdrá el recato?
¿Por el que antes te amó, céfiro ingrato,
Te verás de tu manto despojada
Con bárbara osadía;
Y el aura matinal, sin conocerte,
Sobre la tierra que adornaste un día,
Profanando tu muerte,
Entre escorias y abrojos
Esparcirá tus míseros despojos?
¡Si al menos retratarte
Mi rudo verso triunfador pudiera!
¡Si pudiera llevarte
De la inmortalidad a la alta esfera!
Pero mi lira en breve

Desfallecida como tú, al quebranto
Se rendirá; ni leve
Memoria acaso quedará del canto.
Pendiente del ciprés, hondo lamento
En sus cuerdas sonando dará el viento.

LA ANUNCIACIÓN

A MI AMIGO DON AURELIANO FERNÁNDEZ GUERRA Y ORBE

¿Qué nuncio divino
Desciende veloz,
Moviendo las plumas
De vario color?

L. F. DE MORATÍN.

¡Musa, al Numen implora!
La mansión del Eterno en nueva llama
Arde y brilla a deshora;
«¡Victoria!» el cielo clama,
Y el tartáreo querub horrendo brama.

En canto, di, süave,
Cómo Gabriel, en su veloz carrera,
Más que del Arca el ave,
Hiende raudo la esfera,
Nuncio de paz del que en el cielo impera.

Y en el éter flotante
Las ígneas alas desplegando vuela,
Como en la mar sonante
Nave de inflada vela,
En pos dejando nacarada estela.

Nunca vertió lucero
Más pura en la alta bóveda su lumbre;
Nunca midió agorero
Astrólogo en su cumbre
De cometa mayor la pesadumbre.

No brilla tan hermoso,
Rey del cerúleo campo tachonado,
Héspero gloriöso;
No tan bello, inflamado,
Relumbra el sol en el cenit rosado.

Y va de serafines
Cercado en torno, y de sus arpas de oro
Alados querubines
En refulgente coro
Lanzan al aire cántico sonoro.

Los espacios celestes
Leve, rápido, ardiente cruza y dora;
Mil angélicas huestes
Su marcha vencedora
Celebran desde ocaso hasta la aurora.

Mensajero divino,
Aromas, canto y luz al puro cielo
Desparce en su camino;

Y el flamígero vuelo,
Mudo el orbe de asombro, abate al suelo.

Si no vienes de guerra,
¿Del reino de la luz por qué declina
Tu marcha hacia la tierra,
Do la virtud camina
Ausente de su patria, peregrina?

Teme, arcángel radioso,
Del ángel de Sodoma la ímpia suerte;
Al cielo presuroso
Los pasos ¡ay! convierte,
Y deja al hombre en brazos de la muerte.

Mas no; que va guiado
Por el que en noche obscura rige el freno
Del rayo desatado,
Cuando al fragor del trueno
Tiembla de Atlante el cavernoso seno.

Ni en su diestra la espada,
De Adán azote en la mansión serena,
Resplandece irritada:
Luce, de mancha ajena,
En la siniestra, cándida azucena.

Y entre vivos fulgores
Que de zafiro y púrpura y topacio
Multiplican colores
Y embalsaman espacio,
En pobre estancia, para Dios palacio,

El paraninfo hermoso
Inclinándose a ti, dulce María,
Prorrumpe armonïoso
En canto que decía,
Igual al de tu voz en melodía:

« ¡ Salve! de mancha pura,
De gracia llena y del SEÑOR amada;
Bendita criatura,
En la tierra apartada
Para ser de JESÚS Madre adorada ».

Dijo; y los altos montes,
Las selvas y los antros repitieron
Su voz; los horizontes
En dulce llama ardieron;
Los demonios en ira se encendieron.

Las empíreas regiones
Flores envían; ondeante nube
De argentados vellones
Hierve, se esparce, sube,
Y púdico cendal viste al querube;

Y las auras rompiendo
Voz que a los hombres redención augura,
Doquier va repitiendo:
« ¡ Gloria a Dios en la altura;
Paz en la tierra a la conciencia pura! »

¡ Virgen que coronada
De estrellas, junto a Dios reinas dichosa,
Sobre soles sentada;

Medianera piadosa,
Que su cólera aplacas temerosa!

¡Tú, que del monstruo horrendo
Vencedora inmortal, con firme planta,
El dardo reblandiendo
Oprimes la garganta!
¡De la tierra deidad que el cielo canta!

Al nuncio te postraste
Absorta y muda sobre el suelo frío,
Y, purpúrea, exclamaste
En arrebato pío:
«¡Cúmplase en mí tu voluntad, Dios mío!»

Y no tan pronto ofrece
Salida el labio a tu divino acento,
Cuando el fulgor acrece
Y da su blando aliento
La mística paloma al vago viento.

Y llega ya y suspende
Las albas plumas sobre ti amorosa,
Y tal volcán desprende
Sobre la casta esposa
De fecundante llama generosa,

Que con la faz velada
Los ángeles se inclinan reverentes,
Y al ver la unión sagrada,
Que es salud de las gentes,
Baten al polvo las radiosas frentes.

Así por siempre unida
Quedó la tierra al cielo, y cesó el llanto
En que vivió sumida.
Forma el iris, en tanto,
En arco inmenso una diadema al SANTO.

Borre el hombre, infamante,
De la primera culpa el fallo escrito
En su frente arrogante:
Más que el de su delito
El raudal del perdón es infinito,

Del Numen poderoso
Que no cabe en el tiempo ni en el mundo,
Y se encarna piadoso
En el seno fecundo
De casta Virgen con amor profundo.

Venciste ¡oh Dios! venciste:
Por frágil mano de mujer, victoria
De Luzbel obtuviste.
¡Cielo y tierra en memoria
Himnos te canten de alabanza y gloria!

Nunca mejor corona
Ciñó a una sien la musa que descuella
En profano Helicona,
Que la que adorna bella
Su majestad de Madre y de Doncella.

¡Madre de la esperanza!
Pura estrella del mar, que en blando giro
Anuncias la bonanza!
Yo, náufrago, te miro,
Y envuelto va tu nombre en mi suspiro.

A CRISTÓBAL COLÓN

AL SEÑOR DON DOMINGO DEL MONTE

Venient annis saecula seris,
Quibus Oceanus vincula rerum
Laxet et ingens pateat tellus
Thetisque novos detegat orbes
Nec sit terris ultima Thule.

(SÉNECA, *Medea*).

Tu frágil carabela
Sobre las aguas con tremante quilla,
Desplegada la vela,
¿Dó se lanza, llevando de Castilla
La venerada enseña sin mancilla?

Y abriéndose camino
Del no surcado mar por la onda brava,
¿Por qué ciega y sin tino,
Del pérfido elemento vil esclava,
La prora inclina a donde el sol acaba?

¿No ves cómo a la nave
Desconocidos vientos mueven guerra?
¿Cómo, medrosa el ave,
Con triste augurio que su vuelo encierra,
Al nido torna de la dulce tierra?

La aguja salvadora,
Que el rumbo enseña y que a la costa guía,
¿No ves cómo a deshora

Del Norte amigo y firme se desvía,
Y a Dios y a la ventura el leño fía?

¿Y el piélago elevado
No ves al Ecuador, y cuál parece
Oponerse irritado
A la ardua empresa; y cuál su furia crece;
Y el sol cómo entre nublos se obscurece?

¡Ay! que ya el aire inflama
De alígeras centellas lluvia ardiente:
¡Ay! que el abismo brama,
Y el trueno zumba; y el bajel tremente
Cruje, y restalla, y sucumbir se siente.

Acude, que ya toca
Sin lonas y sin jarcia el frágil leño
En la cercana roca;
Mira el encono y el adusto ceño
De la chusma sin fe contra tu empeño:

¡Y cuál su vocería
Al cielo suena; y cómo, en miedo y saña
Creciendo, y agonía,
Con tumulto y terror la tierra extraña
Pide que dejes por volver a España!

¡Ay triste! que arrastrado
De pérfida esperanza, al indo suelo,
Remoto y olvidado,
Quieres llevar flamígero tu vuelo!
¿No ves contrario el mar, el hombre, el cielo?

La perla reluciente
Y el oro del Japón buscas en vano;
En vano a Mangi ardiente;
Ni de las hondas aguas de Oceano
Jamás verás patente el grande arcano.

¡Vuelve presto la prora
Al de Hesperia feliz, seguro puerto,
Donde del nauta llora,
Juzgándole quizá cadáver yerto,
La inconsolable madre el hado incierto!

Engañosa sirena
Vanamente el error cante en su lira:
¡Colón! clava la entena;
Corre, vuela; no atrás, avante mira;
Al remo no des paz; no temas ira.

Y aunque fiero, atronado,
Ruja el mar, clame el hombre y brame el viento
En furia desatado,
Resista el corazón, y al rudo acento
De tus pinos aviva el movimiento.

Por la fe conducido,
Puesta la tierra en estupor profundo,
De frágil tabla asido,
Tras largo afán y esfuerzo sin segundo
Así das gloria a Dios y a España un mundo.

¡Oh noble, oh claro día
De ínclita hazaña y la mayor victoria
De la humana osadía,

En fama excelso, sin igual en gloria,
Eterno de la gente en la memoria!

Él la tostada arena
Te vió, sabio ligur, mojar en llanto,
De asombro el alma llena,
Y en voz de amor y de alabanza en canto
Entonar de David el himno santo;

De Cristo el alto nombre
Aclamar triunfador entre la gente
Y un culto dar al hombre
Desde el gélido mar y rojo Oriente
Al confín apartado de Occidente;

Y la sacra bandera
Que nuevo Dios y nuevo rey pregona,
Al viento dar ligera
Del astro de los Incas en la zona,
Astro luego de Iberia y su corona.

La veleidosa plebe,
Humillada a tus pies, en plauso ahora
Al cielo el grito mueve;
Y el que del sol en las regiones mora
Ángel te llama y como Dios te adora.

¡Qué humana fantasía
Dirá tu pasmo, y cuánto el pecho encierra
De orgullo y de alegría!
Trocada en dulce paz, ve aquí la guerra;
Cual divina visión, allí la tierra.

No el que buscas ansioso,
Mundo perdido en tártaras regiones;
Mundo nuevo, coloso
De los mundos, sin par en perfecciones,
De innumerables climas y naciones,

De ambos polos vecino,
Entre cien mares que a su pie quebranta
El Ande peregrino,
Cuando hasta el cielo con soberbia planta
Entre nubes y rayos se levanta.

Allí, raudo, espumoso,
Rey de los otros ríos, se arrebata
Marañón caudaloso
Con crespas ondas de luciente plata,
Y en el seno de Atlante se dilata.

De la altiva palmera
En la gallarda copa dulce espira
Perenne primavera;
Y el cóndor gigantesco fijo mira
Al almo sol, y entre sus fuegos gira.

Allí fieros volcanes;
Émulo al ancho mar lago sonoro;
Tormentas, huracanes;
Son árboles y piedras un tesoro,
Los montes plata y las arenas oro.

¿Qué tardas? ¡Lleva a Europa
De tamaño portento alta presea!
Hiera céfiro en popa,

O rudo vendaval, que pronto sea,
Y absorto el orbe tu victoria vea.

El piélago sonante
Abrirá sus abismos: sorda al ruego
La nube fulminante
Su terrífica voz lanzará luego,
Y tinieblas, y horror, y lluvia, y fuego.

Y del mar al bramido
Unirá contra ti la envidia artera
Su ronco horrible aullido.
¡Piloto sin ventura! ¿A qué ribera
Llegará tu bajel en su carrera?

¿Qué será de tu gloria?
Tu nombre, entre las gentes difamado,
¿Morirá sin memoria?
¿O tal vez de las ondas libertado
Por tu empresa un rival será premiado?

Todo será: el delirio
De pérfido anhelar que vence, y llora;
Gozo, gloria, martirio;
Cadena vil y palma triunfadora;
Cuanto el hombre aborrece y cuanto adora.

Mas ¿qué a tu fe del viento,
Del rayo y la traición crudos azares?
¡Levanta el pensamiento,
Elegido de Dios; hiende los mares,
Y con nombre inmortal pisa tus lares!

No Argos más gloriosa
Llevó a Tesalia el áureo vellocino
De Colcos la famosa,
Ni, de Palas guiada, en el Euxino
Con esfuerzo mayor se abrió camino.

De gente alborozada
Hierve ondeando el puerto, el monte, el llano,
Cual en tierra labrada
Mece la blonda espiga en el verano
Con rudo soplo cálido solano.

Y de ella sale un grito
De asombro y de placer que al mar trasciende
Con ímpetu inaudito:
¡Colón! exclama, y los espacios hiende,
Al polo alcanza, hasta el empíreo asciende.

Del incógnito clima,
¡Oh Rey de Lusitania! los portentos
Y la mies áurea opima,
Llorando el corazón duros tormentos,
Airados ven tus ojos, y avarientos.

De ti y de tus iguales,
El anglo poderoso, el galo fuerte,
A las plantas reales
¿Un mundo no ofreció, y excelsa suerte,
Del tiempo vencedora y de la muerte?

Si de Enrique tuvieras
El ánimo preclaro, ajena hazaña
En mal hora no vieras,

Ni el mar inmenso que la tierra baña
Hacer de entrambos mundos una España.

Ni a Iberia agradecida,
Del aurífero Tajo hasta Barcino,
Ofrenda merecida
De incienso y flores, cual a ser divino,
Rendirle fiel en el triunfal camino.

Su esfuerzo sobrehumano
Tus joyas, Isabel, trocó en imperios;
Por él ya el orbe ufano
Saluda tu estandarte, y son hesperios
Del uno al otro mar los hemisferios.

¡Fernando! ¿Qué corona
Al huésped de la Rábida guardada
Sus hechos galardona?
¿Bastará tu corona, que empeñada
Con todo su poder se vió en Granada?

Dilo tú, que en el templo
Vagas inulta en medio a los despojos
¡Oh sombra de alto ejemplo,
En cuya mano y sien miran los ojos
Grillos por cetro, y por corona abrojos!

Mas no a la gran Castilla
El rostro vuelvas, ni a Isabel, ceñudo;
No es suya la mancilla;
Que a ti fué abrigo cuando más desnudo:
Al indio madre; al africano escudo.

Y unirá su alta gloria
A tu gloria la tierra agradecida
Con perpetua memoria,
Cuando en el indio suelo, al fin rendida,
Vigor nuevo recobre y nueva vida.

Que Dios un vasto mundo,
Cual de todos compuesto, no formara
Sin designio profundo;
Ni allí de sus tesoros muestra rara
En cielo y tierra y aguas derramara.

Tu alada fantasía,
Al contemplarlo, en el Edén primero
Volando se creía;
Y Edén será en el tiempo venidero,
De la cansada humanidad postrero,

Donde busquen asilo
Hombres y leyes, sociedad y culto,
Cuando otra vez al filo
Pasen de la barbarie, en el tumulto
De un pueblo vengador con fiero insulto.

¡Ay de ellas, las comarcas
Viejas en el delito y la mentira;
De pueblos, de monarcas;
Cuando el Señor, que torvo ya las mira,
Descoja el rayo y se desate en ira!

Por las tendidas mares
Entonces vagarán, puerto y abrigo,
Paz clamando, y altares;

Y después de las culpas y el castigo
Nuevo mundo hallarán cordial y amigo:

¡Colón! El mundo hermoso
Que de su seno a las hinchadas olas
Arrancaste animoso,
Coronando de eternas aureolas
Las invencibles armas españolas.

Así de polo a polo
Resuena el canto: extiende tu renombre
Por los cielos Apolo;
Y, emblema de virtud y gloria al hombre,
De una edad a otra edad lleva tu nombre.

CECILIO ACOSTA

Venezolano — 1819 - 1881

LA CASITA BLANCA

EN UN ÁLBUM

¡Luzcan tus tardes de zafir y grana;
Rosal disfrutes de tu mano injerto;
Goces, en medio a perfumado huerto,
Las auras frescas de gentil mañana!

¡No insomnios turben tu tranquilo sueño;
No sombra empañe tus ensueños de oro,
De esos que suben hasta el almo coro,
O infiltran en la sien dulce beleño!

¡Palomas bajen a picar tu suelo,
Que al lado esté de tu casita blanca,
Y a poco veas que su vuelo arranca
La turba inquieta hacia el azul del cielo!

¡Mires cual sitio de encantada Ninfa
Tersa laguna cual a veces vemos,
Y ánsares níveos de pintados remos
Cortando lentos la argentada linfa!

¡Haya no lejos alfombrada loma,
Que se alce apenas a la tierra llana,
Y allí subas a ver cada mañana
Si el alba ríe, o cuándo el sol asoma!

¡Haya manto de verde y de rocío
En el momento que los campos dora
La pura luz de la rosada aurora;
Y en calle de naranjos que va al río,

Y se abre al pie de la felpuda falda,
Césped encuentres para muelle alfombra,
Follaje rico para fresca sombra;
Y fruta en que el color es de oro y gualda!

¡A un lado esté la vega; el campo raso;
Los ya formados sulcos por la reja;
El último que traza y detrás deja
La tarda yunta en perezoso paso;

Y montado en el sauce culminante
El canario gentil ser rey presuma,
Y, ajustando la de oro regia pluma,
A vista de su imperio gloria cante!

¡La partida de caza vocinglera
La quinta deje al despuntar el día;
Ágil salga y festiva la jauría,
Atraviese del valle a la ladera,

Recorra sin ser vista la cañada,
Y tras de trasmontar los altos cerros,
Saltando observes los pintados perros,
Entre alegres ladridos, la quebrada;

Y después de subir agrio repecho,
De la cima en los altos miradores,
Divisen los cansados cazadores
Alzarse el humo del pajizo techo!

¡Al terminar el día, el afán duro
Del campo cese, que el vigor enerva;
Llegue buscando la feliz caterva
Descanso en el hogar libre y seguro!

¡La parda luz de la tranquila tarde
Apague de la noche al fin el velo;
A poco luzca en el remoto cielo
De las estrellas el vistoso alarde!

¡Y mientra el aura entre las hojas suena,
Haya para el placer bebida helada,
En barros de primor blanca cuajada,
Y en medio a bromas mil rústica cena!

¡Cerca esté del cortijo la vacada
Que a las veces se sienta estar bramando,
Y al tiempo del ordeño, en eco blando,
Se queje la paloma en la hondonada!

¡Venga en *totuma* con su pie de plata
La blanca leche a rebosar la artesa,
Que el aire luego con su soplo espesa,
Temblar haciendo la movible nata!

¡Que el ave matinal tus pasos siga,
Vuele confiada a tu graciosa mano,
Y allí pique atrevida el rubio grano
Que tú propia tomaste de la espiga!

¡Que tengas frutas que en sazón maduren,
Y vayas con tu cesta a recogerlas;
Que tengas fueñtes que salpiquen perlas;
Que tengas auras que al pasar murmuren!

¡Murmuren cantos bellos, celestiales,
Que sirvan a borrar fieras congojas,
De esos que forman al temblar las hojas,
O el arroyo al mover de sus cristales!

¡Ante el altar que en sacras llamas arde,
Por ti tu madre su oración eleve,
Que grato Dios hasta su trono lleve;
Y Él mismo en urna misteriosa guarde!

¡No la mía separes de tu historia;
No mis deseos más te sean ignotos;
Ni olvides nunca mis fervientes votos,
Ni me apartes jamás de tu memoria!

LA GOTA DE ROCÍO

POESÍA DEDICADA A MI DISTINGUIDO AMIGO Y SABIO COLEGA
DON MIGUEL ANTONIO CARO

«No hay brillo como el mío»,
Dijo ufana la gota de rocío,
Al verse aclamar bella
En medio al campo en que el ornato es ella;

« Ni quien cual yo, galana,
Sea orgullo y primor de la mañana.
En globo pequeñuelo,
Sobre hoja que ya dora
La prima luz de la rosada aurora,
Soy breve suma del fulgor del cielo,
Que, en vastos horizontes,
Se ve en valles lucir, y se ve en montes;
Y soy también, para mayor decoro
De mi almo origen y mi cuna de oro,
Delicado vapor que en ondas sube,
Llega tal vez a la flotante nube,
Tal vez instable de la altura baja,
Y en el aire suspenso en perla cuaja.
Bordo a veces las flores,
Para de ellas beberme los colores.
Y en formas mil distintas,
Cada cual de por sí fijable apena
En el mudar de la movible escena,
Del iris tomo las variadas tintas.
El aura me regala
Con los aromas que el verjel exhala,
Y, por verme temblar, con ala leve
Jugando me conmueve.
Yo nazco con el día,
Tengo palacio en la arboleda umbría,
Y en aguas bellas de matiz cambiante,
Ya semejo al cristal, y ya al diamante. »
Así la gota en su discurso ciego,
A tiempo que de ráfaga impelida,
De la hoja desprendida,
Llegó a caer y disiparse luego.

Tal vi una vez en mi jardín acaso;
Y prueba así este caso
Que el mundano esplendor es de un momento,
La vida nada, y el orgullo viento.

EL VESPERO

A MI SOBRINA LA SEÑORITA SOLEDAD ACOSTA ORTIZ, EN SU ÁLBUM

En flamígero carro
Que en ejes lude en que restalla el fuego,
Y con vivo esplendor al orbe inunda,
Baja cual rey el sol, y cuando luego,
Entre torrentes de su luz fecunda,
El áureo curso acaba,
Aun le quedan reflejos,
Morir queriendo con real decoro,
Para lucir de lejos
Y pintar cada varia, nívea nube,
Cuya belleza así realza y sube,
Con franjas de carmín y rosas de oro;
Hasta que al acabo en el supremo instante,
Ya vestido de púrpura esplendente,
Despídese el gigante
Y en el mar se sepulta de Occidente.

No hay ya en el horizonte
El variado matiz ni el colorido
Con que dora la luz el arduo monte;
Sólo pálidas quedan blancas huellas
De un fulgor que ya es ido,
Y con silencio santo
Se extiende luégo el azulado manto,
Descubridor del mundo y las estrellas.
Este casto color que nadie nombra,
Por lo indeciso y vago,
Sino con formas de expresión distintas,
La ausencia muestra de vivaces tintas,
La lucha de la luz y de la sombra.
Baja la calma al suelo,
En lo alto reina la tranquila tarde;
Y en el azul del cielo,
Cual diamante engastado, Venus arde.

¡Oh Véspero inmortal! ¿Quién confidente
De secretos te hizo
Y amorosas querellas,
Sagrada para ti la menor de ellas?
Si acáso llama ardiente
De afecto bien sentido y mal pagado
El ambicioso corazón calcina,
Tú arrancas al dolor la aguda espina,
Derramas miel en la doliente alma,
Y con callada voz, que habla de lejos,
Envías tus consejos
Y restituyes la perdida calma.
¡Qué de veces también logré la mía

Contigo hablando!... Enfurecido el viento,
Sin velamen, sin jarcias y aun sin rumbo
La nave en medio del fragor crujía,
Yendo de tumbo en tumbo,
Y negra noche y negras brumas solas
Eran fúnebre palio de las olas
En el piélago inmenso: tal la imagen,
Tal fué el horrible temporal deshecho
Que una vez contrastó mi flébil pecho.
Y así de triste estaba,
Tanta era mi amargura,
Que alzando el ruego a la sublime altura,
Transido de dolor, por paz clamaba.
Y la hallé al fin en tu benigno influjo
Y en los suaves destellos de tu disco,
Que semeja en su luz a toda hora
La mirada de un ángel cuando adora.
Te vi tranquilo en el confín remoto,
Después de cien borrascas siempre inmoto,
Y al notar tu valor y paz serena,
Disiparse sentí mi amarga pena.
No me olvides jamás, astro divino,
Sé propicio a mi suerte;
Y cuando venga el viento airado, fuerte,
A torcer en los mares mi camino,
Sé el piloto en mi rumbo y mi destino.

JOSÉ RAMÓN YEPES

(Venezolano — 1822 - 1881)

LA RAMILLETERA

Ramilletera de estos alcores,
Siempre vendiendo llenos de cintas,
De cintas verdes, ramos de flores;
Si ya vendiendo
Te siguen siempre los ruiseñores,
No es por las flores de gayas pintas,
Sí por el seno do van las cintas.

Del huertecillo de los manzanos
Dicen que quieres, ramilletera,
Los olorosos lirios enanos;
¿Por qué los quieres,
Cuando no hay lirios como tus manos?
¡No por la fama, que es volandera,
Sí por ser lindas, ramilletera!

Tienen tal magia tus ojos pardos,
Que el Dios con venda sobre los ojos,
Entre verbenas, mirtos y nardos

Guardó su venda,
Rompió la aljaba, rompió los dardos,
Queriendo sólo que en sus enojos
Sirvan los dardos que hay en tus ojos.

Como andas siempre por los rosales
Y esas tus trenzas son hebras de oro,
Dicen no hay otras trenzas iguales,
Porque en tus trenzas,
A los suspiros primaverales,
Van ocultando como un tesoro
Las mariposas su polvo de oro.

Según repiten las zagalejas
Por las encinas de boca en boca,
Mientras dormías so las añejas
Altas encinas,
Posó en tus labios tropel de abejas,
Y, al despertarte, la turba loca
Panal del Hibla llamó tu boca.

¿Qué más? El día que en las junqueras,
Cogiendo flores, quedó tu talle
Preso entre juncos y enredaderas
Llenas de flores,
Se dijo a gritos en las praderas,
Que entre los juncos del hondo valle
No hay junco verde como tu talle.

No, pues, te engrías, dulce paloma,
Vendiendo incauta tus ramilletes:
Es que no hay flores de tanto aroma,

Como la incauta
Que baja al valle, sube a la loma,
Dejando toquen sus brazaletes,
Mientras le compran sus ramilletes.

FRANCISCO S. PARDO

Venezolano — 1820 - 1872

A MÉJICO

ODA A VÍCTOR HUGO

Why rise Heaven to set on Earth.

BYRON.

Ne faites point, de coups d'une bride rebelle,
Cabrer la Liberté qui vous porte avec elle;
Soyez de vore temps, écoutez ce qu'on dit,
Et tâchez d'être grands, car le peuple grandit.

VÍCTOR HUGO.

Hijos del Sur de América,
Hidalgos corazones,
De fúnebres crespones
Vestid la Libertad.
Sus pérfidos apóstoles
No por su culto abogan;
Que en lodo y sangre ahogan
Su excelsa majestad.

Del mejicano piélago
La ensangrentada ola
Rueda, desquicia, viola
La ley, la Religión.
Contra ese torpe escándalo
Toda alma noble y libre
Tremendo rayo vibre
De eterna maldición.

¿Do están las glorias, Méjico,
De tu brillante liza?...
Tus timbres son ceniza,
Humo tu honor triunfal;
Tus defensores ínclitos,
De libertad sagrada,
Al envainar la espada
Blandieron el puñal.

De la extranjera cuádriga
Al destrozar el yugo,
El héroe fué el verdugo,
El victo el vencedor,
Y de la turba estólida
Ante el feroz delirio,
Divinizó el martirio
Al regio usurpador.

Teñido en sangre el lábaro,
Marchitas tus coronas;
Si libre hoy te pregonas
Del déspota imperial,

Caerás, oh tierra mísera
Que el propio ser desgarras,
Entre las corvas garras
Del águila boreal.

De tu infantil República
Al erigirse el templo,
Dió a América alto ejemplo
De oprobio y de baldón.
Allí tu honor, tus títulos,
Tu nombre, tu hidalguía,
Manchó la cobardía
Con fúnebre borrón.

Ruge, Orizaba ignívomo,
Con iracundo trueno;
El humo de tu seno
Entenebrezca el sol;
¡El lóbrego patíbulo
En roja luz sepulta!
Allí a la muerte insulta
El bárbaro Ahuitzol[1].

Colima, arde flamígero;
Tu tromba ígnea levanta,
Mientras la turba canta
De Apsburgo en el panteón.
Así elevaba, el tétrico
Fulgor de inmensa pira,
De la pagana lira
Sus cántigas Nerón.

[1] Jefe mejicano. — En 1486 sacrificó 72.000 prisioneros.

¡Oh Juárez! cuando indómito
Sobre el corcel salvaje
Guiaba tu plumaje
Tu raza a combatir,
Y bajo el iris fúlgido
De la inmortal bandera,
Tu noble enseña era
Triunfar allí o morir.

Yo del laurel del Ávila
Guirnaldas te ofrecía...
¡Ay! a su trono uncía
Tu carro el invasor;
Hoy de desprecio y cólera
Siento inflamarse el alma...
Si al héroe di la palma,
Maldigo al matador.

No fué castigo al ínvido
Amago de los reyes;
Ultraje fué a las leyes
La torpe iniquidad.
¡Cuánta lección de crímenes
Ve el alma sorprendida,
Bajo tu augusta egida,
¡Oh santa Libertad!

¡Hugo! tu voz altísima,
Tu generoso acento
Se evaporó en el viento,
Como fugaz rumor;

Sólo a la noble súplica
Responde el eco « en vano »,
Y cruza el Oceano
Vibrando gemidor.

Mas no en las verdes márgenes
Do el mar Caribe truena,
Cisne inmortal del Sena,
Tu voz ha de morir:
No, que del Sur de América
La estirpe heroica, enhiesta,
Dará al crimen protesta,
Dará fe al porvenir.

Lleva, sonoro Atlántico,
Mi canto en tus espumas
A las flotantes brumas
De la opulenta Albión;
Y di al poeta olímpico
Que esta indomable raza
Los crímenes rechaza,
Si execra la opresión.

INTRODUCCIÓN

DE UN POEMA INÉDITO, A VENEZUELA

CARACAS

Venir vedrami al tuo diletto legno
E coronarme allor di quelle foglie,
Che la matera e tu mi farai degno,

DANTE. *Paradiso.*

I

¡Genios de luz de las etéreas salas!
¡Espíritus de amor y de armonía!
¡Aves canoras de encendidas galas!
Auras de abril que en la arboleda umbría
Al són del agua adormecéis las alas,
Dad vuestra tierna voz al arpa mía,
Y el nombre tuyo, en generoso verso
Irá, ciudad gentil, al universo.

II

¡Ciudad del corazón! bajo tu cielo
Aun vagan mis primeras ilusiones,
De tanto amor las lágrimas, el duelo
Y el eco de mis tímidas canciones;
Aquí la voz del paternal anhelo
Me enseñó de virtud altas lecciones,
Y aquí tu cuerpo bajo losa fría
Duerme el eterno sueño, madre mía.

III

Brisa fugaz que cuando el alba asoma
Bebes la esencia que en las rosas mana;
Azucenas silvestres que en la loma
El rocío aspiráis de la mañana,
Henchid mi corazón con el aroma
Que os brinda la floresta americana,
Y dirán mis cantares cómo brillas,
Emperatriz del mar de las Antillas!

IV

Diré cuál bajo sauces y palmares
Que entoldan el azul del firmamento,
Entre huertos de blancos azahares,
Do enamorado serpentea el viento
Y desatan las aves sus cantares,
Sobre florida alfombra alzas tu asiento,
Y del Ávila al pie la frente inclinas,
Tejiéndote guirnaldas sus colinas.

V

Diré cuál se desatan bullidores,
En trenzas mil por la campestre falda,
Tus arroyos en limpios surtidores
Rodando sobre cuencas de esmeralda,
Hasta poblar tus cármenes de flores,
Que el sol matiza de zafiro y gualda,
A donde agita entre olorosas brumas
La suelta garza sus nevadas plumas.

VI

Diré cómo en las aguas de esas fuentes
Que bajan de la cumbre susurrando
Con inquieto girar, en sus corrientes
Vivos iris de luz reverberando,
Sus tiernos picos y alas transparentes
Sumergen las palomas revolando,
Y al onda fían, de rubor ajenas,
Los talles de alabastro tus sirenas.

VII

Venid, las que a los rayos de la luna,
El cabello en flotantes espirales,
Al borde de la fuente o la laguna
Contempláis vuestra sombra en sus cristales;
Venid en mi redor; que la fortuna
Dió a mi laúd los himnos tropicales,
Que más que el agua en su corriente pura
Cantarán vuestra espléndida hermosura.

VIII

Venid las que a las danzas y alegrías
Impele el mundo y el deleite llama,
Hermosas que a la luz de las bujías
El seno dando que el placer inflama,
Al són de vaporosas armonías
El eco oís que vuestro amor reclama:
Yo os pintaré en mis cánticos de amores
El áspid escondido entre sus flores.

IX

Venid también en torno a mis canciones,
Fecundos bardos del solar nativo,
Los que buscáis indianas tradiciones
En viejos fastos de olvidado archivo:
Yo os contaré las guerras, las pasiones,
La indolencia, el amor, el ceño esquivo
De aquella raza que en la lid desecha
Quebró en sus arcos la salvaje flecha.

X

Veréis, bajo los índicos cocales
Coronados de flecos cimbradores,
Sus vírgenes sin tocas ni cendales,
Desnudos los hechizos tentadores,
Que orladas de madejas de corales,
Tendidas en columpios de colores,
Sueñan bajo sus móviles cortinas
Al eco de las gaitas campesinas.

XI

Venid, veréis sus horas cuál corrían
Entre aromas y lánguida pereza,
Las plumas que del cinto se prendían,
Las flores que adornaban su cabeza,
Las sartas y aderezos que ceñían
Al cuello y brazos de gentil pureza,
Cuando al muelle rumor de sus festines
Danzaban sobre rosas y jazmines.

XII

¡Venid! Para volar a esas edades
Fin encontrando a mi ambicioso anhelo,
Sus alas me darán las tempestades
O el cóndor de los trópicos su vuelo:
Y os diré cuál perdió sus libertades
La extinta prole y defendió su suelo,
Hasta rodar bajo el sangriento dique
De sus tribus el último cacique.

XIII

Cayeron sus penates y sus lares,
Se secaron sus ríos y sus huertos,
Cenizas son sus plácidos hogares,
Sus jardines estériles desiertos;
Que otra raza erigiendo otros altares
Sobre los huesos de los victos muertos,
Allí grabó de su poder las marcas
Con «la última razón de los monarcas».

XIV

¡Sacra ciudad! Escritas en tu escudo
De ambas razas tú guardas las memorias,
Donde se admira cuál la errante pudo
De la culta a la par lucir sus glorias;
Mas si se odiaron con instinto rudo,
Muerte y ruinas sembrando en sus victorias,
Luego en una las dos su sangre unieron
Y heroica estirpe al universo dieron.

XV

Diré cómo en tu tierra ensangrentada
Tras tanto encono y odio tan profundo,
La de Europa a la índica enlazada
Esa progenie alzó, que árbol fecundo
Al subir por tu atmósfera abrasada
Fué a obscurecer el sol del Viejo Mundo,
Por frutos dando en su vigor potente
La libertad del nuevo Continente.

XVI

¡La Libertad! planeta esplendoroso,
Iluminó tus huertos y arenales,
Y de su disco al rayo generoso
Fueron mieses y flores tus eriales;
La Ley sobre su trono luminoso
Al siervo y al señor proclama iguales,
Y hollando las vetustas tradiciones
Deja en el polvo timbres y blasones.

XVII

La Virgen de la paz en tus comarcas
Posó su vuelo, y sacudiendo leda
Los gérmenes fecundos de sus arcas,
Pobló de aves canoras tu arboleda,
Tus anchos ríos de ligeras barcas;
Y en tus nopales a eclipsar la seda
De la púrpura asiática teñida,
El fúlgido carmín brotó a la vida.

XVIII

Entonces, en tus prados florecidos,
Más dulce el aura suspiró en las fuentes:
El cisne y las palomas en sus nidos
Murmuraron arrullos más ardientes;
Perlas dieron tus mares extendidos,
Corales tus abismos transparentes,
Tus argentinos ríos un tesoro,
Tus campos lirios, tus montañas oro.

XIX

Tu sol de fuego iluminó sus ojos
Con luz estiva o resplandor sereno,
Según suspiran de placer o enojos;
Nevó tu escarcha su turgente seno,
Tu múrice encendió sus labios rojos,
Y el aire blando de perfumes lleno
Que en torno vaga a tu arboleda umbría,
Divinizó su tierna canturía.

XX

Y alarde haciendo de su canto bello
Las ninfas de la estirpe americana,
Su talle esbelto y el ebúrneo cuello,
Su nívea faz que matizó la grana,
Los sueltos rizos del sutil cabello,
El pie ligero de estatura enana,
Eclipsaron la magia y el aroma
De las huríes que soñó Mahoma.

XXI

El tórrido fulgor de tus llanuras
Prestó a tus hijos varonil aliento;
De tus tinieblas trémulas y obscuras
Se elevaron las artes y el talento;
Y luz brotando tus doctrinas puras,
Libre ya como el aire el pensamiento,
Diste al mundo tus ínclitos varones,
Y de ciencia y virtud altas lecciones.

XXII

Tú diste cuna al vencedor atleta,
Cuyo circo triunfal fué el patrio suelo,
Genio inmortal que en su ambición inquieta
Hasta el trono del sol llevó su vuelo,
Y no encontrando a su carrera meta,
Fué a arrebatar el iris hasta el cielo
Que en ígneas orlas en su fuerte brazo
Las cumbres alumbró del Chimborazo.

XXIII

¡Venid a ver el sueño del Gigante!
¡Colombia la inmortal! Sobre su tumba
Saldrá a mi voz su sombra palpitante
Del seno de la abierta catacumba,
Y oiréis los ecos del cañón tonante
Que en su áurea cuna con fragor retumba,
Arrullando triunfal la ígnea corona
Que al universo su poder pregona.

XXIV

¡Venid! Voy a narrar la excelsa historia
Del suelo patrio a la futura gente;
Los hechos dignos de inmortal memoria
De la remota edad y la presente;
Y arrojando en la trompa de la Gloria
El soplo que me anima, alta la frente,
Con fuerte voz, mas sin cobarde insulto,
Rendiré a la verdad austero culto.

XXV

Venid a oír los himnos que otros días
Alzó a la gloria mi laúd terreno,
Que Dios para cantar las armonías
Latentes, Patria, en tu fecundo seno,
Me dará sonorosas melodías
Y el ronco estruendo con que ruge el trueno...
Ya obedezco su voz, pulso la lira,
Y el hombre escuche lo que Dios me inspira.

JUAN V. CAMACHO

(Venezolano — 1829-1872)

LA CAUSA DE MI BRONQUITIS

A mi amigo don Juan Fzela.

Ando yo en abierta litis
Con la salud, ¿qué he de hacer?
¿Y tú, Juan, quieres saber
La causa de mi bronquitis?

Como cañón de arcabuz
Los pulmones tengo ya,
Y esto acabándome va
Desde la fecha a la cruz.

Dice el doctor, que bien haya,
Que debo dejar a Lima,
Y buscando mejor clima
A otras regiones me vaya.

Pero digo yo a mi vez,
¿Vale esta vida rastrera
Meterse en la Cordillera
Como en la redoma el pez?

Un instante que es la vida,
¿Merece sin horizontes
Pasarla entre níveos montes
Y entre peñas escondida?

Yo, Juan, no sé qué decir,
Pero te juro a fe mía,
Que muy feliz viviría
Si me dejaran vivir.

Busco en mi cuerpo y no encuentro
Motivo a mi desventura;
Pero otra causa hay segura
Que me carcome por dentro.

Si cierta cosa no hubiera
Que yo me sé y es muy cara,
Otro gallo me cantara
Y sin bronquitis viviera.

Pero a males sin remedio
No hay más que ponerles, Juan,
Buena cara; este refrán
De mi consuelo es el medio.

En tanto, fuerza es que exista
Diciendo entre desengaños:
«No hay mal que dure cien años,
Ni cuerpo que lo resista.»

Y cuando a fuerza de agravios
Temo que mi pecho estalle,
Me echo a pasear por la calle
Con la sonrisa en los labios.

Y al dar nariz con nariz
Me dicen hombres de ingenio:
¡Ay, quién tuviera tu genio!
¡Ay, quién fuera tan feliz!

A fe que tienen razón,
Pues en lugar de ir llorando,
Me voy riendo y destilando
Lágrimas al corazón.

Si fuéramos a llorar
Nuestros duelos y agonias,
El siglo de Jeremías
Había de resucitar.

Y si en el mundo no hay modo
De reír ni de gozar...
Si de todo hay que llorar,
Vale más reír de todo.

Inútil es que te diga
La razón de tanta litis;
¿Y extrañas que haya bronquitis,
Asma, angustias y fatiga?

Que se viva es mucha gracia,
Pues si el cuerpo se mantiene,
Para el alma nunca tiene
Medicinas la farmacia.

Feliz quien tiene la suerte
De caer en la batalla,
Y al cabo descanso halla
En los brazos de la muerte.

Pues aunque mucho lo calles,
Confesar, Juan, nos conviene
Que la muerte sólo tiene
De espantosos los detalles.

Verse con la sangre viva,
Aunque débil el aliento,
Un cristiano macilento
En su lecho panza arriba;

Y el sacerdote que auxilia
Y santo consuelo da,
Mientras desolada está
Entre angustias la familia;

Y la mesa con la droga,
Y el caústico; el vomitivo,
Que al pobre que aun está vivo
Antes que la muerte ahoga:

Esto es lo triste del caso,
Pues si nada de halagüeño
Tiene la muerte, es un sueño,
Y el sueño es un breve paso,

Que a la pobre humanidad
Deja en la materia yerta,
Y el alma en brazos despierta
De Dios en la eternidad.

¡Ah! si mi hora postrera
No fuera desesperada
Por una esposa adorada,
Por una hija hechicera,

Que en triste duelo profundo
Quedan sin pan, sin hogar,
Sufriendo en revuelto mar
Las tempestades del mundo,

¡Cuántas veces con tesón
Pidiera a Dios mi plegaria
Una tumba solitaria
En olvidado rincón!

Mas ¿qué es esto? ¿Lloras, Juan?
Hacer pucheros te veo;
Que tienes acaso creo
El alma de mazapán.

Deja, deja esos agravios
De que burla haciendo voy,
Y mírame a mí, que estoy
Con la sonrisa en los labios.

Tienes alma de perdiz,
No eres, Juan, hombre de ingenio,
¡Qué! ¿no me envidias el genio?
¿No eres, como yo, feliz?

(1860).

RECETA CONTRA EL CÓLERA

Dormir bien y a buena hora,
La frente alta, libre el pecho,
Y decir adiós al lecho
Poco después de la aurora;
Pedir perfumes a Flora
Cuando el sol el campo vela,
Andar con mucha cautela
Sin ruidos y sin disputas,
Y en capítulo de frutas
Preferir las de cazuela.

Fumar poco y con regalo;
Tabaco malo es veneno,
Y vale más poco y bueno
Que consumir mucho y malo;
Dar a Baco con un palo,
Que *chupar*, la vida estanca;
No consumir una blanca
Que buen objeto no tenga,
Y recibir, cuando venga,
A Venus con una tranca.

Si vas a ver tu lucero,
Y te hallas en el salón
De contrabando un bastón,
Con ítem más, un sombrero,
Toma humilde otro sendero,
No hagas a nadie reír,

Y ve diciendo al salir:
Paciencia, porque en la tierra
Cuando una puerta se cierra
Ciento se suelen abrir.

Que se levante la Prusia,
Y armada cual Don Quijote
Haga del Austria un jigote,
Pese al diablo o a la Rusia:
Que con fuerza o con astucia
Defienda alguno el derecho
Con una pistola al pecho,
No hay más que andar de soslayo
Y decir para su sayo:
Que les haga buen provecho.

Que salga el sol por Levante,
O la luna por Oriente,
Que atrevido pretendiente
Arroje al gobierno el guante;
Que uno caiga, otro levante,
Que el ambicioso en su rabia
Vaya a parar en Arabia
Al final del somatén:
El decir a todo amén
Es la máxima más sabia.

Que la eche Juan de doctor,
Y aunque no sabe leer,
Pretenda hacerme creer
Que es un sabio: sí, señor.
Que viene luego Leonor,

A quien ayer conocí
Sabe Dios cómo, y a mí
Me recibe dulce y bella
Como púdica doncella...
¿Qué hacer? Le digo que sí.

— Soy un sabio — Está muy bien.
— Soy un valiente — Es así.
— Jamás he robado — ¿Sí?
— Soy todo un hombre — También.
— ¡Que viva el gobierno! — Amén.
— ¡Que muera el gobierno! — Ya.
— Todo va bien — Así va.
— Todo va mal — Así es.
— Nos lleva el demonio — Pues.
— Nos salvamos — Claro está.

Nos crió la Santa Bondad,
Y nos dió para regalo
Poco bueno, mucho malo,
Avaricia y vanidad.
Si quiere la necedad
Hacer de la noche día,
El discreto que se ría
Cuando a los hombres baraja,
Ese sacará ventaja
De la humana tontería.

Dejar que el mundo dé vuelta,
Buscar las uvas maduras,
Nunca meterse en honduras,
Y dormir a pierna suelta;

Llamar a la coja esbelta,
Darse el aire de un Belén,
Decir que todo anda bien
Aunque la soga se quiebre:
Es remedio de la fiebre,
Y del cólera también!

PREVISIÓN

Pasando por una acera,
A un gallego, de rechazo,
Le dieron un garrotazo
En mitad de la mollera;

Y al tocarse el agujero
Que le hundió el occipital,
Dijo muy serio: ¡Qué tal
Si no me quito el sombrero!

DOS RETRATOS

A mi hermana Josefa.

Pepa, no sé qué pensar
De este modo de vivir,
Y si me tengo de ir
O me tengo de quedar.

Ha mucho tiempo que estoy
Entre dormido y despierto;
Medio vivo y medio muerto,
Ni me quedo ni me voy.

Por si no pudiere adiós
Decirte, escucha mi duelo,
Ya que bueno nos dió el cielo
Un alma para los dos.

Quince años van a contar
Desde el terrible momento
Que tuvimos el tormento
Del patrio suelo dejar.

Nos separamos los dos
De la vida en el abril,
Y echamos, cuerpo gentil,
Por esos trigos de Dios.

De la memoria del padre
El alma se despedía,
Cuando en el seno caía
La lágrima de la madre.

Sólo hallamos al partir
Los brazos para abrazar,
Los ojos para llorar,
El pecho para sentir.

Y no murió nuestro amor
Sumido entre desengaños,
Que antes vinieron los años
A darle nuevo vigor.

¡Cuántas veces en el rayo
Del sol de la primavera
Que baña en carmín la esfera
De la tarde en el desmayo,

Traspasaba el alma mía
Los mares y la distancia,
Y las horas de la infancia
Á tu lado revivía!

Pero esos tiempos añejos
Dejemos, que son la gloria
Que nos guarda la memoria
Cuando nos ponemos viejos;

Y hablemos del día de hoy,
Cumpliendo cual te ofrecí
El darte cuenta de mí
Y del estado en que estoy.

Érase un mozo moreno,
En cuya faz se veía
Cuanto tiene Andalucía
De requinto macareno.

Muchacho de buen humor,
Á quien jamás asomara
El colorcillo a la cara
Por causa de la calor.

Ojos negros, do sincera
Le chispeaba la mirada;
Ancha frente despejada,
Profusa la cabellera.

Palabra suelta y sin hiel,
Alegre de noche y día,
Y en todo el aire tenía
Cierta gracia y cierto aquel.

Este retrato tal cual
Tu sabrás si es parecido,
Porque mucho has conocido,
Hermana, al original.

Pues al presente se halla
Tan diferente de aquél,
Que voy a pintarte el
Reverso de la medalla.

De tanto garbo y donaire
Quedan, a guisa de estacas,
Cuerpo largo y piernas flacas,
Que se va llevando el aire.

La colorcita morena,
De más de una dama hechizo,
Es hoy un perol cobrizo
De tamal de Nochebuena.

Aquella melena riza,
Sobre la arrugada frente,
De negra, suelta y luciente,
Se va volviendo ceniza.

Y cada cana que salta,
Y cada muela que cae,
Lo que no le piden trae,
Llevando lo que hace falta.

En fin, ¡permisión de Dios!
La robusta voz armónica
Trocada en bronquitis crónica
Hoy canta en clave de tos.

Cuando me quedo tranquilo
Mirándome frente a frente,
Suelo exclamar tristemente:
¡*Quantum mutatus ab illo!*

Mi cabeza en el amago
De la tristeza se baña,
Como la niebla que empaña
La superficie del lago.

Y a veces sin la intención,
Herido por mis agravios,
Si me río con los labios,
Lloro con el corazón.

Si soy feliz no lo sé,
Ignoro si sufro o gozo;
Ello es que el pobre mozo
No es sombra de lo que fué.

Y cuando pido a mi alma
Mi antigua risa sencilla,
Me rueda por la mejilla
Lágrima en silencio y calma.

Vegeto en Lima, que encierra
El bien o el mal para mí;
Tierra donde no nací,
Pero muy querida tierra.

Hermana, noble matrona,
En cuya pálida tez
Te ha dejado la viudez
De espinas una corona:

Llora conmigo, que el aire
Entre sus revueltos giros
Me transmite tus suspiros
Desde la orilla del Guaire.

Y con fe ciega, alma mía,
Pensando en la madre y Dios,
Digamos, Pepa, los dos:
Mañana será otro día.

ÚLTIMA LUZ

¡Poco me resta de vida!
Las fuerzas van decayendo
Y el alma va presintiendo
La funesta despedida.

¡En mitad de mi carrera
Llegando al límite voy!
La luz que mirando estoy
Es quizá mi luz postrera.

Rotos del cuerpo los lazos,
Por las ondas remecido,
Me voy a quedar dormido,
Cual de una madre en los brazos.

Al frente mi esposa está:
¡Pobre niña, alma sencilla!
Lágrimas de su mejilla
Ocultándomelas va.

Llora, ¡infeliz! tu quebranto
No será el postrero, no;
Si llego a faltarte yo,
Amargo será tu llanto.

Si la vida transitoria
Se va cual al mar un río,
¡Quita por piedad, Dios mío,
A mi mente la memoria!

No asalte mi pensamiento
¡Ay! la imagen de mi hija,
Mi hora postrera no aflija,
Santo Dios, ese tormento!

Niña que al mundo despierta
Y que a la vida se lanza,
Hallando de la esperanza
Cerrada, al salir, la puerta,

¿Adónde, adónde las dos
Irán en duelo profundo,
Sin más amparo en el mundo
Que la voluntad de Dios?

Tú a quien los buenos adoran,
Ten piedad de mi dolor,
Tú que eres padre, Señor,
El padre de los que lloran.

Yo sufro en paz mi destino,
Heme humilde y resignado
Como el viajero cansado
En la mitad del camino.

Jamás odio ni rencor
En mi pecho formó nido.
Mucho sufrí; estoy rendido
Bajo el peso del dolor.

Constante mi pena fué
Y a la tumba va conmigo,
Como el perro del mendigo
Que muere del dueño al pie.

Hijita del alma mía,
Tu memoria placentera
Vaga por mi cabecera
En mi lecho de agonía.

Para mí no tuvo gloria
La vida, fulgor de un día,
Mañana sin mediodía,
Y recuerdo sin memoria.

¡Ay! si mañana mi prenda
Sedienta a una puerta toca,
Calmad la sed de su boca
De mi memoria en ofrenda.

Y si el viento del destino
Contra mi hija se levanta,
¡Ay! arrancad de su planta
Las espinas del camino.

Allá en orilla lejana,
Con alma pura de niño,
Me guarda tierno cariño
Una santa y noble anciana;

Es mi madre, ella también
Por el hijo ausente llora,
Porque la pobre me adora
Como a su perdido bien.

No le digáis, por piedad,
Que su hijo ya no existe,
Pues la infeliz no resiste
Pesar tan grande a su edad.

Madre, esposa, hija del alma,
Pedazos del corazón,
Rezad por mí; la oración
La angustia del pecho calma.

Al abandonar la vida
Pienso en Dios y en ellas pienso,
Pues es mi amor tan inmenso
Cual triste mi despedida.

Llevo en paciencia mi cruz;
¡Oh, Dios! que mi última hora
Bañe tu luz bienhechora,
Pues mira mi última luz.

FRANCISCO MUÑOZ DELMONTE

Dominicano (1800 - 1868)

EL VERANO EN LA HABANA

I

Ese denso vapor que se levanta,
Opaco, blanquecino, amarillento,
Y sube en perezoso movimiento
Desde el bajo horizonte hasta el cenit,
Es la respiración ardiente y seca
De la tierra de Cuba en el verano;
Abrasado suspiro, con que en vano
Llama del Norte la estación feliz.

El sol en Cáncer sus caballos lanza
Por las llanuras del desierto cielo,
Y su aliento de llama enciende el suelo
Y lo tuesta su soplo abrasador.
Y arde el monte, y la loma, y la sabana,
Y la radiosa palma llama al trueno,
Y en la flecha que nace de su seno
Hunde el rayo su fuego aterrador.

Y mustio, y palpitante, y requemado,
Exhala el árbol un chirrido agudo,
Y entre el denso espesor del bosque mudo
Corre tibio el arroyo sonador.
Y la tímida flor su cáliz cubre
Cerrando su corola perfumada,
Como virgen que oculta avergonzada
Con sus manos el seno encantador.

Y el hombre en esta atmósfera de llama,
Entre estas lavas de un volcán latente,
A par que el alma arrebatarse siente,
Siente el cuerpo abatirse en proporción.
Y sus flexibles nervios se liquidan,
Y sus músculos duros se distienden,
Y sus entrañas trémulas se encienden,
Y se quema su débil corazón.

¿Quién alumbra los fuegos que en la noche
Cruzan el aire transparente y puro?
¿Quién en los ojos del cocuyo obscuro
Nutre y mueve la lumbre sideral?
Y en la pálida faz de la habanera,
¿Quién pone esos carbones encendidos,
Esos ojos eléctricos y flúidos,
Embeleso y tormento del mortal?

II

Es el sol claro y fulgente
Que en el trópico candente
Vierte su inmenso torrente
De fuego y luz inmortal.

Es el sol que engendra y luce;
El sol, que mata y seduce;
El sol, que abrasa y produce
En un contraste eternal.

¡Es el sol! — Su lumbre pura,
Ya fecunda, ya madura,
Los cafetos en la altura,
En llano el cañaveral.

Dora del *mango* la yema,
Cuece en el *anon* la crema,
Da a la *piña* su diadema,
Su lanza a la *palma real.*

Y es rosa en el horizonte,
Verde esmeralda en el monte,
Melodía en el sinsonte,
En la alta caña cristal.

Y en el hombre es chispa ardiente
Que le infunde un estro hirviente,
Cuando casi adolescente
Se lanza al mundo ideal.

Y en la doncella cubana
Es la gracia sobrehumana
Que une la hurí musulmana
A la ondina de Fingal.

III

Julio en tanto ardoroso se levanta
Y hacia el rugiente Can se precipita.

Y una fiebre exterior el cuerpo agita,
Y otra fiebre interior la alma quebranta.

¡No más, oh sol! ¡no más! Tu fuego intenso
La masa cerebral volatiliza,
La médula transforma en vapor denso,
Y en las venas la sangre carboniza.

¡Ah! ¡Dadme hielo, y cabe el hielo lumbre;
Dadme el cierzo a beber del Somosierra,
O dadme del Pirene la alta cumbre,
O de Granada la nevada sierra!

Dadme hielos, salones alfombrados:
Que en la nieve glacial mi pie resbale,
Y del cuello y del seno, en piel forrados,
Su grato aroma la belleza exhale.

Dadme hielo, y carámbanos, y frío,
Que enrojezcan mi rostro macilento,
Y el fuego apaguen en el pecho mío,
Y en mi sangre el ardor calenturiento.

IV

¡Mas no! dejadme en Cuba, mi patria idolatrada[1],
Dejadme en esta zona bendita en que nací,
En donde por las brisas mi infancia fué arrullada,
En donde el sol naciente la vez primera vi.
Dejadme entre las ondas del plácido Almendares,
Bordado de aguinaldos, sombreado de palmares,
Templar la calentura que siento arder en mí.

1 Conste, sin embargo, que el poeta era dominicano.

Dejadme por la siesta burlar el sol radiante,
Mirando entre las hojas del plátano sonante
Mecerse los racimos cual ramos de alhelí.

Dejadme que respire la brisa encantadora
Que viene del Oriente rizando el ancho mar,
Cargada de perfumes robados a la aurora,
Bañada de frescura que el fuego va a templar.
Dejadme que refresque las llamas de mi frente
Con el terral nocturno que sopla del Poniente
Trayendo los suspiros del cándido azahar.
Dejadme ver la luna cubierta de celajes,
Que en torno de su disco figuran los encajes
De virgen desposada que marcha hacia el altar.

Dejadme, sí, en la Habana: la tierra de las flores,
La tierra del deleite, del fuego y del amor.
¡Tu sol yo quiero, oh patria! Tus vientos bramadores,
Tus negros huracanes, tu cielo y tu calor.
Tus bosques son un velo bordado de esmeraldas,
Que flota en tu garganta, que cubre tus espaldas,
Y templa los ardores del astro abrasador.
Tus palmas son las plumas que ondulan en tu frente:
Tu mar la azul alfombra do duermes muellemente:
Tu sol rica diadema que anuncia tu esplendor.

La Habana aun es muy joven. No existe aquí el pasado.
Su gloria es el presente, su anhelo el porvenir.
¡Poeta de recuerdos! — Tu canto es excusado.
¡Poeta de esperanzas! — Tu canto deja oír.
Dejadme, sí, dejadme que cante lo presente,
Que cante lo futuro del suelo por quien siente
Mi pecho estremecido sus músculos latir.

Dejadme, sí, que viva, dejad que muera en Cuba;
Dejad que cuando mi alma de Dios al trono suba,
Mi tumba entre palmares se pueda en Cuba abrir.

Mas ¡ay! que en vano quiero, ardiendo en patriotismo,
Poner en mi sepulcro las palmas por dosel;
Un hado inexorable, más fuerte que yo mismo,
De España a las riberas empuja mi bajel.
Acaso helado un día al pie del Guadarrama,
Del sol que aquí me tuesta, del sol que aquí me inflama,
La acción vivificante mis labios pedirán,
Y entonces del recuerdo la lágrima quemante,
Surcando tristemente mi pálido semblante,
Caer helada al suelo mis ojos la verán.

APÉNDICE

SUPLEMENTO

AL FLORILEGIO DE JOSÉ MÁRMOL[1]

INCLUIDO EN ESTE VOLUMEN

[1] En una nota al estudio sobre Mármol que va al fin del segundo volumen de este tomo (página 892), manifiesto la intención de completar en el tercer tomo el florilegio del gran poeta, que lo voluminoso del segundo me había obligado a limitar mucho, omitiendo algunas de sus más altas inspiraciones. Como al fin ha sido indispensable dividir, por la circunstancia apuntada, este segundo tomo en dos volúmenes, la aproveché para incluir aquí, en el primero de éstos, todo lo más representativo de su genio poético.

A DIOS

ARMONÍAS

Señor, no te profana
Al hablarte de amor mi voz mundana,
Porque yo sé que con tu mismo aliento
El fuego enciendes que en mi pecho siento.
La cristalina gota
Del llanto matinal sobre las flores;
El pequeñuelo arbusto
Besando el mar desde la peña rota;
Al expirar el sol, los mil colores
Que huyen la noche con su ceño adusto;
De los niños la risa y las congojas;
De las palomas el sentido arrullo;
Fueran siempre, Señor, al alma mía
El terso espejo do tu imagen vía,
Do mis ojos, Señor, te contemplaran
En tu esencia de amor y de pureza,
Como el trueno y el sol me revelaran
Tu eminente poder y tu grandeza.
Pero nunca jamás te hallé más bueno,
Ni más sublime en débil criatura,
Que al sentir en mi seno
Este mar de inquietudes y ternura.
Hoy no vivo por mí — vivo en la vida
De una mujer que a revelarme vino
La esencia celestial que hay escondida
En cuanto es obra de tu ser divino.

Hoy sé que puede un corazón humano
En otro corazón sentir sus penas,
Y en la leve presión que hace una mano
Transmitirse la savia de las venas.
Hoy sé que puede la abrasada boca
Ceder el agua en medio del desierto;
Por evitar un ¡ay! darse una vida;
Y adorar cuanto mira y cuanto toca
Bella y amante la mujer querida.

Esa tu mente fué, Dios generoso,
Cuando ese imán pusiste dentro el seno,
Que arrastra misterioso
Un ser hacia otro ser, de encantos lleno.
Y eso es, mi Dios, lo que en mi pecho siento:
El calor mismo de tu mismo aliento;
Y no a tu grave Majestad profana
Al hablarte de amor mi voz mundana.

Si tú me has dado lo que siente mi alma,
Si tú me has dado la mujer que adoro,
Haz que yo goce en calma
Su dulce amor, mi celestial tesoro.
En plácido sosiego
Hazla mía no más: solo con ella,
Más te veré, Señor, cuanto más bella
La halle a la luz de mi amoroso fuego.

Una cabaña en las desiertas islas
Del alto Paraná, seráme un Eden,
Si allí, en mi seno su cabeza hermosa,
Tiernos mis ojos contemplarla pueden.
Sentada en mis rodillas
Coronada de flores,

En la tarde tranquila y silenciosa.
Del río en las orillas,
Tú escucharás, Señor, nuestros amores
En las voces sentidas
De dos almas en una confundidas.

Ella no inspira sino amor del cielo,
Porque tanto de cielo representa,
Que a veces creo que remonta el vuelo
Y en ángel o en perfume se me ausenta.

Ella no exalta, no, mi fantasía;
Ella hiere, Señor, con mago encanto
La sensibilidad del alma mía,
Como la luna sobre el mar sin olas,
Como en el templo el religioso canto,
Como en lo espeso de las selvas solas
La música del viento,
El quejido de amor de las palomas,
Y el penetrante aliento
De las auras besando los aromas.

Ella es la imagen que formó mi mente
Allá en mis creaciones de poeta,
Cuando de mi alma ardiente
La inspiración secreta
Me hiciera imaginar lo que no vía,
En mi ambición de amor y poesía.
Ella no siente sino amor del alma,
Y pudorosa y tímida y amante
A mi sensible voz pierde su calma,
Pero en su virgen seno,
De sueños de ángel y suspiros lleno,
La flor de su virtud queda fragante.

Mujer de corazón, ama y padece,
Y en su mismo sufrir su amor se excita,
Cual se abre y enrojece
La rosa con el sol que la marchita.

Mujer en su belleza,
Y ángel en su bondad y en su pureza,
Aun no comprendo si en mi amor profundo
Me vence el cielo, o si me vence el mundo.
Sólo sé que contento,
Cuando a su lado estoy, más pienso en ella
Que en los ardores que en mi pecho siento,
Aun cuando la amo tanto y es tan bella.

Dame dicha, Señor, en mis amores,
Dame paz y sosiego,
Que a tanto amor son tantos los rigores,
Que a ti levanto mi sentido ruego.
A ti a quien no profana
Al hablarte de amor mi voz mundana,
Porque yo sé que con tu mismo aliento
El fuego enciendes que en mi pecho siento.

A TERESA

(ARMONÍAS)

Alma del alma mía,
Ya en tu labio los hálitos no aspiro
Del aire de mi frágil existencia,
Y ya en tus ojos lánguidos no miro
La clara luz de mi risueño día.

Mas ¡ay!, si de la esencia
Del cáliz de tu alma tu suspiro
El nombre lleva de tu triste amante,
Si tu mano al pasar sobre tu frente
La imagen mía en tu memoria siente,
¡Qué me importa de ti llorar distante!

Teresa, ya el destino
Nos separó ¿es verdad? pues bien; escucha:
Cuando ya no he de hallarte en el camino
De mi vida quizá; cuando aun es mucha
La juventud que a mi existencia queda;
Cuando todo el aroma de sus flores
Arrebaté ambicioso a tus amores,
Antes, bien mío, que olvidarte pueda
La fuerza de olvidar muera conmigo.
Que en supremo embeleso
Para siempre jamás dejé contigo
Con mi primer amor mi último beso.

Sí, Teresa, es verdad: el pecho mío
Dijo adiós al placer cuando mi mano
Tocó la tuya por la vez postrera,
En tanto que mi labio
Se negaba al rigor de la palabra;
Y sólo el llanto del dolor tirano
Que barrenaba mi alma y ahora labra
Con agudo puñal tu nombre en ella,
Te dijo *adiós* para seguir la estrella
Sin lumbre, sin destino,
Que colocó el infierno en mi camino.

Y si al amor no dije
¡Ay! otro adiós también, mi tierna amiga,
Es porque mi alma para siempre elige
Este amor celestial que por ti abriga.

Vivirá enamorada
De tus dulces recuerdos mi memoria;
Vivirá iluminada
Por un rayo de amor la hermosa historia
De mi primer amor y mis placeres
En el fondo del alma que te adora;
Y entonces ¡ay! ¿qué pueden las mujeres
Y las pintadas flores,
La blanca luna y la radiante aurora,
Qué pueden ¡ay! si pienso en tus amores?

Cinco de Enero, vén; vén a mi mente
Y vive en medio a mis amargas penas,
Como la clara fuente
Del desierto abrasado en las arenas;
Cual la perla escondida entre las olas
Del irritado mar, cual la esperanza
En el obscuro abismo de la vida,
Coronando de bellas aureolas
Esa cumbre fingida
Do el inexperto corazón se lanza.

Vén a mi mente, vén; vengan contigo
Sus encantos, su amor, sus juramentos,
Su dulce acento al suspirar conmigo,
Sus rizos por su sien y la sien mía,
Su temblor virginal y los alientos
Abrasados de amor, y los sonrojos
En su pálida tez, y los desmayos
De su abrasada frente, y, como el día
Del cielo tropical, aquellos rayos
Que amor brotaban de sus tiernos ojos.

Vén a mi mente, vén; vengan contigo
Las palabras aquellas que ninguna

¡Ay! ninguna mujer pronunciar pudo:
« Hoy más libre que nunca, tierno amigo,
« Queda tu corazón; si mi fortuna
« Te ligó a mi existencia en dulce nudo,
« El amor solamente,
« Y no el deber y compasión, inspiren
« Tu beso abrasador sobre mi frente
« Cuando mis ojos con placer te miren. »

¿Quién fué jamás tan noble y generosa,
¿Quién más abnegación hizo y más pura
Que la que esos acentos
Revelan tan sencilla y tan hermosa
De la más bella y tierna criatura,
En los mismos momentos
De sostener la sien de su querido
Con vértigo de amor desfallecido?
¡Mas, qué mucho, mi Dios, si todo en ella
Es la dulce expresión de la más bella
Y tierna poesía
Que inspirada brotó tu fantasía!

Mujer de filigrana, que al mirarla
Parece que los hálitos del aire
O los rayos de luz pueden matarla;
Yo no sé si a la blanca flor del aire
La podré comparar, si al esmaltado
Tímido picaflor sobre la rosa,
O a la opulenta en galas
Sensible mariposa,
Sobre un jazmín su pecho reposado,
Y oro vertiendo sus celestes alas.

Llegad, horas tan dulces de la tarde,
Donde se esconden de la historia mía

Mi universo, mi Dios, mi poesía,
Y la suprema gloria
De que hace el corazón altivo alarde.
Llegad a mi memoria,
Horas en que posaba mi cabeza
Desmayada de amor sobre aquel seno
Rebosando de encantos y belleza,
Vacío de doblez y de amor lleno.

Allí la suavidad de los jazmines
Mi rostro acariciaba;
Allí el olor del sándalo embriagaba,
Mi sien que se adormía
Y a despertar volvía
Del tierno corazón a los latidos;
Y a las auras con hálitos de rosa
Que en vez de alientos por mi sien corrían
Y de sus dulces labios encendidos
Derramaba mi hermosa
En besos que a mis ansias respondían.
Cuando al mirarme tierna, poco a poco
Su cabeza inclinaba, y con sus rizos
Cubriéndome el semblante, confundía
Al fin su ardiente boca con la mía.
Y de deleite loco,
Y loco con su amor y sushechizos,
Mi corazón la sangre queencerraba
A mi apagada tez precipitaba.
Así el sol en la tarde
A medida que baja su alta frente,
Va enrojeciendo el pálido occidente
Hasta que en llamas purpurinas arde.

¡Embriaguez celestial! — Llegad tranquilas
Como la dulce luz de sus pupilas,

Horas de la oración a mi memoria.
Yo he gozado en vosotras todo cuanto
Puede a un mortal envanecer de gloria,
Gloria del corazón, placer sin llanto.

¿Qué caricias me son desconocidas
Bajo del pardo velo
Con que cubrís tan lánguidas el cielo?
¿Qué palabras sentidas
No llegaron al fondo de mi alma
Puras y religiosas cual la calma
En que absorbéis el pálido universo?
¿Qué tierno melancólico suspiro
No enlutó mi alegría,
Como en vosotras, al morir el terso
Rayo del sol en perlas y zafiro,
La primer sombra de la noche umbría;
Cuando con ella conversando a solas
Hasta el *adiós* postrer iba la mente,
Hasta el cruel *más allá* de lo presente,
Y hasta mi nave en medio de las olas?
Y ella, dando valor al alma mía,
Con sus mismas palabras más sufría;
Así una débil lámpara derrama
Roja luz que deslumbra una pupila,
Y cuando brilla más, más se aniquila
Y se consume con su propia llama.

Sufría, sí, porque su rostro bello,
Su célica hermosura,
Tienen menos de Dios el claro sello
Que de su alma la cándida dulzura.
Mujer que amando vive, y moriría
Si a su vida el amor faltara un día.

¡Misterios del Eterno! Aquese pecho
Que guarda sus más dulces afecciones,
Puede sentirse de repente estrecho
Al rudo temporal de las pasiones;
Así en el Paraná, linfa del Plata,
Y entre sus islas de aromadas flores
La corriente sus ímpetus desata,
Y las ondas estallan sus furores.

Sí, Teresa, tú en medio del embate
De la vida y el mal en torpe guerra,
Eras cual blanca flor en yerma y ancha
Arena de un combate
Que enrojeció la tierra,
Sin tener en las hojas ni una mancha,
Y sin que el ámbar agostarle pueda
El vapor de la sangre o la humareda...
¡Oh, y no te olvidaré! y no el cederte
Siento, mi corazón hasta la muerte;
¿Sabes, sí, lo que siento hasta el exceso?
No haberte dado a ti mi primer beso.

Mas ¡ay! mi bien, no envidies la fortuna
En mi primera edad de otras mujeres;
En los brazos de cien no amé a ninguna,
Amaba solamente los placeres,
Las fuertes emociones,
Las romanescas verdes ilusiones.
Para mi joven pensamiento loco
Era, por Dios, el universo estrecho,
Y toda novedad era bien poco
A la ambición de mi agitado pecho.

Seguía por doquiera
De mi destino el fallo,

Y asistir a la cita de una hermosa
O domar un indómito caballo
Fué siempre para mí la misma cosa.
No envidies, pues, Teresa, a otras mujeres:
Yo no amé la mujer, sí los placeres.

Era sólo la fiebre de la mente
Quemando de mi ser la primer fibra;
Era la tempestad que en el oriente
De mi vida se alzaba, y que en mi seno
Estallaba furioso el primer trueno,
Que apenas hoy en mis oídos vibra.
Ese tiempo pasó, vino la calma,
Vino el amor en su pureza al alma,
Y te he dado mujer en mi embeleso
Con mi primer amor mi último beso.

Montevideo, Junio de 1846

CANTOS DEL PEREGRINO

(FRAGMENTOS)

LA AMÉRICA

Dirán: esa tierra inculta se ha vuelto un paraíso.

EZEQUIEL. — Cap. XXXVI.

América es la virgen que sobre el mundo canta,
Profetizando al mundo su hermosa libertad;
Y de su tierna frente la estrella se levanta
Que nos dará mañana radiante claridad.

No hay MÁS ALLÁ en los siglos a la caduca Europa,
Que al procurar *mañana* se encuentra con *ayer;*
Bebió con entusiasmo del porvenir la copa,
Y se postró embriagada de gloria y de poder.

La gloria quiere vates, la poesía glorias:
¿Por qué no hay armonía, ni voz, ni corazón?
La Europa ya no tiene ni liras ni victorias:
El canto expiró en Byron, la gloria en Napoleón.

Los tronos bambolean y el cetro se despeña;
Los pueblos quieren alas y se les clava el pie;
El pensamiento busca del porvenir la enseña,
Y no halla sino harapos del pabellón que fué.

Hay tumba a las naciones. Se eleva y se desploma
La Grecia que elevara sus sienes inmortal;
Al mundo hallaba chico para hospedarse Roma;
Después murió en el nido de su águila imperial.

¿A dónde irá mañana con peregrina planta
La Europa con las joyas de su pasada edad?
América es la virgen que sobre el mundo canta,
Profetizando al mundo su hermosa libertad.

¿Qué importan del presente los días lastimeros,
Cuando el pasado es lleno de gloria y esplendor,
Y a quien por vida cuenta los siglos venideros,
Que borrarán, pasando, las huellas del dolor?

Salpique a los bridones la sangre de los llanos,
Y en medio a la tiniebla se hieran; — está bien:
La niña coge flores, e hiriéndose las manos,
Trabaja una corona para su blanca sien.

Hasta el presente ingrato la servirá de gloria
Cuando los tiempos viva de porvenir mejor;
Pues que verá en nosotros para hermosear su historia
Dramática epopeya que inspirará al cantor.

Quedad entre leyendas y hermosas tradiciones,
España, que dormíais con mundos a los pies;
Quedad como el guerrero que cuenta sus blasones,
Y honrosas cicatrices, cayendo de vejez.

Quedad, altiva Francia: la luz del pensamiento
Que destellando chispas en vuestra sien está:
Mañana, cuando el tiempo le seque el alimento,
Sobre el naciente mundo la llama prenderá.

Quedad, vieja Inglaterra: ha mucho los *Leopardos*
Encrespan la melena sin levantar la sien;
Que, al procurar el pueblo de Alfredos y Ricardos,
El pueblo de las *cifras* y mercaderes ven.

Quedad, mundo europeo: ennoblecido padre
De tiempos que a perderse con el presente van:
Quedad, mientras la mano de América, mi madre,
Recoge vuestro hijos y les ofrece el pan.

¿Qué importa? ¡eh! ¿qué importa? Si no vienes de guerra,
Nosotros te daremos donde segar la mies:
Para que nazcan pueblos tenemos, sí, más tierra
Que espacio para estrellas sobre los cielos ves.

Tus hijos en nosotros encontrarán hermanos:
El sable se ha tirado después de combatir:
Venid y cultivemos con fraternales manos
La prometida tierra del bello porvenir.

América no puede ser libre todavía,
Porque su herencia ha sido bastarda obscuridad;
No temas, no; mañana cuando despunte el día,
Fijando sus destinos, verás la Libertad.

América, que se alza sobre columna de oro,
América la joya del universo es:
La miro y me envanezco, y al contemplarla lloro...
¡Sus montes a mis ojos, sus mares a mis pies!

América es el arca que el porvenir humano
Contiene misteriosa y un día se abrirá;
Entonces el Eterno levantará en su mano
La herencia de los hombres que prometida está.

La Libertad, el Genio, la Paz, la Poesía
En tronos de alabastro levantarán la sien;
Y lleno de esperanzas, como la luz del día,
El corazón del hombre palpitará también.

No son dorados sueños de mi alma americana;
Son leyes que promulga para los pueblos Dios,
Escritas en las cosas donde la mente humana
Estudia, y desenvuelve profética la voz.

« Los Andes cuya frente se junta con el cielo,
« Mientras sus plantas de oro dentro del mundo están:
« Su Cóndor, que se duerme sobre el eterno hielo,
« Mientras chispea y brama la fragua del volcán.

« Los mantos del Desierto sin fin, sin horizontes,
« Donde discurre el potro sin freno ni señor;
« Los vientos sin estorbo, los ríos y los montes
« Inmensos, solitarios, sin hielo ni calor.

« Las vírgenes llanuras, el oro y los diamantes
« Bullendo en el arena de arroyos de cristal;
« Los perfumados bosques, y por doquier gigantes
« Con sienes de esmeralda y entrañas de metal.

« Quince años de batallas por montes y por llanos,
« Un mundo despertando al trueno del cañón:
« Quince años de victorias hasta lavar sus manos
« En sangre de opresores los nietos de Colón.

« Veinte años lamentables de fratricida guerra,
« Para acabar la herencia del español así;
« Generaciones nuevas que al saludar su tierra
« La traen las esperanzas y porvenir en sí.

« De la caduca Europa la hidrópica colmena
« Que se deshace al peso de su miseria ya,
« Y en bandos se abalanzan sus hijos al arena
« Que compasiva y rica la América les da.»
. . . .

Tuyo es el porvenir, reina del mundo,
Inmenso cual tus montes y tus mares,
Y de esperanzas y de luz fecundo
Cual tu cielo y tus bellos luminares.

Alza la sien orlada con tu gloria,
Y verás tras las ondas del Oceano
Que el mundo de los reyes y la historia
Cabe entero en el hueco de tu mano.

Tuya es la paz del mundo venidera,
Cuando del genio la defienda el brazo:
Y clave para siempre su bandera
En la cúspide azul del Chimborazo.

Tuya también la dulce poesía,
Virgen como tus ríos cristalinos,
Así que lejos de la noche umbría
Alcen las aves sus celestes trinos.

Cantará por tus selvas inspirado
El joven trovador; y conmovido
Abriendo el Inca su sepulcro helado
Su sombra se alzará con el sonido.

Y los héroes de Mayo que en la cima
Duermen del Andes con su nieve presos,
Al oír los nombres de Ayacucho y Lima
Pondrán de pie sus entumidos huesos.

Tuya es del porvenir la poesía,
Que del sol a la arena de tus mares
Todo está misterioso todavía,
Virgen al corazón y a los cantares.

Aun tus bosques, tus ríos y tus seres
No ha sorprendido el ojo del poeta,
Ni el bello original de tus mujeres
Ha encontrado una tinta en su paleta.

Mas brotarán una inspirada frente
Los jardines de América encantada,
Que alumbre el sol ecuatorial ardiente,
O la luna del Plata desmayada.

Cantará de su madre la hermosura,
Hoy con las cataratas en concierto;
Mañana de una selva en la espesura
Con el susurro de la brisa incierto.

¡Ah!, quién me diera renacer la vida
En esos días de mis sueños de oro,
Y escuchar con el alma enternecida
De tus poetas el excelso coro!

Mas ¡ah! no importa. Los escucha; siente
Su voz mi corazón; y yo, mendigo
De patria y libertad en tu presente,
Madre del porvenir, *yo te bendigo.*

Bendita mil veces la sangre que un día
La selva y el prado y el monte teñía,
Luchando tus hijos y el viejo león;

Bendita la selva y el llano y el viento
Que oyeron del Andes crujir el cimiento,
Al trueno continuo del rudo cañón.

Benditos aquellos que un mundo nos dieron
Y en medio al combate sin vida cayeron
En charcos de sangre posando la sien.

Por ellos alzamos soberbia la frente,
Por ellos decimos: « es nuestro el presente
Y nuestros los siglos que vienen también! »

Por eso, bendito quien dice orgulloso:
« Nací bajo el cielo de América hermoso
Y siento al decirlo la sangre latir. »

¿No véis? ¿No parece que el Andes se empina
Por ver impaciente si el alba ilumina
Los tiempos hermosos que están por venir?

Vendrán, y el infelice
Proscripto PEREGRINO alza su mano,
Descubierta la frente;
Y de en medio a las ondas del Océano,
Olvidando el presente,
Madre de lo futuro, *te bendice.*

LA NOCHE OBSCURA

I

Noche, misterio, soledad del alma
¿Quién habita tus ámbitos profundos,
Que en hálitos de amor vierte la calma
Por los perdidos solitarios mundos?

¿Qué ángel en proscripción sus alas tiende
Cuando oculta su frente el rey del día
Y silencioso los espacios hiende
En nube melancólica y sombría?

¿Qué mágica campana el sueño advierte
Del Supremo Hacedor, que a sus acentos
Se apagan, como al soplo de la muerte,
Las luces y las ondas y los vientos?

¡Noche, magnificencia indefinida!
¿Qué humano corazón no ha suspirado
Sintiendo el peso de la ingrata vida
En tu templo sin límites sagrado?

¿Quién no ha pensado en Dios cuando derramas
Tu balsámica faz sobre los cielos,
Y a la conciencia a confesarse llamas
Bajo el crespón de tus obscuros velos?

¿Quién te mintió jamás; qué labio humano
No te contó del corazón la historia
Y algún pesar recóndito y tirano
Que vive torcedor en la memoria?

¿Quién no ha sentido algún remordimiento
Bajo tu imperio, di, noche sombría?
¿Quién no te hizo un noble juramento?
¿Quién no lo ha roto con la luz del día?

¡Noche, consolación! La vital trama
La bañas de un amor puro, sin nombre.
¿Por qué en su torpe confusión te llama
Madre del crimen la impiedad del hombre?

Tú no lo inspiras, no; si acaso alguna
Fuerza extraña de su alma se lo inspira,
No serán tus estrellas ni tu luna,
Ni la sombra sin fin que absorto mira.

Te busca el criminal, porque, alma insana,
Es cobarde, si el brazo es temerario;
Pero también un templo se profana
Y no es padre del crimen el santuario.

Si de sangre infeliz ves una mancha
Y torpes manos que el puñal oprimen;
¡Ay! que también a una beldad se mancha
¡Y lo bello jamás inspira un crimen!...

Tú no lo inspiras, no; tu sacra sombra
Tan sólo el canto y el amor inspira,
Que siempre inquieto el corazón te nombra
Y el són escuchas de la blanda lira.

¿Qué poeta sus cantos inmortales,
Su ardiente inspiración, su tierno acento
No ha debido a tus sombras sepulcrales,
Madre del corazón y el sentimiento?

¿Qué amante corazón no ha palpitado
Entre los brazos de su bien querido,
Por tu silencio bienhechor velado,
Por tu sombra benéfica escondido?

Por sorprender a la insondable nada
Dijo Dios: « Haya luz », y la luz fuera,
Y midió de una vez con su mirada
El lugar de los mundos en la esfera.

Y por mirar al alma en su misterio
« Haya tiniebla », dijo, y de repente
Alzó la noche su eternal imperio
Y vió al alma del hombre transparente.

Paz de los mundos; soledad del alma,
Yo venero tu obscuro sacro manto,
Porque siento con él nacer mi calma
Y la sublime inspiración del canto.

En tus velos la historia de mi vida
Con sus penas, su llanto y sus amores
Desde mi juventud vive escondida,
Coronada de espinas y de flores.

No hay un solo recuerdo en mi memoria
Que no se enlace con tu nombre luego,
Y a ti también te deberé la gloria
Si alguna vez a conquistarla llego...

Espíritus sin cuerpo, misteriosos,
Que respiráis las auras de la noche
Y bajáis a las flores silenciosos
A desplegar las hojas de su broche.

Sílfides que tocáis a mis cristales
Vagarosas en mil nubes de niebla
Y me cantáis en himnos celestiales
Los palacios y el Dios de la tiniebla.

Fantasmas sin color ni forma humana
Que sorprendéis mis ojos de repente
Y en diáfana y fugaz sombra liviana
Al pasar junto a mí tocáis mi frente.

Almas en confusión que por las salas
Corréis del Éter a la vista mía,
Y el aire que agitáis con vuestras alas
El calor tibio de mi rostro enfría.

¡Salud todos, salud! sois mis hermanos,
Mis hijos y mi ser... sabéis mi vida
Con su ambición, su amor y sus arcanos,
En sus dorados sueños sorprendida.

¡Ay! ¡cuántas veces de improviso os llama
Solitaria mi voz, y en torno mío
Relámpago veloz el aire inflama,
Y muere, y queda lóbrego el vacío!

¡Y una voz y mil voces se difunden
En tristes ayes y cantares bellos,
Y seres impalpables se confunden
Revolviendo en mi frente los cabellos!

Y a su tacto se agolpan a mi mente
Escuadrones de altivos pensamientos,
Y arde como volcán mi joven frente,
Y ondulan como el mar mis sentimientos.

Y cayendo en raudal celeste riego
Sobre mi herida fantasía inquieta,
Escribo con febril desasosiego
Y soy bueno, y sé amar, y soy poeta.

Bendición sobre ti, del alma mía
Madre sensible, y del amor y el canto.
¡Ay, quién pudiera detener el día
Bajo las orlas de tu negro manto!

II

Adonde del impío que con blasfemo pecho
De su Hacedor reniega por renegar de sí
Id, genios de la noche, y del impuro lecho
Atónito arrastradlo para que tiemble aquí.

Aquí, donde perdido desaparece el mundo
Llevando hasta la nada la humanidad en pos,
Y en medio de las sombras y el piélago profundo
Se encuentran con el alma la Eternidad y Dios.

Aquí, donde es un hombre lo que átomo invisible
Movido en estas ondas, dentro esta inmensidad;
Sintiendo estos abismos en su inquietud terrible.
Y el silbo de los vientos bajo esta obscuridad.

Y aquí donde es un hombre, porque su Dios lo manda,
Como su Dios potente, como su Dios, un Dios;
Y en medio de los mares y de las sombras anda
Burlando de los vientos el ímpetu veloz.

¡La sombra solamente! ¡la que anunció el diluvio;
La que vendrá a los mundos con el clarín final!
No vaga en el espacio ni fugitivo efluvio
Que anuncie la existencia del lampo universal.

¡Las sombras y las olas! Fantasmas y vestiglos
Los ojos y la mente por el espacio ven:
¿Son estos los abismos do los errantes siglos
Del tiempo desprendidos al caducar caen?

¿Acaso los rüidos gigantes que me aterran,
En el caos de siglos los alaridos son
De las generaciones que entre la nada encierran
Con su virtud, su crimen, su tiempo y su misión?

¿Y las que ayer cayeron se agolpan y preguntan
Si de la herencia suya se conservó la fe,
Y las que se despeñan su vanidad insultan,
Sardónicas gritando: «Vuestro legado fué?»

¿Acaso es de su reino la lóbrega caverna
Que habitan los etéreos espíritus del mal
Después que han apagado la mágica linterna
Que alumbra de su paso la huella funeral?

¿De aquí salen, acaso, para el desierto campo
A convertirse en lenguas de fugitiva luz,
Y en medio a los sepulcros, al oscilar el lampo
En lívidas visiones en torno de la cruz?

¿Acaso ese ronquido que por las ondas vibra
Se escapa broncamente del pecho de Satán,
Que al sueño, entre las sombras, impávido se libra
Mientras las ondas rudas sobre su frente dan?

¿Acaso de estas ondas bajo la mole inmensa
De ese ángel maldecido se esconde la mansión,
Y con su lecho de olas el renegado piensa
Burlar hasta en los rayos su eterna maldición?

¿Incierta peregrina por tan obscuras salas
De los antiguos bardos el ánima tal vez,
Y agita por el Éter sus vaporosas alas
En medio de la densa, tranquila lobreguez?

¿Acaso todavía la humanidad contemplan,
Y cuando de las nubes a saludarla van,
Se miran, y en su mano las liras se destemplan?
Homero, ¿entre las sombras suspiras con Ossián?

Pasad del pensamiento, pasad, pasad, delirios,
Que al desplegar mis alas entre ilusiones vi...
Pasad, abismos, genios, fantasmas y martirios...
No hay más que la grandeza del Hacedor aquí.

Señor, yo te comprendo; tu espíritu divino
Por la creación derramas en hálitos de amor:
La luz, la noche, el viento, la mar, la rosa, el pino,
Y el hombre y el insecto, todo eres tú, Señor.

Señor, yo te comprendo; te siento entre mí mismo;
Te miro en una gota del llanto matinal;
Te encuentro de estos mares en el obscuro abismo;
Te gozo en las delicias del beso maternal.

Te siento en mi conciencia, te toco entre las flores,
Te escucho cuando ruge la ronca tempestad:
Te veo cuando asoman los plácidos albores;
Y ante tu faz me postro bajo esta obscuridad.

Que vengan donde pulso las cuerdas de mi lira
Para saber qué es eso que apellidamos Dios:
Para adorar su risa, para temblar su ira,
Para postrar el alma y enmudecer la voz.

Noche, misterio, soledad del alma,
Yo venero tu obscuro sacro manto,
Porque siento con él nacer mi calma
Y la sublime inspiración del canto.

Por los mares atlánticos mecido,
Y al arrullo del viento y de las ondas,
Pulso mi triste lira conmovido
Bajo tus negras cavidades hondas.

Mañana en otras tierras peregrino,
La yerta tumba extinguirá mi canto:
Pero, atraído de tu imán divino,
Mi sombra se alzará bajo tu manto.

CREPÚSCULO EN EL MAR

La tarde era tranquila. Silenciosas
Las olas con placer se deslizaban
Por los flancos del *Fénix*, que impelían
Del grato Abril las auras de la Pampa.
Olas teñidas con azul celeste
Y como el cielo que las cubre, claras;

Que todo el mar de la templada zona
No tiene de cruel sino la fama
Que pregonan los tímidos viajeros,
Cuando se ofusca de pavor su alma
Al mirarse en las ondas que atropellan
Del patagón las solitarias playas.

El cielo estaba limpio. Majestuoso
El sol hacia su ocaso caminaba
Dorando con su luz los horizontes
Y de la mar el manto de esmeralda.
Multitudes de pájaros gigantes,
Negros como la noche, o como el alba
Blancas sus plumas, sobre el mar caían
Y a la popa del Fénix se agolpaban.
Seguíanlo un instante, y de repente
Levantando del mar sus grandes alas
Volaban al Oeste fugitivos
Para alcanzar el sol sobre la Pampa,
Donde el cañón del Plata todavía
No ha violado la paz de sus moradas.

Todo era triste, religioso, dulce.
Es la hora en el mar que más nos habla
En mudo melancólico lenguaje
El idioma benéfico del alma.
Es la hora, en el mar, del *sentimiento;*
Hora en que desfallece la esperanza
Como el sol en su ocaso, tristemente,
Como la luz crepuscular que exhala,
En que sólo se avivan los recuerdos
Tristes de lo pasado, en que las almas
Caen en brazos ya de la memoria,
Sin valor y sin fuerzas, desmayadas.

Hora en que el navegante retraído,
Reclinando la sien sobre las tablas,
Tiene fijos los ojos en el cielo
Y conversa tranquilo con el alma;
O con secreta voz, para sí mismo,
Algún romance de su patria canta;
Palabras que aprendió de su querida
O de los tiernos años de su infancia.
Es la hora del mar: por sólo ella
Bien se puede arrostrar la dura saña
De las bravías ondas y los vientos
Cuando las recias tempestades braman.

Es la hora de amar. ¿Quién, navegando
Bajo nubes de armiño, derramadas
Sobre infinito manto de zafiro,
Cuando del sol el horizonte guarda
Los postrimeros pálidos fulgores,
No suspiró por la mujer amada?
¿No oyó a su corazón decir, latiendo:
«¡Si *ella* estuviera aquí!» y entusiasmada
La fantasía con pensarlo sólo,
Al par del corazón soñó mirarla,
Los rizos agitados por la brisa,
En los amantes brazos reclinada?

Son misterios del alma indefinibles
Ese imán, esos lazos que nos atan,
Cuando ama el corazón, a ciertas horas,
A ciertas perspectivas encantadas.

Las horas indecisas de la tarde,
En que la naturaleza arrodillada
Ruega al Dios de los mundos que la vuelva
Esa luz bienhechora que se apaga,

Vendrán, y el infelice
Proscripto PEREGRINO alza su mano,
Descubierta la frente;
Y de en medio a las ondas del Océano,
Olvidando el presente,
Madre de lo futuro, *te bendice.*

LA NOCHE OBSCURA

I

Noche, misterio, soledad del alma
¿Quién habita tus ámbitos profundos,
Que en hálitos de amor vierte la calma
Por los perdidos solitarios mundos?

¿Qué ángel en proscripción sus alas tiende
Cuando oculta su frente el rey del día
Y silencioso los espacios hiende
En nube melancólica y sombría?

¿Qué mágica campana el sueño advierte
Del Supremo Hacedor, que a sus acentos
Se apagan, como al soplo de la muerte,
Las luces y las ondas y los vientos?

¡Noche, magnificencia indefinida!
¿Qué humano corazón no ha suspirado
Sintiendo el peso de la ingrata vida
En tu templo sin límites sagrado?

¿Quién no ha pensado en Dios cuando derramas
Tu balsámica faz sobre los cielos,
Y a la conciencia a confesarse llamas
Bajo el crespón de tus obscuros velos?

¿Quién te mintió jamás; qué labio humano
No te contó del corazón la historia
Y algún pesar recóndito y tirano
Que vive torcedor en la memoria?

¿Quién no ha sentido algún remordimiento
Bajo tu imperio, di, noche sombría?
¿Quién no te hizo un noble juramento?
¿Quién no lo ha roto con la luz del día?

¡Noche, consolación! La vital trama
La bañas de un amor puro, sin nombre.
¿Por qué en su torpe confusión te llama
Madre del crimen la impiedad del hombre?

Tú no lo inspiras, no; si acaso alguna
Fuerza extraña de su alma se lo inspira,
No serán tus estrellas ni tu luna,
Ni la sombra sin fin que absorto mira.

Te busca el criminal, porque, alma insana,
Es cobarde, si el brazo es temerario;
Pero también un templo se profana
Y no es padre del crimen el santuario.

Si de sangre infeliz ves una mancha
Y torpes manos que el puñal oprimen;
¡Ay! que también a una beldad se mancha
¡Y lo bello jamás inspira un crimen!...

Tú no lo inspiras, no; tu sacra sombra
Tan sólo el canto y el amor inspira,
Que siempre inquieto el corazón te nombra
Y el són escuchas de la blanda lira.

¿Qué poeta sus cantos inmortales,
Su ardiente inspiración, su tierno acento
No ha debido a tus sombras sepulcrales,
Madre del corazón y el sentimiento?

¿Qué amante corazón no ha palpitado
Entre los brazos de su bien querido,
Por tu silencio bienhechor velado,
Por tu sombra benéfica escondido?

Por sorprender a la insondable nada
Dijo Dios: « Haya luz », y la luz fuera,
Y midió de una vez con su mirada
El lugar de los mundos en la esfera.

Y por mirar al alma en su misterio
« Haya tiniebla », dijo, y de repente
Alzó la noche su eternal imperio
Y vió al alma del hombre transparente.

Paz de los mundos; soledad del alma,
Yo venero tu obscuro sacro manto,
Porque siento con él nacer mi calma
Y la sublime inspiración del canto.

En tus velos la historia de mi vida
Con sus penas, su llanto y sus amores
Desde mi juventud vive escondida,
Coronada de espinas y de flores.

No hay un solo recuerdo en mi memoria
Que no se enlace con tu nombre luego,
Y a ti también te deberé la gloria
Si alguna vez a conquistarla llego...

Espíritus sin cuerpo, misteriosos,
Que respiráis las auras de la noche
Y bajáis a las flores silenciosos
A desplegar las hojas de su broche.

Sílfides que tocáis a mis cristales
Vagarosas en mil nubes de niebla
Y me cantáis en himnos celestiales
Los palacios y el Dios de la tiniebla.

Fantasmas sin color ni forma humana
Que sorprendéis mis ojos de repente
Y en diáfana y fugaz sombra liviana
Al pasar junto a mí tocáis mi frente.

Almas en confusión que por las salas
Corréis del Éter a la vista mía,
Y el aire que agitáis con vuestras alas
El calor tibio de mi rostro enfría.

¡Salud todos, salud! sois mis hermanos,
Mis hijos y mi ser... sabéis mi vida
Con su ambición, su amor y sus arcanos,
En sus dorados sueños sorprendida.

¡Ay! ¡cuántas veces de improviso os llama
Solitaria mi voz, y en torno mío
Relámpago veloz el aire inflama,
Y muere, y queda lóbrego el vacío!

¡Y una voz y mil voces se difunden
En tristes ayes y cantares bellos,
Y seres impalpables se confunden
Revolviendo en mi frente los cabellos!

Y a su tacto se agolpan a mi mente
Escuadrones de altivos pensamientos,
Y arde como volcán mi joven frente,
Y ondulan como el mar mis sentimientos.

Y cayendo en raudal celeste riego
Sobre mi herida fantasía inquieta,
Escribo con febril desasosiego
Y soy bueno, y sé amar, y soy poeta.

Bendición sobre ti, del alma mía
Madre sensible, y del amor y el canto.
¡Ay, quién pudiera detener el día
Bajo las orlas de tu negro manto!

II

Adonde del impío que con blasfemo pecho
De su Hacedor reniega por renegar de sí
Id, genios de la noche, y del impuro lecho
Atónito arrastradlo para que tiemble aquí.

Aquí, donde perdido desaparece el mundo
Llevando hasta la nada la humanidad en pos,
Y en medio de las sombras y el piélago profundo
Se encuentran con el alma la Eternidad y Dios.

Aquí, donde es un hombre lo que átomo invisible
Movido en estas ondas, dentro esta inmensidad;
Sintiendo estos abismos en su inquietud terrible.
Y el silbo de los vientos bajo esta obscuridad.

Y aquí donde es un hombre, porque su Dios lo manda,
Como su Dios potente, como su Dios, un Dios;
Y en medio de los mares y de las sombras anda
Burlando de los vientos el ímpetu veloz.

¡La sombra solamente! ¡la que anunció el diluvio;
La que vendrá a los mundos con el clarín final!
No vaga en el espacio ni fugitivo efluvio
Que anuncie la existencia del lampo universal.

¡Las sombras y las olas! Fantasmas y vestiglos
Los ojos y la mente por el espacio ven:
¿Son estos los abismos do los errantes siglos
Del tiempo desprendidos al caducar caen?

¿Acaso los rüidos gigantes que me aterran,
En el caos de siglos los alaridos son
De las generaciones que entre la nada encierran
Con su virtud, su crimen, su tiempo y su misión?

¿Y las que ayer cayeron se agolpan y preguntan
Si de la herencia suya se conservó la fe,
Y las que se despeñan su vanidad insultan,
Sardónicas gritando: «Vuestro legado fué?»

¿Acaso es de su reino la lóbrega caverna
Que habitan los etéreos espíritus del mal
Después que han apagado la mágica linterna
Que alumbra de su paso la huella funeral?

¿De aquí salen, acaso, para el desierto campo
A convertirse en lenguas de fugitiva luz,
Y en medio a los sepulcros, al oscilar el lampo
En lívidas visiones en torno de la cruz?

¿Acaso ese ronquido que por las ondas vibra
Se escapa broncamente del pecho de Satán,
Que al sueño, entre las sombras, impávido se libra
Mientras las ondas rudas sobre su frente dan?

¿Acaso de estas ondas bajo la mole inmensa
De ese ángel maldecido se esconde la mansión,
Y con su lecho de olas el renegado piensa
Burlar hasta en los rayos su eterna maldición?

¿Incierta peregrina por tan obscuras salas
De los antiguos bardos el ánima tal vez,
Y agita por el Éter sus vaporosas alas
En medio de la densa, tranquila lobreguez?

¿Acaso todavía la humanidad contemplan,
Y cuando de las nubes a saludarla van,
Se miran, y en su mano las liras se destemplan?
Homero, ¿entre las sombras suspiras con Ossián?

Pasad del pensamiento, pasad, pasad, delirios,
Que al desplegar mis alas entre ilusiones vi...
Pasad, abismos, genios, fantasmas y martirios...
No hay más que la grandeza del Hacedor aquí.

Señor, yo te comprendo; tu espíritu divino
Por la creación derramas en hálitos de amor:
La luz, la noche, el viento, la mar, la rosa, el pino,
Y el hombre y el insecto, todo eres tú, Señor.

Señor, yo te comprendo: te siento entre mí mismo;
Te miro en una gota del llanto matinal;
Te encuentro de estos mares en el obscuro abismo;
Te gozo en las delicias del beso maternal.

Te siento en mi conciencia, te toco entre las flores,
Te escucho cuando ruge la ronca tempestad:
Te veo cuando asoman los plácidos albores;
Y ante tu faz me postro bajo esta obscuridad.

Que vengan donde pulso las cuerdas de mi lira
Para saber qué es eso que apellidamos Dios:
Para adorar su risa, para temblar su ira,
Para postrar el alma y enmudecer la voz.

Noche, misterio, soledad del alma,
Yo venero tu obscuro sacro manto,
Porque siento con él nacer mi calma
Y la sublime inspiración del canto.

Por los mares atlánticos mecido,
Y al arrullo del viento y de las ondas,
Pulso mi triste lira conmovido
Bajo tus negras cavidades hondas.

Mañana en otras tierras peregrino,
La yerta tumba extinguirá mi canto;
Pero, atraído de tu imán divino,
Mi sombra se alzará bajo tu manto.

CREPÚSCULO EN EL MAR

La tarde era tranquila. Silenciosas
Las olas con placer se deslizaban
Por los flancos del *Fénix*, que impelían
Del grato Abril las auras de la Pampa.
Olas teñidas con azul celeste
Y como el cielo que las cubre, claras;

Que todo el mar de la templada zona
No tiene de cruel sino la fama
Que pregonan los tímidos viajeros,
Cuando se ofusca de pavor su alma
Al mirarse en las ondas que atropellan
Del patagón las solitarias playas.

El cielo estaba limpio. Majestuoso
El sol hacia su ocaso caminaba
Dorando con su luz los horizontes
Y de la mar el manto de esmeralda.
Multitudes de pájaros gigantes,
Negros como la noche, o como el alba
Blancas sus plumas, sobre el mar caían
Y a la popa del Fénix se agolpaban.
Seguíanlo un instante, y de repente
Levantando del mar sus grandes alas
Volaban al Oeste fugitivos
Para alcanzar el sol sobre la Pampa,
Donde el cañón del Plata todavía
No ha violado la paz de sus moradas.

Todo era triste, religioso, dulce.
Es la hora en el mar que más nos habla
En mudo melancólico lenguaje
El idioma benéfico del alma.
Es la hora, en el mar, del *sentimiento;*
Hora en que desfallece la esperanza
Como el sol en su ocaso, tristemente,
Como la luz crepuscular que exhala,
En que sólo se avivan los recuerdos
Tristes de lo pasado, en que las almas
Caen en brazos ya de la memoria,
Sin valor y sin fuerzas, desmayadas.

Hora en que el navegante retraído,
Reclinando la sien sobre las tablas,
Tiene fijos los ojos en el cielo
Y conversa tranquilo con el alma;
O con secreta voz, para sí mismo,
Algún romance de su patria canta;
Palabras que aprendió de su querida
O de los tiernos años de su infancia.
Es la hora del mar: por sólo ella
Bien se puede arrostrar la dura saña
De las bravías ondas y los vientos
Cuando las recias tempestades braman.

Es la hora de amar. ¿Quién, navegando
Bajo nubes de armiño, derramadas
Sobre infinito manto de zafiro,
Cuando del sol el horizonte guarda
Los postrimeros pálidos fulgores,
No suspiró por la mujer amada?
¿No oyó a su corazón decir, latiendo:
«¡Si *ella* estuviera aquí!» y entusiasmada
La fantasía con pensarlo sólo,
Al par del corazón soñó mirarla,
Los rizos agitados por la brisa,
En los amantes brazos reclinada?

Son misterios del alma indefinibles
Ese imán, esos lazos que nos atan,
Cuando ama el corazón, a ciertas horas,
A ciertas perspectivas encantadas.

Las horas indecisas de la tarde,
En que la naturaleza arrodillada
Ruega al Dios de los mundos que la vuelva
Esa luz bienhechora que se apaga,

Y en dulces, melancólicos suspiros
Parece que en el éter se derraman
Sus místicas plegarias, difundiendo
Paz y consolación para las almas,
¡Sólo el amor y religión inspiran,
Sólo de amor y religión nos hablan!

Esas tranquilas horas de la noche,
Cuando la luna en el cenit descansa
Sobre plumas de cisne su cabeza,
Y bella y melancólica derrama
Espirales de luz pálida y débil,
Cual suele una mujer abandonada
Ir noche a noche a reposar la frente
Sobre el mármol que cubre de su falta
La yerta cifra y de su amante el crimen,
Y solitaria y lívida suspira:
¡Sólo el amor y religión inspiran;
Sólo de amor y religión nos hablan!

Las colinas, las aguas del arroyo,
Los prados con sus mares de esmeralda
Y los anchos océanos, cuando apenas
Sus olas muellemente se levantan,
¡Sólo el amor y religión inspiran;
¡Sólo de amor y religión nos hablan!

¡Bello y grande es correr sobre las ondas
Donde el alma sin límites se explaya!
Y ver la luna, el sol, y las dudosas
Horas de los crepúsculos, que bañan
Con sus pálidas luces tristemente
Del Oceano la ondulante espalda!
Y sentir de las olas el murmullo
Tranquilo y misterioso, como el alma

En esas horas lánguidas, que late
Con las luces y el mar armonizada:
Y sentir por la frente deslizarse
Los hálitos del mar en tiernas auras
Refrescando la sien enardecida,
Como el aliento de mujer amada
Cuando duerme y suspira en nuestros brazos
Al mundo criminal y al cielo casta!

¡Cómo entonces se afinan en el pecho
Las cuerdas del amor! ¡Cómo en el alma
Vive la fe de un Dios que la examina!
¡Cómo la Eternidad se muestra y habla!
¡Cómo entonces se eleva el pensamiento
Más allá de la vida y de los vanos
Fantasmas de la mente; y las pasiones
Cómo en vez de crueles se hacen blandas!...

Todo es grande en el mar, todo sublime
Como las ondas de su hinchada espalda,
Como el rugido de sus hondos senos,
Como su inmensidad, como su saña.

Y es fuerza que así sea. No se mira
En redor sino a Dios, en las más altas
Ideas de su mente, y ante ellas
En la contemplación reposa el alma.
La humanidad y el mundo se divisan
Por el prisma que forja la distancia,
Como a la gota de agua y sus insectos
Por el vidrio que el físico prepara.
Lo individual se olvida o desvanece,
Y sólo en abstracciones se levantan
Los vuelos de la mente, comparando
La grandeza de Dios que la anonada,

Y el átomo que olvida su miseria
Y osa volar sin fuerzas y sin alas.

Tan sólo el corazón desciende al mundo —
Al mundo del recuerdo y de las ansias —
Y tierno y melancólico suspira
Por su Dios, por su amor y por su patria.

Y CARLOS ¡ay!, mi joven PEREGRINO,
Alma por excelencia infortunada,
Que al par león y tórtola en sí abriga:
Hombre que si en titán se trasmudara
Y de lo alto del trópico mirase
La tierra por sus mares inundada,
Y rodando a sus polos en las ondas
Los montes, las naciones y las razas,
Como el padre del Arca se hincaría
En un místico canto a dar las gracias
Al dueño de la luz, diciendo ledo:
« *Así sea, Señor:* aquí está mi alma ».
Y hombre que sin querer empalidece,
Conmovido al aliento de las auras;
Que una lágrima empaña su mejilla
Cuando débil la luz del sol se apaga,
Y vaga una sonrisa por sus labios
Así que asoma (como virgen casta
Con su pálida tez y ojos brillantes,
Que mueve apenas la indecisa planta
A encontrar a su amante, y su mejilla
Más se colora cuanto más avanza)
La blanca luz del alba en el oriente,
Y en pos de ella la aurora iluminada!

A LA LUNA

Duerme tranquilo el mar sueño profundo,
Sin que agite su sien brisa importuna,
Y se levanta la redonda luna
Como el ojo de Dios mirando al mundo.

Un finísimo rayo de su frente
Llega trémulo al borde del navío,
Y en la espalda del líquido sombrío
Se mueve cual bellísima serpiente.

Al astro envuelve cenicienta nube,
Y de la lumbre de su frente luego
Más el reflejo que la sombra sube,
Y el linde dora en espiral de fuego.

Sigue trepando en carro de diamantes
Al cenit de la bóveda azulada,
Y la sierpe se expande, y transformada
Queda en lago de chispas rutilantes.

¿Qué mágico pincel pintar podría
Un solo rayo de su luz hermosa?
¿En qué tinta el color encontraría
De un arrebol entre una nube umbrosa?

Si el dulce ruiseñor de Los Consuelos
Pisara este bajel, él te cantara,
Tímida virgen, en los altos cielos
De suspiros y lágrimas avara.

Y a su voz de letal melancolía
Murmurara de amor el mar sombrío,
Y en torno se agolparan del navío
Los peces a la dulce melodía.

¿A quién buscas, viajera de la noche,
Sobre este llano de aridez eterna,
Do nunca al rayo de tu luz tan tierna
Abre una flor su perfumado broche;

Do nunca una beldad triste suspira
De su balcón en las heladas rejas,
Y al dar al viento sus sentidas quejas
Alza sus ojos y tu rostro mira;

Do nunca una mujer junto a una losa
Hincada llora su perdido fruto,
Pagando el triste maternal tributo
Bajo tu luz tranquila y misteriosa;

Donde no hay sino espacios infinitos,
Brisas que corren las llanuras solas,
Y el lúgubre quejido de las olas
Bajo los rayos de tu luz benditos?

Gracias, ángel que velas los pesares,
Casta beldad de adormecidos ojos:
Tú calmas dulcemente los enojos
Del viajador errante de los mares.

El conmovido mar se magnetiza
Tocado apenas por tu blanco rayo,
Y al contemplar su lánguido desmayo
Pliega sus alas con temor la brisa.

Como genio del mar el bajel vuela,
Murmurando las olas mansamente,
Y el triste marinero alza la frente
A ver tus rayos en la blanca vela.

¡Bendita, entonces, tu tranquila lumbre,
Del sol ardiente pálida memoria!
Ella trae de nuestra misma historia
Recuerdos mil en grata muchedumbre.

Uno derrama silencioso llanto,
Otro canciones de su patria canta;
Pero todos *recuerdan,* virgen santa,
En el bajel bajo, tu dulce encanto.

Ya estás en el cenit; bendita seas.
Ya iluminas la sien del PEREGRINO;
Ya escucharás su amor y su destino
Cuando en tu rostro sus miradas veas.

Oye, casta beldad, perla del cielo,
El ¡ay! de un corazón que Dios no quiso
Que el molde original en que le hizo
Diese otro semejante al triste suelo.

Oye de su dolor las justas quejas
En el albor de su infelice vida,
Y toque y cierre su profunda herida
El dulce rayo que de Dios reflejas.

Aquí desde un bajel perdidos llora
Amor y patria y juventud temprano,
Y al arrullo del viento y del Oceano
Pulsa su lira y la esperanza implora.

Es benigna tu luz, cual la mirada
De tierna madre a desgraciado hijo:
Vén, y en su pecho su dolor prolijo
Cálmale con tu luz inmaculada.

Su amante madre le robó la muerte;
A su tierra natal la tiranía;
Y del mundo también la hipocresía
Robó su amor y su temprana suerte.

Huérfano como el lirio del desierto,
Lo abrasa el sol y el viento lo deshoja:
Vén, blanca luna, vén, y su congoja
Hable y suspire con tu rayo incierto.

A LAS ESTRELLAS

EN EL MAR

Sobre la mar tranquila
Suavemente vacila
La blanca luz de la lumbrera hermosa.
Rutilan las estrellas,
Y el mar a todas ellas
Las duplica en su frente majestuosa.

Allí están chispeantes
Los fúlgidos diamantes
Del manto azul del César de los cielos,
Con quienes los querubes
Juegan entre las nubes
Sus luces apagando con sus velos.

Allí está ese misterio
Del eternal imperio
En todo su esplendor y poesía:
Allí están los puñados
De mundos inflamados
Que tiró Dios sobre la noche umbría.

Allí están, como fueran
Cuando juntos cayeran
A la urna sin fin del Universo;
Cual serán en la hora,
En que anuncie sonora
La trompeta final el día adverso.

Allí están sin asiento,
Por el divino aliento
Suspendidos en medio del espacio,
Y con magia encantada
Arrastrando imantada
A la mente sus rayos de topacio.

¿Qué magnético encanto
Irresistible y santo
Hay en vosotras, trémulas estrellas,
Que robáis con cariño
Las sonrisas al niño,
Y al anciano recuerdos y querellas?

¿Qué relación existe
Entre este mundo triste
Y vosotras, alegres y radiantes?
¿Qué tiene vuestro rayo
Con el mortal desmayo,
Con las penas del hombre palpitantes?

Decidme: vuestra lumbre
De grata mansedumbre
¿Tiene algo de común con los mortales?
¿Vuestros rayos supremos
Acercan los extremos
Del hombre y de los seres divinales?

¿O cual dicen las fablas
De las antiguas hablas,
Sois de todos clarísimos destinos,
Y cuando nace un hombre
Lleva un astro su nombre,
Y le marca en la tierra su camino?

Si lo sois, descubridme
El misterio, y decidme
Cuáles los astros son de los tiranos,
Y podré, aunque de lejos,
Maldecir sus reflejos,
Ya que no sofocarlos con mis manos.

Y señaladme cuáles
Con rayos virginales
Son los que alumbran la virtud sagrada,
Para poner mis sienes
A recibir los bienes
De su divina lumbre inmaculada.

Enseñadme cuál fuera
Quien a mi patria hiciera
Surgir brillante de su noche umbría;
Para clavar mis ojos
En su rayo, y de hinojos
Veneración rendirle el alma mía.

Y cuál la roja estrella
Que sus rayos destella
En su senda de lágrimas ingrata:
Para pisar contento
Sus rayos un momento
En el agua o cristal que los retrata.

Y del triste destino
Del pobre PEREGRINO
¿Cuál es, decid, la inapiadada estrella?
¡Ay! ¿será aquella acaso
Que se hunde en el ocaso,
Las ondas de la mar tocando en ella?

¡Cuántas veces al lado
De su ídolo adorado,
Allá en las noches de su patria hermosa,
«Esa es nuestra», decía,
Enseñando a MARÍA
En el cenit azul la más preciosa!

Y fijando la bella
Sus ojos en la estrella,
«Que velen nuestro amor sus resplandores»,
Decía en embeleso,
Recibiendo en un beso
El premio a sus angélicos amores.

¿Dónde están las dulzuras
De esas horas tan puras
Deslizadas en tiempo cristalino?
¿Dónde el bello tesoro
De los delirios de oro?
¿Dónde la juventud del PEREGRINO?

¿Dónde está la querida
De su temprana vida?
¿Dónde en el cielo la preciosa estrella?
¡Ay! ¿será aquella acaso
Que se hunde en el ocaso
Las ondas de la mar tocando en ella?

LA AURORA

Abrió el alba sus puertas de plata
Sobre goznes de perla y topacio,
Y mostró de la aurora el palacio
Sostenido en las olas del mar.
Sus jardines de luces esparcen
Muchedumbre de rayos por flores
Que matizan con tenues colores
De los cielos el limpio cendal.

Olas y olas y espacio do quiera,
Y en el centro del mar una pira
Cuya llama en boreales expira
En el cenit y al fondo del mar.
Salve, espléndida virgen del día,
Maravilla que el mar atesora;
¡Ay, si el genio del mar se enamora
Es su amante tu rara beldad!

Eres bella mirada en los campos
Entre cuna de bosques y lomas,
Mas ¡cómo eres sublime si asomas
Sostenida en las olas del mar!
¿Quién os pinta las mil espirales

De esos juegos de luz diferente,
Cual las aguas de artística fuente
Que se escapan en giro fugaz?

Allí están los colores del iris,
Allí brillan del ópalo aquellos,
Reflejando su luz todos ellos
En la hermosa esmeralda del mar.
Te descubres, y el alma se alegra,
Y en secreto se expande la vida,
Pues en ti y en las flores se anida
Misterioso un aliento vital.

¡Ay de aquel que al mirarte no siente
De esperanzas y amor un destello,
Y de Dios no comprende lo bello
Cuando doras los cielos y el mar!
Son los lazos del hombre y el ángel,
De la aurora los bellos colores,
La armonía, la tarde, las flores
Y la casta y risueña beldad.

¡Salve, salve, magnífica aurora,
Cabellera de alado querube
Que esparrama sus rizos, y sube
De bañarse en el centro del mar!
Allí está un laberinto de rosas;
Allí cisnes en lago azulado,
Salve, salve, bosquejo alumbrado
Del jardín primitivo de Adán!

Que no invada tu plácido alcázar
El soberbio monarca del día,
¡Ay¡ que entonces la bella arquería
Cae deshecha en las olas del mar!

Que sus rojas oleadas de rayos
No derrame en tus suaves jardines:
¡Ay! que entonces los blancos jazmines
Y las rosas quemadas serán!

Sí, conserva tu ramo de luces
En su hermoso jarrón de esmeralda,
Y una flor llevará a su guirnalda
Quien recoge las flores del mar.
Quien con alma y con ojos cansados
Teme al sol y las sombras adora,
Y la luz la procura en la aurora,
O en la tarde, la noche al llegar.

SÚPLICA

Espíritus del alma que conducís la mente
Con misteriosas alas más lejos del presente,
Más lejos de las cosas que nuestros ojos ven;
Y donde ya la lumbre del porvenir vacila,
Y donde con su rayo no alcanza la pupila,
Llegáis, y con vosotros el ánima también:

Venid, y arrebatada mi herida fantasía,
Que llegue en vuestras alas hasta la patria mía
Tras las obscuras rocas que miro en confusión.
Son ellas de mi patria la poderosa mano
Que en el confín detiene las ondas del Oceano
Para escudar los prados que habita el patagón.

Arrebatadme el alma para poder de hinojos
Reverenciar la tierra que niegan a mis ojos,
Empero que es mi patria, la dicha de mirar.

Y pueda con la mente palpar esos parajes,
De virgen poesía magníficos paisajes,
Que están tras de las rocas que miro desde el mar.

Y pueda con la mente mirar en sus regiones
Aquellos colosales soberbios patagones
Sin freno dominando su indómito corcel;
Y cual la rauda flecha de su carcax de cuero,
Y cual las rudas alas del silbador pampero,
Pasar de los desiertos el último dintel.

En su tostada frente las coloradas plumas
Y piedras cristalinas que cubren las espumas
Del mar que se derrama por el Estrecho allí:
En el nervoso brazo la desmedida lanza .
Que mata con el peso cuanto a tocar alcanza;
Y en los desnudos hombros el ancho *quillapí*.

Y verlos en la tarde, cuando la tribu acampa
De soledad rodeada sobre la inmensa pampa.
Huyendo su presencia los potros y el yajá;
Y verlos, sin cuidarse de huella ni de rastro,
Confiados en su marcha del brillo de algún astro
Que asoma y con su rayo la brújula les da.

Y verlos levantarse, con su salvaje calma,
Y al lomo de sus potros cual a segura jalma
Saltar y estar el hombre clavado al animal;
Y luego como el viento cruzar rápidamente
Su patria — los desiertos — do queda solamente
De América su madre la forma original.

Su patria — los desiertos — de cuya vasta orilla
No osó ir más adelante la gente de Castilla
Para matar sus hijos en nombre de la Cruz.

O acaso para darles la lengua en que no escucho
Ni el arte ni las ciencias, y que dejó por mucho,
Por único recuerdo de bienes y de luz.

Y pueda con la mente llegar hasta la roca
Donde se quiebra el Andes y en el Estrecho toca
De su cadena inmensa como último eslabón;
Y ver sobre la tierra donde nací a la vida
La frente de los Andes quebrada y abatida,
Rindiendo a los desiertos honor y admiración.

Y pueda de una en otra por las montañas largas
Que el rayo de la aurora reciben en sus vargas
Correr las cordilleras que por mi patria van;
Hasta que llegue al pico soberbio de Aconcagua,
Donde fermenta eterno, dentro profunda fragua,
Para quemar las nubes el tronador volcán.

Y cerca de los cielos, del cráter a la orilla,
Sobre la eterna nieve doblada la rodilla,
Saludaré entusiasta la patria en que nací.
Y lleno de recuerdos e inspiración entonce,
Pulsando las bordonas de mi laúd de bronce,
La gloria de sus armas le cantaré de allí.

La gloria, que al reflejo de sus fulgentes brillos
Deslumbrará en diez siglos el león y los castillos
Que el godo levantara por símbolo español,
Cuando al brillar el oro del estandarte ibero
Los otros apagaban su brillo pasajero,
Cual hacen las estrellas al asomar el sol.

Que porque son doradas las hojas de su historia
Mostrando en cada letra de su opulenta gloria
Que en españolas venas no hay sangre sin valor,

Fué grande de mi patria la coronada hazaña
De haber hecho pedazos el pabellón de España,
Cercado de adalides del castellano honor.

Mirad de ese Aconcagua sobre el cristal de hielo,
Do paran sin aliento los cóndores el vuelo,
La conocida huella del argentino pie.
Corred para mirarla también en Uspallata,
Que no es al argentino la cordillera ingrata,
Como los anchos valles que el occidente ve.

Sobre ella palpitaron valientes corazones
Marchando por la nieve soldados y cañones,
Haciendo entre las nubes el pabellón lucir.
Y encima de los Andes — con hecho sin segundo —
Jugando iba mi patria del porvenir de un mundo
Los dados que debieran la suerte decidir.

Afronten mis pupilas el descubierto rayo
Que se quebró algún día sobre el fusil de Mayo
Que hería de los cielos el transparente tul;
Y atónitas contemplen los hondos precipicios
Por do bajó al impulso de santos sacrificios,
Para cubrir ingratos, el pabellón azul.

Desde Aconcagua puedan los ecos de mi lira,
A Chile que grandezas y libertad respira,
De Chacabuco hablarle y hablarle de Maipú;
Y un eco discurriendo del Andes por la cima
Repita entre cien otras las de Ayacucho y Lima,
Mezclando entre victorias Colombia y el Perú.

¡Mas, oh, la patria mía se paga con su gloria!
Fué sola en otros tiempos, y sola en la victoria
Mañana a sus tiranos abatirá la sien...

Yo cantaré en la cumbre de los altivos Andes
La fe que sostuviera los corazones grandes
De los que ya a sus plantas los luminares ven.

Yo cantaré victorias sin pronunciar enojos;
Yo miraré los pueblos, sin fulminar mis ojos,
Que tras la cordillera sobre la mar están;
Y el porvenir de todos saludaré en la cumbre,
Bañado de otros tiempos en la fulgente lumbre,
Mientras despido aquellos que túrbidos se van.

Y en tanto que mi lira sobre Aconcagua loa
Los pueblos que salpican las ondas de Balboa,
Por el clivoso hielo mi espíritu escurrid;
Y baje la montaña por la argentina grieta
Que toca con sus valles Mendoza la coqueta
Bajo el dosel dormida de su frondosa vid.

Y allí sobre los campos por bendición opimos,
Cubriendo mi cabeza dulcísimos racimos
Y oyendo de las fuentes la armónica inquietud;
Mirando por el Andes bajar la caravana,
Y entrando por el llano la tropa tucumana,
Con cuerdas de mi patria resonará el laúd.

Y acaso a sus sonidos la esbelta mendocina
Con sus cabellos negros y tez alabastrina,
Del trovador al lado se acercara gentil;
Y juntos, a la sombra de perfumada parra,
Se pierda entre las hojas el són de una guitarra
Pulsada dulcemente por manos de marfil...

Espíritus del alma, llevadme todavía
Más lejos, sí, más lejos, que hoy quiere el alma mía
Correr sobre mi patria y en ella respirar.

Llevadme, que son muchos mis años de proscrito;
Los años que las playas del extranjero habito,
Las puertas de mi patria rondando sin entrar.

Llevadme, que es amarga la miel del extranjero;
Sus días no son claros ni el aire lisonjero:
Sus frutas son muy agrias y pálida su flor.
Llevadme, que en su aurora mi vida se acongoja
Perdiendo cada día su flor hoja por hoja,
Que se las lleva el soplo del frío desamor.

Paseadme por los valles, y al claro de algún astro
Mostradme esas lagunas, cual platos de alabastro
Con aguas que se entibian al pie del Limarí;
Llevadme hasta la Arauca sin miedo que peligre;
Que el *tigre de la pampa* mató al *llanero tigre*
Hiriéndole, dormido, con rudo frenesí.

De Catamarca rica, de Salta la gloriosa
Llevadme hasta los bosques donde la luz se emboza;
Bañadme en esos ríos que incógnitos están;
Con flores de cien prados tejedme una guirnalda,
Y pues estoy dormido con sueños de esmeralda,
Bajadme a los jardines del fértil Tucumán.

Del naranjal espeso bajo la fresca sombra
Dormido reclinadme sobre la blanda alfombra
De nardos que codician las jarras del Edén;
Y cuando me despierten las aves bacanales,
Cubierto me contemple por tulipán y chales
De azahares que lloviendo del naranjal se ven.

Y en tanto que en las ramas murmuran las palomas,
Y los jilgueros trinan en las doradas pomas,
Y están las mariposas besando el alhelí,

Presenten a mis labios la perfumada mora,
De la colmena blanca las mieles que atesora,
Jugosos arrayanes y el dulce piquillí.

Y vibrará mi lira dulcísimos sonidos,
Que embriaguen cual embriaga los ávidos sentidos
La lúbrica belleza que ostenta Tucumán;
Jardín con laberintos de luces y de grutas
Donde se guardan flores y pájaros y frutas
En mesas de esmeralda que las praderas dan.

Llevadme; que yo pueda gozar en la belleza
Del único tesoro de la naturaleza
Que al suelo de mi patria le regalara Dios;
Y allí bajo tan dulces y suaves impresiones
Olvide mis pesares, y sienta mis pasiones
Hablar al pecho mío sin tan pujante voz.

Un poco más de vuelo y en vuestras raudas alas,
Y revestida el alma de flores y de galas,
Por compasión llevadme donde mi cuna fué;
Y cual se olvidan quejas a la mujer querida
De sus amantes ojos bajo la luz de vida,
Mis años de destierro, mi llanto olvidaré.

Bajad por las corrientes que el Paraná desata,
Y la hallaréis a orillas del caudaloso Plata
La música escuchando de su gigante voz.
Allí do se contemplan los claros horizontes
Y la mirada hiende sin tropezar con montes
Que tuerzan a los vientos en su ímpetu veloz.

Allí donde levanta su frente descubierta,
Como águila posada sobre extensión desierta,
Que mide con sus ojos el circular confín;

Como de extensa plaza sobre el marcado centro,
Para mirar si llega quien le vendrá al encuentro,
Pasea sus miradas el noble paladín.

Del alto San Isidro sobre las verdes lomas,
Do llegan de sus bosques rodando los aromas
Y del jazmín del aire la esencia virginal,
Sus diecinueve torres descubriréis sombrías,
Como fantasmas negros que de las ondas frías
Levantan de improviso su cuerpo colosal.

Allí está Buenos-Aires; el vaso de esmeralda
Que guarda transparente las joyas y guirnalda
Que relumbraron antes en la argentina sien;
Allí está más hermosa con su desgracia misma
La inconsolable viuda que en su dolor se abisma,
El ángel que ha dejado las puertas del Edén.

De allí se levantara la estrella que siguieron
Por montes y desiertos los pueblos que salieron
A ver el nuevo Cristo del mundo de Colón.
Y siempre caminando tras su fulgente rayo
El Cristo descubrieron que les predijo Mayo,
En cuna de banderas, al lado del cañón.

Y todos el bautismo tomaron en la fuente
Que el Plata les llenara con rápida corriente,
Y toda fué bendita la americana grey;
Y fuera para todos su religión segunda
La LIBERTAD del Plata, benéfica y fecunda,
Su nuevo Jesucristo, su prometido Rey.

Velando de la patria la sacrosanta pira,
Los triunfos del guerrero cantaban en la lira
Los bardos inspirados bajo la patria luz:

Y allí está el primer templo que al porvenir recuerda
Dónde vibró primero la americana cuerda
Los verdaderos nombres de LIBERTAD y CRUZ.

Con blancas vestiduras y celestinos lazos
Las madres levantaban sus niños en los brazos
Para cantar a Mayo cuando naciera el sol;
Y allí fué la primera generación que toma
De Libertad y Glorias americano idioma,
Su corazón pasando por límpido crisol.

Allí venid conmigo, bellísimos delirios,
Yo quiero iluminarme con su millar de cirios
En medio de la santa grandiosa catedral:
Yo quiero, pues que vuelvo junto a mi tierna madre,
Dar gracias de rodillas al justiciero Padre,
Donde mojó mis sienes el agua bautismal.

Salid de la memoria, recuerdos punzadores;
Yo quiero dentro el alma fraternidad y amores
Cuando hoy toca mi planta la tierra en que nací.
Al pie de la columna de nuestro Mayo santo,
De paz y de esperanzas elevaré mi Canto...
¡Señor, mi pecho late, la inspiración en mí!

Venid en torno mío, bellísimas mujeres,
En cuya boca juegan la risa y los placeres,
En tanto que en el pecho cobíjase el pudor;
De quienes la cintura las sílfides envidian,
Y cuyo pie las Gracias por conquistarle lidian,
Y cuya tez da celos al matinal albor.

Venid e iluminadme con la pupila negra
A cuyos dulces rayos el corazón se alegra,
Como a la luz que vierte la luna sobre el mar;

Venid, hijas del Plata, con ramos de jazmines
Y rosas que en la tarde tomáis de los jardines
Que vuestras lindas manos se esmeran en regar.

Venid y coronadme. — Yo soy el PEREGRINO
Que andando en otras tierras en pos de su destino
Cantó de Buenos-Aires las glorias y el honor:
Venid y vuestros ojos con su apacible lumbre
Inspiren a mi lira preciosa muchedumbre
De acentos perfumados con ámbar del amor.

Yo he visto en mi destierro mujeres hechiceras;
Mas recordando luego del Plata las riberas,
He dicho entusiasmado: « Más lindas son ALLÍ ».
Las rosas he tenido de espíritu el más blando;
Llevarlas quise al pecho, y el pecho suspirando
Me ha dicho « de ALLÍ » quiero más tarde un alhelí.

Contadme sin misterio vuestra pasión secreta,
Y os formará romances mi mente de poeta,
Y encontraré en vosotras lo que perdiera yo;
Que, apenas de mis años en la estación florida,
Al sol del infortunio se acongojó mi vida,
Como silvestre lirio que el huracán dobló.

Y luego al separarnos os pediré una rosa
Cuando mi sien descanse sobre temprana losa
A orillas de ese Plata que heló mi juventud;
Mas no de vuestros ojos os pediré una perla:
Creeríame infelice dentro mi tumba al verla,
Y yo pido a mi patria siquiera mi ataúd.

Espíritus del alma que conducís la mente
Con misteriosas alas más lejos del presente,
Más lejos de las cosas que nuestros ojos ven:

Venid y con mis sueños de lirios y amapolas
Llevadme hasta esas rocas que miro tras las olas;
Son rocas de mi patria: la patria es el Edén.

EN EL BRASIL

En vosotras, montañas,
Que con un sol de llamas en la frente
Y el fuego del metal en las entrañas,
Parece que del suelo de repente
Os escapáis, para pedir a prisa
A los cielos un hálito de brisa,
Alguna vez, oculta por las hiedras,
Una letra hallarán en vuestras piedras.

El pie del PEREGRINO
Ha tocado la sien de vuestras moles,
Y más arriba de las densas nubes.
Ha dormido a la sombra de algún pino
Bajo un cielo bordado de arreboles,
Su sueño acariciando
El plácido murmullo
De la brisa en las palmas resbalando;

O el armónico arrullo
De las fuentes corriendo cristalinas
Con bulliciosa voz por mil canales,
Y en hebras serpentinas
Por entre los sahumados vegetales,
O al hiriente y agudo

Silbido de las sierpes escondidas
Bajo el leve dosel de hojas caídas
Que al rodar turban el silencio mudo.

Y al llegar a su oído
De montaña en montaña el ronco trueno,
Rodando en compasadas vibraciones
¡Cuántas veces ha visto conmovido
Sin mancha el cielo iluminar sereno,
Y cual negras visiones
Que velan de los montes la cintura,
Rodar las nubes destilando el agua,
Y entre los velos de su niebla obscura
Prender los rayos en etérea fragua!

Volar desde la falda
Las espantadas aves a la cumbre,
Y sobre las coronas de esmeralda
Beber del sol la brillantina lumbre,
Mientras al pie de la montaña quedan
Obscuras nubes que tronando ruedan!
Muchas veces, así, llena de espanto,
En sublime abstracción se escapa el alma,
Y en un cielo sereno
Vaga la mente en religiosa calma,
Por no escuchar del seno
En rudas vibraciones
La tormenta fatal de las pasiones...

Arquerías de espléndidos torrentes
Que coronáis la sien de la Thijuca;
Pintoresca cascada,
Fuente de cien arroyos y cien fuentes:
Reverencia y loor a tu grandeza,

Y a tu sublime bello,
Que hace inclinar del hombre la cabeza
Enseñando de Dios el sacro sello.

¡Oh! si en rápidas ondas,
Ese arco colosal de agua y colores
Que formas al lanzar tu torbellino,
No se precipitara en las montañas,
Y de una en otras cavidades hondas
No corriese apagando los rigores
Del fuego tropical en las campañas,
Y dando vida en la caldeada roca
Al rudo vegetal y al yermo suelo,
Como el soplo de Dios baña la esfera
De mundo en mundo, y cuanto raudo toca
Vive y forma la eterna primavera
De la pasmosa creación del cielo:
¡Ese arco cristalino
Reflejaría, acaso,
La descubierta sien del PEREGRINO
Cuando la vez primera lo admiraba,
En momentos que el sol desde el ocaso
Sus postrimeros rayos apagaba,
Y el lánguido color de los topacios
Matizaba el zafir de los espacios,
Y en el arco ruidoso y movedizo
Relumbraba del ópalo el hechizo!

Allí, y en esa hora
Melancólica y dulce de la tarde,
Viendo lánguidamente
Morir del sol el amarillo rayo;
Viendo en el trono de la ausente aurora
Mostrar la noche su severa frente;

En medio de ese tímido desmayo
De la naturaleza, cuando mira
Nacer la noche y que la tarde expira;

Allí, el alma embriagada,
Respirando una brisa perfumada
Con los dulces alientos de las flores
Que no ha tocado el ¡ay! de los dolores,
Y que parece cuando el rostro toca,
En vez de brisa, aliento de las puras
Seráficas criaturas
Que en las nubes de perlas y zafiro
Exhalan tiernas de su dulce boca;
Allí, sobre la cumbre de esa tierra
Que ha visto deslizarse uno por uno
Los siglos de la tierra
Sin conservar el rastro de ninguno;

Sobre aquellas montañas
Que cual fibras de vida los metales
En mineros sin fin forman su entraña,
Como forman las venas
De su pecho y sus miembros colosales
Los ríos desprendidos
Que llevan confundidos
El oro y los diamantes por arenas;
Allí, sobre su frente
Ese arco estrepitoso del torrente,
Y al poder de tan fuertes impresiones,
El joven PEREGRINO
Ha sentido tal vez revelaciones —
Mezcla de mundanal y de divino —
Pero sublimes, cual sublimes viera
La cascada, los montes y la esfera!

Él comprendió quizá que sobre el mundo
No se ha perdido todo, cuando queda
Dentro del corazón rayo fecundo
De inmaculada fe... fuente do pueda
Tomar el corazón dentro en sí mismo
De la conciencia espiritual bautismo.

Se abrillantó el recuerdo en su memoria;
Sintió el eco de Dios en la conciencia,
Y patria y madre y religión y gloria
Dibujaron un prisma en su presencia.

Y al rumor del torrente,
Y a la postrera luz del tibio día,
Sintió que le decía
El corazón, latiendo dulcemente:
« Aun necesito AMAR »... ¡Palabra santa!
¡Ósculo que se dan reconciliadas
La humanidad y el alma entusiasmadas!

Mas ¡ay! esa palabra dentro el seno
Vierte oculta la vida y el veneno,
Es la revelación indefinible
De esas almas que viven de armonía
Por su secreta condición sensible;
Y es ¡ay! para la humana criatura,
En su misión de llanto y de agonía,
Su sensibilidad, su desventura.

¡Insondables misterios
De eso que llaman corazón del hombre!
¿Por qué esos espectáculos salvajes
De la naturaleza en sus imperios;
Esos cuadros sin nombre,
Panorama de luces y paisajes;

Ciertas horas, los montes, el Oceano,
Todo lo que sorprende en la natura
Hace amar y temer al pecho humano
Levantando hasta Dios su criatura?

Ello es así; parece que la vida,
De su materia débil asustada
A la faz de las grandes creaciones,
Corre a buscar guarida
Al centro de los otros corazones,
O ante el Supremo Ser desalentada,
Como tímida virgen, sorprendida
En medio a su jardín por la tormenta,
De otra niña hasta el brazo,
O al amoroso maternal regazo
Corre, y temblando sus temores cuenta.

Ello es así; marchad en el desierto,
Contemplad la grandeza de los mares,
O paraos en la sien de una montaña,
Y un místico concierto
De recuerdos, de afectos y pesares
Os toca el corazón con voz extraña.
Contemplad un cadáver,
O escuchad la fatídica campana
Que al expirar el día
Llama al templo de Dios la alma cristiana
Para el lleno de amor *Ave María*;
Y vuestro corazón en lo profundo
De su ser misterioso, ama y padece;
Porque nada en el mundo
Ante los ojos del mortal perece
Sin robar un suspiro; sin que triste
Perezca repitiendo
Que morirá también cuanto hoy existe.
. . . .

Era una noche plácida y serena
Como frente de virgen adormida.
La luna en el cenit pálida y llena
Alumbraba el espacio
Con el pajizo rayo del topacio,
Con no sé qué de animación y vida
Sobre su melancólico semblante,
Y entre el iris boreal de órbitas bellas
Lanzaban rutilante
Las trémulas estrellas
El rayo azul del fúlgido diamante.

Una leve barquilla sobre el lago
Se deslizaba al cariñoso halago
De la aromada brisa;
Como en finos cristales
La gota del rocío se desliza
Tocada por las auras matinales,
O, en más dulce cariño,
Por el aliento angelical de un niño.

En ella el PEREGRINO, y a su lado,
A la argentada claridad se vía
Una mujer en cuya frente pura
Reflejábase el rayo de una estrella;
O más bien, de su célica hermosura
Una luz celestial se desprendía.

Desde la sien más pálida y más bella,
Con el color del ébano, el cabello
Caía en rizos espléndidos al cuello,
Do el aura suave a conmoverlos llega;
Y en el hombro de CARLOS se inclinaba,
Cual una flor que el céfiro doblaba,
Una cabeza de moldura griega:

Mientras sus negros y rasgados ojos,
Do brillaba una lánguida pupila,
Clavaban su mirada en las estrellas,
En contienda tranqnila
Cambiando el rayo de sus luces bellas:
Mientras de amor y de suspiros lleno
Blando latía su redondo seno
Velado por la blanca vestidura
Que cual diáfana niebla lo cubría,
Y entre una negra cinta se escurría
En torno a su finísima cintura.

Pero en esa visita misteriosa
Del amor a la hermosa
Naturaleza tropical, ¿venía
De la felicidad la clara estrella?
¡Se puede ser feliz con ser amado,
Y por el mismo amor ser desgraciado!

Una nube importuna,
De misteriosa huella,
Eclipsó el rayo de la parda luna;
Y al virar la barquilla
Para la opuesta orilla,
Se apartaron dos rostros, y cayeron
Lágrimas que en el lago se perdieron.

NATURALEZA E HISTORIA

. . . .

Al contemplaros él radiante y bella [1]
En vuestro rico y fúlgido palacio,
Do el crucero destella

[1] Habla el poeta a la Naturaleza.

Rayos de oro que alumbran el espacio,
No solamente religiosa calma
Y un hálito de Dios sintiera su alma:
También, bello y ufano,
Sintió hablar a su orgullo americano.

Bajo el crucero, CARLOS no ha podido
Preguntar a Venecia qué se hicieron
De su tiempo florido
Los trece siglos que al León oyeron
Rugir con libertad, dejando al mundo
Desde San Marcos en pavor profundo,
Como en cien barcarolas
El gondolero en sus canales solas.

Ni, como Harold, a la augusta Atenas
Preguntar por los sabios ciudadanos
Con almas puras, de coraje llenas,
Al contemplar las manos
De la Grecia infeliz entre cadenas.

Ni ha visto en Waterloo desparramada
La ceniza del águila francesa,
Que ayer sobre las nubes remontada,
Al peso descendió de su grandeza.

Ni como Chateaubriand, quebrando hiedras
Ha examinado las ocultas piedras
Del romancesco Oriente,
Para encontrar los héroes de la historia
En las perdidas tumbas de su gloria.

Ni en fragmentos de mármol, encubierto
Por el crecido musgo, ha descubierto
En la Roma presente

De la pasada Roma los ejemplos,
En rotos dioses y arruinados templos.

Ningún sitio ha traído a su memoria
Un recuerdo brillante
De la pasada gloria
Que ha llevado del mundo el tiempo errante.

Ningún lugar contó a su fantasía,
En las antiguas hablas
De la Mitología,
Guerras y amores, religión y fablas.

En ningunas arenas
Bañadas por las olas,
Ha visto aquellas que escuchaban solas
De Penelope las sentidas penas.

Él no ha reconocido
La peña del Vulcano,
Ni a la Musa de Lesbos percibido
En los montes a orillas del Oceano.

Sobre la cima de ninguna sierra
Ha visto de los dioses el asiento,
Do a su potente voz el rayo, el viento
Se despeñaban en tronante guerra.

En ningún monte el célebre Parnaso,
En ningún mar bañarse la Mañana;
En ningún bosque de la hermosa Diana
La huella ha visto del ligero paso.

Nada de esto ha tocado de repente
La memoria una vez del PEREGRINO;
Pero ¿acaso lo siente?

No; que cosa más bella en su camino
Ha visto entusiasmado,
Y al mirarla su frente ha descubierto.
Él, sus brazos al pecho, no ha mirado
A un noble anciano en el sepulcro, yerto;
Ha contemplado un niño
De riente faz y virginal cariño.

Genios sublimes del antiguo mundo,
Abrid sepulcros y cavad cimientos,
Y con saber profundo
Habladnos de los viejos monumentos.
Levantad los sudarios
Que cubren del pasado la grandeza,
Y en la misión tan útil de *anticuarios*
Gane palmas sin fin vuestra cabeza:
En la América mía
Vuestra misión muy poco ganaría.

Perdón — De gloria os mostrará diez siglos
Habidos en diez años solamente.
¡Oh, no penséis que la irritada mente
Se imagina fantasmas y vestiglos:
Es todo realidad — Sólo un cartucho
Quemado sobre el campo de Ayacucho,
Vale algo más que toda la metralla
Que gastó Francia en su mejor batalla!

Si la grandeza militar se estima
Por lo que de ella al porvenir le toca,
Cabe bien Austerlitz dentro la boca
De un cañón de Junín, o Maipo, o Lima.

Cualquier bala del campo americano
Le vale más al porvenir humano
Que de este siglo todas las medallas
Que recuerden de Europa cien batallas.

En nuestro mundo el monte y la pradera
Tocan árido, pobre e infecundo
El antiguo pasado con su mano;
Pero, ¿cuánto daría vuestro mundo
Por un poco siquiera
Del porvenir del mundo americano?

Aquí, si se contempla una llanura,
No se cree oír un canto de victoria,
Ni ver de Jerjes la sangrienta huella:
Mas se adivina una época futura
En que al aliento de la humana gloria
Veránse pueblos levantarse en ella.

Al contemplar un monte
No se piensa escuchar dioses ni amante,
Pero se piensa ver el horizonte
A través de su cuerpo de gigante,
Cuando el arte y la industria con sus brazos
Partan las cordilleras en pedazos.

El río, el monte, el llano,
La piedra, las arenas, cuanto existe,
Son aquí joyas del futuro humano:
Joyas con que la América se viste,
Y virgen y radiante y poderosa
Presenta al porvenir su mano hermosa.

¡Salud, joya del mundo! El Peregrino
Siente demasiado alta su cabeza
Cuando a los pies de tu sin par belleza
Te ofrece de rodillas su destino.

Bastante se ennoblece y abrillanta
Bajo la lumbre suave de tus ojos,
Para envidiar del Asia los despojos,
Ni cuanto Europa envanecida canta.

Al pintar tu hermosura
Lo inspira y alza lo sublime de ella,
Y con sólo seguirte, virgen pura,
Él se baña en los rayos de tu estrella.

¡Salud, ricas coronas
Para la blanca frente de la hermosa,
Tejidas desde el Plata al Amazonas
Por la mano del cielo primorosa!

HACIA EL PLATA

En muda soledad duerme tranquila,
Cual postrado león, la mar sonora,
Y allá en el horizonte su pupila,
Cual risueña beldad, muestra la aurora.
El primer rayo de su luz vacila
Y apenas de la mar la espalda dora;
Pero llegan en pos y en muchedumbre
Rayos y rayos de brillante lumbre.

Huye la obscuridad y huye el sosiego
De la ofendida mar, que hincha su espalda,

Y allá en el horizonte ondas de fuego
Disputan a la mar las de esmeralda;
Hasta que bordan opulentas luego
Del astro rey la fúlgida guirnalda,
Que en su llama inmortal al mundo absorbe
Como la luz de Dios absorbió al orbe.

Con la brisa del Norte hinchado el lino
Se desliza el bajel rápidamente,
Como la vida al soplo del destino
En el mar de las cosas y la mente.
En la popa, su vista el PEREGRINO
Tiene fija en las nubes de Occidente;
Baja sus ojos y las ondas mira,
Y como lleno de dolor, suspira.
. . . .

Esas ondas que mira el PEREGRINO
¿No sabéis cuáles son? Son las del Plata;
Y esas nubes que el rayo matutino
Sobre el cenit azul blancas dilata,
Le descubren el Cabo Cisplatino,
Cuya sombra en las olas se retrata.
¿Comprendéis el suspiro? Al Sur, la nube
De las riberas de su patria sube.

Si al extranjero que aprendió la historia
De estos pueblos, las ondas de su río
Inspiran un recuerdo en su memoria,
Triste como el crepúsculo del día,
Al que en ellas nació, cuando la gloria,
Que al nacer expiró, también nacía,
¡Oh, qué no inspirarán, si acaso siente
Sensible el corazón y alta la mente!

El Peregrino sus miradas gira:
A su izquierda la patria. *Allí está ella,*
Dice, y las nubes y las ondas mira,
Por distraer el alma de la huella
Que labra la vergüenza... El aura aspira
De la patria oriental... Sus rocas, bella
Baña la luz del sol... mas ¡ay! le muestra
Que también hay tiranos a su diestra [1].

¡De un hombre que en el Plata fué su cuna,
Sus esperanzas y su fe primeras,
Es por cierto, gran Dios, bella fortuna
Estar del río entre las dos riberas,
Y saber que a la vez en cada una
La barbarie despliega sus banderas;
Y que en aquella o en aquesta orilla
A su garganta espera la cuchilla!

Es cierto, sí; mi pobre Peregrino
Bien habrá de mover su mundo interno,
Al contemplarse sobre débil pino
Navegando a la entrada de un infierno;
Bien puede meditar sobre el destino,
Los fallos de Satán o del Eterno,
A la vista de pueblos y señores
Que dejó malos y los ve peores.

Su madre patria allí, y allí su hermana...
Hay parientes, por Dios, que más valiera
Llorarlos muertos en su edad temprana.
Y esa madre de hermosa primavera,
Y esa joven tan pura en su mañana,
El triste viajador verlas quisiera

[1] El general Oribe, que a la sazón sitiaba a Montevideo.

En aqueso que llaman en la historia,
No tumba, sino templo de la gloria.

¡Argentino! Por Dios y por mi vida,
Que este mundo no es hoy una gran cosa;
Si no se llama cosa desmedida
Siervo vivir de tiranía odiosa,
O arrastrar vagabunda y desvalida
Una existencia obscura, fatigosa;
Dos extremos, los únicos al hombre
Que lleva de argentino el triste nombre.

Antes era otra cosa; antes valía
La pena de llevar una estocada
El decir con orgullo y bizarría:
Nací argentino y en mi patria amada
No hay ya ni esclavitud ni tiranía,
Y en la frente del hombre inmaculada,
Donde la libertad graba su sello,
Deslumbra un rayo de esperanzas bello.

Pero antes esa patria, en vez de yugo,
Laurel tenía y palmas en la frente;
En vez de miserables y verdugo,
Hombre de honor y corazón valiente;
Y en vez del vicio cuyo amargo jugo
Hoy nutre sus entrañas torpemente,
La miel de la virtud nutría el seno
De amor, nobleza y esperanzas lleno.

Entonces a la luz del claro día
Se conquistaban glorias inmortales,
Y el corazón en ecos repetía
Las voces de los cánticos triunfales;
Entonces por la patria se moría,

Y eran templos las urnas sepulcrales;
Entonces ¡ay! las madres envidiaban
La suerte de los hijos que expiraban.

Entonces en la lid nuestros guerreros
Dirigían al pecho castellano,
Como leales y nobles caballeros,
La punta de su sable americano;
Entonces se envainaban los aceros
Y al vencido infeliz, la propia mano
Del vencedor cuidaba de su herida,
Al que quiso matar, dándole vida.

Entonces el anciano, cuya noble
Frente al peso del tiempo ya se abate,
Cual viejo y fuerte deshojado roble
Que resiste del viento el duro embate,
Escribía la ley, cuando el redoble
Convocaba sus hijos al combate,
Y ellos le daban *patria* con la guerra,
Y el viejo a ellos, *ley* para su tierra.

Entonces en las bóvedas del templo
La palabra de Dios repercutía,
Y la virtud de Cristo era el ejemplo
Que el sacerdote al pueblo descubría;
Entonces esta lira que yo templo
A la voz de mortal melancolía,
Otros templaban a la dulce y bella
Voz de la libertad, en redor de ella.

Entonce el labrador, cuando el arado
Volvía a levantar, dejando el sable,
De su esposa y sus hijos rodeado
A la puerta del rancho miserable,

Ricas cosas contaba entusiasmado,
Todas de patria y gloria memorable;
Sin miedo de negar o dar renombres,
Porque entonces los hombres eran hombres.

Entonces eras tú, pueblo argentino,
Grande como los Andes y el Oceano;
Y a la luz de tu fúlgido destino
Alumbrabas el mundo americano,
Derramando en tu espléndido camino,
Como Dios las estrellas con su mano,
Chispas de libertad, rayos de gloria,
Desde el carro veloz de la victoria.

Rodaban de los Andes de repente
Torrentes de guerreros a su acento,
Para caer cual rayos en la frente
De un trono con dos mundos por cimiento;
Como al eco de Dios, en llama ardiente
Cayeran en raudal del firmamento
Nubes y nubes que el cenit desploma
En la réproba frente de Sodoma.

Y a sus plantas tiraba hecha pedazos
La cadena de hierro de dos mundos,
Que cayeran del cielo sin más lazos
Que aquellos del amor, y los profundos
Mares que los estrechan con sus brazos,
Por más que sus desiertos infecundos
Donde todo se pierde ante los ojos,
Parezcan separarlos con enojos.

Y cambiaba del hombre los destinos
Levantando una virgen de esperanza,
Como alza Dios los rayos matutinos

Y cambia el huracán por la bonanza;
Y abría de un futuro los caminos
Donde una nueva humanidad se lanza,
Como hizo Dios al presentar la oliva
Dentro del Arca a la familia viva.

Entonces al sepulcro caminaba
Paso a paso el guerrero, y de su frente
La aureola el sepulcro iluminaba
Y el más allá de la futura gente.
El sol así, cuando su marcha acaba
Lleno de majestad en Occidente,
De su tumba los bordes ilumina
Mientras a otra región su luz camina.

En fin, la vida y aun la misma muerte
En los pueblos del Plata, para el hombre
Eran entonces envidiable suerte;
Vida era gloria, y muerte era renombre.
Pero a esa patria, valerosa, fuerte,
Llena de gloria y opulencia y nombre,
Rica de corazón, rica de espada,
¿Sabéis ahora lo que resta?... ¡Nada!

Parece que su frente hubiera sido
Por la vara de un mágico tocada,
O la trompeta de Josué sentido,
Al mirarla tan rápido postrada.
Parece que algún soplo desprendido
De las egipcias playas, abrasada
Su atmósfera dejase, y de repente
Postrado hubiera la marchita frente.

Todo, todo pasó: gloria, opulencia;
La virtud misma del hogar no existe,

Y las horas las cuenta la existencia
Por los golpes del hierro que resiste.
La propia flor de la beldad su esencia
Ha perdido y su brillo, mustia y triste,
Encerrada con hálitos impuros
De la barbarie entre los altos muros.

Apenas esa patria que derrumba,
Más y más cada día el despotismo,
Y besa más la mano que la tumba
Cuanto más la despeña en el abismo;
Apenas, como el polvo de una tumba
Tiene flores que brota de sí mismo,
Tiene ella por el mundo algunos hombres
Celosos de sus glorias y sus nombres:

Que han bebido la hez de la amargura
Bajo el pálido sol del extranjero,
Y consuelan su misma desventura
Con hablar a su patria dulce agüero;
Que bajo suelo extraño sepultura
Dan a sus viejos padres y al guerrero;
Y les dicen: « Quedad, hasta que un día
Lloremos ¡ay! vuestra ceniza fría. »

Que ven nacer sus inocentes hijos
Sin nacer en la patria de su padre;
Y en vez de maldecir, hacen prolijos
Que al empezar a hablar la llamen MADRE:
Y siempre en Dios y en la esperanza fijos,
Cuando a su patria la bonanza cuadre,
Ven que el dolor y la vejez los labra
Sin decir de Scipión la cruel palabra.

Aquesto y nada más, patria argentina,
Queda de tu pasado y tu grandeza;
Es el último rayo que ilumina
Del sol que abrillantaba tu cabeza.
Pero lejos de ti su luz camina
Sin animar tu lívida belleza:
Esa que abrigas torpe muchedumbre
Nada conserva de tu antigua lumbre.

¿Nada?... ¡Oh, es mucho *nada!* Tiene menos
Esa gente en el vicio embrutecida;
Tiene acreedores de piedad ajenos,
Tiene la humanidad, que sorprendida,
Y los cielos también de pasmo llenos,
Le piden cuenta, y en rigor debida,
De esos largos escándalos salvajes
Con que al mundo y a Dios comete ultrajes.

Cuenta que has de pagar, redil de esclavos,
Pueblo sumido en lodazal del crimen,
Espuria raza de los hombres bravos
Que hoy en la tumba de vergüenza gimen.
¡Ah, bien la pagas ya!... Sientes los clavos
Y el són de las cadenas que te oprimen;
Dentro del corazón la verdad sientes,
Y nuevo Galileo, crees y mientes.

Diputados, ministros, generales,
¿Qué hacéis? Corred; el bruto tiene fiebre;
Arrastrad vuestras hijas virginales
Como manjar nitroso a su pesebre.
Corred hasta las santas catedrales;
A vuestros pies la lápida se quiebre;
Y llevad en el cráneo de Belgrano
Sangre de vuestros hijos al tirano.

Que su carro triunfal vuestras esposas
Arrastren otra vez: dadlas al bruto,
Para que os honre, si las halla hermosas,
Con daros de su raza un noble fruto.
¿De qué no es amo y digno vuestro Rosas
Si le disteis la patria por tributo?
Gracias, señores, gracias por la gloria
Que dejáis de nuestra época en la historia.

Envidiasteis tal vez a los campeones
Que llamáronse *célebres* un día,
Y al nivel de esos ínclitos varones
Os quiso levantar vuestra osadía.
Y en efecto, tan altas ambiciones
Se os han llenado ya, y en demasía;
Pues la fama, con nombres y apellidos,
Os llama los más *célebres bandidos*.

Generales, ministros, diputados,
Grande es vuestra misión en vuestra era;
Y, si por buena ley morís ahorcados,
Ni admirable tal vez, ni extraño fuera
Que allí vuestros cadáveres colgados
Quedasen, como ejemplo al que los viera
Del modo como se hacen inmortales
Los célebres, los altos criminales.

. . . .

Suspira el Peregrino, y de la nave
Vuelve hacia el Sur la vista conmovida.
¿Cómo no suspirar, cuando no cabe
Dentro del pecho tan ingrata vida;
Cuando pasan los años y no sabe
Sino que pasan sin curar la herida;

Cuando en su mente ¡ay! *todo* concentra,
Y a *nadie* y *nada* su memoria encuentra?

Cuando a los hijos del honor divisa
Condenados de Tántalo al suplicio,
Y mira en el tirano la sonrisa,
Y a ellos ahondar su propio precipicio;
Trabajar con valor, y más a prisa
Que el ariete se alzó, ser el desquicio;
Cuando ve por doquier tiendas y lanzas,
Y por doquier perdidas esperanzas!

¡Y siempre bajo el sol del extranjero,
Y siempre el pan de la miseria amargo
CARLOS ¡ay! tiene el corazón de acero
Para llorar por él; pero ¡es tan largo
El tiempo que ha corrido lastimero
Sobre tanto infeliz; y el triste cargo
De llorar su dolor, es tan sagrada,
Tan hermosa misión de alma inspirada

Allí están unas rocas. ¡Sufre tanto
Al volver a mirarlas de este río,
Regadas por la sangre y por el llanto,
Bajo un cielo tan lúgubre y tan frío!...
Allí donde otra vez su primer canto,
Como al alba del ave el primer pío,
Saludó el porvenir, fija su frente
En las rosadas nubes del Oriente!...

Allí donde en el alba de su vida
Se abrió la flor de sus afectos pura,
Y vió la primer hoja desprendida
Al primer temporal de desventura...

Allí conoció su alma sorprendida
Su luz vital y su misión futura...
Allí vió descubierto su camino,
Allí dió el primer paso EL PEREGRINO.

Allí están esas rocas orientales
Do le arrojaran de su patria bella
Esos rudos furiosos temporales
Que deshojaran la guirnalda en ella!
¿Y cuándo? Cuando apenas virginales
Veía CARLOS los rayos de su estrella;
Cuando daban apenas entre amores
Sus diez y ocho años las primeras flores!

Y ya cárcel, cadenas y destierro;
Amor, placeres, juventud perdida;
Y ya la sin piedad mano de hierro
Del infortunio taladrar la vida;
Y ya el primer dolor, el primer yerro,
La primer falta, la primer caída,
Y ya, en cuerpo infantil, alma enlutada,
De pasión en pasión ir despeñada!...

Y ya saber odiar... y entre despojos
Dejar la patria por la vez primera
Sin brotar una lágrima sus ojos!...
¡Y ya con alma noble y altanera
Soportar desengaños y sonrojos,
Pisando sin hogar patria extranjera!...
Pasad, tristes recuerdos de la mente,
Allí están esas costas del Oriente.

Bellas como su nombre, allí su falda
Besan del río y de la mar las olas,
Y las cumbres bordadas de esmeralda

El ámbar de la flor esparcen solas,
Cual si el aura que agita su guirnalda
Impregnada de esencia de amapolas,
Adormeciera desmayado al hombre
Dentro de ese jardín bello hasta en nombre.

En esos campos el corcel de CARLOS
Cien veces estampó sus herraduras,
Cuando quiso el poeta contemplarlos,
Lleno, por tradición, de su hermosura;
Y pudo en sus bellezas admirarlos,
Y más que en su belleza en su ventura;
Que eran felices ¡ay!, pues más que flores
Brotaban libertad, y paz, y amores.

¡Oh! esos campos son fértiles y bellos
Cual corazón de quince primaveras!
De la alta bendición vense los sellos
En la vegetación de sus praderas:
En el millar de arroyos que por ellos
Serpean entre blancas cortaderas [1],
Como arterias de un cuerpo derramando
Vital licor en movimiento blando.

[1] En las tres ediciones hoy conocidas de los *Cantos del Peregrino*, de que doy cuenta en la nota correspondiente a Mármol (al fin del segundo volumen de este tomo), se lee este verso así:

Serpean entre blancas *primaveras*;

lección que no tiene sentido alguno, y que hace, además, defectuosa la octava a que pertenece ese verso, empleando dos veces *primaveras* como palabra rimada dentro de ella. Al substituirla por *cortaderas,* yo estoy plenamente seguro de restablecer la lección original del poeta, tan torpemente alterada. La *cortadera o hierba de las pampas (Gynerium Argenteum)*, brota en los bordes mismos de los arroyos, tanto aquí como en el Uruguay, en forma de vara larga y *filosa,* terminada en su extremo superior por una flor *blanca* alargada. Es de un efecto muy pintoresco, es-

Y en esas mil espléndidas cuchillas
Ricas de gracia y aromadas flores,
Que en medio de la mies son amarillas
Nubes que flotan ricas de colores;
Y cuando hiela Julio sus orillas
Y el pampero desata sus rigores,
Son las obscuras y robustas ondas
Que en el centro del mar se alzan redondas.

¡Ay! en ellas la brisa era tan pura,
Tan grata para el alma del proscrito,
Que al ver su patria bajo nube obscura —
Atmósfera de sangre y de delito —
Ciudadano del mundo, a la ventura,
Salió a buscar el hálito bendito,
Soplo puro de Dios, dulce, sin nombre,
De la suprema libertad del hombre!

¡Ay! entonces ese hálito de vida
Refrescaba la sien del uruguayo,
Y esa patria, esa rosa desprendida
De la corona virginal de Mayo,

pecialmente en los arroyos de las cuchillas orientales, y no podía escapar a tan gran observador y pintor de la naturaleza.

Debo, con este motivo advertir aquí que las mencionadas ediciones de Mármol, desde la de su hijo, en 1889, hasta la de "La Cultura Argentina", en 1917, están materialmente plagadas de los errores más groseros de sentido, o de métrica, o de ambas cosas a la vez (como en una octava del canto XII, donde, sin sentido alguno, se lee *cimientos*, por *simientes*, rima de *fuentes*). Los errores de puntuación son numerosísimos. La peor de las tres es la edición de "La Cultura", que repite los dislates anteriores añadiendo otros muchos con la más censurable incuria. Entre éstos, hay un admirable *tronco*, por *trono de la aurora*, así como la intercalación de un verso entero de una estrofa en otra inmediata (página 201), con el galimatías consiguiente. ¡Y todo ello se carga a cuenta de las incorrecciones del poeta! En realidad, Mármol no ha sido hasta aquí estudiado ni impreso decentemente.

Desplegaba sus hojas engreída
Del alma libertad al dulce rayo;
Y en la más joven de sus tiernas hijas
Tenia Mayo sus miradas fijas

. . . .

Llena de fuerza y de temor desnuda [1],
Arrebatar al Plata parecía
Todo su porvenir en sólo un día.

La industria de la Europa en raudas alas
Miraba la infeliz Montevideo
Llegar para cubrirla con sus galas.
Era el bello festín de su himeneo
Con el progreso, en las brillantes salas
Del arte, de la ciencia y del deseo;
Pues cuanto pudo ambicionar su mente
Allí tenía para orlar su frente.

Atropellando las soberbias olas
Del Plata, dilataba sus cimientos,
Y en las rocas estériles y solas
Improvisaba ricos monumentos;
Y en ellos y doquier las aureolas
De las artes, burlaban los momentos;
Y eran, al contemplarla, recordadas
Las fabulosas grutas encantadas.

La Libertad cubría su cabeza
Con su manto de luces, y atraídos
Del fascinante imán de su belleza
Los hijos del honor, los escogidos

[1] Esta octava está trunca en todas las ediciones que conozco. (*Nota del C.*)

Paladines de la última nobleza
De la argentina patria, conmovidos
Llegaban a guardar bajo ese manto
Sus bellas esperanzas y su llanto.

Un coro de poetas esparcía
Su música inefable para el alma,
Regalando en su dulce melodía
Para el inquieto corazón la calma;
Porque es lluvia de Dios la poesía,
Que al pecho del mortal la fiebre calma
Irresistible y santa, cual la pura
Lágrima virginal de la hermosura.

Ellos, con arpas de marfil, el lloro
Del proscrito calmaban y sus penas;
Ellos la libertad con trompa de oro
Anunciaban al pueblo entre cadenas;
Y sus almas de fúlgido tesoro
De inspiración y de armonía llenas,
Saludaban también el primer rayo
Que anunciaba en Oriente al sol de Mayo.

Y la felicidad lluvia de flores
Derramaba también sobre la frente
De esa ciudad, que, rebosando amores,
Era, en verdad, belleza del *Oriente;*
Un tulipán de espléndidos colores,
Que a la orilla del Plata de repente
Se levantaba a seducir los ojos
Y a dar al corazón goces y enojos.

Pues era un carnaval de mil placeres,
Que por primer imán de todos ellos
Tenía sus bellísimas mujeres

Con seno de jazmín, negros cabellos
Y ojos que procuraban por quehaceres
Quemar el corazón con sus destellos.
¡Clima frío, salud; salud, hermosas!
Sois lo que hay de ese tiempo y esas cosas.

La sangre ha enrojecido las campañas
De esa patria que fióse en la fortuna;
Los hijos han rasgado las entrañas
De la madre infeliz, y en cada una
Levantan el laurel de sus hazañas.
Pueblo del Plata, al fin; fuerte en la cuna,
Y, apenas joven, en vejez de males,
No deja de su fuerza ni señales.

Esa patria tan bella en su regazo
Ahogó su tierna libertad querida,
Como madre inexperta, que en su brazo
Su primer hijo sofocó dormida.
En un solo momento ha roto el lazo
Con su prosperidad, y en larga vida
El yermado jardín no tendrá flores
Ni el tulipán espléndidos colores.

Una lluvia de lágrimas la tierra
Ha bebido, mezclada con torrentes
De la sangre vertida en torpe guerra;
Y rotas del dolor todas las fuentes,
Esa patria oriental hora no encierra
Sino del mal las fúnebres simientes;
Que esa lluvia de llanto es esperanza
De una flor que se llama la *venganza*.

. . . .

He aquí el Plata con sus dos riberas;
He aquí alzado el velo del presente,
Y a la vista las horas lastimeras
Que ruedan de sus pueblos en la frente,
Como sombras que pasan agoreras
De un tiempo cada vez más inclemente;
He aquí la verdad, amarga y dura,
Mas la verdad al fin, sagrada y pura.

No hay misterios al ojo del poeta,
Dueño del corazón, donde la vida
Guarda de todo la raíz secreta.
La dulce rosa que al amor convida
Y la amarga cicuta que la inquieta
Pasión del odio y la venganza anida,
Nacen del corazón: ¡ah! ¡no hay arcanos
A quien lo tiene entre sus propias manos!

El mal está en el hombre, no en las cosas;
Y eso que llaman en el mundo estrellas,
Hado, fortuna, suertes veleidosas,
Son invenciones de la mente bellas
Con que las almas cubren afanosas
Los errores y vicios de sus huellas.
La fortuna es el hombre, y el abismo
De sus males, también el hombre mismo.

No hay fortuna ni estrella para el Plata,
Son sus hombres, no más, sus propios males.
Está en su alma la llaga que los mata.
Ausentes de los rayos divinales
De la fe y la virtud, en noche ingrata
Se pierden de las sendas fraternales,
Y todos marchan de distinto modo:
Falta la religión y falta todo.

Cuando el tiempo en su mano poderosa
Haya llevado al fondo de su abismo
Una generación ya cancerosa,
Y que el tiempo a la vez traiga en sí mismo
Otra que sienta en su alma la preciosa
Y purísima luz del cristianismo,
No habrá un astro de más sobre los cielos,
Y paz de Dios habitará estos suelos.

He aquí el Plata; su PASADO hermoso
Es de eterno valor rica simiente;
Su FUTURO es el árbol majestuoso
Que alzará de ella su verdosa frente.
¿No conocéis la tierra que el valioso
Germen de ese árbol guarda? Es el PRESENTE;
Y aunque es verdad que la semilla encierra,
Es nuestro tiempo de hoy tan sólo tierra...

No son del corazón ocultas penas,
Que vibran en las cuerdas de la lira,
Cuando estas voces de congoja llenas
Bajo del patrio sol triste suspira;
Es que un rumor escucha de cadenas,
Trüenos del cañón, gritos de ira,
Cuando al dejar el mar siente las olas
Bramar del Plata en las arenas solas.

Es que hay un no sé qué de pesadumbre
En las auras que vagan sobre el Plata;
Un no sé qué fatídico en la lumbre
Que en el cenit azul el sol dilata;
Un no sé qué de vaga muchedumbre
De ideas, que en el alma la más grata,
La más bella esperanza desvanecen
Y los dorados sueños obscurecen.

No es el alma, es el tiempo en que vivimos
El que vibra en la lira sus rigores.
Si hasta la luz que alumbra maldecimos
¿Cómo cantar el ámbar de las flores?
¡Si el mismo porvenir que bendecimos
No nos guarda su luz ni sus amores;
Si hasta la fe en el alma se aniquila,
Y hasta el llanto se agota en la pupila!

Ved a CARLOS; el tipo, historia pura
Del alma de mil otros peregrinos;
Él no canta su propia desventura,
Él cruza de su tiempo los caminos,
Y es el ángel que espía la amargura,
Los ayes y los sueños cristalinos
De sus hermanos, y en su triste lira
Hace a todos hablar cuando suspira.

Y bien, ¿qué tiene aquí? Dejó este río
Huyendo de su atmósfera pesada;
Ha sufrido dos años el hastío
De una existencia lánguida, cansada;
De la orfandad y desamor el frío
Su alma por las pasiones abrasada,
Y surcado la mar errante y solo
Desde el sol tropical al yerto polo.

Ha sorprendido al mar en su misterio,
La luna, las estrellas, los albores,
La obscuridad entre su mismo imperio,
La tempestad y el rayo en sus rigores,
La luz, la nube en su palacio eterio,
En todos sus secretos y esplendores
Ha visto y ha cantado la grandeza
De una virgen feliz naturaleza.

AL PLATA

Hincha ¡oh Plata! tu espalda gigante
Y atropellen tus ondas el pino;
Es un hijo del suelo argentino
El que vuelve tus ondas a ver.
Que el pampero sacuda sus alas,
Que las nubes fulminen el rayo;
Una hoja del árbol de Mayo
Es quien pasa rozando tu sien.

Brazo hercúleo del cuerpo argentino,
A la saña del alma responde;
Si el rigor en el alma se esconde,
No desmienta tu brazo el rigor.
Sé la imagen del tiempo presente
Y alborota tus ondas ¡oh Plata!
Mira mi alma cuán bien lo retrata
Desafiando tus ondas mi voz.

¿No escucháis ese ronco bramido
Que estremece el desierto y la sierra?
¿No sentís que se rasga la tierra?
¿No sentís un torrente bramar?
¡Es un mar de pasiones y sangre,
Sin orillas, ni luz ni horizontes,
Donde absorta la sien, de los montes
Mira rayos y pueblos rodar!

Hincha ¡oh Plata! tu espalda gigante;
No desmientas tu tiempo inclemente,
Y salpiquen tus ondas mi frente
Conmoviendo la nave a mis pies.

Ese mar de pasiones y sangre
Mi barquilla también arrebata.
¿Qué me importan tus ondas, ¡oh Plata!
Si aun aquéllas no abaten mi sien?

De ola en ola mi frágil barquilla
Bogará por el mar iracundo;
Si me cupo esta suerte en el mundo,
¡Adelante, surquemos el mar!
Mi alma tiene la fe del poeta,
La esperanza me templa la lira;
Ese mar con su furia me inspira,
Y a su estruendo mi voz se alzará.

De mi frente las nítidas flores
Por los vientos verá desprendidas,
Y hasta el fondo del mar sumergidas,
Sin llorar al decirlas adiós.
Tumbarán mi barquilla las olas
Y caeré dentro el mar sin enojos,
Pues yo sé que al cerrarse mis ojos
Queda abierta en mi nombre otra flor.

Hincha ¡oh Plata! tu espalda gigante;
Que fulminen las nubes el rayo:
Una hoja del árbol de Mayo
Es quien pasa rozando tu sien.
¿La borrasca me espera en la orilla?
Pues no duerman tus olas en calma.
¿Tempestades esperan a mi alma?
Pues sacude también mi bajel.

No me asustan la orilla ni el río;
Yo me voy más allá de mis años,
Y entre cielos y mundos extraños
Vivo tiempos que están por venir.

Que haya sangre también en tus olas;
Que salpique su espuma mi frente;
Mira ¡oh Plata! cuál vuela mi mente;
Oye ¡oh Plata! tu tiempo feliz.

El ángel del futuro de hinojos en Oriente
Espera el primer rayo del venidero sol,
Para decir al hombre del viejo continente:
La aurora se levanta del mundo de Colón. »

Mañana de esa aurora los rayos en el monte,
Los rayos en las ondas, los rayos por doquier,
Harán sobre los cielos magnífico horizonte
Que bañará radiante de América la sien.

Mañana en esos rayos ¡oh Plata! de repente
Descenderá del cielo la bendición a ti,
Y entonçe el Viejo Mundo te gritará: «¡Detente!
Mis razas arrebatas, mi genio y porvenir.»

Y seguirán tus ondas tirando en las arenas
Las ciencias y las artes cual perlas de la mar,
Y de hombres y de industria y de virtudes llenas
Salpicarán el árbol frondoso de la paz

Y al empinar tu planta sobre tu propio abismo
Podrás girar altivos los ojos en redor,
Sin encontrar esclavos ni rudo fanatismo
Ni enrojecida huella de bárbara ambición.

¡Ay triste del que osare sobre argentina frente
Alzar de los tiranos el látigo otra vez!
Sacudirás tus ondas y al eco solamente
El hacha del verdugo le abatirá la sien.

Cargado de recuerdos y de arrogancia entonce,
Ofertas y amenazas y naves burlarás,
Y ¡ay! triste para siempre del extranjero bronce
Que osare en las riberas del Plata retumbar.

La libertad hermosa se bañará en tus olas,
El aire de su vida lo aspirará de ti,
Y en tus riberas, antes tan áridas y solas,
Tendrá para dormirse su célico jardín.

Y enamorado el hombre de su sin par belleza,
El labrador sus flores derramará a sus pies;
Y el alto pensamiento mirando su cabeza,
Del genio en la batalla le buscará el laurel.

Y poderoso entonces y entusiasmado y libre,
¿Qué mano entre las nubes eclipsará tu sol?
¿Quién alzará la frente cuando tu acento vibre,
Y cien ciudades vuelvan el eco de tu voz?

Cuando a tu ¡alerta! grite la Patagonia ¡alerta!
¡Alerta! el viejo Chaco y ¡alerta! el Paraná;
Y la nación levante su frente descubierta,
Diciendo con sus bronces al enemigo: ¡Atrás!

Gozaos en la tumba, héroes de Mayo:
El árbol que plantasteis dará fruto,
Cuando asome en Oriente el primer rayo
Y huya la noche con su triste luto.

¡Oh! ese tiempo vendrá. Semeja ¡oh Plata!
Los temporales de mi tiempo yerto...
Mi voz con tus bramidos arrebata...
¡Adelante, bajel: vamos al puerto!

ADVERTENCIA

Las **NOTAS** correspondientes a este segundo, tomo van todas al fin del segundo volumen del mismo.

